

ARTURO ÚSLAR PIETRI
Estación de máscaras

Álvaro Collado, el protagonista, regresa a Caracas tras diez años de destierro, en 1948, y se encuentra a sus viejos amigos y conocidos alterados por una circunstancia que más que extrañarle, le repele: el inminente golpe de Estado.

Ese revuelo por agasajar al próximo dueño del país que anima a los amigos del protagonista y los tipos de turbia catadura de los que el futuro dictador se sirve para cumplir sus propósitos constituyen la galería que urde este relato, descubriendo con su trama toda la hipocresía y la avilantez de una sociedad.

Con *Estación de máscaras*, Úslar Pietri concluyó lo que pretendía ser una trilogía -*El laberinto de Fortuna*- y que se convirtió en un binomio -esta novela y su predecesora: *Un retrato en la geografía*- sobre la convulsión social que supuso la explotación del petróleo para Venezuela.



Arturo Uslar Pietri

Estación de máscaras

ePub r1.0
Titivillus 22-01-2021

Título original: *Estación de máscaras*
Arturo Uslar Pietri, 1964
Foto de cubierta: Fotomontaje de Raúl Pereda sobre un original de Willy Maywald
Retrato de A. Úslar Pietri: Pablo Vázquez, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



estados de gentes que giras e trocas…

JUAN DE MENA, *El laberinto de Fortuna*

1

Ese mugido profundo y tembloroso que hace vibrar los cristales de las copas y las maderas de las sillas, sordo, poderoso, bronco, no es el del dragón del tiempo que agoniza, es el de la sirena del barco que ha desatracado y comienza a deslizarse río abajo, hacia el océano.

Había preferido entrar directamente al camarote y encerrarse en él para no ver a nadie. A ninguno de los que se abrazaban llorosos o risueños en el puente, o gritaban adioses en el muelle. Ni la horrible música de la orquesta de a bordo que tocaba una marcha de circo. Una de esas marchas que anuncian la entrada de la amazona, pálida y delgada en su traje negro, y de los dos caballos blancos con sus pompones de plumas entre las orejas erguidas. O el del trapecista. Solo que cuando entra el trapecista lo que se oye es un trémulo redoblar de tambores y la voz del maestre de pista que anuncia: «Respetable público: el gran acróbata Álvaro va a ejecutar para ustedes la más peligrosa de las suertes, el triple salto mortal hacia atrás, a treinta metros de altura, sin malla. Nadie en el mundo se atreve a hacer esto».

Sonrió. El único que no se atrevía en el mundo a hacer esto era precisamente él, Álvaro Collado. Lo que estaba haciendo parecía la más ordinaria de las tareas. Tomar un barco para regresar a su país. Lo hacían todos los días millares de personas. No había acróbata, no había triple salto mortal. Y sin embargo…

Tal vez sí había aquel estertor de agonía del tiempo. Por lo menos uno de los dragones de su tiempo estaba muriendo. Uno de los sucesivos dragones. El más reciente, el más poderoso, el más íntimo. Un mañoso y curtido dragón de diez años largos.

Ahora, sí. Ahora sí iba de vuelta a la tierra. Habían terminado aquellos lentos años, tan llenos, tan cambiantes, y que, sin embargo, no habían sido sino como una víspera.

Como una víspera de aquella hora, con música de banda y mugido de sirena, en que el barco había desatracado del muelle de Manhattan y había empezado a descender por el Hudson hacia el estuario y el mar. Ahora cada minuto representaba brazas de navegación que lo alejaban de un punto y lo acercaban a otro. Dieciséis nudos por hora, le habían dicho. Cuando se hubieran agotado los nudos marinos, en cinco días, el barco volvería a mugir entrando en La Guaira.

Ya no cabía espera, olvido ni aplazamiento. Ahora iba al encuentro. Al encuentro de seres nuevos y terribles, porque nada de lo que había dejado lo iba a reencontrar.

Pensaba en su padre: «quince años estuvo en la cárcel mi padre para dejar que la vida se le volviera extraña e irreconciliable. En el andén cerrado de un calabozo mientras el tiempo corría afuera llevando los hombres vivientes. Dejó unos niños y una esposa y encontró unas gentes extrañas en una casa desconocida y una ciudad que no se le parecía y unos hombres atareados en faenas que él no comprendía y que nada en común tenían con él».

Él no había estado en el tiempo petrificado del calabozo sino en la abierta aventura de las ciudades mundiales. Su tiempo había sido el de París, el de Londres, el de Nueva York. Mientras otro tiempo, progresivamente ajeno, quedaba en Caracas haciendo y deshaciendo gentes. Hombres que surgían, hombres que morían, mientras él se entregaba al curso de otoño en la Sorbona o pasaba un verano en Heidelberg tratando de entender el alemán y mirando unas torres puntiagudas y un río que nada tenían que ver con las torres y los ríos junto a los que nacían y morían las gentes de su tierra.

En las cartas de la casa venían esas noticias: «el que murió la semana pasada fue…», y allí el nombre de una persona más o menos conocida; «el que está muy grave es…», y allí otro nombre de alguna persona amiga o entrevista que ya para la llegada de la carta debía estar muerta. «El que ha sido nombrado presidente de Estado es…», aquel hombre que tan

insignificante le parecía; «el que se va a casar esta semana es…». Se casaban, nacían hijos, morían gentes y él estaba fuera y aparte. Saliendo de otoños o entrando en primaveras.

«Nos haces cada día más falta». Era su madre, la buena Celmira Collado. Tal vez no sabían lo que decían. Les hacía falta aquel joven estudiante que conocían tan bien y que tuvo que irse por los desórdenes de la universidad, en que murió un agente de la policía secreta. Pero no les haría falta este hombre tan distinto, que se había formado en él en esos largos años de otro tiempo. En el tiempo del dragón que estaba agonizando en aquellos mugidos erizados.

Y en el fondo de todo estaba otro desconocido. Un verdadero desconocido a quien nunca había visto de frente, ni le había oído la voz. Había ido formando su imagen a través de cartas, de borrosas instantáneas fotográficas, de intermitentes informaciones.

«Te doy la buena noticia, para que te contentes», le había escrito su madre, «de que ya empezamos a ocuparnos de la familia del agente muerto. No era casado. Dejó una mujer y tres hijos, dos varones y una hembra. El mayor se llama como el padre: Lázaro Agotángel. ¡Qué nombre! Es un muchacho bastante salvaje y sin educación. Vamos a hacer lo posible para salvarlo de ese medio, pero no creas que va a ser fácil. Hoy vino por primera vez a visitarnos y no hizo sino rezongar y mirarnos como animales raros. Comió con el servicio y ni les dirigió la palabra. En fin, veremos qué se logra».

Decía también la carta:

«Le hemos dicho que eres tú el que desea que nos ocupemos de él. No parece comprender esto y mientras más se le dice más desconfiado parece ponerse. El primer día que nos vio nos preguntó a quemarropa si eras tú el que había matado a su padre. ¡Imagínate! A Collado no le gusta nada este muchacho».

Había tenido que dirigirle una especie de saludo. No le fue fácil hallar las palabras necesarias. Escribió dos o tres veces la carta. «Yo me siento obligado a reparar en lo posible un mal involuntario». Evidentemente que no debía decir eso, era acusarse sin necesidad. Podía decir: «Me siento obligado con usted por las trágicas circunstancias de la muerte de su padre.

Yo estaba allí». Tampoco podía ser eso. Había que invocar tal vez un destino superior que los había ligado de una manera mágica y sobrenatural. En el destino de los venezolanos había una condición trágica que unía de pronto indisolublemente a los seres más ajenos y distantes. Con una misteriosa unión de sangre, o de dolor, o de culpa.

Volvió a mugir la sirena del barco con un toque breve y agudo. Se sentía que la velocidad había aumentado. Podía subir al puente o siquiera asomarse a la ventana del camarote para mirar si el buque ya había salido al mar. Prefirió permanecer allí sin ver a nadie. Se iba alejando y se iba acercando; antes eran las cartas y los recuerdos, pero ahora estaba llegando el tiempo inaplazable de las presencias.

Iba a encontrar a Diego Collado. Al general Diego Collado, su padre. Ya tenía la cabeza completamente blanca y el bigote blanco como un copo de espuma sobre la boca. Debía tener ya la voz cascada de los viejos y muchas manías. Era un anciano desconocido que iba a encontrar. Que iba a conocer. Era la tercera vez. Lo había conocido apenas por poco más de un año, desde que se lo devolvieron a la familia de la larga prisión hasta que él tuvo que salir para su ausencia. La primera vez fue el vago recuerdo o la vaga invención que un niño puede hacer de su padre. Habían tenido poco tiempo para conocerse y acaso ahora era ya demasiado tarde para acercarse. ¿De qué podría hablar con el viejo Collado, que no fuera de las anécdotas de las guerras civiles y de las tiranías?

Iba a encontrar, o iba a conocer también, a aquella mujer paciente e hilvanadora de cosas que era Celmira, su madre. La de las largas cartas llenas de noticias lejanas que traían como un aroma o un sabor extraño de café, de carreta o de dulce casero hasta el cuarto del inmueble de la *rue de Rennes*, o hasta el cubículo de la biblioteca de la universidad americana.

Eran como otras personas. Iba a ser como una prueba de conocer y de reconocer. Como una prueba o como un juego mágico. Si uno no sabe la identidad del ser que se le aparece de pronto en su misterio, cae en el dominio de un daño oscuro.

Iba a ser como conocer la identidad de las personas disfrazadas. «A que no me conoces», era la pregunta tradicional de las máscaras. Se acordó entonces de que iba a llegar a Caracas en pleno carnaval.

Ha debido pensar en eso para llegar después de pasadas las fiestas. Pero ya no había remedio. Iba a encontrar una ciudad enloquecida, poblada, en la tarde y en la noche, de pintarrajeadas cabezas, de enormes narices, de chillonas voces en falsete. De lustrosas caretas de cartón con los ojos agujereados. Iba a acentuarse más el juego de la extrañeza y del no conocer.

«A que no me conoces», le iba a decir aquella máscara o aquella cara patilluda, boca ancha, calva, terrosa, huraña, como de alguacil o de contrabandista, que era la de su cuñado Saúl Verrón. Detrás de la careta huele a cola de pegar seca, a desván de carpintero, a cartón y a paja de embalaje.

Iba también a encontrar al otro a quien no conocía ciertamente y acaso no podría conocer. Iba a estar en la presencia de Lázaro Agotángel. Disfrazado de muerto o de resucitado, o de iguana de quebrada o de monstruo de la tierra y de los árboles primigenios.

¿Y de qué le iba a ver la cara a él Lázaro Agotángel, el hijo del muerto? ¿Qué le iba a buscar detrás de la cara y de las palabras del difícil encuentro?

2

Un gran cráneo de cartón se quedó como pegado al vidrio de la ventanilla llenando todo el espacio de la visión. Pintarrajeado de blanco y de negro, chorreado de gris, hendido y cosido con hilos de colores, abollado, sucio, deforme, con grandes dientes en relieve, y negras y profundas las cuencas de los ojos y la fosa de la nariz. Era grande cómo la cabeza de un gigante y estaba puesto sobre unos hombros estrechos que casi desaparecían debajo de su abertura.

El automóvil estaba detenido. A cada instante se detenía el desfile entre la espesa masa que llenaba la calle. El calor y el ruido entraban viscosos y mezclados. Era un aire de horno y de tambor. Los dos pasajeros que iban adentro parecían ajenos y silenciosos.

Junto a la gran bola gris y hueca de la calavera, parecían pequeñas las cabezas oscuras y lustrosas de los dos hombres. Los poros abiertos en la piel glaseada. Estaban como apretados dentro de sus trajes. Puestos en aquella especie de caja de vidrio y de metal cerrada bajo el aluvión de la muchedumbre. Delante, el que hablaba o rezongaba a ratos era el conductor.

Más allá de los vidrios cerrados y del techo del automóvil estaba el espeso e hirviente bullicio de la calle. Randas y olas de cabezas y formas humanas, marejadas de gritos. Músicas y cantos se entremezclaban. De la calle invadida de disfraces y gentes ansiosas, a las aceras, a las ventanas, a los balcones, por donde descolgaban voces y brazos y rostros. En el aire agitado flotaban como en agua de creciente las serpentinas, el polvo, los confetis recogidos del suelo. Era como navegar en una marejada.

Pasaban caras lustrosas de negro humo y aceite, diablos rojos envueltos en capas desgarradas con sus cuernos y su tridente, avalanchas de muchachos desarrapados encendidos de gritar y correr, empujando,

saltando, arrebatando de las manos golosinas y juguetes, entrando y saliendo por entre la masa humana.

La calavera de cartón seguía pegada al vidrio, fija y absorta.

—Mírala —dijo Eladio Flores, señalándola con la mano—. No se nos quita de encima.

Puso la mano, con el índice estirado, casi sobre la cara de su compañero.

—Mírala, Lázaro.

Lázaro Agotángel, macizo, encogido, vio la mano. Vio la calavera y se volvió hacia Eladio con disgusto:

—La he visto, hombre. ¿Qué quieres?

Eladio se replegó hacia su asiento:

—Nada. Es el mismo disfraz de la muerte al que le teníamos miedo cuando éramos muchachos. ¿Te acuerdas?

No contestó Lázaro.

Eladio Flores se pasó la mano por la cara. Sintió la gruesa piel cálida y la aspereza de la sombra de la barba azul.

—Le teníamos miedo, Lázaro. Corríamos cuando la veíamos acercarse.

Lázaro se volvió pesadamente hacia el vidrio donde estaba el inerte globo gris de la calavera y golpeó con fuerza. Se sintió el eco del puñetazo. La máscara se retiró al sentir el impacto.

—Ves… Ahora es ella la que nos tiene miedo.

Hizo una mueca de risa. Asomaron los fuertes dientes blancos como arregañados[1] para morder.

Bamboleándose sobre el esmirriado cuerpo el cráneo fofo desapareció entre el turbión de gentes. Fluctuando y girando. Entre el griterío líquido y encrespado.

El automóvil no avanzaba. Pasaban indios con maracas y taparrabos. Comparsas de guitarreros con su burriquita[2] que danzaba sobre los pies del jinete. Hombres disfrazados de mujeres. El desmesurado payaso de los zancos se bamboleaba como si fuera a caer sobre el oleaje humano.

—Esta era la calle por donde salíamos. Atrás está el cerro —dijo Eladio.

—No se ve —contestó Lázaro, secamente.

—Bajábamos por la cañada y desembocábamos por esa esquina. A gozar del carnaval. Como ese muchacho, así éramos.

Era un muchacho que había brotado de entre el gentío, al borde de la acera. Ágil, ávido, casi desnudo, despeinado, que agitaba en la mano un saco de trapo donde llevaba el botín de su correría y gritaba sin parar. Gritaba con los saltos, con las voces, con las contorsiones, con la boca desdentada, con los ojos encendidos, con los flacos brazos aspados, con el revuelto cabello, con el sudoroso rostro amoratado. Saltaba por entre las gentes y los automóviles, metía la mano por las portezuelas, arrancaba un juguete y se sumergía entre la multitud para reaparecer más adelante con la mano y el grito alzados. Un hombre vestido de mujer le dio un empellón y le hizo caer.

—Tú ves —dijo Lázaro—, ese no nos lo hubiera hecho a nosotros.

Había vuelto a avanzar el desfile muy lentamente. Como atascado en el grumoso apretujamiento.

—No vamos a salir de aquí en toda la tarde —dijo Lázaro.

Pasaba el tiempo y él estaba allí, metido en el calor y la lentitud del automóvil cerrado. No entraba sino el vocerío confuso y no se veía sino el movimiento sin sentido.

Eladio miraba sin hablar las caras y las máscaras que pasaban. Las gentes endomingadas en las ventanas y los hombres apiñados en las puertas de las cantinas. Pintadas o pálidas, risueñas o adustas, airadas o lelas, caras que no lo veían a él ni le hablaban. Caras de gente que no conocía. Tan desconocidas como las máscaras congeladas en muecas que flotaban entre las cabezas. A ratos paseaba la mirada por sobre frentes y sombreros y bocas estridentes y sobre ninguna podía poner un nombre. Ninguno de aquellos viejos nombres de otros tiempos con que conocía a casi todos los que bajaban y subían por aquella bocacalle.

—Ya no conozco a nadie —dijo Eladio.

—Hasta las casas han cambiado —dijo Lázaro.

—Ni ellos tampoco nos conocen a nosotros.

—Ni tienen por qué conocernos. Si tú te bajaras ahora del carro y te metieras entre ellos te verían como un extraño. Casi como un extranjero. Vestido así. Bajando de un automóvil. Se burlarían de ti, te empujarían.

Como nosotros nos burlábamos de los señorones de bastón y pajilla que pasaban en sus coches con aquellos caballotes que parecían caballos de entierro.

—Verdad es, Lázaro.

El otro lo miró con asombro.

—De esto teníamos que salir y salimos, Eladio. Y no podemos volver. Ni disfrazados.

Por las fachadas verdes, amarillas y azules de las casas colgaban guirnaldas de bombillos encendidos.

—Ya han prendido las luces. Ya va a estar oscuro.

Nada contestó Lázaro. Eladio observaba por las bocacalles hacia la parte alta del cerro. Eran callejones tortuosos y empinados donde se apretujaban las puertas y los ventanucos en las estrechas fachadas. Por donde se adelgazaba y diluía el gentío.

Subiendo a pie por esa esquina hacia arriba, se llega a donde estaba la panadería del Isleño. Olía a pan a la media cuadra. A vaho de boca de horno que hacía soñar con grandes hogazas calientes al muchacho con hambre. De la casa del Isleño se torcía por el lecho de la quebrada seca. La vereda pasaba por entre algunos ranchos de cartón y hojalata. Ahora debía haber allí casas y altos postes de luz. Cuando llovía se llenaba de piedras y de lodo. Se volvía a remontar por la otra cuesta. Se pasaba cerca de las altas paredes terrosas del viejo manicomio. Con sus puertas cerradas, sus pesados techos y algunos enormes árboles. A veces se decía que se había escapado un loco. Un loco desmelenado y furioso con un cuchillo. A los muchachos les daba miedo salir a la calle.

—Te acuerdas, Lázaro, cuando decían qué se había soltado un loco.

Lázaro se volvió hacía él. Con lento y pesado gesto. Cómo si tuviera que decir lo que no quería decir.

—Claro que me acuerdo, Eladio. Me acuerdo de todas las cosas. Y no las quiero olvidar. Me acuerdo de tu papá y me acuerdo del mío. Y me acuerdo cuando subía por esa cuesta con miedo porque era tarde y el viejo me iba a regañar. Y me acuerdo y no se me olvida del día en que lo mataron y del velorio y de las gentes que vinieron. Y de todo lo que pasó después. Y si cierro los ojos veo tal cual la casita y al pobre papá muerto y vuelvo a

sentir lo que sentí. Qué larga fue esa noche. Parecía que no iba a llegar la madrugada.

3

Se acercaba la madrugada. De las acurrucadas casuchas que cubrían la vertiente seca, no quedaba con luz sino la del velorio. Desde la tarde y durante gran parte de la noche, había estado llena de gente que se agrupaban en la puerta y en el estrecho cuarto de entrada, donde estaba el cadáver en su urna, rodeado de velas y de flores, y en los más pequeños dormitorios, donde mujeres vestidas de negro se apretujaban sobre las camas, rezando y conversando sin parar, y en el angosto patio interior y la cocina donde servían café constantemente a los que se iban acercando.

Soledad Hernández, gorda, abotagada, sudorosa, casi no se había apartado de la urna donde estaba su hombre tendido. A cada momento, como en una salmodia que se mezclaba con los rezos y las charlas, volvía a repetir las mismas palabras:

—Yo se lo había dicho muchas veces, que dejara ese trabajo, que se buscara otra cosa. Yo se lo había dicho muchas veces: «Lázaro, por vida tuya, búscate un puesto de listero, de cuidador, pero no sigas en la investigación, tú no ves que eso es muy expuesto». Pero él no me hacía caso.

A ratos se volvía hacia su hija, que estaba como echada sobre ella:

—Mireya, m’hijita, nos dejó tu papá. ¿Qué va a ser de nosotras ahora?

La adolescente era fina, graciosa, de tez morena clara y grandes ojos negros, enrojecidos de llanto.

—¿Por qué le hicieron eso a mi papaíto, por qué?

Los rezos volvían a encenderse. Una voz alta y aguda entonaba las avesdelrosario y un coro maullado le respondía con las santamaría.

A cada nueva persona que entraba a abrazarla, Soledad Hernández tenía que repetirle la misma historia:

—¿Cómo pasó eso?

—¿Que cómo pasó? Eso lo estaba esperando yo todos los días. Cada vez que Lázaro salía para una comisión yo decía: «Virgen del Carmen, vuélvemelo a traer con vida». Yo sabía que eso iba a pasar. Y va y da la hora menguada de que lo mandan para esa maldita universidad, donde están todos esos muchachos locos tirando tiros. ¿Cómo es posible matar así un hombre, que no les estaba haciendo nada? Un hombre bueno y serio que estaba cumpliendo con su deber. Dos tiros le metieron. Mortales los dos. ¿Cómo se iba a poder salvar el infeliz?

Hacia la puerta se agrupaban los hombres y dialogaban. A ratos se oían risas ahogadas. Algunos transeúntes pasaban: ebrios maldicientes de regreso de la noche o madrugadores apresurados en busca del trabajo de la ciudad.

Tipos hoscos y mal encarados, del servicio de investigación, se habían estado relevando, en grupo aparte, para acompañar a la familia.

—Yo lo vi caer muy cerca de mí. Por milagro no me pegaron. Los tiros salieron de un grupito de estudiantes que estaba junto a la escalera del segundo patio. Si nos hubieran dejado echar plomo de verdad, eso no pasa.

Soledad Hernández había estado preguntando todo el tiempo por su hijo mayor:

—¿Dónde está Lázaro José, que no aparece? Ese muchacho va a acabar conmigo. Todo el día se la pasa en la calle realengo[3] y no le hace caso a nadie. Mire que su padre le ha dado palo, pero para nada. Esta es la hora en que todavía no sabe nada de lo que ha pasado.

Las casas del cerro se iban haciendo más quietas y tenues al final de la noche. A lo lejos, como en un lago de sombras, titilaban las ringleras de luces frías y solitarias de la ciudad. Desde inmensas distancias llegaban las horas de un reloj de torre.

Poco a poco se habían ido retirando los acompañantes. Con Soledad y su hija Mireya quedaban unas pocas mujeres del vecindario. El grupo de la puerta se había reducido a unos tres o cuatro hombres. Se sentía la proximidad de la mañana.

Fue entonces cuando apareció Lázaro José. Soledad lo divisó, por sobre la urna, en el marco de la puerta. Alto, flaco, huidizo. Se levantó

atropelladamente y lo estrechó en sus brazos.

—Lázaro José, ¿dónde estabas? Mira la desgracia tan grande que nos ha pasado.

Se dejó abrazar, reconcentrado.

—Sí, ya lo sé, mamá. Vine con Luis, mi hermano, y me lo contó todo.

Todo el oscuro dolor volvía a comenzar con la presencia del hijo que se incorporaba ahora a la tragedia.

—Tú no puedes imaginarte cómo ha sido este horror. Menos mal que toda la gente se ha portado muy bien. No hemos estado solos ni un momento.

Acompañó lentamente a su madre hasta la silla, acarició descuidadamente la cabeza de su hermana Mireya, se acercó a la urna que todavía no habían cerrado y se estuvo largo rato contemplando el rostro del muerto.

La muerte lo había puesto más claro y le había afinado las facciones. Era como un trasunto embellecido de aquel otro hombre áspero y brusco que había sido su padre.

Ahora podría regresar tarde a la casa sin encontrárselo esperándolo para azotarlo con la correa. Ya no podía decirle nada, ni oírle nada. Tal vez, si pudiera hablar, tendría cosas que decirle.

—¿Tú crees que él supo quién lo mató?

—Los estudiantes, m’hijo, ¿quién va a ser?

—No, mamá, los estudiantes, no. Alguien debió matarlo.

—Quién sabe, hijo.

—¿Cuándo es el entierro?

—Mañana a las nueve. Va a venir el secretario de la gobernación y un servicio de agentes. Tienes que estar bien vestido, hijo.

Mientras oía la voz de su madre, contemplaba el rostro del muerto.

—¿Cuándo cierran la urna?

—Ahora más tarde. Yo no quería que lo hicieran antes de que tú llegaras, Lázaro José.

Se volvió de nuevo hacia ella y con tono resuelto le dijo:

—Yo no me voy a llamar más Lázaro José. De ahora en adelante me voy a llamar Lázaro, no más. Lo mismo que papá: Lázaro Agotángel. Ya lo

sabes.

Se fue a parar del lado de afuera de la puerta, solo y callado. El cielo se aclaraba y se ponía de un gris metálico moteado parecido al color del cinc de la urna.

Poco a poco, al acercarse el amanecer, se habían retirado los últimos acompañantes del velorio.

El último en salir fue un borracho desconocido que mascullaba obscenidades y frases de afecto para el difunto.

Quedaron solos, con el muerto, la mujer y los tres hijos. Por mucho tiempo. Tiempo largo y soporoso, donde a ratos parecían dormirse y despertar con susto.

Soledad estaba amodorrada, con Mireya recostada sobre el hombro. De pronto parecía despertar de una pesadilla:

—Lázaro José. ¿Dónde está Luis?

—Aquí está, mamá.

Y señalaba hacia un rincón penumbroso, donde el hermano menor cabeceaba en una silla, recostado de la pared.

—Luis.

Luis se sacudía con sobresalto:

—¿Qué es? ¿Qué fue?

La madre respondía:

—No, nada, m'hijo. ¿Tú estás ahí? Qué bueno.

¿Qué bueno, qué? Estar allí, en la larga velada, solos, como en espera de algo. Eran tres y el muerto. El muerto era su padre. El oficial Lázaro Agotángel. Tomaba temprano café en la cocina. Lo oía esgarrar y luego el chasquido del escupitajo en el piso de cemento. Después se iba. Se iba por casi todo el día. Quedaban los tres. Los mismos que estaban allí. Quedaba Soledad Hernández, aquella mujer envuelta en trapos negros que sollozaba, o dormitaba o rezaba en aquella silla. Quedaba Mireya Hernández, que estaba allí dormida sobre el hombro de la madre. Era alta, bonita y de grandes ojos. Había a veces que pelear con los muchachos del barrio por ella.

Sin embargo, cuando ella iba con Lázaro José, no se atrevían a decirle nada. Porque Lázaro José era distinto y le tenían miedo. Tan distinto era que

hasta no creían que fuera hermano de ellos. Para empezar, no había querido llamarse como ellos. Se había cogido el nombre del padre y lo usaba, sin pedirle permiso a nadie.

En cambio, él no se hubiera atrevido a hacer eso nunca. Él se llamaba Luis Hernández, como Mireya y como Soledad.

Mucha gente del barrio, confundida por la diferencia de apellidos, no sabían siquiera que eran hermanos.

—¿Lázaro José es hermano tuyo?, ¿cómo va a ser? Si él se llama Agotángel.

Él no solo se llamaba Agotángel, sino que tenía una vida propia y diferente de los otros. Se iba con su nombre diferente, con sus amigos diferentes a una vida que desaparecía de la vista de los otros. Andaba siempre con gente mayor que él. Jugando billar en los botiquines[4] de Pagüita[5].

—Ya ese muchacho cogió la calle —decía por todo consuelo Soledad Hernández, en el largo día en que se quedaba sola con Mireya porque Luis se iba para la escuela y Lázaro, el padre, no regresaba hasta la noche. Se quitaba el saco y los zapatos, ponía el grueso revólver pavonado en la mesa de noche, se descolgaba los tirantes por encima de los pantalones y se tendía en la cama a esperar la comida.

A veces preguntaba:

—¿Dónde está Lázaro José?

La madre mentía para encubrirlo:

—Salió hace un momento para hacer un mandado.

—Es tarde y se va a quedar sin comida —decía el oficial Agotángel, tendido en la cama.

El oficial Agotángel, su padre, tendido en la cama, casi como estaba tendido ahora en la urna. Pero ahora estaba sin palabras y sin preguntas. Y ahora, además, estaba allí Lázaro José.

Un día se dio cuenta de que el muchacho casi no venía a la casa. Cuando lo sintió entrar tarde en la noche, se levantó y le salió al encuentro. Luis, que dormía con Mireya en el mismo cuarto, oyó primero el diálogo brusco y ahogado:

—¿Qué horas son estas de llegar?

Después subieron las voces.

—Te voy a enseñar a respetar.

Se oyeron chasquidos de correa y quejidos del muchacho. Su padre le estaba pegando a Lázaro José. Le estaba pegando con furia.

—Te voy a matar, condenado.

Luis sintió miedo y se acercó a la cama de Mireya. Estaba despierta y temblaba.

Oyeron la voz de Soledad:

—Ya está bueno, Lázaro, ya está bueno. Mira que vas a malograr al muchacho.

Al día siguiente Lázaro José desapareció de la casa y estuvo sin volver casi una semana. Después las cosas cambiaron. Era como si hubiera ganado su derecho a la independencia y su padre y todos lo reconocieran. Ya nadie más le volvió a preguntar para dónde iba, ni de dónde venía.

A veces llegaba a la casa con dinero y le daba a la madre, algo le regalaba a Mireya y luego le daba a Luis uno o dos bolívares. Aquella pequeña moneda fría y brillante, que Lázaro José ponía en su mano, le parecía a Luis la señal de un poder superior. Lázaro José pertenecía a otro mundo, donde había billares, hombres grandes, mujeres con bocas pintadas y muchas monedas de plata y hasta billetes.

Ahora estaba allí, en la salita solitaria del velorio, y lo acababa de llamar:

—Luis.

Soledad había dicho que no era para nada, pero Luis se levantó, con pesadez de cansancio y de sueño, y vino a sentarse al lado de su hermano.

—¿Qué pasa, Lázaro José?

El hermano mayor lo miró con disgusto:

—No me vuelvas a llamar así. Ya se lo dije a mamá y a todos. No quiero que me llamen sino Lázaro Agotángel. Como papá.

Iba a ser difícil acostumbrarse al nuevo nombre. Como si fuera una nueva persona. Lo más fácil sería tratar de no nombrarlo para evitar equivocarse.

—¿A qué hora es el entierro?

Lázaro tenía reloj. Un grueso reloj pulsera de oro que Luis había visto siempre con envidia.

Por la puerta de la calle entraba una luz acuosa, que casi no hacía sombra. Como si pasara a través de una nube de polvo. Se levantaron y se fueron a la puerta.

El barrio recomenzaba a moverse con el amanecer. Gentes apresuradas bajaban por los callejones pendientes hacia la calle, todavía iluminada, que se miraba al fondo de la cuesta. En las puertas de los fonduchos se formaban grupos de tomadores de café. Hombres con aspecto de frío y de sueño. Se oían cantos de gallos. Los más cercanos roncos, los más lejanos finos. Pasó el burro de un panadero, con sus dos barriles. Olió a pan.

—¿No tienes hambre? —preguntó Luis.

—No mucha.

Vieron venir a Eladio Flores. Era el amigo de Lázaro. Alto, fuerte, moreno, de nariz abultada, labios gruesos, quijada saliente y una intensa sombra azul de barba. Era hijo del Turco Tufik Mansur, que tenía una tienda de telas y artículos para damas, en la calle principal de Pagüita. El Turco trabajaba también con buhoneros y Lázaro, algunas veces, se había encargado de venderle mercancías a domicilio por las casas del cerro.

Saludó:

—¿Qué hubo, compa? ¿Qué hubo, Luis? No pude venir anoche, pero aquí estoy para acompañarlos. He sentido mucho lo del viejo, pobrecito.

Eran *compa*. Compadres, compañeros, hermanos, atados y ligados frente a los otros. Para la defensa y para el ataque.

—¿Y cómo fue eso del viejo, compa?

—Vainas, compa. Le pegaron dos pepazos los patiquincitos[6] esos de la universidad. A ellos no les pasa nunca nada. Esa es la cosa.

—Ahora eres tú el hombre de la casa.

—Ujú.

No era palabra, sino gruñido.

Volvió Soledad a gritar adentro:

—Ay, mijita, se fue y nos dejó. Se fue tu papá.

Entraron. Soledad, abrazada de Mireya, estaba de pie junto a la urna contemplando al muerto. Entre los tres hombres trataron de calmarlas y las

volvieron a sentar. Mireya se dio cuenta de la presencia de Eladio y procuró alisarse el cabello y arreglarse el traje.

—Muchas gracias, m’hijo, por haber venido. Tú siempre has querido mucho a Lázaro José.

—Lázaro, mamá.

Los hombres se sentaron del otro lado de la urna. La presencia de Luis les estorbaba. Hablaban con desgana y oscuridad.

—¿Qué hay de nuevo, compa?

—Nada, lo mismo.

—¿Negociaste la sortija del italiano?

—La tengo casi negociada.

Luis los oía hablar de dinero, de joyas y de negocios con admiración. Eran ciertamente hombres y él no lo era todavía. Su hermano Lázaro era más joven, pero al hablar parecía más seguro y más hombre que Eladio.

Después hablaron de mujeres. Alusiones, pullas y nombres de mujeres desconocidas.

—¿Desde cuándo no ves a la Catira[7]?

Con la mañana habían empezado de nuevo a aparecer vecinos y visitantes. Soledad y Mireya habían entrado a arreglarse y habían vuelto a instalarse con solemnidad en el cuarto mortuorio.

A eso de las nueve llegó un pelotón de policías uniformados y se tendió en la puerta para hacer honores. Lázaro y Luis salieron a verlos.

Un hombre joven, delgado, pequeño, de ojos achinados y menudo bigotillo, se les acercó:

—¿Son ustedes hijos del agente Agotángel?

—Para servirle.

—Yo soy él agente Contreras. Juvenal Contreras.

—Mucho gusto.

—Conocía a su papá en el servicio. Mi sentido pésame.

—Quiere pasar adelante.

Entró con ellos. Saludó a Soledad con tiesura, repitiendo su fórmula de pesar y cuando Mireya le tendió la mano se la guardó por largo rato y se quedó mirándola con unos ojos golosos de animal en celo que la muchacha no pudo resistir.

Después se paró junto a la puerta para poder observarla a su gusto.

A Luis, que pasaba, le preguntó:

—¿Cómo es que me dijo que se llamaba su hermana?

—Mireya.

—Mireya. Bonito nombre, ¿no le parece?

A las diez menos cuarto llegó el secretario de la prefectura. Poco después el cura de la parroquia, con sus acólitos, a oficiar los últimos ritos.

Después de concluir el cura, los amigos levantaron la urna y empezaron lentamente la marcha hacia la puerta y luego cerro abajo, en busca del coche fúnebre que esperaba en la calle, al pie de la cuesta.

Detrás iban Lázaro y Luis. Adentro de la casa resonaban los aullidos de dolor de Soledad como de perro atropellado.

4

El primer invierno de París lo había puesto melancólico. Álvaro Collado no estaba hecho a aquel tiempo, ni a aquel cambio de costumbres, ni a aquella condición de soledad. El cielo era predominantemente gris y oscurecía temprano. Brillaban los faroles encendidos, sobre el empedrado de las calles lustroso de lluvia, y no eran las siete de la noche sino las cuatro de la tarde. A las nueve de la mañana parecía que estaba amaneciendo. La vida ya no estaba gobernada por el sol, ni por la luz. Nunca se oía el canto de un gallo. Había como un sordo desajuste de las horas y de los quehaceres. Podía quedarse en una mesa de café hojeando un libro, sin darse cuenta de que era la hora de comer. O salir del curso por un corredor mal alumbrado, de piedra neblinosa (se había hablado aquella tarde de las cosas fungibles, las que se gastan por el uso, las que se pueden substituir las unas por las otras en el pago) y encontrar que la noche le había arrebatado toda la calle y toda la ciudad. Era cosa supremamente fungible el día de invierno, pero en cambio casi todo el tiempo era noche. Una larga noche tenue y muelle, llena de humedad y de rincones oscuros, en la que dolía la falta de intimidad.

Pensaba que le iba a ser difícil ajustarse a ese nuevo tiempo. Era un hectolitro de vino cosa fungible francesa. Cosa fungible venezolana hubiera sido una carga de café o de cacao. El café se seca en patios de ladrillos abiertos al cielo, rodeados de corredores blancos y huele a pan viejo. El vino se guarda en grandes toneles de roble, en largas galerías silenciosas, pobladas de una niebla de humedad vinosa, con moho, musgo y telarañas. Había musgo en las hendijas de los ladrillos de los patios de café. Pero era distinto.

Se iba al cuarto y trataba de leer. De lejos venían los ruidos ajenos y asordinados de la ciudad ajena, a recordarle la presencia de lo extraño y su

propia condición.

Estaba solo y lejos de los suyos. Había venido o había tenido que venir a aquella ciudad. Había tenido que venir. Hubiera sido seguramente distinto si hubiera venido por su propio deseo, de acuerdo con alguna necesidad interior. Pero sabía que ese no era el caso. Se había venido por los sucesos de la Universidad de Caracas.

Recordaba muy bien lo que decía aquel periódico entrevisto con angustia en la biblioteca del viejo Montesdeoca. «Agente Lázaro Agotángel, caído en el cumplimiento del deber». Y más aún recordaba la escena del patio de la universidad. Aquella sucesión fatal y rápida de acontecimientos que culminaban en el disparo a aquel hombre moreno, de corto bigote negro, con un diente orificado.

Se había venido a la soledad de aquel cuarto y de aquella noche para huir. O para rescatar. Había abandonado su ciudad natal. Había dejado su casa y sus gentes. Había atravesado el Atlántico en quince días de lenta navegación. Un día en Trinidad. Un día en Guadalupe. Un día en Martinica. Cubrían el barco de lonas, cerraban las puertas y las ventanas, mientras, como hormigas, subía la interminable columna de negros desnudos cargados de serones de carbón. El impalpable polvillo negro se colaba por todos los intersticios y el sol abrasaba el aire quieto.

Había llegado a su primera tarde larga de verano en *El Havre*. A las ocho de la noche no se había puesto el sol y él deambulaba por una calle desconocida sin acordarse de comer. Había enviado un cable a la familia. Y también una postal, con la fachada de una iglesia que no conocía.

Después el tren por horas impacientes, y la salida de una estación nocturna a una fea plaza mal alumbrada. Estaba en París.

Eso había sido. Y por eso se preguntaba en la soledad del cuarto de alquiler por qué estaba allí. Si había venido a huir o a rescatar.

Algo había que pagar. Había que reparar un daño. En Caracas, su gente se encargaría de buscar la familia del agente Agotángel para socorrerla. Su padre, el general Diego Collado, Celmira, su madre, quizá su hermano Rubén (¿por qué no?), y hasta Saúl Verrón su cuñado. Ese no. No iba Saúl Verrón a condolerse por el mal de nadie. Diría despectivamente: «Esas son sensiblerías de Álvaro. Además, todo eso es muy imprudente. Ponerse

ahora, sin ton ni son, a socorrer a esa familia es acusarse de la muerte de ese hombre. ¿Qué necesidad hay de eso?».

Claro que había necesidad de eso. La más perentoria y urgente necesidad. Nada podía ser más importante que aquello. Buscar aquella pobre gente abandonada. Una mujer, unos hijos. Para resarcir, para reparar, para retribuir.

Sin embargo, no era eso lo que podía bastar. Era demasiado fácil y barato pagar la vida de un hombre por medio de alguna mezquina caridad a su mujer y a sus hijos. Era desproporcionadamente insuficiente y aún más, era vil. No se paga sangre con monedas, ni vida con limosnas. Hubiera sido necesario pagar de verdad, rescatar en el completo sentido de dar por una cosa otra de igual valor. Dolor por dolor, angustia por angustia, desesperación por desesperación. Vida por vida.

No había entrevisto aquel hombre sino en el momento de hacerse el juez de su vida. Nada sabía de él. Lo poco que conocía lo había sabido después. Un campesino trujillano, reclutado para el servicio militar, se había quedado en el centro, había conseguido un empleo como agente de la secreta. Tenía cerca de cuarenta años. Había dejado una mujer, llamada Soledad, y tres hijos naturales.

Y eso era todo. Y no podía ser todo. Había que rescatar ese hombre. Ponerlo a vivir. Prestarle su propia vida para que con ella resucitara en alguna forma.

Fue entonces cuando Álvaro Collado resolvió escribir la vida del agente Lázaro Agotángel. La vida que pudo vivir aquel hombre, con los ojos con que pudo verla aquel hombre, y con las palabras con que hubiera podido expresarla.

En el aislamiento del cuarto, perdido en la noche de París, empezó a escribir a seis mil kilómetros y muchos años de distancia.

Lo primero que puso fue un título: *Historia natural de una vida*. Siempre había tenido una idea formal de lo escrito y le parecía que había que empezar por un título.

El título sabía a pretensión pseudocientífica. Tal vez sería mejor llamarlo *El rescate*. O, acaso, *La universidad*.

Y puso también un epígrafe. No era usual, ni hacía falta, pero le parecía que podía ayudar a entender el propósito. Puso un verso del Romancero: *Maté hombre y hombre doy*.

Después empezó a hablar a través de él otra persona, que hubiera podido ser el agente Lázaro Agotángel:

> «Esto es lo que conozco de mi vida, y lo que me gustaría contar de ella para que la gente pueda aprender a apreciar lo que es un hombre como yo. He sido pobre y subalterno siempre, pero he sabido tratar a los jefes y también a los que estaban bajo mis órdenes.
>
> »En mi pueblo de Trujillo no había escuela. Una plaza con un busto, una iglesia, una casa parroquial, una jefatura con su calabozo, una bodega y una botica. Y una calle larga. Donde terminaba la calle larga estaba nuestro rancho.
>
> »Me enseñó las letras una señorita vieja a la que mi mamá le pagaba de vez en cuando con algunos huevos o alguna gallina. Así aprendí a leer de corrido y a tener una letra muy buena y una buena firma.
>
> »Desde pequeño me gustaba el monte y la cacería. Andando por el monte, sin hacer ruido, en busca de un venado o de una gallina azul, el hombre aprende a ser cuidadoso, precavido y seguro. Y pasándose el día entero sin hablar con nadie y sin hacer ruido aprende a ser callado. Callado, precavido y seguro he sido siempre.
>
> »“Lázaro nunca dice nada”, observaba mi vieja, porque yo sabía que por la boca es que muere el pez y que el que guarda siempre encuentra. Y que el que anda solo no está mal acompañado.
>
> »A los quince años me llevó la recluta. No me pesa porque también aprendí muchas cosas en el cuartel. Había allí un cabo que me mostraba mala voluntad porque yo era trujillano».

Había sido como una experiencia de resurrección. Lázaro Agotángel estuvo hablando a través de él noches y noches. Y a medida que llenaba páginas sentía como que se descargaba.

«Un día franco fui a una fiesta por los lados de Pagüita. Había mucha gente y algunos estaban mareados. Cantaba un cantador con maracas y lo acompañaba una guitarra. Pero yo no hacía sino ver a una muchacha trigueña y muy arisca que no quería hablar con nadie y estaba como brava. Supe que se llamaba Soledad y me le acerqué».

Ahora estaban esos papeles, ya viejos de años, junto con otros muchos, con libros y con cartas, dentro de un cajón, en la bodega del barco, navegando con él en el viaje de regreso.

5

Muchos días después del entierro, al comienzo de una tarde, estaba Mireya en la puerta de la casa, abstraída, mirando cuesta abajo.

De las casas vecinas venían cantos melancólicos de lavanderas y gritos broncos regañando niños que lloraban.

Por la tierra de la empinada callejuela se movían siluetas alargadas de mujeres y de muchachos cargados con latas de agua sobre la cabeza. Subían de la pila que estaba al pie de la cuesta. Manadas de perros grises se hacían y deshacían en trotes y persecuciones.

Con grandes voces, carreras y pleitos un grupo de muchachos jugaba a ladrón y policía.

Mireya miraba todo aquel movimiento familiar con ojos mansos. Todas las tardes, a esa hora, se ponía allí, en la puerta, a esperarla ver pasar, hasta que empezaba la oscuridad y la voz de la madre la llamaba adentro para ayudarla a preparar la comida.

Pero ese día pasó algo inusitado. Cuatro mujeres, que no eran del barrio, subían con dificultad la calle terrosa. Tres eran, evidentemente, señoras de la ciudad. Ni sus trajes, ni sus zapatos, ni su manera de andar eran del barrio. La cuarta sí hubiera podido ser del barrio. Era una mujer menuda, envuelta en un pañolón negro, que parecía ir separada de las otras.

Mireya las miraba trepar. Eran gente fina. Zapatos de alto tacón, trajes nuevos, carteras de piel reluciente, pulseras de oro en los brazos. Había una que parecía de más edad y las otras la ayudaban a subir.

Ya estaban cerca y las podía oír:

—Ya yo no aguanto más, hija, si falta mucho me devuelvo.

—No, mamá, no falta nada. ¿Verdad, Clotilde?

La del pañolón no contestó; se acercó a una casa a preguntar algo y al salir señaló con el dedo hacia la puerta donde estaba Mireya.

—Esa es la casa, misiá[8] Celmira. Donde está esa muchacha vestida de negro.

Mireya sintió deseos de esconderse, pero no tuvo tiempo. Ya las cuatro mujeres estaban ante ella.

—¿Es aquí donde vive la familia Agotángel?

—Sí —contestó con angustia.

—¿Usted es de la familia?

—Soy la hija. Mi papá era Lázaro Agotángel. Mi nombre es Mireya Hernández, para servirle.

—¿Hernández? Ah… ¿Y su mamá, no está?

No tuvo tiempo de responder. De adentro venía la voz áspera de Soledad.

—¿Con quién estás hablando ahí, muchacha?

Y detrás de la voz apareció la propia Soledad, con los brazos arremangados, un trapo de cocina en una mano y una cacerola en la otra.

Miró a las recién llegadas con extrañeza:

—Guá. ¿Qué es? ¿Qué se les ofrece?

La señora mayor fue la que habló.

—Venimos buscando la casa de la familia Agotángel. Nos han dicho que es aquí.

—Aquí es —contestó con sequedad, y después de un rato de silencio hostil añadió:

—Si quieren pasar adelante…

Entraron.

—Yo soy Celmira de Collado —dijo la mujer mayor.

—Mucho gusto.

—Esta es mi hija Marta. Marta de Verrón. Esta señorita que nos acompaña es una amiga nuestra muy apreciada, la señorita Mafalda Reus.

Habían entrado todas y permanecían calladas, mirándose. No habían presentado a Clotilde. La criada de pañolón se había quedado rezagada. La señora Collado se percató:

—Y esta es… ¿cómo es que te llamas tú, m’hija?

Mafalda explicó:

—Esta es Clotilde Manso. Tiene más de veinticinco años en casa. Antes de que yo naciera, ¿verdad, Clotilde?

—Pueden sentarse —dijo Soledad.

Todas se acomodaron como pudieron en los pocos taburetes y sillas. Celmira ocupó el único mecedor y Clotilde se quedó de pie junto a la puerta.

La señora Collado trató de iniciar la conversación:

—Hemos sentido mucho la desgracia que les ha pasado.

Soledad la interrumpió con aspereza:

—¿Y por qué la van a sentir? Si ustedes no nos conocen.

Un frío de hostilidad paralizó las voces.

Marta Verrón trató de explicar:

—Comprendemos que le llame la atención que personas que usted no conoce vengan a visitarla para decirle que se conduelen de su desgracia. Sabemos la muerte de su marido. Su marido murió valerosamente…

Soledad volvió a atajarla:

—No era mi marido, no estábamos casados…

Volvió a surgir el silencio hostil. Se miraron como animales recelosos.

Mireya habló:

—Mamá, tú estás muy nerviosa. Déjalas que hablen. La señora quiere decir algo.

Celmira Collado aprovechó la intervención de la muchacha:

—Vamos a ver si se puede. Gracias, m'hijita. Tu mamá como que está muy brava.

—Perdone, señora, —Soledad pareció recapacitar— pero usted comprenderá que mi situación no es como para tener la cara risueña. Tengo tres hijos y la pensión que me han dado por la muerte de Agotángel, es una miseria.

Clotilde aprovechó el cambio de tema:

—¿Cuáles son sus hijos?

—Esta es la tercera, y la única hembra: se llama Mireya. Tengo además dos varones, Luis que anda en los dieciséis y Lázaro José, mejor dicho, Lázaro, que es el mayor.

—Precisamente, de eso es que veníamos a hablarle. Nosotros sentimos mucho la desgracia en que usted perdió a su marido. Uno de mis hijos estaba en la universidad ese día y él ha lamentado mucho todo lo que pasó.

—¿Cómo se llama su hijo?

—Álvaro Collado, estudiante de derecho. Ahora no está aquí. Está en Europa, pero nos ha encargado mucho que hagamos todo lo que podamos por usted y por sus hijos.

Mafalda Reus tomó la palabra:

—La señora Collado es la esposa del general Diego Collado. Usted, seguramente, lo ha oído nombrar. Estuvo preso muchísimos años y ahora ha sido varias veces candidato a gobernador. Usted debe sentirse muy contenta de que una persona tan distinguida quiera ocuparse de usted y de sus hijos.

Soledad pareció vencida y temerosa. Apenas logró decir:

—Dios se lo pague.

Celmira continuó:

—No somos gente rica, pero para complacer a Álvaro, estamos dispuestos a pasarle a usted una ayuda mensual. También se podría pensar en buscarle una beca o una colocación a su hijo mayor. ¿Él estudia?

Soledad contestó evasivamente:

—Estaba estudiando, pero usted sabe, con todas estas cosas…

Se sintió un ruido leve en el cuarto vecino. Mireya se levantó a observar.

—Es Lázaro, mamá, que estaba ahí.

—Tú estabas ahí, Lázaro, ¿y qué hacías? ¿Por qué no viniste para presentarte a las señoras?

En la puerta interior apareció Lázaro, las manos en jarras, el aspecto fiero, los ojos gachos, un gesto ascoso en la boca.

—Este es Lázaro, mi hijo.

—Ya es un hombre —dijo Celmira, observando con desconfianza al joven.

—¿Por qué no entraste? —volvió a repetir Soledad.

—Estaba ahí, oyendo.

—¿Y qué oías?

—Lo que oía. La señora es la mamá de uno de los patiquines de la universidad.

—¡Lázaro! —impetró Soledad.

—Esta ha sido una gran desgracia, que todos lamentamos mucho —dijo Celmira.

—Una gran desgracia para mi mamá. Eso sí, pero ¿para usted?

—También, porque mi hijo lamenta mucho todo lo que allí pasó.

Lázaro preguntó fríamente:

—¿Él fue el que se pegó a mi papá?

Celmira replicó con angustia:

—Mi hijo no ha matado a nadie, pero como es un hombre responsable y estaba entre los estudiantes el día en que ocurrió esa desgracia, siente que tiene una parte de responsabilidad en todos esos hechos y en sus consecuencias; ¿comprende ahora?

Lázaro la oía desafiante:

—No, no comprendo, pero eso no importa. Lo que importa es que a mi papá le pegaron dos tiros y lo mataron en el patio de la universidad. Y ahora la señora tiene remordimientos. No ve que su hijo estaba allí. Su hijo también tiene remordimientos. Para los ricos las cosas se arreglan fáciles. Mataron a un policía. ¿Qué importa eso? Si el policía hubiera matado a un estudiante sería distinto. Si mi papá se hubiera pegado al hijo de la señora.

Hablaba con hostilidad fría y segura. Marta Verrón se puso nerviosa:

—Ya se va haciendo tarde, mamá. Será mejor que nos vayamos.

Soledad, que había empezado a interesarse por los ofrecimientos, creyó llegado el momento de intervenir antes de que las visitantes se marcharan disgustadas.

—Misiá, no le haga caso, que él es así. Él no es malo, pero le gusta ser repugnante.

—Mire, mamá, mejor es que usted no hable por mí.

Dijo, y dando media vuelta, sin despedirse, se marchó por el interior de la casa hacia el fondo. Lo sintieron saltar la cerca del corral. Debía ir solo y bravo, por alguna vereda cerro abajo. Habría cogido una piedra y se la habría disparado con furia a un perro.

—Me da mucha pena, misiá, lo que ha hecho este muchacho —dijo la madre acobardada.

—No se preocupen —replicó Celmira Collado—. Yo comprendo muy bien. Los muchachos son así. Todos tienen su carácter difícil. Yo todos los meses le voy a mandar la ayuda que le ofrecí. Lo difícil va a ser llegar hasta aquí.

Mafalda Reus no dejó perder la ocasión de participar.

—Eso es muy fácil, señora Collado, Clotilde puede venir. Eso no es ningún trabajo para ella. ¿Verdad, Clotilde?

La callada mujer del pañolón asintió moviendo la cabeza.

—Así es, magnífico —dijo Celmira—. Pero también me gustaría ver si podemos hacer algo por ese muchacho. No me parece que está en buen camino. Podemos buscarle un colegio, y un empleo. ¿Tú no crees, Marta, que Verrón podría emplearlo en su bufete?

—Yo no sé, mamá, habría que preguntárselo a él primero.

—Naturalmente. Habla con él.

Se levantaron para despedirse. Ya estaba oscuro el interior de la casa y todavía no habían encendido ninguna luz. Antes de salir la señora Collado puso un sobre en la mano de Soledad.

—Esta es una cosita, por el momento. Lo mejor será, para que arreglemos todo esto, que vaya por casa. Clotilde le puede explicar la dirección. Yo no sé ni dónde vivo.

6

Como destacado por un azar de toda la barahúnda de jetas y máscaras, vino al vidrio de la ventanilla un rostro terroso y grotesco, haciendo morisquetas mudas y gestos con las manos. Estaba tocado con un sucio fez rojo. Nada decía, ni pedía, sino que hacía desarticulados visajes a los dos hombres.

—Qué disfraz tan triste —dijo Eladio.

—Quiere ser más turco que tú.

Eladio calló. Lázaro lo observó de reojo. La tez olivácea, la profunda sombra azulada de la barba, la gruesa nariz, la quijada maciza, los labios carnosos. Tenía todo el tipo del sirio. Más sirio que su padre.

—¿Cómo está el viejo Tufik?

—Lo mismo que siempre, tú sabes, queriendo ir al trabajo todos los días. No hay manera de que se quede en la casa.

—En eso no lo heredaste tú.

Eladio lo miró de mala gana:

—Quién sabe. Nosotros también trabajamos, Lázaro, pero de otra manera. Nuestro trabajo no es de mostrador, ni de oficina, sino de hacer evoluciones y levantar oportunidades en todas partes. Hace una semana, precisamente, le conseguí a Oromundo Pérez un terreno que quería comprarle al general Landa en el este. ¿Tú sabes dónde? En un velorio.

Un estruendo de pitos de madera y de sonajeros de metal rodeó el automóvil y se llevó la cara del hombre del fez.

Lázaro revistió un tono serio para hablar de algo que le pareció importante.

—Ese negocio de corredores, como se ha hecho hasta ahora, ya no es interesante. Ganarse un dos por ciento o un cinco, llevando a un tercio difícil a ver una casa en La Pastora, y regateando una semana entera. Yo no

me pienso ocupar de eso. Ahora la cosa va a ser distinta. El gobierno va a empezar a comprar y expropiar para hacer avenidas y barrios obreros. Si uno tiene una buena conexión arriba puede llevarse una tajada grande.

—Eso no es fácil, Lázaro.

—Sí es, tú vas a ver.

Eladio guardó silencio. Todo podía ser fácil. Todo había sido fácil. Todo había sido posible y a veces inesperado. Todo podía ser posible. El bullicio de la calle, los ruidos, las músicas, el movimiento, las luces, los colores daban una sensación de fluidez y de improvisación sin término. Toda la calle era una caótica feria de engaños y esperanzas. Y de arrebatadas posesiones. Podían ser hombres las mujeres que se tongoneaban lúbricamente al son de una música de tambor. Podían ser blancos los negros pintarrajeados. Podían ser hermosos los rostros cubiertos por las máscaras innobles. Podía ser flaco aquel gordo de colchón que daba tumbos entre los muchachos ardidos de gritos. Podía ser un enano el hombre que se bamboleaba caminando sobre los altos zancos, con unos largos pantalones vacíos que temblaban y se sacudían en torno a los parales de madera. Todo estaba abierto a la posibilidad de la sorpresa.

—Tú te das cuenta, Lázaro, todo lo que hemos hecho en estos años. Parece mentira.

Lázaro le replicó:

—Te parecerá mentira a ti, pero para mí es verdad. Yo sabía lo que quería desde que vivía allá arriba en ese cerro.

—El que va a subir sube, compa, y no lo para nadie.

Le había dicho *compa* y era como un llamado a la complicidad fraternal que los había unido desde la infancia.

—Tenemos mucho que hacer juntos todavía. Ahora es que falta.

Era la invitación a presenciar prodigios y a participar en ellos.

—Somos como esos muchachos que están apiñados en las aceras gritando toda la tarde: «¡Aquí es! ¡Aquí es!» Lo que cada uno de ellos espera no es un caramelito o una serpentina, sino que, de algún modo, Dios sabe cómo, de algún carro van a empezar a tirar monedas de oro, cajas de bombones, mujeres desnudas.

Eladio rio con halago. Así eran ellos. Así era Lázaro. Así había sido desde el cerro, desde que se encontró con los Collado. Toda esa gente que llegó un día, como una comparsa de carnaval, a la casucha de la subida del manicomio.

Pero los Collado, para Lázaro Agotángel, no eran una comparsa como esa de indios o de muertos que el carnaval reúne para una tarde. Eran otra cosa. Eran gente con caras que no parecían cambiar. Cada uno con la suya hecha y fija que lo miraba desde unos ojos distantes. La del general Collado, que parecía morder su bigote blanco. La de Verrón, lustrosa, dura y desconfiada. La de Rubén Collado, que corría como una bola de un lado a otro. La de Celmira, tierna y violenta. Y la otra, la que no había visto en vivo sino en fotografías rígidas y menudas, la de Álvaro Collado, que siempre parecía que iba a regresar de aquellos países de más nunca, pero que pasaban los años y no regresaba. Pero, sin embargo, para él había estado más presente que ninguna presencia real, con una turbadora presencia compuesta de hechos, de inferencias y de imaginaciones. Hubiera sido mejor, tal vez, encontrarlo, años atrás, cuando conoció a la familia Collado. Ahora iba a ser más difícil, pero era ahora cuando iba a encontrarlo por primera vez.

A eso aludía Eladio cuando dijo:

—Todavía no has visto al hombre.

Lázaro arrugó el gesto y contestó negativamente con la mano, como si no quisiera hablar.

Eladio insistió:

—Tú como que no tienes ganas de verlo.

—No, no es eso. Es que no nos hemos visto.

Guardó silencio.

—La verdad es que no nos conocemos. Parece mentira. Él sabe quién soy yo, y yo sé quién es él.

Un muchacho encendió en la acera un grueso montón de serpentinas. Las llamas se alzaron, temblaron en la sombra y encendieron los rostros y los gestos con una alegría fugaz.

7

Clotilde Manso, sumergida en su pañolón oscuro, lo llevó a la casa de los Collado. Le habían puesto la mejor ropa y parecía terriblemente endomingado. Era un traje de dril grisáceo a rayas oscuras, planchado con demasiado almidón, que brillaba al sol y se quebraba en arrugas rígidas.

El general Diego Collado leía su periódico en el corredor. Lo miró por encima del papel como acechándolo.

—Este es Lázaro, papá —le dijo su hija Marta.

Levantó la vista de la lectura:

—Ajá. Vamos a ver.

Lo examinó desconfiadamente.

—¿Qué edad tienes?

Era con él y habría que contestar.

—Estoy andando en los diecisiete, señor.

—Señor no, general. Y no de Semana Santa, sino de los que se han quemado el pecho cuando los militares peleaban.

Lázaro quedó abochornado. El viejo se dio cuenta.

—Eso no tiene importancia, muchacho, ni tú tenías por qué saberlo. Con que vas para los diecisiete años. En mi tiempo los jóvenes tenían la oportunidad de la carrera de las armas. A esa edad entré yo a servir con el Mocho Silverio. Ahora no hay eso. ¿Te hubiera gustado ser militar?

Lázaro sonrió complacido:

—Guá, a mí sí.

—Un muchacho como tú entraba de ordenanza de un jefe y si tenía valor y cabeza subía ligero. Yo fui capitán antes de los 19 años.

Celmira, su esposa, le cortó la rememoración.

—Está bien, Diego, no le vas a contar ahora esas cosas al muchacho.

—Ujú —murmuró de mal humor.

—Ya se le ha conseguido un puesto en la Escuela de Artes y Oficios. Va a estudiar para mecánico. Va a vivir en casa de Mafalda Reus, que le queda más cerca de la escuela. La pobre Mafalda se ha portado muy bien y ha puesto todo de su parte para ayudarnos. Y Clotilde, no se diga. Ella es la que verdaderamente se ha hecho cargo de este muchacho. Llévalo, Clotilde, para la cocina para que coma cualquier cosa. Yo te veo después, m'hijito.

Desapareció detrás de Clotilde, hacia la cocina.

El general Collado continuaba de mal humor:

—Yo no he querido meterme en esto y he dejado que ustedes hagan lo que les parezca. Ojalá les salga bien, pero lo dudo. Esos muchachos de la calle tienen malas costumbres y es muy difícil enderezarlos.

Celmira le replicó:

—Pero Diego, no podíamos hacer otra cosa. Tú sabes muy bien cómo ha sido el empeño de Álvaro en que nos ocupemos de la familia de ese pobre hombre que mataron en la universidad. No hay carta suya en la que no pregunte lo que hemos hecho para complacerlo.

El general replicó con aspereza:

—Él se siente culpable, pero los que tenemos que cargar con la culpa somos nosotros. Yo no entiendo eso. Esas son majaderías de Álvaro. Ni que hubiera sido él el que mató al agente. Esa no fue sino la consecuencia desgraciada de una acción colectiva. Como la guerra. Si el que toma parte en una guerra se fuera a sentir responsable de todos los muertos y todos los males que sufre el enemigo, se volvería loco.

Marta, la hija, no parecía convencida:

—Y, sin embargo, así debería ser, papá.

El viejo le contestó en tono desdeñoso:

—Qué sabes tú de eso. Uno no responde sino de lo que ha hecho, y eso mismo hasta cierto punto. ¿Qué responsabilidad puede tener el soldado, a quien llevan a combatir, de los males que resulten de la guerra? Y si él no los hace se los hacen a él. En la guerra todos andan en defensa propia. Uno no sabe quién es el enemigo, ni dónde va a aparecer, ni cómo ni cuándo lo va a atacar. Tiene que andar como venado en bebedero, venteando y viendo para todos lados, sin confiarse en nada, ni en nadie. Además, esta no fue

ninguna guerra, sino una locura de un grupo de muchachos. La culpa fue de las autoridades, porque se impacientaron y perdieron la cabeza. Te advierto que Landa está de acuerdo conmigo. Eso es todo. Ahora, por lo que hace a ese muchacho… ¿Cómo es que se llama?

—Agotángel, Lázaro Agotángel —aclaró Marta.

El viejo pareció perplejo.

—Bueno, como se llame. Hagan lo que quieran. O lo que quiera tu hermano. Yo no me opongo, ni me meto en eso, pero verán y se acordarán de mí.

El general Collado, hombre de dureza y de soledad, hecho a la guerrilla y a la cárcel, parecía husmear, con instintiva hostilidad, aquel ser nuevo que de un modo inesperado se incorporaba a su tribu.

Celmira anunciaba:

—Le tengo que escribir esta misma noche a Álvaro.



La cocinera decía, en el mismo momento.

—Tengo una puntada en la espalda que no me deja respirar. Anoche no pegué los ojos. Yo no sé ni cómo llegué a la pieza. Y esta mañana me vine arrastrando. Virgen del Carmen. Y eso que tengo puesto un emplasto de hojas de llantén, que dicen que es muy bueno.

En la cocina de los Collado, mientras Lázaro comía en silencio, oía la conversación de Clotilde con la cocinera y la sirvienta. Hablaban de dolencias, de infortunios, de temores.

La sirvienta opinaba:

—Eso no sirve, m’hija. Yo tuve mucho tiempo un dolor en la cintura que me tenía doblada. Y no había modo de quitármelo. Me hice los remedios que me mandaron en el dispensario y de nada sirvieron. Que si unas pastillas, que si unas cucharadas, y ese dolor clavado. Yo todavía me acuerdo de eso y me pongo a sudar frío. Fui a casa de un curioso, que me mandó unos cocimientos. Qué va. Como si nada. Hice completa la novena de santa Rita, y tampoco. ¿Tú sabes con qué se me vino a quitar? Déjame tocar madera, por si acaso. Con el guarapo de raíz de mato. Como con la mano, m’hijita.

—Eso es bueno, pero no sirve para todo —dijo Clotilde, que habló al fin—. A mí cuando me da el ahogo y se me pone ese pecho apretado, no me alivio sino con la sábila.

—Eso es verdad —dijo la cocinera—, la sábila es muy buena. Yo lo vi con una sobrinita mía a la que le dan unos fiebrones que se queda como muerta.

Lázaro mascaba con desgana la comida ya fría y oía casi sin prestar atención. Era como si continuara oyendo las conversaciones de su madre en la casucha del cerro. Enfermedades y yerbas, desgracias y oraciones. La sábila crecía en las quebradas del cerro, entre la tierra rojiza y lavada, junto a matojos de yerbas grises, envuelta en un indefinible olor de excremento viejo de los que venían a desahogarse en el monte.

Pero a poco volvió a aparecer aquel nombre.

—¿Y qué se sabe del niño Álvaro? —preguntaba Clotilde.

—Pues nada, parece que está bueno. La señora siempre recibe cartas de él.

La sirvienta parecía ser la más informada:

—Si una ve su cuarto parece que fuera a venir mañana mismo. Todo se lo tiene igualito, como si él estuviera aquí.

Lázaro sintió curiosidad.

—¿Podría ver el cuarto?

—Guá, si quiere. Pero si no ha comido nada.

—No quiero más. Gracias.

Subió al piso alto con la mujer. Avanzando inseguro hasta penetrar en el cuarto de Álvaro.

No se parecía a los cuartos que conocía Lázaro. Era espacioso. La ancha cama de madera pulida estaba tendida. En las paredes colgaban cuadros y grabados. Había un estante cubierto de libros y sobre la mesa de trabajo también carpetas y libros. Un cráneo de porcelana estaba sobre la mesa de noche. Una lechuza tallada en madera oscura se alzaba sobre el estante. Sintió algo de la presencia de aquel ser que ahora estaba tan lejos. Como está presente el animal en el cubil que el cazador encuentra vacío.

Se quedó viendo, calladamente, lomos de libros, puntas de lápices, figuras de grabados, manchas de mapas. Sobre el paño de la mesa de

trabajo, a un lado de la cubierta de cuero rojo, estaban dos mínimas figuritas de estambre anudado, de un color rosa desvaído. Las estuvo viendo largo rato. Sin saber por qué, en un descuido de la criada, las cogió y se las echó al bolsillo.

Eso fue todo. Cuando bajó de nuevo, la cocinera hablaba de brujerías con Clotilde.

—Hacen un muñeco igual a la persona a la que le van a hacer el daño. Le hacen el ensalmo, lo ponen boca abajo y donde le clavan un alfiler la persona siente un dolor que no aguanta.

—¡Ave María Purísima!

Estaba de nuevo allí.

—Ya es hora de irnos para la casa de la niña Mafalda. Vámonos —dijo Clotilde.

Pasaron al corredor. Se despidieron de la familia Collado.

—No te pierdas, hijo. Acuérdate que todos aquí estamos pendientes de ti y te queremos ayudar —le dijo la señora.

Los demás se limitaron a sonreírle.

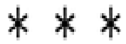
En el trayecto del autobús, él y Clotilde permanecieron silenciosos. Con la mano en el bolsillo tocaba los dos muñequitos de estambre.

Sentía vagamente que había tomado posesión de algo, que estaba ahora en su poder, algo que antes le era ajeno.

Clotilde hablaba:

—La niña Mafalda es muy buena. Le ha arreglado en la casa una pieza para usted. Tiene que portarse muy bien con ella.

Le decía «usted» como a una persona grande.



Marga Alcudia, fea, menuda, hombruna y gesticulante, estaba de visita en la casa de Mafalda Reus cuando llegaron. La oyó sin entenderla.

—Estamos en pleno marasmo, Mafalda. No hay manera de hacer ir a nadie a la Agrupación de Mujeres. Todo el mundo tiene excusas. Yo sé que es miedo. Después de que el gobierno expulsó a los dirigentes de izquierda todo el mundo tiene mucho miedo. Y eso, ahora, cuando la situación

internacional se está agravando. El fascismo está cada día más amenazante. Y ni siquiera con eso se logra que la gente dé señales de vida.

Mafalda, en un tono convencional, asentía:

—No podemos permitir eso, Marga. Hay que hacer algo. Yo estoy de acuerdo contigo. Tal vez se podría empezar con unas conferencias de tipo cultural en la casa de la agrupación. Porque esto también es un problema cultural, niña; es la cultura la que está más amenazada. Tú te das cuenta de lo que pasaría si esa gente domina el mundo.

Parecieron descubrirlos, después de que tenían rato detenidos, oyéndolas.

—Qué bueno que llegaron —dijo Mafalda.

A Marga le explicó:

—Este joven es Lázaro Agotángel.

—¡Ah!

—Sí, el hijo de aquel agente que…, tú sabes, que murió en los sucesos de la universidad.

Marga le tendió la mano.

Era una mano seca y débil.

Mafalda lo invitó a sentarse con ellas. Él vaciló.

—Siéntese, Lázaro.

Se sentó con encogimiento. La sombra oscura de Clotilde Manso se perdió en el interior de la casa.

Los pequeños ojos de Marga se animaron:

—No se imagina cómo me contento de conocerlo. Nosotras trabajamos por el pueblo y necesitamos, precisamente, gente como usted. No se imagina todo lo que nos puede ayudar ¡Qué maravilla!

Y arrastraba la elle con fruición, casi con voluptuosidad.

8

Era un inmenso toro labrado en el bloque de piedra, con alas desplegadas a lo largo del cuerpo y una cabeza de rey o de dios. Una cabeza de larga barba rígida ensortijada, cortada en tramos, gruesos labios carnosos y nariz acaracolada. Estuvo en la portalada del palacio de un rey asirio. Ahora estaba en la sala del museo, extraviado.

Cada vez que Álvaro Collado pasaba ante él, entre las antigüedades orientales, se acordaba de Zulka. El poderoso animal semihumano era como el supremo semental de bestias y de hombres. Y estuvo por generaciones a la entrada del palacio de un rey de Susa o de Ur, que poseía millares de mujeres. Un rey asirio no pensaba en una mujer con ese deseo tierno e indefinido con que él volvía al recuerdo de Zulka.

Él había sido expulsado del ámbito de Zulka. Mientras veía el toro-dios asirio, ella estaría en su vida de Caracas. El *cocktail*, la recepción, la exposición, el concierto. Junto a ella, más como un servidor fiel que como un marido, estaría Juan Milvo. En torno de ella, muchos hombres mariposeando con ojos golosos.

Y entre ellos, en primer término, tal vez Pedro Tocorón. Tan lamido, tan bien puesto, tan pleno de perfumada necedad.

En las primeras cartas preguntaba tímidamente por ella, entre muchos otros nombres, para escamotear su interés.

«Cuéntenme las cosas de la gente de allá. Todo me interesa. Hasta lo que les pueda parecer a ustedes insignificante. Las gentes que asistieron a una fiesta, los compromisos, los matrimonios y, sobre todo, los divorcios. A propósito de esto, me han dicho que el matrimonio del doctor Milvo y de Zulka Reyes no marcha bien. Si resulta cierto lo lamentaría mucho».

Pero ni aun así lograba suficiente información. A veces, en alguna vieja revista, en el consulado, tropezaba con el retrato de Zulka en una fiesta. Con disimulo arrancaba la página y se la guardaba en el bolsillo, para después sacarla en una mesa de café y devorarla con los ojos. Eran malas impresiones borrosas, pero se vislumbraba suficientemente el rostro y la silueta de la deseada mujer. Le parecía entonces mirarla en vivo, oírla hablar entre risas y fingidos asombros. «Álvaro, pareces un niño. No seas absurdo». Es lo que ella le hubiera dicho si lo hubiera visto en aquel estado de ánimo.

Como le había dicho el día del encuentro decisivo en la vieja casa de Los dos caminos. Allí se jugó el todo por el todo con ella y allí la perdió. Comprendía ahora que de aquel modo no hubiera sido posible ganarla nunca.

Cuando se casó su hermano Rubén con Luna Carlina, recibió un grueso sobre de recortes de periódicos con fotografías. Buscó en los rostros de los grabados y en la lista de invitados. En los rostros había uno que podía ser. Tal vez aquella cara que asomaba incompleta entre otras, difuminada, bajo un alto sombrero. Entre los nombres aparecía, todavía con su marido: «el doctor Juan Milvo y su señora».

A veces tropezaba en París con matrimonios venezolanos amigos. Se hablaba de la gente del país. En primer lugar, de la familia.

—A su papá lo vi poco antes de embarcarme, está muy bien.

Y después de inquirir indiferentemente por dos o tres personas, soltaba:

—Me han dicho que Zulka y Milvo se van a divorciar. No puedo creerlo.

Había sonrisas mal intencionadas.

—Bueno. Se dicen muchas cosas. La verdad es que parecen estar un poco distanciados.

Y alguien añadía:

—Ella no es precisamente una mujer casera.

Resolvió escribir a Beatriz Palomba, aquella acuosa y tibia mujer, mansa y avacada, que se había enamorado de él. Beatriz sabía cosas y las podía averiguar. Cerca de ella estaba la figura menuda de Basso, con sus espías, sus confidentes y sus informes.

Las primeras cartas de Beatriz fueron abundantes y enternecidas.

«No te imaginas qué alegría tan grande me ha dado ver letra tuya. He leído tu carta como diez veces. Qué bueno eres de haberte acordado de mí para contarme tus impresiones y tus proyectos».

Las impresiones y los proyectos eran datos sueltos de Baedeker[9] y algunos informes sobre sus estudios. Pero la Pastora Suiza le pagaba de vuelta con copiosas misivas llenas de farragosa e inagotable parlería. Le hablaba de todas las gentes conocidas. Le narraba los más pequeños incidentes domésticos. Le transcribía conversaciones enteras de sus amigos. Y allí, entre toda esa barahúnda de noticias, estaba, al fin, la información deseada.

«De Zulka preferiría no hablarte, pero como yo sé que te interesa, en eso nunca me he engañado, te voy a contar todo lo que se dice. El matrimonio de ella anda muy mal. El doctor Milvo no la acompaña a ninguna parte. Dicen que no ha pedido el divorcio por la hijita que tienen, que es una preciosidad. Ella va sola a todas partes y se porta como si estuviera ya divorciada. Bebe como un marinero y fuma como una chimenea. Dicen que ya tiene más de un substituto para el pobre Milvo, tan pronto le den el divorcio. Y como, además, quedará con plata».

No le nombraba a Tocorón, pero debía estar allí, junto a Zulka, como verdadero dueño de la espléndida mujer.

Tal vez ahora hubiera sido su oportunidad, si hubiera estado en Caracas, pensaba Álvaro. Podía haber reparado las torpezas de aquel encuentro desgraciado. Podría haberse acercado a ella por otra vía y en otros términos.

Pero ahora estaba lejos. Tenía que asistir a sus cursos. Tenía que escribir su libro. A menos que Zulka, en medio de la crisis sentimental en que se hallaba, viniera sola a París. Viniera sola y lo conociera a él en su verdadero ser. Y la tuviera a su lado quieta, natural, sin sorpresa. Como aquella mujer que estaba a su lado en la apretujada silla de la *boîte*, entre el humo espeso y la música espesa y a la que podía tomar la mano indiferentemente y besar indiferentemente y olvidar por largos ratos como si no estuviera a su lado y ni siquiera existiera.

No era eso posible, pero, en cambio, podía empezar a escribirle. Le escribió una primera carta, en la que de todo le hablaba menos de sus

sentimientos.

«Esta es una ciudad en la que cada quien puede vivir su vida hasta agotarla. En la que cada quien puede encontrarse a sí mismo en la más absoluta y total presencia. En la que se entretejen todos los caminos del hombre y en la que todas las hambres y las sedes pueden hallar saciedad plena. Yo no sabía, hasta ahora, que se podía vivir así. Me gustaría que tú tampoco lo supieras y que vinieras a descubrirlo aquí algún día». Iba a añadir *conmigo*, pero no se atrevió.

Recibió pronta respuesta. No podía creerlo. Estuvo largo rato con el ancho sobre azul entre las manos, sin abrirlo. En largos caracteres de gruesos perfiles estaba escrito su nombre por la mano de Zulka: «*Monsieur* Álvaro Collado».

9

—Esa mujer es loca, chico —dijo Lázaro.

—¿Qué mujer? —preguntó Eladio, mientras buscaba con curiosidad entre las pocas figuras femeninas que asomaban entre los apretujados conjuntos de gritos y disfraces que llenaban la acera.

—No, chico. Estaba hablando de Marga Alcudia, tú no la conociste.

Eladio rememoró:

—Sí, la conocí, cómo no. Tú mismo me llevaste una vez a la casa aquella de la Agrupación de Mujeres. Acuérdate.

—Sí, es verdad. Ya hasta se me había olvidado. Cuando se le metía en la cabeza algo no descansaba hasta que lo hacía. El mismo día que llegué a la casa de Mafalda Reus me la encontré allí. Yo le parecía una maravilla. Hijo de un policía asesinado, nacido en un cerro de Pagüita, un muchacho de la calle, una gente del pueblo. Era lo que ella necesitaba. Ella decía que los que no eran del pueblo no podían sentir al pueblo.

Eladio reaccionó bruscamente:

—¿Y ella era del pueblo?

—No, qué va. Pero creía eso.

—Era fea la condenada. ¿No estaría buscando otra cosa contigo?

Lázaro sonrió.

—No, compa, ni peligro. Ella lo que ha sido siempre es una maniática. Loca, compa.

—Eso es falta de hombre.

—No, compa, que es loca, que es así. Tiene esas ideas metidas en la cabeza, y quería metérmelas a mí. Pero conmigo no pudo.

—Fracasó contigo.

—Pobrecita. Había que ver los esfuerzos que hacía para convencerme. «Tienes que comprender, Lázaro, que el mundo está dividido entre explotadores y explotados. Una vez que comprendas eso sabrás cuál es el sitio que te corresponde».

El automóvil había venido a detenerse ante un grupo de músicos callejeros que cantaban un pasodoble. Guitarra en mano, el que los dirigía, con el sombrero en la nuca, cantaba a voz en cuello mostrando un gran portillo de dientes caídos.

«Traigo una rosa en la mano…».

Las guitarras y el canto les ahogaron la conversación.

—Vamos a darles algo.

—No les des nada, porque nos vuelven locos.

—Yo les voy a dar para que se callen —dijo Eladio.

Sacó un billete de diez bolívares y se lo tendió al desdentado.

Lázaro seguía con su cuento.

—Tú te das cuenta de eso. La pobre Marga. Qué cosas le hice yo. Un día que me estaba diciendo esa lavativa de los explotadores y los explotados, me tenía fastidiado y yo no sé cómo se me ocurrió decirle: «Mire, señorita, eso que dice usted puede que sea verdad, pero yo no estoy de acuerdo con eso. Yo no divido la gente así. Para mí lo que hay son vivos y pendejos. Y, como usted comprenderá, no tengo ningún deseo de quedarme del lado de los pendejos».

—¿Le dijiste eso?

—Así como lo estás oyendo. Pero es que esa gente, compa, no entiende nada. Esa es una gente muy rara.

Un hombre metió la mano por la ventanilla del chófer, y con una pistola de agua mojó a Eladio.

En un arrebato de indignación, Eladio abrió la puerta y saltó a la calle.

Lázaro le vio el gesto de furia y salió a su vez para detenerlo.

—¿Qué es eso, compa?

Eladio forcejeaba con un grupo de disfraces que le impedía alcanzar al hombre de la pistola de agua.

Hizo el gesto convulsivo de sacar el revólver.

—Compa, ¿estás loco?

Lo sujetó con fuerza.

—Quédese quieto. Véngase conmigo.

Lo logró meter de nuevo al automóvil. Se había intensificado el coro de gritos, pitos y aullidos de los muchachos y los disfraces.

Atascado, entre voces, cuerpos, brazos, el automóvil continuó su lento deslizar.

10

Fue a Juvenal Contreras y al teniente Abel Maldonado[10], a los primeros que se los contó. En el botiquín de la esquina de Marcos Parra, donde frecuentemente se reunían al atardecer. En un segundo patio, con poca gente, oloroso a aserrín y a urinario. A grandes palmadas y gritos llamaban al criado que ponía los vasos de cerveza sobre la mesa de metal.

—¿Ustedes saben lo que le dije a la tal señorita Alcudia? Que en el mundo no había sino vivos y pendejos, y que yo no había nacido para ser pendejo.

—¿Así mismo?

—Así mismo.

Desde el entierro del agente Agotángel, Juvenal Contreras se había hecho amigo de la casa. Iba con frecuencia a conversar, hablaba con los muchachos y hasta con Soledad Hernández, pero cada vez que podía se hacía a un lado para conversar con Mireya. Cuando se tardaba el pago de la pensión a la familia era Juvenal quien hacía las diligencias para lograrlo.

Después de que Lázaro se fue con los Collado, Juvenal comenzó a visitar con más frecuencia la casa del cerro del manicomio. Iba hasta dos veces al día y en ocasiones hasta tres. Le llevaba algún pequeño obsequio a Soledad, se chanceaba un rato con Luis, y después se ponía a cuchichear a un lado con Mireya, por horas. La muchacha, con la cabeza clavada en el pecho, lo oía y miraba el suelo. Tenía las manos apretadas sobre la falda como si no supiera qué hacer con ellas. Cuando Soledad se acercaba interrumpían la sigilosa conversación.

—¿De qué están hablando?

—De nada, mamá —respondía Mireya nerviosamente.

También se hizo amigo de Lázaro. Cuando el muchacho venía a la casita y se encontraba a Juvenal, este lo invitaba a salir:

—Vamos a dar una vuelta, compañero.

Era un hombre hecho y se le veía el bulto del revólver en la cintura. Lázaro se sentía halagado. Juvenal lo llevaba a los botiquines a jugar dominó, a beber brandy y también a veces entraban, como dos compañeros, en las casas de mujeres. Caras pintadas, batas cortas y transparentes y muslos con verdugones oscuros.

Fue Juvenal quien le presentó al teniente Maldonado. No tenía para entonces más de cuatro años de haber salido de la Escuela Militar. Era bajo, reconcentrado y receloso.

Juvenal y Lázaro se tuteaban, pero Maldonado los trataba de usted.

—No es que no seamos amigos, pero no les puedo decir sino usted. Allá en Capacho, todos nos hemos tratado de usted. A mi padre y a mi madre no les he dicho sino usted, y lo mismo a mis hermanos. Esa es la costumbre en que me crie.

Para Lázaro fue difícil acostumbrarse a aquel tratamiento, pero poco a poco se fue haciendo a él.

—Hermano Abel, yo lo quiero, pero se me pone muy lejos con ese usted atravesado.

El teniente Maldonado era irreductible en su manera:

—¿Pero usted le dijo esa cosa a esa señorita?

—Claro que se la dije.

—Abel, usted no conoce todavía a ese hombre —terció Contreras.

—Usted es el que tiene razón, Lázaro. El mundo está lleno de pendejos. Contentémonos de no haber nacido nosotros de ese lado.

—Eso no tiene remedio —dijo Contreras—. Se nace vivo o se nace pendejo. Contentémonos de no haber nacido nosotros de ese lado.

El teniente Maldonado tenía ideas fijas:

—Mire, Juvenal, lo de ser pendejo no es de nacimiento, es de voluntad. Tiene uno mismo que tomar pronto la decisión de no ser pendejo. Yo desde muchacho, en mi pueblo, tomé mi decisión. Dije: «A mí no me van a arrear». Y no me he dejado arrear. Éramos siete hermanos, huérfanos de padre. Es mucho el jurgonazo[11] que tuve que dar en la escuelita, para que

aprendieran a respetarme. Hasta que me respetaron. Hasta que los otros dijeron: «No se metan con Abel». Esa es la cosa. Y cuando llegué a la Escuela Militar fue lo mismo. Me veían como un bicho del monte. Pero allí había uno de mi pueblo, un capachero[12] como yo, y ese se encargó ligero de decirles: «No se vayan a engañar con Abel. Miren que ese no se deja hacer». Y no me dejé. Todos me respetaron desde el primer día. Esa es la cosa, uno tiene que hacer que lo respeten. Si no, hasta los perros lo mean.

Lázaro lo veía con cierta envidia. Metido en su uniforme verde oliva, con sus presillas negras y sus dos estrellas de plata, parecía la personificación de aquel credo de fuerza que exponía.

Continuaba:

—Usted lo sabe, Juvenal, que está en un cuerpo donde se necesita la disciplina y el respeto. Es usted el que tiene que hacerse respetar; no es por el grado, ni por el nombramiento; si la gente no lo respeta por usted mismo de nada valen los grados, ni los despachos.

Juvenal Contreras asentía:

—Eso es verdad, Abel. Uno tiene que hacerse respetar, si no lo padrotean[13]. Yo en el servicio he tenido que amarrarle la cara a mucha gente. Y a mucho jefe también. Una vez uno de los jefes, recién nombrado, me llamó, delante de un grupo de agentes, y me dijo: «Hágame el favor, coja ese paquete que es un regalo que me mandaron y me lo lleva a mi casa». Me dio una cosa por dentro. Me quedé viendo a los otros que estaban en el cuarto esperando a ver qué iba a hacer yo. Muy tranquilo, sin alzar la voz, le dije: «El portero, que está aquí para eso, se lo va a llevar». Llamé al portero delante de él y lo mandé con el paquete. Santo remedio. Más nunca se le ocurrió nada parecido. Pero…

—Pero qué —preguntó Lázaro.

—Yo estaba resteado. Si el hombre hubiera insistido con su paquete hubiera tenido que matarme, o yo a él… Me lo debió leer en la cara.

Volvieron a pedir cerveza. Se hicieron más locuaces y comunicativos.

—Yo pago esta vuelta —dijo Contreras. Era, ciertamente, el que disponía de más dinero. Lázaro y el teniente Maldonado no podían darse esos lujos.

—Por ahora tenemos que contentarnos con tomar cerveza —dijo el teniente.

Contreras, que conocía más el carácter del teniente, añadió para halagarlo:

—Eso sí, después será otra cosa. Cuando Maldonado sea el coronel Maldonado, ministro de guerra, y después cuando sea más… lo que tiene que ser.

Lázaro, instintivamente, miró con inquietud hacia la entrada para ver si alguien los oía.

—En eso tengo yo la fe más completa —prosiguió Contreras—. Yo a este caballo me juego hasta la chaqueta. Abel, tiene que llegar a ser una cosa muy grande en este país.

El teniente sonrió tenuemente. Lázaro lo miraba absorto. Detrás de aquella cara inexpresiva, detrás de aquella guerrera simple de oficial subalterno, le parecía vislumbrar las banderas de seda, los himnos de cobre y las lustrosas bayonetas caladas que presentan los batallones de parada.

—Usted va a llegar, Abel.

—Pues, puede ser. Usted ve, la cosa importante es saber adónde va uno. En este país la mayoría de la gente no sabe adónde va, ni lo que se propone. Eso que usted llama los pendejos, eso en realidad son los blandos. La gente se ha puesto blanda en este país. Los jefes ya no son jefes porque se lo han ganado, sino por puro favoritismo. Aquí el último hombre de verdad, que sabía lo que quería, fue el general Gómez[14]. Después que él se murió no ha quedado nada. Ni siquiera en el ejército, a pesar de que es la única institución donde se conservan algunas virtudes. Hay, por lo menos, subordinación y disciplina. El jefe es jefe y el subalterno, subalterno. Allí se sabe, o se debe saber, lo que es el mando.

Se quedó viendo a Lázaro. Era el más joven de los tres.

—Usted no sabe, Lázaro, lo que es el mando. Usted es un caraqueño de esos alborotadores y sin disciplina. El mando es la gran fuerza que ha dominado al mundo. Cuando hay mando hay grandeza. Cuando no hay mando hay desorden y decadencia. Vea la historia.

Casi no alzaba la voz. Hablaban en el tono monótono de quien recita algo de memoria.

—Allí está la historia. Vea si no quiénes fueron Alejandro y César. ¿Unos blandos? No, señor. Hombres con verdadero mando, que no se paraban ante ninguna consideración. Cuando tenían que matar a un amigo, mataban a un amigo.

Contreras y Lázaro no pudieron evitar mirarse el uno al otro.

—¿Y usted cree que Bolívar era distinto? No, señor. Piar se le insubordinó y agarró a Piar y lo fusiló. Sin pestañear. Y si no lo hace no hubiera sido Bolívar. Hubiera sido un pendejo.

Calló complacido. Tomó su cerveza y prosiguió en un tono de voz distinto.

—Pero esto está lleno ahora de gentes que no saben qué hacer con el mando. Eso es lo peor que puede pasarle a un hombre: tener el mando y no saber qué hacer con él.

Evocaba los gobernantes, los ministros, los jefes militares. El mando aparecía en sus manos como un objeto inútil.

—Eso lo que trae es el desprestigio de la autoridad, que es lo que aquí está pasando. Desde que murió Gómez se acabó la autoridad.

Entornaba los ojos y cerraba el puño sobre la mesa.

—Mire, Contreras, mire, Lázaro. Si yo llego algún día a ponerle la mano al coroto[15] van a saber lo que es mando. De eso sí sé yo. Cuando era jefe de pelotón, mi pelotón era el más disciplinado del cuartel. No hay en eso ningún misterio. Lo que hay es que yo sé mandar. Porque el que quiere mandar, tiene que empezar por mandarse él mismo. Por castigarse y disciplinarse él mismo. Yo soy el jefe más duro que yo mismo he tenido. No tengo compasión de mí. Cuando pusieron el agua caliente en la Escuela Militar me seguí bañando con agua fría a las cinco de la mañana. Los otros decían: «Este Abel es loco». ¿Loco? Eso está por verse.

—Yo tengo para otra cerveza —dijo Lázaro.

—No, señor. Déjeme a mí pagar esta —objetó el teniente.

Trajeron el nuevo servicio. Sentían calor. El teniente se abrió la guerrera. Lázaro tomó su vaso de cerveza. El sabor acre y helado le llenó el paladar. Por entre las deformaciones de la espuma y del vidrio, veía como una caricatura del teniente Maldonado.

—Cuando usted esté arriba, no se olvide de nosotros.

Abel continuaba solemne:

—En los jóvenes oficiales del ejército está la mejor reserva moral del país. No podemos dejar que esto se pierda.

La palabra sonaba en sus oídos como el crujido de la rama en el bosque suena en los oídos del perro cazador. Sonaba en los oídos de Juvenal y de Lázaro como un pregón de aventura. Había una próxima vez por venir. Abel tendría el poder. Tendría eso que él llamaba, con voz cerrada y fría: el mando. Juvenal no sería más el agente Contreras del Servicio de Investigaciones. Ser… ¿Qué sería? ¿Qué no podría ser?

Y Lázaro Agotángel ya no sería el aprendiz fracasado de la Escuela de Artes y Oficios, ni el protegido de la familia Collado, ni el empleado del bufete del doctor Verrón. Sería…

—Abel, a nosotros no nos separa nadie. Cuente con nosotros, hermano, cuando llegue la hora.

11

«Yo deseo que usted recupere con creces, en esta nueva vida que empieza, todo lo que cree haber perdido».

Recordaba Álvaro haberle escrito al joven Lázaro Agotángel para ayudarlo a incorporarse al nuevo medio. Pero ahora sentía que en gran parte había sido un esfuerzo vano.

Si él hubiera estado presente para recibirlo y orientarlo tal vez las cosas hubieran sido distintas, pero no había estado y el muchacho arisco y desconfiado había caído en las manos menos adecuadas para entenderlo y ganarlo. Ni sus padres, el general Collado y la buena de Celmira, que tal vez con la mejor voluntad cometían torpezas. Ni tampoco Mafalda Reus, llena de mal gusto y de planes culturales absurdos. Ni la dura y batalladora Marga Alcudia con su sentido de la vida como misión de combate por la revolución. Ni muchísimo menos su cuñado Saúl Verrón, a cuyo bufete había ido a parar, como mensajero.

Era toda una delicada operación de trasplante la que hubiera habido que intentar. Cambiarle la tierra sin dañarle las raíces. Pero ahora sabía que había sido un fracaso.

Álvaro no había tenido otro instrumento que sus cartas. Unas cartas que habían comenzado por ser demasiado literarias: «… usted y yo estamos unidos por el lazo indisoluble de lo trágico venezolano». Era evidente que eso no hubiera podido comprenderlo y que lejos de ganar su confianza iba a servir para hacerlo sentirse más extraño y ajeno.

Tal vez hubiera podido insistir en unas cartas más llanas y un poco conservadoras. «Yo me pongo en su caso y me imagino que debe sentirse incómodo en medio de tanta gente nueva que aparece en su vida».

Pero tampoco eso surtía efecto. No hablaba como el agente Agotángel del libro que había dejado de escribir. Lo cual significaba, entre otras cosas desalentadoras, que esa obra, en la que tanto quería lograr, era falsa y no podía ser sino falsa.

«Estamos unidos por un vínculo de sangre», se le ocurría pensar y, sin embargo, no podían ser más extraños y distantes. Estaban unidos y no tenían nada en común, como muchas veces no lo tienen ni siquiera los hermanos de sangre. No había palabras con las que pudieran entenderse ni acercarse. Él, en todo caso, no sabía encontrarlas y el otro acaso ni las conocía. Acaso llegarían a detestarse con el odio cainita de los hermanos verdaderos, como dos toros atados con la misma soga, que tienen que topar entre sí. Era como si no hubiera voz que lo alcanzara. Como si se le hubiera escapado, una vez entrevisto, y no pudiera ya alcanzarlo más, enajenado para siempre.

Las que le llegaban eran unas cartas de letra temblorosa e insegura en un papel mal doblado: «No le había contestado antes porque no había tenido mucho tiempo para escribir. He estado muy ocupado con el trabajo y con los estudios».

Quien escribía así, con esa llaneza abotagada, con esa lentitud gravitante, no era el imaginario personaje del agente Lázaro Agotángel en su relato de picaresca triste, sino el otro Lázaro, viviente e incognoscible. «Tomo la pluma para decirle que he tenido mucho gusto en leer su atenta del 15 del pasado mes». O «después de saludarlo y desearle se encuentre bien al recibo de esta»; o «he entrado a trabajar en el escritorio del doctor Saúl y espero corresponder con mi comportamiento a las bondades de la familia». Un lenguaje convencional, aprendido, a través del cual era imposible alcanzar la persona real.

Muy al comienzo había recibido una borrosa fotografía en la que aparecía un mozo basto y pesado, metido en un traje demasiado estrecho, con la cara inclinada borrada por sombras tajantes. Más tarde lo había vuelto a encontrar en algún grabado de periódico. Con un aire arrogante de seguridad y fortaleza. En la vieja fotografía parecía muy oscuro. «No es tan oscuro, es que salió mal», le escribió entonces su madre. «Es más bien trigueño lavado y no es mal parecido».

Pero no era la visión que le daba Saúl Verrón: «Aquí me tienes con tus dos herencias: Bruno Galeotti, que es inteligente pero no quiere demostrarlo y este pájaro raro del hijo del policía que no me gusta. Ese es de los que comen en la mano y después la muerden. Yo no me engaño con esa clase de gente».

Bruno Galeotti no era más expresivo: «Pregunta mucho por ti, pero no parece tenerte muy buena voluntad. Feliz tú que estás dándote la gran vida y no tienes nada que ver con estas cosas miserables y aburridas. No se te ocurra regresar».

Sin embargo, ahora estaba regresando. En cuatro días más el buque amanecería en La Guaira y habría que subir al puente para empezar a encararse con las gentes que ya estaban borrosas de permanecer en el recuerdo.

Tal vez tenía razón Saúl Verrón. Más tarde le había escrito que Lázaro se había ido de mala manera. «Mejor así. Yo creo que todos hemos salido ganando. Esto te servirá para que aprendas a no confiar demasiado en tu buen corazón». Y algún tiempo después, ya Álvaro estaba en Inglaterra: «Tú no te puedes imaginar la clase de bicho que ha resultado el tal Lázaro. Con decirte que ahora vive de cabronear[16] la hermana con un tal Contreras que ha sido espía y que ha conseguido un puesto de resguardo en una buena aduana».

12

Se cruzaron con un automóvil en el que un hombre lento, con anteojos redondos y cara de lechuza, besuqueaba a una mujer disfrazada. Lázaro lo reconoció y le gritó:

—Epa, Galeotti, no la vayas a ahogar.

El hombre se volvió bruscamente, reconoció a Agotángel y con sonrisas y expresivos gestos lo saludó en el corto tiempo en que se mantuvo a la vista.

Eladio preguntó:

—¿Y ese quién es?

—Ese es Galeotti, el doctor Bruno Galeotti. Lo conocí en el bufete de Verrón, cuando él era estudiante y hacía su pasantía allí. Después el hombre ha subido. Con la Revolución de octubre[17] llegó a ocupar un alto cargo. Está bien visto por los militares. Es amigo de Abel Maldonado, y creo que le sirve de abogado.

—No lo conocía.

—Yo tampoco lo veía hace tiempo. No vayas a creer que es tonto.

Al rato le añadió:

—Por él supe muchas cosas de… del tal Álvaro.

Lo había dicho en una forma despectiva y de rechazo.

Cuando Lázaro volvía de llevar mensajes o de efectuar cobros para Verrón, le preguntaba a Bruno Galeotti sobre Álvaro. Tenía Galeotti una manera de hablar curiosa. No parecía hablar mal de nadie, pero en el tono con que decía las cosas más innocuas lograba poner una intención destructiva.

«Álvaro ha sido siempre un poquito complicado», decía. Y aquello dicho en esa forma significaba muchas cosas. Podía significar que era un

cobarde, que era un embrollón, que era un fantasioso sin consistencia, que carecía de sentido práctico, que no se podía fiar en él, que siempre estaba buscándole más de cuatro pies al gato.

Lázaro le había enseñado una de las primeras cartas de Álvaro Collado, escrita en París. Había recibido más de una, hasta que, desanimado por falta de contestación, el otro había dejado de escribir.

—Me acuerdo muy bien que en la carta había una frase que decía exactamente así: «Ahora usted y yo estamos unidos por el lazo indisoluble de lo trágico venezolano. Pertenecemos a un pueblo trágico, y somos venezolanos en la medida en que participamos de la tragedia».

—Te lo aprendiste.

—A fuerza de leerlo me lo aprendí. Ya no se me olvida.

Bruno Galeotti decía que Álvaro era complicado. «Los hombres que hablan así es porque tienen que esconder la verdad. La verdad siempre es más sencilla. Lo que Álvaro tenía que decirle a usted, Agotángel, es si era o no culpable de la muerte de su padre».

—Allí fue donde yo oí por primera vez el nombre de Zulka.

Bruno Galeotti la nombraba con una especie de voluptuosidad morbosa. Según él, todo eso de las luchas políticas y del heroísmo de la universidad, no lo había hecho Álvaro por convicción. Lo había hecho simplemente como una manera de ganar prestigio ante los ojos de esa mujer. Bruno Galeotti entornaba los ojos:

—Qué mujer, amigo Agotángel. Una gran dama: doña Zulka Reyes de Milvo, la esposa del doctor Juan Milvo. Un cuerpo, unos ojos, una boca, unos movimientos. Es un atentado que esa mujer salga a la calle. ¿Usted no la ha visto? Mejor es que no la vea. El pobre Collado se enamoró como un chino. Y ella, naturalmente, no le podía hacer caso. Qué le iba a hacer caso. Allí le empezó esa manía de darse importancia. La lucha política, las manifestaciones, los arrestos, los tiros. Total, para nada. El pobre Álvaro siempre fue un hombre complicado.

Aquello complacía a Lázaro. Todo lo que negara o disminuyera la imagen de Álvaro le producía cierto halago. Bruno Galeotti lo ayudó mucho a vengarse de la imagen de Álvaro.

El pensamiento de Eladio iba por otro lado. Era la imagen de Zulka Milvo la que había quedado flotando en su mente. La había visto varias veces de lejos. Una mujer refinada, atractiva, de esas como las que se ven en las películas.

—¿Y tú crees que el tal Collado conseguirá algo con esa mujer? Yo la he visto. Eso es lo que se llama un hembrón.

No era esa la versión de Galeotti. Las complicaciones de Álvaro le hacían imposible llegar a hacer suya una mujer como aquella. Galeotti lo expresaba con una fórmula gráfica un poco repugnante.

Lázaro se rio recordándolo:

—¿Usted ha visto esos galgos rusos altos, finos, de rizada lana blanca? Bueno, es como si un perrito pequinés, paticorto, chingo[18], se hubiera enamorado de la hembra de un galgo.

Eladio rio también y comentó nostalgioso:

—Esas mujeres tienen muchos brollos, lo que pasa es que lo hacen con la gente de su grupo.

Entornó los ojos semitas y entreabrió los gruesos labios como un animal en celo que husmea el viento.

—¿Tú la has tratado, Lázaro?

En la pregunta de Eladio había un deseo de confidencia, una voluptuosidad de tener algo de aquella mujer entrevista.

—Sí, la conozco.

—Pero ¿la has tratado de cerca?

—Bueno, sí. ¿No te he dicho, pues, que la conozco?

—¡Ujú! ¿Y qué más?

Galeotti, el que había pasado en el automóvil besuqueando a la mujer disfrazada, decía que era como la hembra del galgo. Eladio había visto los galgos cuando vinieron a Caracas las carreras de perros. Unos animales largos, finos, rápidos, de puro nervio, que corrían detrás de una liebre mecánica inalcanzable.

—Lo curioso —dijo Lázaro— es que Bruno Galeotti decía esas cosas por ridiculizar a Álvaro Collado y, sin embargo, lo que hacía era quitarle culpa. Yo se lo dije.

Lázaro y Galeotti se enfrascaban en una discusión. Una discusión en torno a un ser del que Lázaro no conocía sino incompletas referencias. Bruno Galeotti, extrañamente, parecía detestarlo.

—A mí eso no me importa —tuvo que replicarle un día—. Que sea tonto o no, que estuviera enamorado de esa tal señora o no. Eso no me importa. ¿Me entiendes, Bruno? Lo que me importa es que Álvaro Collado estaba con los estudiantes que mataron al viejo. Eso es todo lo que me importa.

Llegaban a discutir a gritos:

—Tú no sabes lo que dices.

El doctor Verrón, que los sorprendió varias veces, los amonestó con acritud:

—¿Qué discutidera es esa? Mira, Lázaro, si no tienes nada que hacer aquí te vas para la calle a jugar chapa[19]. Y tú, Bruno, ponte a copiar los documentos.

—¿Por eso fue que te fuiste del bufete? —recordaba Eladio.

Como de mala gana respondió para salir del tema:

—Por eso y por otras cosas. Yo nunca he servido para estar arrimado, y Verrón me hacía sentir mucho que estaba arrimado a él y a los Collado. Varias veces se lo dije y tuvimos nuestros atraques.

—Entonces fue cuando te fuiste, compa, para Puerto de La Cruz.

Lázaro arrugó el gesto con desagrado, y Eladio se dio cuenta de que no hubiera debido mencionar aquello. Sin embargo, no había nombrado a Juvenal Contreras. Si se quedaba callado ahora, después de soltar la palabra, era como confesar que estaba pensando en aquello que Lázaro no quería recordar. Era mejor seguir hablando de lo mismo, pero con un aire indiferente, de persona que no le da importancia a un determinado suceso.

—Allí fue, compa, donde empezaste a reunir tus primeros reales. Yo me acuerdo. Me dabas envidia. La gente me preguntaba: «¿Qué se ha hecho de Lázaro?» «Lázaro está en el Resguardo de la Aduana de Puerto de La Cruz».

Se distendió el ceño de Lázaro. Era cierto que allí había comenzado a hacer dinero. Siempre estaban los tanqueros oscuros, hediondos, como cachalotes muertos, esperando para atracar en el muelle, conectar las

tuberías y comenzar a cargar petróleo. Era como un acoplamiento de monstruos torpes. Como el acoplamiento de los lentos y desequilibrados morrocoyes entre las hojas secas de las arboledas. El golpe de las bombas se transmitía como el latido de un pulso. Había que habilitar el servicio de aduana. Él estaba allí, recostado en su silla de vaqueta, mientras todas las estrellas se levantaban sobre las islas de la ensenada, oyendo los borborigmos espesos del petróleo que entraba en el vientre del tanquero. Cada latido era dinero para él. Estaba allí quieto contando las horas en monedas. Las monedas y las estrellas terminaban por parecérsele. Eran las noches en que había estado más tiempo viendo estrellas en su vida, y era también la primera vez en que el tiempo quieto, recostado en la silla de vaqueta, se convertía en dinero para él.

Estaba allí de jefe del resguardo Juvenal Contreras. No podría creer Eladio que, al recordar el tiempo de Puerto de La Cruz, no fuera a recordarse de Juvenal Contreras. Sin embargo, no quería todavía nombrarlo.

—Esas aduanas, Eladio, daban mucho. Se pagaba mucho dinero por habilitaciones. Todo el día y toda la noche estaba la fila de tanqueros esperando para atracar. Salía uno y entraba otro. Puerto de La Cruz no era entonces sino una calle con unas cuantas casas, pero ahí mismo empezaron a levantarse casas y ranchos, y aparecieron los botiquines, y las jugadas y las mujeres. Venían gente de todas partes, a buscar trabajo. Yo vi todo eso, compa. Quien hubiera comprado un solarcito por quinientos bolívares, lo hubiera vendido ahora por cien mil. Eso ha crecido que da miedo.

No había nombrado a Juvenal. Eladio lo observaba.

—Yo sé, compa, que usted está pensado en Juvenal. Yo también. Él fue el que me llevó para Puerto de La Cruz. Esa es la verdad. Él fue el que me consiguió el puesto. Pero entonces yo no sabía lo de él con Mireya. Más bien le convenía tenerme a mí allá para que no le estorbara en sus venidas aquí.

—Yo sé, yo sé —dijo Eladio para atenuar el doloroso recuerdo.

—Ahora que es más tarde pareciera que hay más gente en las calles —volvió a decir Eladio buscando evadirse del tema.

El automóvil había logrado adelantar, habían salido de Catia, habían pasado por Miraflores[20], amarillo y encogido bajo sus morros de cerámica

roja, y bajando por Marcos Parra se acercaban al Silencio. Todo el torbellino del carnaval se arremolinaba en las aceras. Gritos, carreras, empellones. Empapados y chorreando, grupos de hombres perseguían a mujeres, que huían dando alaridos, para arrojarles latas de agua sucia.

Subieron los vidrios del automóvil, que pandillas de muchachos delirantes zarandeaban furiosamente.

—Ve a ver cómo salimos de aquí —le dijo Lázaro al chófer.

Casi no se podía avanzar. Del lado de los bloques del Silencio se apretaba el gentío y se oía como una marejada de gritos, de músicas y de cantos.

—¿No será mejor bajarnos? —preguntó Eladio.

—Si nos bajamos nos bañan.

El chófer trataba de avanzar aprovechando todos los claros que veía y haciendo meandros entre la muchedumbre fluida. Fue como el paso por entre una breve y concentrada tormenta. Con palos y con las manos daban golpes sobre el techo del automóvil.

—Apúrese.

—¿Y cómo hago? —preguntaba el chófer.

Habían pasado la Avenida ancha del Silencio y se acercaban a la Plaza Miranda. El hervor de la muchedumbre se hizo menos vivo.

—Cuándo harán esta bendita avenida que tanta falta hace.

—Cuando san Juan agache el dedo, compa.

—Cuando la rana eche pelo.

—Así son las cosas aquí.

El automóvil había recobrado una velocidad casi normal. Era como si se liberara de un espeso atascadero. Había una sensación de alivio y de ligereza en el movimiento. Habían dejado atrás la Plaza Miranda. Las calles estaban más nocturnas y más tranquilas.

—Qué salvada nos echamos.

Podían ahora hablar de otra cosa, pensaba Eladio. Hablar de mujeres o de caballos de carreras o de negocios. Pero Lázaro había vuelto a ponerse serio.

—Yo no se lo he dicho nunca, compa, ni usted tampoco me lo ha preguntado, pero quiero que sepa que yo no maté a Juvenal Contreras

porque vine a saber las cosas cuando ya era tarde.

—Yo sé. Yo sé.

—No. Tú no sabes nada. Déjame decírtelo.

Empezó a contar una historia de la que Eladio sabía muchas cosas que no coincidían con su relato. No era posible que para el momento en que se fue con Juvenal para Puerto de La Cruz, no supiera Lázaro nada de la situación de Juvenal con Mireya. Lo sabía Soledad, su madre, lo sabía Luis, su hermano menor, lo sabían todos en el cerro. Juvenal Contreras hacía vida marital con la muchacha. Tiempo antes de que Lázaro se fuera con él para Puerto de La Cruz.

—Yo no podía saber esas cochinadas. Cuando yo iba al cerro todo estaba lo mismo.

—Las mujeres son una vaina, compa.

Tiempo después, bastante tiempo después, cuando nació el primer hijo de Mireya, fue cuando Lázaro vino a saberlo. Eladio lo oía sin creerlo. Según él, lo había sabido en Puerto de La Cruz. Lo comprobó en un viaje a Caracas. Contaba una escena terrible con la madre y la hermana.

—Tú no eres sino una puta.

Decía que Juvenal se iba a casar con ella, que en lo que arreglara ciertas cosas se iba a casar con ella. Lo había dicho delante de su madre. Tampoco estuvo su madre casada con su padre. Pero era distinto.

Ese mismo día salió para Puerto de La Cruz a buscar a Juvenal. Llevaba su revólver y le habló con una horrible tranquilidad.

—Juvenal, has deshonrado a mi hermana. Va a tener un hijo tuyo. O te casas con ella o tienes que matarme.

Eladio pensaba que aquello no había sido exactamente así, porque Lázaro tuvo que saber desde antes los líos de Juvenal con Mireya. Tenía que saberlo. Cuando quedó embarazada fue cuando la cosa cambió para él. Una barriga y un niño no se pueden esconder.

Juvenal le había dicho que se iba a casar con Mireya, pero que todavía no podía hacerlo porque tenía que arreglar primero ciertos papeles. Que le daba su palabra de honor. Que antes de que naciera el muchacho lo haría.

Eladio sabía que no lo había hecho. Nació el muchacho. Dos años después nació otro. Ya no en la casa del cerro sino en una casa de la ciudad

que Juvenal había alquilado para Mireya. Lo peor es que Soledad, su madre, se fue a vivir con ella.

—Siempre tenía algún pretexto. Así se fue pasando el tiempo hasta que lo mataron. Lo que yo no quise hacer por lástima de Mireya y de sus hijos, lo hicieron los tiros del 18 de octubre.

Iban a hacer tres años del 18 de octubre. Juvenal cayó peleando junto con la policía en la Planicie. Mireya quedó con sus dos hijos.

—Yo la ayudo, pero no la quiero ver. El mayor debe tener nueve años. Mire lo que son las cosas, compa; a mí no se me quita el remordimiento de no haber matado a Juvenal. No se ganó nada con que lo dejara vivo. Hubiera sido mejor que lo hubiera matado yo.

Eladio sabía que había sido una espina muy dolorosa para Lázaro.

—Gracias a Dios que yo no tengo hermanas.

Le dolía por el disimulo y la vergüenza en que había tenido que estar desde el primer día en que lo supo. Una humillación larga y turbia que ya no tendría fin.

—Tú has tenido que sufrir mucho con eso.

La verdad no se la iba a contar a Eladio ni a nadie. La verdad le dolía más que todo lo que Eladio pudiera pensar. Hubiera tenido que matar a Juvenal para que no le doliera tanto aquella verdad. Se había hecho una excusa para cuando tuviera que explicar su actitud. Pero tampoco él creía en ella porque sabía que era falsa. La formulaba en una frase que sabía a esquina de suburbio y a botiquín de amanecida: «Quién va a pelear por puta». Se la había oído a Verrón, cuando alguien le había venido a hablar de un divorcio.

—Ese doctor Verrón es un hombre amargo, Eladio. Uno aprende mucho con esa gente. Falso como él solo, y grosero para mandar. El día en que me fui le dije lo que nunca ha oído. Se puso blanco y no supo qué contestarme.

—De ahí te fuiste para Puerto de La Cruz.

—Sí. Pero ya yo había hablado de eso con Juvenal antes. Ya le habían dado el puesto en el Resguardo y él me había dicho que me fuera con él. Juvenal también era un jodido.

Eso con iguales palabras de rencor lo había pensado muchas veces en las largas horas de la vigilancia de los tanqueros petroleros. Era la lucha

entre el miserable interés de ganar dinero y de subir, y el deseo de quedar como un hombre ante todos, ante sí mismo, y ante los propios ojos de Juvenal.

—Ya está muerto, no hablemos más de él —había dicho Eladio—. Lo que son las cosas. Vino a morir el mismo día en que Abel Maldonado iba a convertirse en uno de los jefes de la nueva situación. ¿Tú te das cuenta, Lázaro, a lo que hubiera llegado Juvenal con la ayuda y la confianza del Comandante?

Algunos escasos disfraces quedaban en las esquinas apartadas, como retrasados o extraviados.

13

Al tercer día de navegación el barco entró en una zona de mal tiempo. El cielo se puso oscuro, el mar plomizo, grandes olas descrestadas por el viento rompían sobre el puente. Anchos bandazos sin ritmo y sacudidas profundas hacían crujir el casco. Los pasajeros comenzaron por recogerse en los salones y luego desaparecieron en las cabinas.

Álvaro empezó a experimentar el malestar del mareo. A cada instante sentía como si el piso se le escapara bajo los pies. El estómago le subía inerte hacia la garganta, colmado de líquidos amargos. Cerca de él una niña desencajada se puso a vomitar sobre la alfombra. No pudo resistir más. Se levantó pesadamente, dando traspiés, sosteniéndose en las pasarelas y en las paredes. A ratos le parecía que iba a caer. Sentía el nudo de la náusea en la garganta y el sudor frío que le corría por el rostro. Era un malestar de todo el cuerpo. Una ruptura del equilibrio de la vida.

Pudo llegar al retrete de la cabina. Casi no tenía qué vomitar. Eran arqueadas y contracciones dolorosas para lograr expeler un hilo de baba amarga. Todo parecía desatado y fuera de sitio.

Se tendió en el lecho y trató de cerrar los ojos. Pero era peor porque sentía como si la cama saltara sobre sus patas. Era preferible mantener los ojos abiertos y fijos en algún punto. En la claraboya, turbia de luz pálida y de salpicaduras de agua, donde a ratos estallaba una ola.

Ansias llamaban a ese malestar las gentes de su tierra. La tierra hacia donde iba el barco dando tumbos entre el mar tormentoso. Las ansias de la muerte, decían los clásicos. Y también la ansiedad, o el anhelo o la angustia de regresar.

Dentro de dos días estaría de nuevo entre la gente de la tierra. Esta pequeña muerte del mareo era como el tránsito necesario para la nueva

vida. Crujía toda la trabazón del barco en los violentos bamboleos.

Sin saber por qué se acordó de Ángel Basso. Era pequeño, fofo y narigudo como una rata. Como una rata metida en una bodega de queso. Le parecía oler el queso y mirarlo. Se le acentuó la inestable sensación de la basca. No podía evocar ahora a Basso sino con cabeza de rata. Bassito, lo llamaba Luis Sormujo. Había llegado a ocupar puestos importantes. Era el prefecto cuando Álvaro salió de la tierra. Más tarde gobernó un estado, estuvo encargado de una de las empresas del gobierno. Ahora era don Ángel. La cara de rata había crecido y adquirido majestad.

Y se había casado con Beatriz Palomba. Rata, queso cremoso y mal oliente, mujer láctea. La Pastora Suiza. Volvía la náusea. Era él mismo, en buena parte, quien era responsable por aquello. Él la había puesto en el camino de Basso. Por sucio interés de averiguar secretos de policía.

Las cartas de Beatriz habían ido cambiando poco a poco. Más cortas, más distanciadas. Hasta que tuvo que anunciárselo: «Tengo que darte una noticia que tal vez te sorprenda. Me voy a casar con Ángel Basso. Me quiere mucho, es muy bueno y se ha portado muy bien. Él te aprecia mucho».

Era una mecedura temblorosa la que sacudía al buque.

Por enviarla a pescar secretos policiales de la conducta privada de Zulka, había dejado a la pobre Pastora Suiza, tan blanca, tan carnosa, tan indefensa, en las pequeñas garras y en los agudos colmillitos de Basso.

Por averiguar si Pedro Tocorón era el amante de Zulka. Le resultaba más nauseabunda la evocación de Tocorón. Era avainillado, achocolatado, con el sabor repugnante y grasiento de ese dulce que llaman *mantequilla escocesa*. Tan forrado, tan envuelto, tan empolvado, tan azucarado. Con sabor de coco, o de anís o de reglisa. ¡Puah!

Las figuras evocadas paseaban deshechas e incompletas mientras guardaba los ojos fijos en la claraboya. No había de dónde asirse, ni dónde fijarse. El cuerpo se movía incesantemente en la cama, arrastrado a un lado y otro por su propio peso. La inercia se había hecho activa y no le daba tregua. Si pudiera dormir, o descansar, o apoyarse en algo que estuviera quieto. Una roca salida del mar, un arrecife.

O el puerto con todas las gentes que lo iban a esperar. El viejo Collado y la vieja Collado. Besos, apretujones, abrazos. Verrón con sus patillas. Y Marta, su hermana. Y los sobrinos. No traía regalo para los sobrinos. Juguetes o golosinas. ¡Puah! Estaría al fin en tierra firme, sin bamboleos. Y estaría también Rubén, su hermano, con su esposa. Iba a conocer a la esposa. Se había casado Rubén hacía seis años… Hacía más… Se había casado con Luna Carlina. Álvaro la había conocido de soltera. Muy de paso. Tocaba piano y cantaba con una voz fina y bien timbrada. Los ojos muy negros y pequeños, el pelo oscuro y la piel muy blanca. Casi tan blanca como la Pastora Suiza, pero menos fofa y blanda. Vivían con los viejos Collado. Estaría Luna, estaría Rubén.

Un brusco estremecimiento hizo vibrar toda la nave. Después pareció caer sin sustentación. El amargor de la bilis le subió al paladar de nuevo. Cerró los ojos y se agarró con las manos frías a los bordes de la litera. Sudaba copiosamente.

El que había crecido era Lázaro Agotángel. Como un tumor, como una vejiga inflada, como una bomba de baba. Había crecido y estorbaba y maltrataba. Hubiera podido quedarse del tamaño del muchacho del cerro o del protegido de los Collado, o del mandadero de Verrón. Pero había crecido de una manera desmesurada y brutal. Como un miembro enfermo o como un mal hijo. Como aquellas piernas elefantiásicas que los mendigos desnudan en el atrio de las iglesias. Más grande que la familia y que la conveniencia y que la paz. Para tener que topárselo ahora, agresivamente ajeno y fuerte. Con sus violencias, sus rencores y sus turbios resentimientos. De nada había valido el tratar de ganárselo. Tal vez resultó más bien contraproducente.

Ya no era el protegido de su casa. Ni el empleado de Verrón. Ni el funcionario del Resguardo de Aduanas. Ahora tenía dinero y lo retrataban en los periódicos, y era el hombre de confianza del comandante Abel Maldonado. Y debía seguir siendo, en el fondo, el mismo hombre que habían mirado con desconfianza en su casa. Y el de la fea historia de la hermana.

Era el que había crecido más de todos. Había crecido tanto que por cualquier parte que quisiera entrar se lo iba a tropezar, erguido, ancho y

malicioso. Altanero y vengativo.

Hacía ya mucho tiempo que Verrón había dejado de hablar mal de él en las cartas. Ya no decía: «No me gusta nada este muchacho». Decía: «Lázaro tiene una buena posición y ha hecho plata, y debo decir que ha sido muy consecuente con nosotros. En el asunto de la expropiación de la casa del viejo se ha portado muy bien». Y hasta había una cierta vileza de alardear de valimiento: «Lázaro me ha ofrecido arreglar este asunto con el comandante Maldonado».

Si Verrón, con su cara de contrabandista de opereta, supiera que él había conocido mucho antes a Abel Maldonado. O por lo menos lo había visto. A la puerta de la casa de una francesa de mala vida. Estaba también Bruno Galeotti. Quería entrar y no lo dejaron porque adentro estaba Álvaro. Había dicho con rabia fría, lo recordaba bien: «Como que le cayó muchacho». Ese día, Bruno y él habían tomado menta, crema de menta verde y empalagosa.

Hay quienes traen de una cacería un cachorro de tigre, al que le han matado la madre. Al principio es como un gato. Un gato amarillo, jaspeado de manchas negras. Juega con los niños. Maúlla debajo de la mesa pidiendo de comer. Y hasta ronronea un poco cuando se le acaricia el lomo. Pero va creciendo insensiblemente sin que nadie parezca darse cuenta, hasta que tiene en su plenitud las pesadas manos, las ágiles zarpas, los curvos colmillos, toda la poderosa y temible anatomía de la fiera salvaje. Da un manotazo y destroza un mueble o despanzurra al perro del vecino que entró imprudentemente a la casa. Y lo encuentran devorando el sangriento despojo, con las orejas chatas, los ojos airados y un mal movimiento de la cola en los flancos. Es el día en que hay que matarlo o que salir de él en alguna forma.

O la gran rata enorme, hocicuda y gruesa, que corre pesadamente, arrastrando el rabo lustroso e inerte como una lombriz muerta. Que huronea por la despensa con sus ojillos de vidrio, que pasa por debajo de los muebles y que puede treparse a una cama para morder la nariz o la mano de un niño. Gorda, plomiza, fétida.

La náusea le sube y le baja locamente por el estómago vacío en el vaivén sin tregua del barco. Es ascoso el olor de las jaulas de los tigres en los zoos. Y el de las cuevas de las ratas.

Lázaro ha crecido como un temible animal. No era para dejarlo entre las criadas en la cocina. No era para quedarse en el servicio subalterno de Saúl Verrón. Tenía zarpas y fauces o apetitos y mañas de roedor ascoso.

Era un abominable animal depredador. Hecho a la ley de la selva, suelto y sin amarras. Iba a su encuentro. Zarandeado en el mar, deshecho en basca, agotado de ansias, en el amargor de la baba biliosa.

14

—Mire qué cosa, y que morirse Juvenal ahora cuando íbamos a echar para arriba.

Eso fue lo que le dijo el mayor Maldonado a Lázaro Agotángel el 20 de octubre, cuando acababa de constituirse una Junta de Gobierno y todo el país se sacudía conmovido por un soplo violento de confusión y de aventura.

—Aquello sí parecía un carnaval, compa. Toda la gente estaba en las calles, todo el mundo preguntaba, nadie sabía nada. Era difícil entrar al Ministerio de Guerra con el gentío que había en los patios y en las escaleras. Pero en lo que Abel supo que yo estaba allí me hizo pasar a su oficina.

Estaba en traje de campaña, sin gorra, la gruesa pistola de ordenanza pendiente del cinturón, barbudo y los ojos rojos de los días sin sueño. Era uno de los jefes de la nueva situación.

—Esto lo hemos hecho los militares para salvar el país y para salvar al Ejército. Muy equivocados están los que crean otra cosa.

—Ahora es cuando yo lo necesito a usted, Lázaro —le había dicho con aquella entonación seca y autoritaria que le era característica.

Lázaro recordaba las miradas de respeto con que habían empezado a verlo los oficiales y civiles que había en la oficina.

Todo ese día y el siguiente permaneció en el Ministerio de Guerra sin apartarse del mayor Maldonado. Los guardias lo dejaban entrar y salir.

—Ahí mismo, compa, la gente empezó a pedirme favores. Desde los que necesitaban un salvoconducto hasta los que pedían un puesto. Fue la primera vez que alguien me dijo: *don* Lázaro. Yo pensaba en el pobre papá,

en el cerro, en la vieja Soledad, en ti, compa, en tu viejo, el Turco Tufik. Qué vueltas da el mundo.

—Hágame el favor de decirle al mayor que tengo un hijo preso.

Era una pobre mujer de aspecto miserable. Pero otras veces era un señor de los de la clase alta que le decía:

—Me gustaría mucho conocer al mayor Maldonado. Vamos a arreglar una fiestecita en casa para que usted venga con él.

—Pero tú sabes, compa, cómo es Abel de amargo. Siempre está viendo la gente con desconfianza. Gomo si lo fueran a engañar. «Todas estas moscas han venido desde que olieron que tenía azúcar», decía.

Le halagaba a Lázaro hacer sentir su privanza con Maldonado. Era el correo, el ejecutor, el intermediario.

—Abel nunca ha hecho un negocio sin que intervenga yo. Yo soy el que le ha comprado todo lo que tiene, el que lo ha metido en todas las combinaciones en que le ha quedado dinero. Muchas de las cosas de él están a nombre mío.

Lázaro Agotángel empezó a figurar como accionista y director de las compañías anónimas que se fundaban para aprovechar la influencia de Maldonado en el gobierno. Lázaro recibía las comisiones jugosas de los contratos hechos mediante la intervención del mayor.

—Eso es verdad, compa, el mayor Maldonado no ve sino por los ojos tuyos.

Lázaro rememoraba con un regusto de viejas insatisfacciones acumuladas:

—No hay como mandar, compa.

Rememoraba y contaba, deformando y caricaturizando a su gusto, los episodios que más le habían servido para saciar sus tenaces resentimientos.

Era el cuento de cómo Verrón y los Collado se habían tenido que humillar a pedirle protección. Era por una casa de la familia que iba a expropiar el gobierno para una avenida en la ciudad. Empezaron los recados, después vino una carta de Verrón.

—Le dije al que me la trajo: «Dígale al doctor Verrón que estas cosas se arreglan mejor conversadas que por escrito. Que me venga a ver». Yo sabía que al hombre le iba a costar trabajo tragar esa píldora.

Pasó otro tiempo sin que Verrón se presentara. Por fin un día llegó con su aire pícaro y remolón.

—Mira, Lázaro, la cosa es muy sencilla. Es una casa de mi suegro, de lo poco que le queda. Ya le dijeron que se la van a expropiar. Tú sabes cómo son las cosas. Si alguien no mete su mano le dan cuatro centavos por la casa. Tú eres el que puedes hacer algo. Hazlo por los viejos Collado.

Era Verrón quien le había hablado, pero el nombre que invocaba era el de los viejos Collado.

—¿Qué tenía yo que ver con los viejos Collado?

Eladio lo oía pronunciar aquel nombre como si lo quisiera lanzar lejos de sí.

—Le dije: «Mire, Verrón». No le dije doctor: «Mire, Verrón, yo no puedo hacer milagros, ni lograr que le paguen una casa por más de lo que vale, pero por tratarse de la familia Collado hablaré con el mayor y trataré de que se interese por el asunto».

—Tú lo puedes hacer, chico. ¿Cómo no lo vas a poder hacer?

—No, no es tan fácil.

Después de esa entrevista lo siguieron llamando y mandándole recados y él se hacía el sordo. O daba informaciones vagas e insuficientes.

—Hasta que logré lo que quería. Me llamó la mujer de Verrón, Marta Collado, para invitarme a comer en su casa, porque toda la familia quería verme. Allá fui. Me hubieras visto, compa. Allí estaban el viejo y la vieja Collado, Rubén, el hijo mayor, Verrón y la mujer.

—Cuando nos sentamos a la mesa les dije: «Aquí no faltan sino la señorita Reus y Clotilde Manso».

Rieron con una risa forzada y cambiaron la conversación. Hablaron de Álvaro. Estaba en los Estados Unidos.

—Álvaro está siempre enterado, por nuestras cartas, de sus progresos. ¿Cómo es que nos dice?: «Manténganme siempre informado de mi desconocido amigo Lázaro Agotángel. Nunca dejo de pensar en él». ¡Álvaro se muestra tan contento de los éxitos que usted ha tenido!

¿Por qué se iba a contentar aquel hombre, que no lo conocía de nada, de lo de él? Aquel hombre que figuraba en su vida tan solo como un nombre sin más nada. Como un nombre asociado a un cambio de destino, a una

suerte de los dados, a una alteración del sentido de las cosas. Con la muerte de su padre entró aquel nombre en su vida. Con aquel nombre empezó a cambiar su vida. Recordarlo era como una desagradable confrontación con su destino.

—Por lo visto, no piensa regresar más nunca —había dicho por salir del paso—. Tiene más de diez años fuera.

—Pero ahora sí regresa, lo estamos esperando para febrero próximo —dijo la señora Collado—. Ya me parece mentira. ¡Tanto tiempo sin ver a mi hijo! Es que a ese muchacho le entró una manía de estudios, que salía de una universidad para entrar en otra. Que si en Francia, que si en Inglaterra, que si en Bélgica y ahora en los Estados Unidos.

Verrón comentó socarronamente:

—Ha hecho bien aprovechando su tiempo, siquiera, en estudiar. Aquí no hubiera hecho nada. Y ahora cuando venga con todo lo que sabe tampoco podrá hacer nada. Aquí para poder tener éxito hay que estar bien hecho al patio. Como nuestro amigo Lázaro, que no ha ido a ninguna universidad europea, pero sabe dónde le aprieta el zapato.

Lázaro pensaba que aquel Álvaro Collado, que había pasado once años de su vida de universidad extranjera en universidad extranjera, era como un fugitivo. Andaba huyendo de su tierra. Le tenía miedo a su tierra. O a las gentes. O a alguien.

Dijo con desprecio soez:

—Ya sabe tanto que sabe a mierda.

Eladio, que no se enteraba sino por fragmentos de conversación del hilo que llevaban los pensamientos de Álvaro, preguntó:

—¿Quién, compa?

—No, nadie. El tipo ese.

Eladio se le quedó mirando:

—Tú le tienes idea a ese hombre.

—¿Por qué le voy a tener idea? Si no lo conozco.

—Ya tiene días aquí y no has hecho nada por verlo.

—He tenido muchas cosas en estos días. Tú lo sabes. Pero no hablemos más de eso. Vamos a echarnos un trago.

—Bueno, ¿dónde?

—En el Dubarry.

—Es temprano.

—Bueno, vamos primero a otra parte.

Mientras, el automóvil rodaba por calles más tranquilas y mal iluminadas donde ya el carnaval se había apaciguado y comenzaba la tranquilidad de la noche, Lázaro volvió al tema de la familia Collado.

—Hablé con Abel y les arreglé el asunto de la casa. Le dije a Verrón: «No me dé las gracias a mí, déselas al mayor Maldonado, que es quien les arregló la cosa». Pero lo que me provocó decirles, compa, fue: «Ahora estamos en paz, no les debo nada, no tienen más nada que pedirme». Pero no se los dije. ¿A quién se lo iba a decir? A la pobre vieja Collado. ¿Qué sabe ella? ¿Al general Collado? Tampoco. A quien hubiera tenido que decírselo es al otro, al tal Álvaro, a ese sí. A ese sí le hubiera dicho, ¿sabes lo que le hubiera dicho, compa?

No hablaba para Eladio sino como en un monólogo para sí mismo.

—Le hubiera dicho: «Tú eres el que me debes a mí y no me has pagado. Es una cuenta grande y vieja la que me debes. Una cuenta que no me la puedes pagar ni con todos los reales ni con todos los favores del mundo. Yo no conozco bien esa cuenta, pero tú sí la debes conocer. Ven a pagarme lo que me debes, Álvaro Collado. Ven a pagarme, porque el que se esconde y no da la cara es un maula[21]. Eres tú el que me debes a mí. Me vas a tener que ayudar a sacar la cuenta porque es larga y difícil, y yo no la sé bien, y tú no te vas a querer acordar».

15

Estaba Celmira, su madre, más pesada, más lenta, más vieja. Estaba Verrón. Un poco encorvado, flaco, un cerquillo de canas le rodeaba el cráneo de pergamino salpicado de manchas oscuras. Se le habían hecho profundos, como heridas, los dos surcos que le enmarcaban la boca. Estaba Marta. Era la que menos parecía haber cambiado.

Habían subido al puente del barco a abrazarlo, mientras se cumplían los trámites de las autoridades.

Celmira lloró todo el tiempo:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Qué alegría tan grande! ¡Tantos años sin verte!

Lo abrazaba y lo apretujaba entre risas y llantos:

—¡Qué tonta soy! ¡Ponerme a llorar ahora como una Magdalena cuando este es el día más feliz de mi vida!

No estaba su padre:

—El viejo está mejor, pero no nos pareció prudente que viniera. Te está esperando en la casa.

Celmira añadió zalamera:

—Mucha gente ha llamado y ha dicho que va a ir a la casa a verte.

Al rato llegaron su hermano Rubén y su mujer, excusándose por el retardo. La observó con curiosidad. No recordaba bien a Luna Carlina. No le pareció mal. Tenía cierta dulzura resignada y una sonrisa simple y abierta.

No estaba Lázaro Agotángel. Cuando vio al grupo familiar pensó que iba a encontrarlo entre ellos. Pero tampoco tenía por qué hacerlo.

Tampoco iba a preguntar. Seguramente iría a la casa y allí lo vería.

Rubén llevaba una sortija con un brillante. Le pareció cosa de mal gusto. Todos a un tiempo querían contarle de los sucesos de la ciudad y de

las gentes conocidas.

—Todo está muy cambiado. No vas a conocer nada.

Le daban noticias atropelladas y se quedaban sin respuestas las preguntas.

Pudieron subir pronto a Caracas. Verrón habló con los funcionarios y todo quedó arreglado en un momento. Lo hicieron entrar por los sitios más espectaculares. Edificios, grandes plazas, arcadas, torres, avenidas. Gente indiferente pululaba por las calles. No habían podido ver a nadie conocido.

—Esto ha cambiado mucho.

Las viejas haciendas aledañas eran ahora urbanizaciones llenas de quintas y de arboledas.

—Pero, no creas, esto no está bien.

Era Verrón quien lo decía con tono de confidencia o de consejo:

—Hay mucho descontento. Este gobierno va a caer de un momento a otro.

—¿Y hasta cuándo vamos a estar en este juego de tumbar gobiernos?

—Hasta que esto se componga. Y está muy descompuesto.

A la puerta de la casa salió a recibirlo el general Collado. Se abrazaron largamente. Estaba endeble y frágil el viejo.

—Si te tardas más, tal vez no me encuentras.

No lograba demostrar suficiente contento para corresponder a la alegría de los suyos. Estaba como cohibido y receloso.

Dentro estaban algunos amigos y el servicio. Paseó una mirada rápida por todos. Eran reconocibles. Allí estaba Bruno Galeotti, gesticulante y clamoroso. Viejas caras de amigos, maceradas por los años. Buscaba entre ellas con curiosidad. Ninguna era. No estaba allí Lázaro.

Tal vez lo que sintió fue una sensación de alivio.

Galeotti lo abrazaba sonriente:

—¡Qué bien estás! Se te notan a la legua los años que has vivido afuera. La gran vida, viejo Álvaro.

Los otros le rodeaban. Alguien habló de persecuciones y escondites. Alguien se había ocultado porque lo estaban buscando para prenderlo. A alguien más le habían registrado la casa.

Era como un juego trágico y risueño.

Se preguntaba por alguien y se decía que se había escondido, o que estaba preso o que lo habían expulsado.

—Viene un golpe militar.

Álvaro oía aturdido.

—Ustedes se dan cuenta de lo que significa eso. Así este país no va a poder vivir nunca una vida normal.

—Esta gente está caída. Eso no tiene remedio. Tú verás.

—Hay que tener cuidado. Hay mucho espía.

Álvaro oye sin participar. Sin lograr participar. Por una especie de gravitación poderosa, el pensamiento se le va a otras cosas.

—¿No estás contento de estar otra vez en tu casa?

Sí, estaba contento, pero ¿acaso hubiera sido necesario gritar y danzar y llorar para que pudieran todos sentir el grado de su contento? Y no era eso solo. Era todo el reajuste del regreso. El reajuste de la relación con los que lo rodeaban. Tal vez el único que podía comprender su situación era su padre. También había vuelto a reincorporarse a la vida de la casa y de la familia después de los largos años de la cárcel.

Era cierto que los que vienen de las largas ausencias hablan poco. Hay como una torpeza del reencuentro y del recomienzo. Es como una pequeña resurrección.

—Todo está lo mismo.

Nada está lo mismo. Ni las palabras que se dicen, ni el significado de ellas, ni las gentes que las dicen.

En algunas viejas leyendas se cuenta el caso de un hombre que duerme durante muchos años. Ha ido a cortar leña al bosque y se ha dormido, o se ha quedado absorto oyendo el canto de un pájaro. Y, cuando vuelve, encuentra que ya no puede incorporarse a la vida de los otros, que ya lo han olvidado. Su sitio de hijo lo ha llenado otro hijo, su lugar de esposo lo ha ocupado otro esposo. Ni los animales ni las cosas parecen reconocerlo. Tendría que ser como si volviera a nacer para los otros, como si recomenzara por el imposible recomienzo de un principio olvidado.

Los otros no se van a habituar a él. Él tampoco se va a habituar a los otros. Su madre lo mira con extrañeza, piensa Álvaro Collado. No es aquel muchacho que salió de la casa tantos años antes. Esta ha sido una casa de

salir y regresar tardíamente, piensa. Su padre también estuvo sin volver quince años. Pero entonces él era un niño. Con los niños es distinto, recuerdan por vagaradas[22]. O recuerdan de otra manera que no es la de los mayores. O los mayores les hablan de los ausentes de un modo distinto. «Papá está preso, pero pronto va a volver», era todo lo que oía mientras pasaba el tiempo dormido. Pero ahora era él quien había estado en otra parte. Los años de Francia, los años de Inglaterra, los años de los Estados Unidos. De Caracas llegaban noticias, periódicos y algunas fotografías. El general Collado se iba poniendo viejo. Celmira, su madre, se iba poniendo vieja. Su hermana Marta iba perdiendo aquel aire gracioso de juventud y se iba amatronando. Llegaban tardías noticias de matrimonios, de muertes, de nacimientos. Noticias de cambios políticos, de revoluciones. Siempre parecían estar esperando su regreso, pero el regreso se prolongaba. «En vez de volver para fines de este año, me gustaría aprovechar la oportunidad de tomar un curso en Friburgo, sobre sociología del arte. Sería un semestre más, o a lo sumo dos». Siempre la respuesta era parecida: «Si no es más que eso, vale la pena de que te quedes. Todos por aquí estamos muy bien y sabremos esperarte». No eran esas razones suficientes para quedarse. Cada año que comenzaba podía ser el año del regreso, pero había otras cosas que lo detenían.

Alguien nombró a Jeremías Centalla. Bruno Galeotti arrugó el gesto:

—No se preocupen, que no le va a pasar nada a ese prócer. Ya él les ha mandado sus recaditos a los militares y cuando venga el golpe no se meterán con él.

Bruno nunca le había tenido simpatía a Centalla. Eran dos naturalezas tan distintas. Álvaro sonrió sin decir nada. No le resultaba fácil formular un juicio breve y certero sobre Jeremías. Muchas veces se lo había topado en la vida, de muchas maneras distintas. En la universidad, en la lucha política. Estaba con él, casi estaba por él, el día del trágico suceso de la universidad.

No iba a venir Lázaro Agotángel. Debía saber que había llegado, pero por lo visto no iba a venir.

Un día apareció Jeremías Centalla por París. Pero era mejor no contar eso. Con su corbata roja, su aire de conspirador y sus enfáticas opiniones. Se vieron dos o tres veces y no hicieron sino discutir. Centalla quería

reunirse con los emigrados políticos de España, leer los últimos panfletos de propaganda, estar presente en todas las manifestaciones de izquierda. Discutían sin entenderse. «Hay que aprovechar la ocasión para formarse. Lo que importa es conocer. Yo estoy tratando de ver con un poco más de claridad. Hemos estado demasiado tiempo en nuestra tierra entregados a las ideas generales, a principios vagos y anacrónicos, a ser el mono de algo o de alguien». Pero sabía lo que Jeremías pensaba y decía a medias: «No eres un hombre de acción sino un intelectual. Eres un burgués podrido de literatura. Estás encerrado en una torre de marfil porque le tienes miedo a la calle y a la gente. La historia no se hace en los gabinetes de estudio sino en la calle y con la gente». Sabía que podía replicar: «La historia se ha hecho siempre con una idea, verdadera o falsa. Detrás de cada grito, detrás de cada pica alzada, está el pensamiento de un hombre de meditación». Podía citar ejemplos, pero era enfrascarse en una airada discusión sin objeto que terminaba agriamente. Se iba Jeremías Centalla encendido y él quedaba turbado e inquieto.

Trató de llevarlo a alguna exposición, a algún teatro, a algún *ballet*. Jeremías se resistía a ir, y si iba se ponía en la actitud menos receptiva. «Esto es europeo, esto no nos pertenece», decía. Podía contar lo que les pasó un día en un *ballet*. Mientras las bailarinas y los *danseurs* componían sus figuras en la escena, le dijo a Jeremías: «Tápate los oídos un momento». Jeremías se los tapó con los dedos. «Ves. Ahora resulta incomprensible y ridículo lo que pasa en la escena. Carece de sentido. Eso es lo que pasa con la política venezolana. Es un *ballet* sin música. No hay manera de seguirlo, ni de entenderlo». Centalla lo miró despectivamente: «No lo entienden, precisamente, los que se tapan los oídos. Y hay muchas maneras de taparse los oídos». Tampoco había venido Jeremías a saludarlo.

Tenía que ser Bruno Galeotti el que dijera la imprudencia:

—Qué raro que no haya venido Lázaro.

Verrón explicó:

—Yo le avisé. Debe venir por ahí.

Entraban y salían conocidos. Se servían bebidas. Le traían saludos del teléfono.

—Quien llamó esta mañana para dejarte un saludo fue la señora Basso.

Beatriz Palomba. La señora Basso. Le gustaría verla con su marido. ¿Y qué habría sido de Victoria Armenta?

—Las Armenta están muy apagadas, chico. Centalla dejó a Fina plantada. Carlitos anda por ahí, sigüiseando[23] como siempre.

—¿Y los Milvo?

—Están separados para divorciarse. Él le dejó la casa y se fue para otra parte. Por cierto, que dicen que se ha portado muy bien con ella en las particiones.

Le hubiera agradado que Zulka hubiera llamado para saludarlo.

—Tienes que ir un día a la Plaza Bolívar. No la vas a conocer. Se necesita intérprete para pasar por allí. Está llena de italianos, portugueses, gallegos y hasta polacos y húngaros.

—Cómo va a ser.

—Esto se ha llenado de inmigrantes. Ya casi todo el servicio en las casas es de extranjeros. Eso, por lo menos, hemos ganado.

—Lo que más hay son portugueses.

—No, qué va, italianos.

Recordaba a Portugal. Llegó al comienzo de la guerra. Tuvo que salir de París y fue bajando lentamente hacia la frontera española. Parecía que la guerra se iba a quedar estacionada. Pero la guerra nunca se queda estacionada. Pasó unas semanas en Lisboa hasta que pudo salir para Londres en un carguero. Algunos de esos hombres desconocidos que había cruzado en aquellos parques tan llenos de flores, frente a aquellas graciosas casas barrocas, estaban ahora en esta tierra a la que a él tanto trabajo le había costado decidirse a regresar. Habrían venido a empezar una vida.

Entró el Indio Torres, efusivo y campechano, seguido de un reportero y de un fotógrafo:

—Qué dice ese palo de hombre. Aquí traigo mi gente para hacerte un reportaje para *El Eco*. El que te mandó un gran abrazo, mientras viene a verte, fue Luis Sormujo. Está muy bien. Parece que en estos días sale para una embajada.

Habló un rato con el Indio Torres. Era el mismo hombre sentencioso, vivaz y desengañado:

—¿Qué vienes a hacer?

—No lo sé todavía, Indio. Seguramente me pondré a trabajar. Pero no sé todavía en qué forma.

—Ujú. Eso quiere decir que no quieres nada con esta gente.

Sonrió:

—Yo no he dicho eso.

—Ahí están el reportero y el fotógrafo esperándote.

Se sentó con ellos:

—¿Cuánto tiempo tenía afuera?

—Más de diez años.

—¿Qué estaba haciendo?

—Estaba estudiando.

—¿Qué estaba estudiando?

—Varias cosas. Ponga derecho, y también sociología, y algo de humanidades.

Verrón lo oía con sorna:

—Seguramente más humanidades que derecho.

—Tal vez.

—¿Qué opina de la nueva situación política?

Iba a entrar diciendo evasivas, cuidándose, queriendo estar bien con Dios y con el diablo. ¿Y si dijera que la política no le interesaba? Iba a parecer insincero y taimado. ¿Y si dijera que la política venezolana, en la forma en que se desarrollaba, no lograba interesarle? Hubiera parecido insoportablemente pedante. O si dijera una vaga fórmula que a nada comprometía:

—He seguido con interés los sucesos últimos y espero que el país encuentre pronto el camino hacia la normalidad, que tanto necesita.

Hubo sonrisas de complacencia y gestos de aprobación:

—El hombre viene amolado. Cualquiera diría que no ha salido de aquí.

Se había generalizado la tertulia entre los presentes.

—Has llegado en el momento álgido. La gente está esperando algo de un momento a otro.

Le preguntó al Indio Torres:

—¿Tú crees que efectivamente estemos en vísperas de un nuevo golpe de Estado?

Se hablaba de aquello con una naturalidad absoluta, como de cualquier suceso ordinario.

—No me extrañaría, Álvaro. Esta gente ha cometido muchos errores y los militares parecen dispuestos a hacer algo. Ganas no faltan.

Todavía entraban algunas visitas. Pero no aparecía Lázaro Agotángel.

Le preguntó a su hermano Rubén:

—¿No te parece raro que no haya venido Agotángel?

—Vendrá más tarde. Él es así.

Tal vez era mejor así. No habérselo topado al primer momento. Tal vez era que Lázaro se replegaba y se ocultaba. Era como si estuviera absorbido y deshecho en la vida ordinaria. Desarmado, reducido, apaciguado. Como si estuviera eliminado. Como si no hubiera Lázaro. Como si no hubiera aparecido nunca, ni crecido en presencias y conflictos, y rupturas, y amenazas latentes. Sin esfuerzo de su parte, Lázaro se borraba. No estaba a la vista. Tal vez no iba a estar a la vista. Era él, desde lejos, quien le había dado estatura y poder. Quien lo veía así. Pero era mejor de aquel modo. Que desapareciera y se diluyera sin esfuerzo. Sin lucha.

No se hablaba sino de mujeres, negocios y conspiraciones, pensaba Álvaro.

—Indio, aquí como que no se habla de otra cosa.

El Indio Torres respondió con fingida solemnidad.

—Sabio mancebo, váyase preparando para estos temas y para esta gente. Esto es así y hay que aceptarlo así. Aquí el que no da la impresión de estar en vísperas de conseguir un ministerio o un millón, está descalificado. Yo, por ejemplo, estoy totalmente descalificado.

Ahora se hablaba del carnaval.

—Este año ha habido una alegría extraordinaria. Todo el mundo está loco por divertirse. Los *dancings* están llenos.

—Sale mucha mujer disfrazada y hay mucho *chance*.

Verrón le dijo a Rubén con voz apicarada.

—Vamos a sacar una noche a Álvaro, para que vea cómo se bate el cobre aquí.

Los que estaban cerca nombraban lugares de diversión y orquestas. Y comparsas de disfraces. Y sucesos y aventuras de las noches previas al

carnaval.

Los dejó hablando y se puso a recorrer la casa como para husmear el pasado. El cuarto de estar, el salón, el comedor, la escalera. Su habitación. Por una ventana se veía el Ávila[24] que se acolchaba, de púrpura en el comienzo de la tarde. Y unos mangos copudos que salían por entre los tejados de las casas vecinas. Y las voces y las carreras de un juego de niños en la calle.

Todo le llegaba como en barahúnda. De gentes en la casa y la calle. De recuerdos, hasta en la soledad de su viejo cuarto. Cada libro reencontrado hablaba por todas sus páginas, por todas sus marcas, por todas sus apresuradas notas de lápiz. Hablaba el *gouache* del pintor Efrén y la *Naturaleza muerta* de Molina. Hablaban sin término el cráneo de porcelana y los lápices de la mesa de trabajo y todo el tropel del pasado que estaba adherido a ellos.

Era como un hombre que hubiera resucitado de otra vida. Que se hubiera quedado dormido por años y volviera para la terrible experiencia del regreso y del encuentro.

16

Habían llegado a fundirse el ruido, la música, el humo, el gentío y las luces tenues. Entre las voces pasaba la música sin término de las orquestas y tropezaban entre sí los que bailaban y los que estaban sentados y los que iban y venían sin cesar por entre las mesas y las sillas. Todo bullía y se movía sin término como pez a punto de fundirse. Podía ser el humo el que sonaba, o la música la que olía tan acremente. O la luz ahumada la que formaba aquellos témpanos helados del trago de licor que había que tomar apresuradamente.

Por encima de todos los sonidos había voces en falsete de innumerables mujeres disfrazadas de negritas que pululaban entre las mesas, bailaban abrazadas a los bailarines, ocultaban la cara dentro de una fea busaca[25] negra, y contoneaban con lubricidad las piernas y las caderas, dentro de mallas transparentes. Revoloteaban de una mesa a otra, hablando sin parar, se sentaban, se levantaban, pedían que les obsequiaran un trago y sacaban a los hombres a bailar.

—Las mujeres se vuelven locas en el carnaval —le dijo Eladio Flores a Lázaro Agotángel.

Estaban sentados en una corta mesa cubierta de botellas. Grupos de negritas se sentaban con ellos por momentos y se iban.

—Yo te conozco, Lázaro, te conozco mucho.

Tenía unas hermosas piernas y unas finas manos y, a pesar del falsete, se le adivinaba una voz cálida y juvenil.

—Siéntate con nosotros un rato.

—No puedo porque estoy con un hombre muy celoso.

—Un ratico no más.

—Un ratico.

Se sentó a su lado. Lázaro trataba de adivinarle el rostro detrás del rugoso trapo oscuro. Le colocó una mano sobre el muslo firme.

—¿Quieres un *whisky*?

—Naturalmente.

Le había tomado la mano y se la observaba con curiosidad. Era una mano fina, de largos dedos y uñas pintadas de coral. En las falanges se le veían huellas de sortijas.

—¿Como que me quieres leer la mano?

—Para saber quién eres.

—Eso es muy difícil y no lo vas a lograr. Tú me conoces. Nos hemos visto muchas veces.

—¿Dónde?

—No te puedo decir porque lo averiguarías todo. Conténtate con tenerme aquí este momento.

—Es muy poco.

—No seas agalludo.

—Vamos a bailar.

Había un ritmo vago en el movimiento espeso y balanceado de las gentes.

—No puedo. Tengo que volver con mi gente.

—Tómate el *whisky*, primero.

Con un pitillo, a través de la abertura de la máscara, fue sorbiendo el líquido. Por los huecos se le veía una boca carnosa de dientes muy blancos. Y unos ojos vivaces y burlones.

—Tú debes ser una mujer sin miedo, cuando te atreves a venir aquí.

—¿Por qué? ¿No vienen todas?

Lázaro le apretó la mano con fuerza.

—Sí, pero no las de tu clase.

—¿Qué sabes tú?

—Te propongo algo… a ver si tienes brío.

—¿Qué?

—Que nos escapemos tú y yo de aquí, para otra parte, a divertirnos juntos. ¿Qué te parece?

—Qué vivo —dijo con sarcasmo.

—No, no es viveza, es para estar contigo más tiempo.

—¿Para qué?

—Para conocerte mejor.

—Eso es precisamente lo que no quiero.

Hizo el ademán de levantarse.

—Espérate un poquito más.

—No puedo.

Le acarició suavemente el muslo. Sentía la voluptuosidad de aquella intimidad con una mujer extraña e irreconocible.

—Un momentico nada más.

—Bueno, un momentico.

En ese momento tres hombres pasaron tropezando la mesa. La negrita exclamó, llena de sorpresa:

—¡No puedo creerlo! ¡Álvaro Collado aquí! ¡Álvaro!

Lázaro y Eladio volvieron el rostro rápidamente. Eran Verrón, Rubén Collado y Álvaro. Lázaro sonrió. De todos los lugares en que hubiera pensado encontrarlo era aquel el que menos se le hubiera ocurrido.

—¡Guá, Lázaro, qué sorpresa!

Era Verrón, que lo saludaba efusivamente. Se puso de pie. Aquel otro era sin duda Álvaro. No se lo imaginaba así. Le pareció pálido y más pequeño de lo que creía.

—¡Mira, Álvaro, qué casualidad, aquí está Lázaro Agotángel!

Álvaro tuvo una visible sacudida. Lo miró asombradamente y le tendió la mano.

Dijo Verrón:

—¡Qué manera de saludarse es esa! ¡Dense un abrazo!

Fue un abrazo flojo y sin perderse las caras. Era fuerte, pero menos grande de lo que pensaba. Le sintió los brazos y las espaldas macizos. Un cuerpo de boxeador. La quijada cuadrada, la nariz roma. El pelo crespo. Los ojos parecían amarillosos. Mientras volvía a su posición lo miró en conjunto ávidamente. Allí estaba. Un traje oscuro, una corbata a rayas chillonas. La piel morena, pero pálida, gamuzada. Ese era el hombre. Nada tenía que pudiera parecerle familiar.

Le presentaron a Eladio Flores. Tenía una cabeza de sumerio. Ojos dormidos, labios gruesos, nariz curva. No le faltaba sino una barba rizada en postas decorativas, para ser un guerrero de Sargón o de Asurbanipal.

—¿Por qué no nos sentamos juntos? —propuso Rubén.

—¿Cabemos?

—Claro.

La negrita había desaparecido en las presentaciones.

—¿Qué le parece? La que lo conoció fue una negrita que estaba aquí —dijo Lázaro.

—¿Quién sería?

—¡Quién sabe!

—Alguna que fue amiga suya antes de que usted se fuera —dijo Eladio.

—Es mucha la mujer que aprovecha el carnaval para desquitarse de todo lo que no puede hacer en el año —dijo Rubén.

—Por lo menos de todo lo que no pueden hacer con tanta libertad —dijo Lázaro.

—Eso es lo bueno que tiene el carnaval —añadió Eladio.

Lázaro había pedido otra botella de *whisky* y Álvaro bebió un primer vaso casi de un trago.

Allí estaba al fin Lázaro. Si no hubiera sabido quién era no habría puesto atención en él. Exhibía cierta ordinariez.

Fue Álvaro el primero en hablarle:

—Tenía muchos deseos de encontrarlo.

—Yo también. Imagínese.

No dijo más, pero luego agregó con cierta incomodidad:

—Tenía pensado irlo a saludar a su casa, pero las cosas se me han complicado mucho en estos días.

Verrón intervino:

—Se ve que has agarrado una indigestión de negritas.

Rieron todos. Eladio volvió a llenar los vasos y Álvaro tornó a beber el suyo con rapidez.

Allí estaba. Aquel tumulto ensordecedor, aquella barahúnda de danzas, de gritos y de voces atipladas, era el término del periplo. Años y climas y ciudades y aprendizajes no habían tenido otro objeto que ponerlo allí.

—Es curioso que nos hayamos venido a encontrar aquí —dijo Álvaro.

—Es lo mismo. En alguna parte nos íbamos a encontrar.

¿Quiénes eran los que se habían encontrado o qué habían encontrado?

Verrón entre carcajadas contaba la historia del marido que se topó a su propia mujer disfrazada de negrita.

—¡Qué plancha[26]! Creía que había levantado un hembrón.

Eladio y Rubén reían. Pero Lázaro estaba callado y parecía desentendido.

Álvaro se creyó obligado a hablarle:

—Yo he seguido con mucho interés sus actividades.

Iba a decir *su carrera*. Pero ¿cuál era la carrera de Lázaro? Había sido más bien como una aventura.

—Yo lo sé y se lo agradezco.

—No tiene por qué agradecérmelo. Era un deber mío.

Pensó que no ha debido decir esa palabra. Lázaro la recogió:

—¿Deber por qué?

Verrón sirvió a su turno:

—Vamos a brindar por este encuentro y por estos dos hombres a quienes todos queremos.

Era difícil entenderse entre la barahúnda del lugar.

—Tal vez hubiera sido mejor que nos hubiéramos encontrado antes —dijo Álvaro.

Quería decir que hubiera sido mejor haberlo conocido antes de que la vida lo hubiera convertido en lo que era ahora.

—Es lo mismo. Antes o ahora. Sus cartas eran muy buenas.

Se volvió hacia Eladio:

—¿Verdad, Eladio, que yo te mostraba las cartas de él?

Eladio, que estaba distraído en la conversación de los otros, no comprendió:

—¿Qué cartas?

—Las que él me escribía. ¿Te acuerdas?

—¡Ah, sí!

—Tal vez eran unas cartas demasiado literarias y no decían todo lo que yo hubiera querido decirle. Si yo hubiera estado viviendo en casa cuando

usted vino hubiera sido distinto.

No contestó. Se quedó pensativo. «Si yo hubiera podido quedarme en casa, él no hubiera tenido por qué venir. Porque yo no hubiera tenido por qué irme. Por lo que yo tuve que irme, él tuvo que venir. Por…». Lo que sentía, a su pesar, era curiosidad por buscarle en la cara la imagen entrevista del agente Agotángel. Era un rostro menos bronceado que el que había entrevisto en el momento del disparo en la universidad. Diferente. Tal vez era porque no tenía bigote como el padre. Ni aquel diente de oro. Tal vez la voz. Pero él no le había conocido la voz.

El otro se sintió incómodo bajo la mirada insistente.

—Usted me perdonará que no le quite la vista, pero es que tenía tanta curiosidad de verlo.

Eladio había vuelto a servir. Lo único frío y sosegante parecía el licor.

Verrón le hablaba a Lázaro:

—Tienes que presentarle Álvaro al comandante. Tú sabes, Álvaro, que este es como hermano del comandante Maldonado. Cualquier cosa.

Lázaro sonreía complacido.

—Al comandante —insistía Verrón— le interesa conocer hombres como Álvaro. Hombres de conocimientos y bien preparados. Estoy seguro de que van a hacer buena liga.

Le pareció vil:

—Yo no estoy interesado en la política. Prefiero ocuparme de otras cosas.

Lázaro se creyó obligado a añadir:

—Yo tampoco soy político.

Y Verrón con zalamería:

—Yo no sé leer, pero me escriben.

Le vio a Verrón una repugnante cara de bufón. Su hermano Rubén le reía la gracia. Más digna era la cabeza de sumerio de Eladio Flores. Y el único que parecía estar en su sitio era Lázaro.

Era ahora él quien invitaba:

—Nos tomamos otro.

—Bueno.

No estaba habituado Álvaro a beber de aquella manera continua, pero sentía que el alcohol le hacía más llevadera la situación. Lo hacía más libre.

Se olvidaba de los demás y le decía a Lázaro:

—¿No le interesa a usted la política?

Lo miró con hostilidad:

—No. No quiero ser político.

—Pero el país sí le interesa —le dijo casi con sorna.

—Claro que me interesa. ¿No soy de aquí, pues? Esta es mi tierra. Aquí está lo mío. Yo nunca he salido de aquí. ¿Qué le parece? ¿Cuánto tiempo estuvo usted afuera? Fueron una pila de años.

Verrón había oído parte de la frase:

—Si se queda un poco más se hubiera vuelto un *musiú*. La pelea es peleando. Hay que estar aquí.

Podría objetar esas simplezas. No había sido por un mero capricho que se había marchado. No lo podía decir por Lázaro, aunque podía decir otras cosas. Y hasta con agresividad.

—Yo no creo que es más venezolano el picapleitos metido en los tribunales, que el hombre que se va a Europa o a los Estados Unidos a estudiar para prepararse a trabajar en la solución de los grandes problemas del país.

Lázaro lo miró con extrañeza:

—Esos problemas nuestros deben de ser bien arrechos[27] porque tenemos muchos años hablando de ellos y nadie los resuelve.

Era deliberadamente brutal la expresión.

—Desde el 45 para acá no se habla sino de problemas —dijo Verrón—. Ya estamos hasta la coronilla. Por eso será que la gente tiene tantas ganas de divertirse para quitarse de encima esa pesadilla. Y ustedes, ¿por qué no se tutean?

Se quedaron viéndose sin responder.

—Gúa, ¿por qué no? —dijo Lázaro.

A Álvaro le costó trabajo empezar a hablarle de tú a aquel hombre extraño y hostil que acababa de encontrar, como si poco tuviera que ver con las viejas imágenes y reminiscencias que de él se había formado.

—Tenemos que hablar mucho y de muchas cosas, Lázaro, tú y yo.

No era fácil desarmarlo.

—¿Me vas a llevar un día a conocer a tu mamá?

Arrugó la cara. Comprendió que no ha debido decir eso. Era acercarse de nuevo al tema que no había que tratar.

—La vieja se va a asustar con esa visita.

No debía insistir. Hubiera tenido luego que preguntar por la hermana que vivía con la madre. Y era a propósito de la hermana que Saúl Verrón le había escrito: «Ahora vive de cabronear a la hermana con un tal Contreras». Era lo que le había escrito aquel Saúl Verrón que ahora decía:

—Tú habrás aprendido mucho en esos países, Álvaro, pero el que te puede enseñar todo lo que tienes que saber de aquí es Lázaro. Ese es cuatriboliao[28].

Eso significaba que era doctor en mañas, licenciado en vivezas, profesor de ardides, veterano en dolos y engaños.

—Es verdad que la vida enseña, pero no siempre enseña bien —dijo Álvaro—. Cuando uno está demasiado metido en la lucha de todos los días se va amellando y haciendo insensible para ciertos valores morales.

—¿Y para qué sirven esos valores, si no sirven para vivir? ¿De qué sirve estar lleno de sabiduría y virtudes si los demás lo miran a uno como un pendejo? —proclamó Verrón.

Lázaro rio con una risa estrepitosa.

Álvaro se sintió obligado a insistir:

—Eso depende de quiénes son los demás. Si son los logreros y aprovechadores que tanto han abundado siempre en este país, poco debe importarle a uno su opinión.

—Si uno va a actuar en la vida para que lo aprueben tres o cuatro líricos trasnochados, entonces sí es verdad que merece el calificativo de pendejo. Los hombres se hacen entre los hombres, imponiéndose a los hombres —replicó Verrón acremente.

Más que el alcohol era la ira lo que impulsaba a Álvaro:

—Según eso, Saúl, todos los hombres superiores, todos los grandes espíritus han sido para ti unos pendejos. Pasteur es un pendejo, Gandhi es un pendejo, Romain Rolland, ni hablar.

Saúl Verrón insistía seguro:

—Esos son otros medios y otras gentes. Aquí es distinto.

—Entonces aquí vamos a tener que fundar una ciencia del hombre, una moral y una pedagogía distintas a la del resto del mundo. Porque en el resto del mundo, según eso, están equivocados y tienen por grandes hombres a los que nosotros sabemos que son solamente unos pendejos.

—Yo no te voy a discutir eso, Álvaro. Pero lo que sí te digo es que aquí es así. Ahí tienes a Lázaro…

Ahí lo tenía, oyéndolo con una fría y distante curiosidad. ¿Qué pensaría Lázaro de aquella discusión?

—¿Tú crees, Lázaro —vociferaba Verrón—, que si tú te hubieras puesto a predicar sermones en lugar de fajarte a hacer plata y a abrirte camino, tendrías la posición que tienes? ¡Qué va!

Se le ocurrió entonces a Álvaro preguntarle a su vez:

—¿Qué opinas tú, Lázaro?

Respondió en un tono reticente y lleno de malicia, y entre frase y frase sorbía lentos tragos de *whisky* y sonreía:

—Yo no sé. No me he ocupado mucho de esas cosas. Cuando uno está metido en la brega no tiene tiempo de ponerse a pensar en tantas cosas. Cuando vivía en el cerro… ¡Ninguno de ustedes sabe lo que es eso! ¡Tú sí, Eladio! Cuando vivía en el cerro había que estarse defendiendo todo el tiempo. Es mucho el fieraje. Y después tampoco ha sido fácil. La gente no respeta sino el mando y la plata. ¡Eso sí lo aprendí!

—¡Tú ves, Álvaro, tú ves! —coreaba Verrón complacido.

—Eso lo que significa es que somos un país primitivo. A pesar de todas nuestras pretensiones seguimos siendo un país de caciques y de piaches[29].

No era eso lo que tenía que decir. Hubiera debido plantear el problema desde otro ángulo. Pero ya se había enfrascado en aquello.

—Eso significaría que vivimos en la ley de la selva. En un equilibrio salvaje de terrores y de amenazas. Eso no es posible.

Ahora era Lázaro el que insistía.

—Este es un país que no perdona al pendejo. Cuando uno tiene real y poder es persona. ¡Si no, no! Ahí está el comandante. ¿Quién no lo respeta ahora?

Era como si se desnudara. Como si apareciera frente a Álvaro un extraño ser salvaje, cubierto de amuletos y de armas prehistóricas.

—Eso lo que significa —dijo Álvaro con voz ahogada— es que usted individualmente ha sido un vivo…

Había tenido que volverle a decir «usted».

—… un vivo que ha sabido abrirse camino. Puede que eso sea digno de admiración, pero eso no significa nada, ni le da nada al país. ¿Qué gana el país con que usted tenga plata y mando?

Insistía con lentitud segura:

—Sí gana, mi amigo. Si hubiera más gente como yo, las cosas andarían mejor. Pero lo que hay es mucho hablador de tonterías y mucho bochinchero. Con gente que no hace sino hablar no se va a componer esto. El comandante Maldonado dice que donde no hay orden no hay país.

Con ánimo de provocarlo, le dijo Álvaro:

—Y el comandante Maldonado va a poner el orden para salvar al país. ¿No es eso? Él ha recibido esa misión providencial. Y la va a cumplir. A tiros y carcelazos.

La voz se perdía entre la algarabía y el movimiento de la taberna.

Era tajante la voz de Lázaro:

—¡La va a cumplir! El ejército, tiene que poner orden en este desbarajuste. ¡Esto no puede seguir así!

—Entonces el comandante Maldonado nos va a traer la salvadora tiranía.

—Llámela así, si le parece. Yo lo llamo un gobierno de orden y de respeto.

—Donde, naturalmente, ustedes serán los amos y el resto seremos los esclavos.

—Eso depende donde usted se coloque.

—Eso no tiene nada que ver con el sitio donde me coloque. Donde me coloque seré igualmente vil.

—Hay veces que hay que hacer el bien a la fuerza, con el látigo en la mano.

—Yo no puedo aceptar que nadie me haga el bien con el látigo en la mano. Esa es una abominación indigna de que ningún hombre la acepte.

Pero parecía aceptarla gozosamente aquella cara tensa que lo miraba desafiante. Allí estaba Lázaro Agotángel y no había lengua en que pudieran hablarse ni entenderse. Así hablaba, seguro y confiado. Así hubiera hablado también su padre, el agente Agotángel. No como él lo había imaginado cuando se puso a tratar de rescatarlo con palabras imaginadas. Allí estaba, al fin, la confrontación.

—Estamos hablando muchas pendejadas.

Era Verrón, que cortaba el callar brusco que se había creado. Sirvió nuevamente de beber. Todos bebieron de una manera rápida y nerviosa.

Al rato Eladio contó un chiste soez. Todos rieron con una risa en que nadie se confiaba.

La espesa masa de los bailarines los cercaba en un estrechamiento de cuerpos y trapos. Caderas y brazos y codos tropezaban con sus cabezas. Hombres y mujeres enlazados, en ahogados abrazos, flotaban fundidos en una oscilación lela.

Verrón, Rubén y Eladio hablaban descoordinadamente. Señalaban las grupas y los muslos. Trataban de reconocer algún disfraz que les había hablado.

Álvaro y Lázaro estaban callados. Sorbían a ratos mecánicamente el licor frío. No había palabra con que pudieran reanudar el diálogo.

Se observaban disimuladamente.

Iba a ser difícil que se pudieran entender, pensaba Álvaro. No era como se lo había imaginado. Tenía apoyada la gruesa quijada sobre la mano. Respiraba fuerza brutal. Y había dicho palabras brutales.

Se iba haciendo tensa e insostenible la mutua presencia silenciosa. Recogidos, desviados, ya casi ni se miraban. Ni oían las risas ni las confusas frases de los otros. Era como si estuvieran los dos solos.

—No… —balbuceó Álvaro.

Iba tal vez a decir: No te pareces. No te pareces a aquel hombre del bigote y el diente de oro que vi en el momento de caer muerto. O, tal vez, no te pareces al que yo estuve imaginando y construyendo con tu nombre por años. Eres otro. Y lo que te importa es saber de mí lo que yo mismo no sé. Podría decirte que no fui yo. Ciertamente no fui yo solo. Fui yo y fue él,

y fueron los otros y fuiste también tú que tenías que estar inevitablemente presente desde entonces, aunque yo no haya venido a verte sino ahora.

—¿No quieres más?

Era Lázaro que le ofrecía licor de la botella.

Asintió con la cabeza. Aliviado. Se volvió hacia los otros y se metió en la conversación ansiosamente.

17

Empezaba a oscurecer cuando Rubén Collado bajó del automóvil a la puerta de la casa de Oromundo Pérez. En un barrio apartado y modesto, entre una larga fila de ventanas estrechas y de angostas fachadas, se extendía un pedazo de muro alto que parecía la pared de un cementerio. Hubo que llamar por largo rato a la puerta cerrada. Un portón recio, pintado de un verde sucio cuarteado.

Vinieron a abrir. Asomó un hombre con más aspecto de ordenanza que de sirviente.

—Tengo que hablar con el señor Pérez. Es algo muy urgente.

Un largo callejón enarenado penetraba recto hacia el centro de la manzana. Rubén siguió al sirviente. Al término del callejón se abría un amplio espacio sembrado de césped y en medio se alzaba una inesperada casa de dos pisos, llena de balcones, terrazas, torres, rejas y azulejos.

Penetraron a un vasto vestíbulo, lleno de pesados sillones de cuero.

—Espere aquí un momento.

Parecía una casa deshabitada. Todo estaba silencioso y quieto. Era la primera vez que Rubén Collado entraba en ella. Muy poca gente la conocía. Oromundo Pérez era un hombre de calle y no de casa. Iba a la oficina, al club, a otros sitios. Nadie conocía aquella especie de casa secreta. Ni tampoco a la esposa, que nunca salía con él. Una mujer recluida, de vagos antecedentes, con la que se había casado muy joven y que no frecuentaba ninguna sociedad.

Rubén pensaba en aquella especie de doble vida de Oromundo. Ostentoso, dadivoso, con queridas, con caballos de carreras, con una famosa partida de *baccarat* de miles y miles de bolívares en el Club Venezuela, y con aquella casa oculta y aquella esposa claustrada.

Casi sin hacer ruido apareció Oromundo Pérez. Gordo, cuadrado, rojizo. Vestido con demasiado esmero. Muy lustroso el cabello rizado. Muy oloroso a agua de colonia.

En la mejilla tenía una larga cicatriz. Era el tiro de Verrón. «Por dos dedos Saúl no se lo pegó», pensó Rubén, recordando el viejo incidente de Verrón y Oromundo, como invariablemente lo recordaba, sin decirlo, cada vez que le veía la cicatriz.

—¿Qué hubo? —fue el saludo de Oromundo. En la mano que levantó ardía un grueso brillante.

—Vine a buscarte aquí porque la cosa es muy urgente —dijo Rubén.

—¿Qué pasa?

—Que hay orden de prisión contra ti.

Se inmutó:

—¿Contra mí?

—Sí. Lázaro Agotángel acaba de decírselo a Saúl en la reunión en que estábamos, y Saúl me dijo que viniera a avisártelo inmediatamente. Debes esconderte.

—Ujú.

Oromundo se reclinó sobre el brazo de una poltrona. Parecía agobiado.

—Esta gente me estaba buscando la vuelta desde hace tiempo.

Para dar más peso a sus palabras, Rubén añadió:

—Fue el propio comandante Maldonado el que se lo dijo a Lázaro, para que te avisaran.

—Si me lo manda a decir el comandante tiene que ser verdad.

—Lo mejor es que te escondas.

Se mostraba perplejo.

—Yo no puedo estar escondido mucho tiempo. Tengo muchas cosas que hacer.

—No, Oromundo. Nada más que mientras se arregla este asunto. El mismo comandante meterá su mano. Él es amigo tuyo.

Oromundo sonrió confortado:

—Ese fue alguno que me chismeó.

—Esta gente está muy asustada y anda echándole mano a todo el que les parece sospechoso —comentó Rubén.

—Con eso no van a ganar nada. Los militares están decididos a tumbarlos y los van a tumbar.

—Eso mismo creo yo.

Luego dijo, como si tomara una resolución:

—Si a mí me ponen preso será por amigo de los militares. El comandante Maldonado lo sabe. El otro día se lo dije: «Cuente conmigo, comandante». Tú sabes que él habla poco, pero me contestó: «Sí, señor, con usted contamos». Y me dijo también: «Cuídese, no se vaya a malograr». Sería por esto mismo. A lo mejor, ya él lo sabía. ¿Qué es lo que él no sabe?

Permaneció un rato abismado.

—Esa es la cosa. Los militares están resueltos, pero están esperando la oportunidad —explicó Rubén.

Oromundo se había quedado pensativo:

—A lo mejor, si voy a la reunión me hubieran agarrado ahí.

—Te estábamos esperando. Pero por eso mismo se resolvió que viniera yo a alertarte.

—¿Quiénes estaban?

—Bueno. Estaba Saúl, que se preocupó mucho; estaba Roberto Albúrez; estaba Eladio Flores, tú sabes que él es la mano derecha de Lázaro. Estaba yo. Y nadie más. Después llegó Lázaro. Era para constituir la compañía.

Parecía darse cuenta lentamente de su situación:

—Ujú. No deja de ser una vaina esto, ¿sabes?

—Ya lo creo.

—¿Qué dijeron allá?

—Eso no se habló sino en privado, entre Lázaro, Saúl y yo. Cuando Lázaro entró, nos llamó aparte.

Oromundo quería saber todos los detalles.

—Teníamos rato discutiendo la forma de la compañía. Por cierto, que vamos a meter en la junta a Álvaro, mi hermano. Está muy desconectado del medio y hay que empezar a vincularlo a los negocios para que se vaya enterando de cómo son las cosas.

Oromundo estaba abatido.

—Hay que hablar con el comandante para que me arregle esto.

Calló un momento y añadió:

—Es raro. Yo lo vi la semana pasada y no me dijo nada. Estuvimos hablando de muchas cosas. Estaba muy interesado por la constitución de la compañía, pero no me dijo nada.

Rememoraba con cierta temerosa desgana:

—Más bien me dijo: «Mire, Oromundo, organicen pronto esa compañía para empezar a darles negocios. Están perdiendo el tiempo y las oportunidades».

Rubén siguió mecánicamente el hilo de la conversación:

—Precisamente, la reunión de hoy era para firmar el acta constitutiva. Un millón de capital con el veinte por ciento aportado. Para contratos de obras, construcciones en general, compra y venta de inmuebles y de valores, corretajes. De todo, chico, se puede hacer de todo con la compañía. Verrón redactó el documento. En la junta estás tú, está Verrón, está Lázaro, está Roberto Albúrez. Siempre es conveniente un figurón de esos. Alsina no quiso entrar en la junta.

—Ese se cuida —murmuró Oromundo—. ¿Y no pusieron a tu hermano, el que acaba de llegar?

—A Álvaro lo pusimos por ahora de suplente. Ya tenemos el primer contrato listo con Obras Públicas. Un tramo de carretera que puede dejar de utilidad entre dos y tres millones de bolívares.

—Eso no es nada para lo que se puede conseguir.

—Eso decía Eladio Flores. Él calcula que antes de seis meses podemos tener contratos por más de treinta millones.

—¿Y el negocio de las expropiaciones para las nuevas avenidas?

—Eso es grandioso, Oromundo. Podemos comprar terrenos y casas antes de que el gobierno decrete la avenida, a precio de gallina flaca.

Oromundo volvía a su preocupación:

—¡Pero dígame esta broma ahora! ¡Tener que esconderme yo! ¿El comandante no le dio ningún detalle a Lázaro?

—No hubo tiempo de preguntarle. Lázaro no hizo sino llegar y llamó aparte a Verrón para decirle que te mandaran a avisar inmediatamente. Por eso vine sin perder tiempo. Debe ser una cosa seria cuando el comandante te manda a avisar.

—Sí. Tiene que ser.

Tenía cara de susto Oromundo y hablaba sin ilación y como para sí mismo.

—¡Esta me la van a pagar estos carrizos! ¡Y eso que yo me cuido! No ves que yo sé que me tienen la vista puesta. Hace tiempo que me tienen vigilado. Ya yo conozco los espías que me tienen puestos. Hay un trigueñito, flaco, que se la pasa en el botiquín de la esquina. Ya hasta nos saludamos cuando yo paso. Pero por más que hagan no se van a salvar. Todo el mundo está ligando que los militares den el golpe. Ese día vamos a gozar mucho, Rubén. No va a quedar cueva de ratón desocupada. Yo se lo digo al comandante cada vez que lo veo: «Acaben de tumbar esta gente. Mire que mientras más tarde lo hagan será peor». Y él no dice nada, pero me oye. Pero si no andan ligero los van a sacar a ellos. Dígame, ahora, tener yo que esconderme. ¿Y dónde me voy a esconder? ¡Con todas las cosas que tengo pendientes!

—Esto no va a ser largo, Oromundo —decía Rubén.

—¿Qué sabes tú?

—Estoy seguro. El comandante te arregla esto ligero.

—¿Y si no lo puede arreglar?

—Cómo no lo va a poder arreglar.

Volvió a hacerse un silencio.

—Yo no tengo dónde esconderme. Yo nunca he sido político.

—Eso se va a arreglar. Lázaro y Verrón se están ocupando de eso. Mi hermano Álvaro debe venir a avisarnos.

—¿Te parece que prepare una maleta?

Rubén vaciló:

—Mejor no. Después que tú te vayas te la pueden mandar.

—Será mejor.

Cuando no hablaban se sentía el silencio muerto de la casa. El rumor de la ciudad llegaba atenuado y distante. Ecos de motores, de bocinazos, de pregones. En alguna parte, pensaba Oromundo, debían de haber dado ya la orden de prenderlo. A dos policías secretos. Les habrían explicado la dirección. Una casa que no se ve por fuera. Y las señas. Un hombre de mediano tamaño, grueso, con una cicatriz en la cara. Como si fuera un hampón.

—Rubén, si no nos apuramos, nos van a agarrar aquí tontamente.
—Álvaro no debe tardar.
—¿Qué hora es?
Preguntaba nerviosamente, sin ver el reloj:
—Las seis y media.
—Ya está oscuro.
—Mejor así porque no nos ven.
Sonó bruscamente el timbre de la puerta. Oromundo se puso de pie.
—¿Si son ellos qué hago?
—¿No hay otra salida?
—Por una pared baja del fondo puedo pasar a la casa de al lado.
Llamó al sirviente:
—Oiga bien lo que le voy a decir. Antes de abrir la puerta de la calle, vea por el postigo y pregunte quién es. Si es una persona desconocida o es más de uno, o si son de la policía, no abra. Converse lo más que pueda y apague y encienda la luz para avisarme.
El hombre se fue a cumplir el encargo. Oromundo y Rubén lo siguieron con los ojos en su lenta trayectoria hacia la calle.
—¿Serán? —preguntaba entre dientes Oromundo.
El hombre parecía tardar mucho en llegar a la puerta.
—A mí no me van a agarrar aquí. ¡Qué va!
Rubén parecía no hacer caso de él:
—Ni a mí tampoco.
Cuando le encargaron de ir a avisar a Oromundo había pensado que corría cierto peligro. Podía llegar a saberlo el gobierno. Era peor aún si lo encontraban allí en aquella oportunidad. Quedaría señalado como conspirador. «Aquí lo peor que hay es que lo tengan a uno como conspirador», decía su cuñado Verrón. Era mejor huir con Oromundo. Saldría con él por la pared del fondo, pasarían a la casa vecina y saldrían por la calle posterior a tomar un automóvil de alquiler.
El sirviente había llegado a la puerta, había abierto el postigo y se había puesto a hablar con alguien en la calle. No había apagado la luz. Oromundo y Rubén, de pie, se cruzaban miradas inquietas.

El sirviente había abierto la puerta para dar paso a una persona y había vuelto a cerrar. Ahora venían los dos hacia la casa.

—¿Quién será? —musitaba Oromundo, más tranquilizado.

Rubén lo reconoció prontamente.

—Es Álvaro, mi hermano.

—Ajá —murmuró Oromundo con alivio—. Yo lo había conocido antes de irse. Tenía mucho tiempo afuera.

—Mucho.

Álvaro llegó y sin saludar dijo:

—Ya todo está arreglado. Saúl ha preparado la cosa. La señorita Luisa Parma lo va a esconder en su casa.

—¿Luisa Parma? —repitió Oromundo desconcertado.

—Luisa Parma —dijo Rubén—. Me parece muy bueno. Ahí sí es verdad que no te va a buscar nadie. Ella vive sola en una casa grande.

—Pero yo casi no la conozco.

—Eso no importa —insistió Rubén—. Se trata de hacer un favor y más nada. Además, vas a estar muy bien. Ella es una persona muy fina.

—Yo sé. Pero, ¡caray…!

—Yo creo que debemos irnos ya —dijo Rubén.

—¿Los tres juntos? —preguntó Oromundo.

—¿Por qué no?

Mientras hablaba observaba a Álvaro. Con prevención como a un animal de otra especie.

—¿Con que usted era el que estaba en el extranjero estudiando? Fíjese ahora dónde se ha metido. En esta tierra no se puede vivir.

Álvaro sonrió.

—Yo no le voy a decir nada a mi mujer todavía —comentaba Oromundo como para sí mismo—. Las mujeres son muy alborotadoras. A quien sí tengo que avisarle es a mi hijo. ¿Tú conoces a Igor, Rubén?

Asintió Rubén con la cabeza. Sí, lo conocía. Era un muchacho ostentoso y gastador, que con frecuencia acompañaba al padre en hipódromos y fiestas.

—Hay que avisarle. A esta hora debe estar en la casa de la señora Milvo, Zulka, tú sabes. Se la pasa metido allí. Le anda bregando la

muchacha.

—Hijo de gato —dijo Rubén.

Oromundo sonrió.

—Álvaro le puede avisar —dijo Rubén.

Lo cogió de sorpresa.

—¿Dónde vive?

—En la misma casa de siempre, en el Country. Tú la conoces.

Asintió mudamente. Iba a tener que ir ahora a la casa de Zulka a llevarle un recado al hijo de Oromundo Pérez. Desde su regreso no la había visto. Guardaba el recuerdo de la casa. El día de la huelga de junio. Zulka agitada, dicharachera y felina. Y la niña pequeña que había asomado por una puerta. Ahora era la novia del hijo de Oromundo. Debía ser parecido a Oromundo. Pelo vaselinado, cara empolvada, brillante en el dedo. Y Milvo ya no estaría.

—Vámonos —dijo Rubén.

Oromundo insistía:

—Me hubiera gustado más haberme escondido en otra parte.

—Ahí vas a estar bien.

—Vivir en la casa de una solterona es una lavativa. No voy a tener independencia.

—No creas.

—Quién me hubiera dicho que yo iba a dormir esta noche en casa de la señorita Parma, con su cabeza blanca, su pechugota y su collarcito de perlas. ¡Qué cosa!

—Vámonos.

Oromundo tomó su sombrero y salieron hacia la calle.

—Mejor es que yo me vaya con Rubén y que usted, Álvaro, me haga el favor de ir a avisarle a Igor. Me interesa mucho que él sepa esto pronto. Dígale que tranquilice a la madre, que se quede en la casa y que no haga nada hasta que reciba aviso.

Rubén entreabrió la puerta y salió adelante. Observó la calle, por la que transitaba poca gente, se dirigió a su automóvil, lo encendió y se adelantó hasta el portón.

Oromundo subió velozmente al asiento trasero y se acurrucó en el piso.

Álvaro vio arrancar el carro y alejarse por la calle oscura. Cerró el portón de la casa y montó en su automóvil. Empezó a rodar con desgana. Iba a la casa de Zulka, por el viejo camino que no recorría desde hacía más de diez años. A buscar al hijo de Oromundo, a quien nunca había visto.

18

Era la misma vieja casa del Country Club, pero ahora le parecía más pequeña, más baja, acaso de otro color. Antes estaba aislada en medio del campo. Se la podía encontrar como el castillo de la bella durmiente entre los mijaos[30], los samanes, las espesas arboledas y la tersa extensión de grama de los prados de golf. Ahora estaba rodeada de otras quintas. Parecía menor la distancia de la verja de hierro a la puerta. Pero el crujido de la arena bajo las llantas era ciertamente el mismo.

La luz del pórtico de entrada se concentraba sobre un automóvil de carreras, rojo, bajo y brillante.

Álvaro Collado detuvo su vehículo detrás de aquel y avanzó hasta la puerta. Antes de tocar el timbre permaneció un rato detenido. Iba a encontrarse con Zulka después de tantos años. Era como si hubiera pasado todo ese tiempo andando por un largo y divagante camino que, en alguna forma, había salido de aquel pórtico y que de nuevo lo retornaba a él.

La última vez que estuvo allí estaba Milvo. Era entonces la casa de Milvo. Estaba también Sormujo. Cuando había llegado a la puerta con Zulka había oído las voces. Venía barbudo y sucio de la prisión por la huelga y Zulka lo había recogido en la calle. Hasta allí llegaban las voces de la discusión. Discutían de la huelga de junio y de la política. Sormujo lo recibió con hostilidad. Después llegó Totón Alsina: «Se acabó la huelga. Qué triunfo para el general Landa». Sonrió. Ahora todo estaba tranquilo en la noche y no se oían voces. Milvo ya no era el marido de Zulka. El general Landa era un viejo retirado en su casa. Y él no venía de estar detenido por la huelga, sino de mucho más lejos y de otras experiencias.

Después de tocar tardaron en abrirle.

—¿Está la señora?

No estaba la señora.

Preguntó si había alguien de la familia.

—Está la señorita Sibila.

Y luego añadió la criada:

—Tiene visita.

—Tengo que hablar con ella. Haga el favor de decirle que una persona… que el señor Álvaro Collado tiene interés en decirle algo.

Con la criada regresaron los dos jóvenes.

—Pase adelante, señor Collado… Doctor Collado, ¿verdad?

Álvaro se quedó absorto mirándola. Era Sibila. Era como una aparición. La imagen de Zulka limpia de todo tiempo y de toda imperfección. Había un callado esplendor de vida animal y vegetal en sus ojos, en su piel, en su voz. La voz era más cálida y más llena que la de Zulka. La cabellera que le caía sobre los hombros, bronceada y ligera, le enmarcaba los ojos profundos e intensos, la piel mate luminosa, la sonrisa segura y un gesto imperioso de la cabeza.

—Usted no me conoce —dijo él.

—Sí, lo conozco de nombre.

Allí mismo la había tropezado aquella otra vez, de niña. Con su muñeca y su palabra insegura.

—Se parece usted terriblemente a su madre.

No era eso lo que iba a decir. Era otra cosa. Era como el diseño de una presencia que se perfecciona cada vez más en la ansiosa búsqueda de un artista. Recordaba a Leonardo. Aquel rostro que reaparece, que cambia y que es el mismo en las telas de los museos. A veces es un ángel, a veces santa Ana, a veces la Virgen, a veces Mona Lisa. Cambia para hacerse más puro, más verdadero. Y también más misterioso.

—Me lo han dicho. ¿No quiere usted pasar?

Luego se detuvo:

—No los he presentado, perdón. Igor Pérez.

—Mucho gusto.

No se parecía al padre. Era más alto y menos tosco. En la forma y disposición de los ojos, la nariz y los pómulos tenía algo de gatuno. Las orejas un poco separadas y puntiagudas. Vestía, con descuido deportivo, una

chaqueta de ante y una camisa de seda roja abierta al cuello. Se le veía con ostentación una pesada cadena de oro en la muñeca izquierda.

Pasaron al salón. Álvaro dudaba en lo que debía hacer para darle la noticia al joven.

Resolvió hacerlo antes de que tomaran asiento:

—Ustedes me perdonarán, pero he venido por un motivo muy preciso y muy urgente.

—¿Qué pasa? —preguntó Sibila con sobresalto.

—Nada grave, pero sí importante. Hay orden de prisión contra Oromundo, su padre, Igor.

—¿Por qué?

—Por chismes políticos, seguramente.

—¿Lo han puesto preso?

—No. Le avisaron y está escondido. Yo lo acabo de ver. Me encargó que le dijera a usted que fuera a su casa a acompañar a su madre y que esperara allá nuevo aviso de él.

—Entonces me debo ir.

—Creo que sí.

Se veía nervioso y descontrolado.

—¿Y Lázaro y el comandante, lo saben?

—Sí, lo saben y seguramente lo van a arreglar.

—Qué broma esta.

—Lo siento, Igor —dijo la joven.

—Gracias.

Antes de salir se volvió de nuevo hacia ellos:

—Chao —dijo.

Después se oyó el zumbido bronco del motor encendido y la estruendosa arrancada que disparó pedruscos contra metales y paredes. Se alejó como un trueno.

Quedó una calma tibia en la estancia, entre los dos. Él le miraba las manos finas y nerviosas, la poderosa línea de partida del brazo desde la muñeca, el rostro iluminado por la mirada, el halo de la cabellera.

—No ha cambiado esta casa; sin embargo, es como si fuera otra.

—No le comprendo —dijo ella con cierto asombro.

—No tome muy al pie de la letra las cosas que yo diga. Los que cambiamos en realidad somos nosotros y creemos que las cosas cambian. He cambiado yo, ciertamente. Y su presencia también hace cambiar las cosas. Cuando yo venía a esta casa antes, era otra persona, y usted, Sibila, era otra persona. Y los demás también eran otras personas.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Mucho tiempo. Si se lo dijera exactamente, me creería usted demasiado viejo.

—Usted no es viejo.

—Eso depende para quién. Para los que estaban antes en esta casa, seguramente, no, pero para usted y su amigo debo ser, y en realidad soy, tan viejo como un profeta de la Biblia.

Rio con espontánea franqueza.

—Qué cosas se le ocurren.

—La primera vez que yo la vi fue en la puerta de esta estancia y no despegaba usted tres palmos del suelo. Con su lengua de trapo me invitó a jugar.

—Con mi lengua de trapo.

Él hablaba ahora con más seguridad:

—Vea todo el tiempo que se ha necesitado para que yo pudiera entrar y sentarme a jugar con usted.

—Ya no soy una niña pequeña que lo invita a jugar.

—Ya lo sé, Sibila.

—Soy, por lo menos, una niña grande, pero lo invito a sentarse y conversar.

Sonrió y se sentaron frente a frente.

—Hemos empezado a jugar el maravilloso juego de las presencias.

—¿Qué juego es ese, doctor Collado?

—No me diga doctor, Sibila. Su madre me llama Álvaro.

Hizo una mueca de sorpresa.

—Yo le voy a revelar el pasado y usted que es Sibila me va a descorrer el porvenir.

—¿Yo… cómo?

—Muy sencillo. El juego de las presencias es el contacto de dos pasados que se ignoran entre sí y del que sale un porvenir que no se podía esperar. Uno nunca sabe lo que va a encontrar. El gran misterio de la vida es el encuentro de las presencias. Yo vine a esta casa a otra cosa y la encontré a usted. Yo le puedo contar mi pasado y usted me ayuda a adivinar el futuro.

—Para adivinar soy muy torpe.

Hablaba para prolongar el encanto del encuentro:

—No es adivinanza sino descubrimiento. Yo entré a esta casa como el hilo de una trama pasa entre otros hilos, llevado para hacer la urdimbre. Podría empezar a nombrar los hilos: mi hermano Rubén Collado, Oromundo Pérez, el hombre de los caballos de carrera y los brillantes, su hijo Igor, su madre Zulka, Lázaro Agotángel… ¿Le gusta a usted el Príncipe Igor?

—¿Cuál Príncipe Igor?

—El de la música de Borodin, el de la avalancha de las Danzas Polovtsianas, no el del automóvil rojo.

No le agradó la ironía.

—No haga caso. Sibila, no tengo nada contra su amigo Igor. Nada más que el natural pleito de las generaciones y el más terrible todavía de los gustos. A él le gustan los automóviles, ¿verdad?

Ella asintió seria.

—A mí, no.

—Pues a mí, sí.

Dijo en un tono desenfadado y casi desafiante:

—Me gustan los automóviles y me gustan los caballos.

—¿Monta?

—Sí, monto y también salto.

—Muy bien.

—Y me gusta el *yachting* y la pesca.

—No se le ocurra invitarme porque haría muy mal papel.

—¿Qué sabe usted? A lo mejor le gustaría muchísimo, como a mí.

—A lo mejor.

Volvía a sonreír:

—Y para que no se alarme del todo, también me gusta pintar y leer y estudiar.

Hablaba con un tono afirmativo, pero, sin embargo, lleno de gracia espontánea. Puntuaba las frases con breves movimientos de la cabeza. Y parecía sacudirse o vibrar cuando decía reconcentradamente ciertas palabras. Algunos hilos más claros y metálicos de la cabellera brillaban en la luz.

—No me alarmo, sino que me contento mucho. Me parece muy bien que una muchacha como usted estudie y le guste el arte. ¿Qué estudia?

—Hago mi bachillerato.

—¿Y después?

Sonrió con cierta expresión de duda:

—¿Después? Tal vez estudie arquitectura.

Le pareció peregrino aquello.

—¿Le gusta?

En la explicación gesticulaba con cierto aturdimiento.

—Creo que sí. Me gusta dibujar y me gusta el estudio de los estilos y me parece maravilloso poder hacer con lápiz en una hoja de papel una casa donde va a vivir gente, o un teatro o una escuela o un hospital.

—O una cárcel.

Hizo una mueca de disgusto.

—Una cárcel, no. No me gusta nada para encerrar a las gentes. Con decirle que no me gustaría ni siquiera hacer una pajarera.

Movía la cabeza negando, como si no bastaran las palabras. Álvaro la observaba como un espectáculo. Aquel ser vivo inesperado y lleno de gracia que había aparecido de pronto. Parecía calcar y descalcar el recuerdo de Zulka. Había en la muchacha más ímpetu, más autenticidad, más ardor. Le seguía de un modo mecánico el hilo de la conversación para verla reaccionar. Como un chalán hace andar un caballo para observarlo.

—Sin embargo, usted diseñaría una ciudad, Sibila, y una ciudad en cierto modo también es una cárcel. Es una cuestión de espacio. Un preso tiene treinta metros para moverse y usted tiene tres mil. ¿Dónde empieza la libertad? ¿En los trescientos cincuenta? Usted, yo, su amigo Igor y sobre todo el padre de su amigo Igor, somos los prisioneros o los habitantes de

esta ciudad. O de este país. A veces uno logra evadirse. Pero lo vuelven a atrapar, como a mí, y lo traen. Y, además, cuando uno cambia de ciudad o de país, termina por darse cuenta de que lo que ha hecho es cambiar de cárcel. Cuando uno se va tiene la impresión momentánea de que ha dejado detrás todas las ataduras, que está libre y dispuesto para la libertad, pero apenas se ha detenido en la nueva ciudad empiezan a brotar las ataduras, comienzan a subir las paredes del calabozo y en poco tiempo es uno tan prisionero como lo era en su cárcel de origen.

Sibila comenzó a reír:

—Es usted un sofista temible.

—¿Le parece que es falso lo que digo?

—No. No es enteramente falso, pero tampoco es enteramente cierto. Por eso digo que es usted un sofista temible.

—¿Por qué sería temible?

—Porque todo el que puede jugar con la verdad y la mentira de esa manera es temible.

Fingió un tono grave:

—¿Ve usted cómo es peligroso acercarse a la sibila? Los antiguos tenían razón en temerlas.

Ella lo oía y miraba con complacida curiosidad.

—Yo no soy Sibila, sino de nombre.

—¿Qué sabe usted? No hay ningún nombre gratuito. ¿Cree usted que la piedra podría llamarse agua? De ninguna manera. Desde toda eternidad, antes de existir ningún idioma, solamente el agua podía llamarse agua. También desde toda eternidad usted iba a ser Sibila y no había ningún otro nombre que pudiera convenirle.

—¿Y qué clase de sibila soy yo?

—Todavía no lo tengo averiguado y tendré que conocerla más. Podría ser la Délfica, o la Cumea, o la Tiburtina, que yo no sé mucho lo que hacía pero que pertenece a uno de los sitios más bellos del mundo, a Tívoli.

—A la cárcel de Tívoli —subrayó ella con ironía.

—A la maravillosa cárcel de Tívoli. ¿Conoce usted Tívoli?

—No.

—Déjeme profetizarle yo ahora a la sibila. La va a conocer. Una tarde del otoño romano va a llegar hasta el pie del monte y va a ver el agua cantar y danzar bajo los cipreses más serenos y sabios. No va a ir sola. Déjeme seguir profetizando. Va a ir a su lado el hombre que usted quiere. Casi no se atreverán a hablar para no romper el encanto. Irán cogidos de la mano como perdidos y sin rumbo.

Se interrumpió.

Ella parecía fascinada:

—Siga diciendo.

—Ya esto es más difícil. Tendría que reconocer el hombre que va a estar a su lado. Tendría que decirle el nombre.

Ella rio:

—No lo puede saber usted.

—¿Por qué?

—Porque tampoco lo sé yo.

Hubo como un momento de sorpresa. Ella se dio cuenta de que había dicho algo que podía significar mucho. Él tuvo el sentimiento turbador de haber recibido una confidencia. No quiso detenerse en aquel punto insostenible y recuperó el tono despreocupado de parlería.

—Los buenos oráculos saben las cosas que van a ocurrir en el futuro antes de que los propios interesados las sepan.

—Pero sucede que se olvida de que la Sibila soy yo.

Hablando y riendo no advirtieron la llegada de Zulka hasta que esta estuvo en el salón.

—Álvaro, ¡qué sorpresa!

Se puso de pie para saludarla. Era la misma y no era la misma. Se le veía la frente más despejada. Llevaba el cabello de otra manera. Parecía la misma, pero con cansancio. Acaso más lenta. El cabello, ciertamente, tenía otro color. Un color cobre rojizo, de ese que los peluqueros llaman ticiano.

—Desde hace días estoy por venir, Zulka, pero esta no es la visita que te debo. Esto ha sido puramente accidental. Tengo que venir otro día, con toda calma, a hablar contigo, a retomar contacto con el espíritu de la tierra.

Teniéndolas presentes podía notar las diferencias y las semejanzas. La boca de la muchacha era más firme y delgada. La nariz de la madre más

sensible y palpitante. Había tal vez más dulzura en el rostro modelado por el tiempo.

—¿Ve usted, Sibila? Su madre y yo somos grandes amigos. La amistad de su madre ha sido una de las cosas mejores de mi vida.

Zulka cortó:

—Me parece ridículo que trates de usted a Sibila, a mi hija. Tienes que decirle *tú*, con toda confianza.

Miró a la joven. Ella asintió con la cabeza.

—La verdad es que es como si la conociera de toda mi vida. Te he conocido, Sibila, a través de Zulka, de todo lo más fino y turbador y misterioso de esta mujer maravillosa que es tu madre. Hablaba contigo, no como con una persona desconocida, sino como si continuara una larga y sabida conversación con la persona que está desde siempre más cerca de nosotros.

Zulka protestaba:

—No le creas, Sibila, siempre ha sido un imaginativo extraordinario.

—Tú sabes que, por lo menos, en esto que he dicho soy absolutamente sincero.

Hubo un instante de silencio. Los tres estaban de pie.

—Tú me perdonarás, Álvaro, que no me siente a conversar un rato, pero es muy tarde y apenas tengo tiempo de cambiarme para ir a una bendita comida en la Embajada de Italia. Son muy simpáticos, sabes, pero esas comidas diplomáticas son pesadísimas, porque siempre encuentra una la misma gente. Tienes que venir otro día para que conversemos.

—Naturalmente que voy a venir.

—No te voy a perdonar fácilmente que no hayas venido. Desde que supe que habías llegado he esperado verte y nada. Qué estupenda manera de archivar a la gente. Pero he sabido de ti. Mucha gente me ha contado cosas. Lázaro Agotángel, precisamente, me estuvo hablando el otro día de ti. Qué tipo tan extraordinario es ese. ¿No te parece?

Hizo un gesto afirmativo. Era como si hubiera sonado un reloj para anunciar la hora, para proclamar el tiempo nuevo. Ya no era la casa de Juan Milvo, ni de la pequeña Sibila. Ahora había una mujer nueva allí, o dos

mujeres nuevas y acababa de oírse un nombre que hubiera sido imposible oír antes.

—¿Conoces a Lázaro?

—Niño, ¿quién no lo conoce? Pero me tengo que ir. Con las ganas que tengo de conversar contigo. Esto es el suplicio de Tántalo. Tienes que prometerme que vas a venir muy pronto.

Álvaro la oía y miraba a Sibila.

—Naturalmente que voy a venir.

Se despidió.

—Adiós, Zulka; adiós. Sibila. Hasta muy pronto.

Hubiera querido quedarse más tiempo.

Ahora se marcharía Zulka a su comida diplomática y quedaría Sibila en la casa. Y tal vez empezaría a recordar sus palabras, sus ocurrencias y los incidentes del encuentro tan simple y tan extraño.

19

—Acompáñame al bufete de Saúl —le había dicho su hermano Rubén.

En aquellos días flotantes del regreso parecía estar sin propósito y abierto a lo inesperado. Podía irse solo a recorrer la ciudad, o a visitar algún viejo amigo, o quedarse en la mañana, hasta tarde, sin vestir, leyendo periódicos y comentando con su madre y con su padre las cosas cambiadas y nuevas que había encontrado. Podía haber salido a buscar a Bruno Galeotti, que era la crónica viva que podía enterarlo de todos los sucesos mal conocidos y de su verdadero significado. O llamar a Zulka por teléfono para ir a verla. Para ir a verla y, tal vez, volver a encontrarse con Sibila.

Pero Rubén le había dicho de ir al bufete de Verrón. ¿Qué iba a hacer allí?

—Tenemos mucho que hablar de la compañía y de otras cosas. A ti te interesa también.

Se resolvió a ir con él.

Con Verrón estaba Lázaro Agotángel.

—Pueden pasar. Todos somos de confianza.

Se saludaron brevemente.

Volvió a sentir la incomodidad de hallarse frente a Lázaro. Le pareció más reducido y limitado que en el primer encuentro.

—Hay que acelerar lo del contrato de la compañía —dijo Verrón.

Lázaro tuvo un momento de vacilación antes de hablar, como si no tuviera completa confianza en todos los presentes.

Álvaro lo observaba. Era autoritario y casi agresivo en miradas y palabras. Parecía dar órdenes. Lo oyó decir de nuevo entonces aquel nombre que parecía resonar de un modo mágico, casi como un conjuro:

—El Comandante quiere que esto se arregle ligero.

Verrón preguntó con avidez:

—¿Entonces la cosa va a ser ya?

Álvaro sabía lo que era la *cosa*. Era aquello a lo que todos aludían en las conversaciones y mencionaban en las formas más vagas y cambiantes. Era el golpe de Estado de los militares que se decía que estaba preparado y en marcha. Un día amanecerían el presidente y los ministros presos, los programas de radio se interrumpirían para transmitir valses continuos y mensajes del Estado Mayor, por las calles pasarían camiones de tropa, por la tarde se anunciaría la constitución de la Junta de Gobierno y del nuevo gabinete.

—Yo no sé —dijo Lázaro—, pero es mejor no retardar la firma del contrato. El Comandante prefiere que cuando venga la cosa ya el contrato esté firmado. Así será más fácil para él después.

Verrón dijo:

—La broma es este escondite de Oromundo. Él es uno de los principales de la compañía.

—Tal vez el Comandante pueda arreglar eso —asomó Lázaro.

El Comandante podía arreglar eso, pensaba Álvaro. Podía hacer que Oromundo fuera declarado inocente y pudiera volver a la vida ordinaria y firmar el contrato de obras con el ministerio. Podía también precisar la fecha y hora exacta en que iba a ocurrir la cosa.

—Por cierto —dijo Rubén— que la señorita Parma no quería recibir a Oromundo. Me dijo que eso era una complicación muy grande para ella, que ella nunca se había metido en embrollos de política, que ya tenía invitado un gentío para una recepción que va a dar en estos días.

—Sí, es verdad —comentó Verrón—, ella todos los años da una fiesta fastidiosísima a la que invita a medio Caracas.

—Casi me vi otra vez con Oromundo en la calle, pero entonces se me ocurrió.

—¿Qué se te ocurrió? —preguntó Álvaro, sin curiosidad.

—Se me ocurrió decirle que era el Comandante el que le pedía alojar a Oromundo por uno o dos días, porque él mismo iba a arreglar la cosa y le respondía que no le pasaría nada. Entonces se aflojó: «Si es el Comandante

el que me lo pide, entonces no tendré más remedio que complacerlo. Eso sí, Rubén, que no sea por mucho tiempo».

Verrón reía ahogadamente:

—Qué buena plancha. Esa Luisa Parma es una vieja muy refitolera.

Álvaro no había vuelto a ver a Luisa Parma. Guardaba de ella una imagen blanca, empolvada y sin vida. Tan solo vivían los ojos perspicaces y aquella boca temblona que no parecía parar en un susurro continuo de confidencias. Ahora Oromundo, con su brillante, su cara cortada y sus camisas a rayas, andaría y desandaría como un animal enjaulado en un cuarto de la casa de la señorita Parma.

—Lo de Oromundo se va a arreglar —dijo Lázaro—. Yo volveré a recordárselo hoy al Comandante. Pero hay que firmar el contrato. El Comandante quiere que antes de la cosa el contrato con el ministerio esté firmado porque de ese modo será más fácil después, continuarlo y ampliarlo. Así es mejor.

—También hay el problema de que los proyectos no están completos —observó Rubén.

—Eso no importa, lo que importa es tener el contrato firmado —insistió Lázaro.

—Lázaro tiene razón —dijo Saúl Verrón—. Estas cosas no hay que dejarlas dormir. Con el contrato firmado no importa lo que pase. Si viene el golpe y no tenemos el contrato va a ser más difícil para Lázaro y hasta para el Comandante hacerlo celebrar. Pájaro en mano, es lo que importa.

La cara de chalán de Saúl Verrón rezumaba picardía. Todo era mueca o sonrisa de comisuras y arruguillas de la frente, el entrecejo y las patas de gallina.

Pronto cambió de expresión y se puso seco y perentorio:

—¿Y la cosa es pronto?

Todos callaron. Lázaro miró a un lado y otro como para hacer ver la importancia de la cuestión:

—Puede ser.

—Tú sabes más y no quieres decir —advirtió Rubén.

Lázaro negó con la cabeza y añadió lentamente:

—No. No es eso. Es que todo toma su tiempo. El Comandante sabe lo que tiene que hacer y lo está haciendo, pero tampoco se puede precipitar.

—No se va a precipitar —dijo Verrón—. Todo el mundo los va a seguir. Aquí no hay nadie que defienda esta situación.

Lázaro miró hacia Álvaro.

—Sin embargo —dijo—, hay ciertos sectores todavía que pueden crear problemas. Uno nunca sabe.

Álvaro replicó en tono reticente:

—Por lo visto ustedes son los que saben, y los que tienen que decidir. El país esperará que ustedes decidan su destino y se lo anuncien.

Verrón mostró una expresión avinagrada:

—Yo creía que con los años habrías aprendido a conocer esto mejor.

—El que se está portando muy bien es Basso —dijo Lázaro—. Ha hecho muchos contactos y consigue buena información. Ese hombre tiene experiencia y sabe.

—Ese tiene el pendejo muy lejos —dijo Verrón.

—Tendrán que darle algún puesto después —añadió Rubén.

—Y será útil —concluyó Lázaro.

Álvaro oía con creciente disgusto. Sin duda que sería útil el polizonte enriquecido y aseñoreado, con casa bien montada y esposa presentable. Podría, en horas, reconstruir su red de soplones y espías. Tendría ya hecha su lista de personas a quienes prender y a quienes expulsar. A lo mejor su propia mujer, Beatriz Palomba, con aquella letra larga y perfilada del colegio de las monjas, copiaría las largas listas de nombres como si hiciera el recuento de los invitados a una fiesta. Lista de sospechosos, lista de presos, lista de desterrados. Y la Pastora Suiza escribiendo con mucha aplicación. Ella misma podría añadir algunos nombres que se le hubieran olvidado a Basso, para ayudarlo a hacer mejor su tarea y a ganar más méritos en su labor. Podría, tal vez, ponerlo a él mismo, a Álvaro Collado. «Tú sabes, Ángel, que regresó Álvaro Collado, ¿te acuerdas?, y ese debe estar metido en algo, porque de aquí tuvo que irse por revoltoso. ¿No te parece ponerlo?»

Álvaro había permanecido demasiado tiempo callado y ajeno a la conversación. Si había algo más que tratar era evidente que no lo iban a

hablar delante de él.

—Es hora de irnos —dijo Lázaro.

Todos se levantaron. Mientras salían a la calle, Lázaro se quedó detrás, junto a Álvaro.

—Has estado muy callado hoy.

Sintió el tuteo con desagrado.

—No siempre tiene uno ganas de hablar —le contestó.

—Date cuenta de que puedes hacer un gran papel en la nueva situación.

Lázaro continuaba:

—Te tengo que presentar al Comandante. Te va a gustar. Es un jefe. Y sabe apreciar a los hombres.

Prefirió no responder.

Lázaro pareció darse cuenta de que no debía insistir. De pronto, cambiando de tono y de expresión, le dijo:

—Ya sé que estuviste de visita en casa de Zulka.

Álvaro no pudo disimular la sorpresa. No se le hubiera ocurrido asociar a Lázaro con aquel mundo de Zulka. Era una chocante intrusión.

—¿Zulka? —preguntó con incredulidad.

Lázaro hablaba con desagradable seguridad, sin que hubiera en su voz ningún asomo de incertidumbre, ni de distancia:

—Cómo no. Si ella misma me lo contó.

—¿La conoces?

—Claro que la conozco. Zulka es una gran mujer. Me habló muy bien de ti, ¿sabes?

No pudo dejar de sentir una pequeña conmoción. La conmoción ante lo inesperado y lo irrazonable. No hubiera podido nunca esperar la evocación súbita de Zulka en aquella voz y en aquella persona. Era como el resultado de un cataclismo ignorado que hubiera cambiado todo. Y entre otras cosas la imagen que se había ido haciendo del mismo Lázaro.

—Yo la conozco. Estuve en su casa el día del escondite de Oromundo Pérez. No la veía desde hacía mucho tiempo. Desde que me fui.

Era como decir: desde otra vida y otro mundo.

Cuando llegaron a la esquina, se despidieron.

20

Igor, el hijo de Oromundo Pérez, subía y bajaba por la escalera con frecuencia para llamar a alguno de los invitados de Luisa Parma con quien su padre quería hablar. El rumor de voces llenaba toda la planta baja y subía atenuado y confuso hasta la habitación del alto donde Oromundo conversaba con uno y con otro una misma conversación, y caminaba y gesticulaba lleno de impaciencia. Casi todos los que estaban en la fiesta sabían que Oromundo estaba escondido en el alto, pero no subían más de uno o dos por turno para conservar cierta apariencia de secreto.

Ya habían subido Verrón, Rubén Collado, Lázaro Agotángel y hasta un diplomático centroamericano, que era muy aficionado a las carreras y había conocido a Oromundo en el hipódromo. Igor se había empeñado en que Álvaro Collado subiera a hablar con su padre.

—Pero si no tengo nada que decirle.

—No importa, él está muy nervioso y quiere verlo.

Álvaro subió. Lo encontró con Bruno Galeotti:

—Amigo Collado, esto no puede seguir. Ya voy a tener dos semanas metido en esta casa y nada se resuelve. Todos los días me mandan a decir que si mañana, que si pasado, pero todo sigue lo mismo. Si esto no se resuelve ya, me voy para la calle y que me pongan preso. Hasta pena me da con la señorita Parma.

Estaba vestido como si fuera a asistir a la recepción. Un traje azul, una corbata blanca y un prendedor de brillantes. Todo el cuarto estaba impregnado de agua de colonia.

Galeotti trataba de calmarlo:

—No se preocupe, don Oromundo.

Para Galeotti, Oromundo era *don*. Álvaro lo observó de inmediato. Era como un anuncio del deseo de servir. Él, por su parte, no le hubiera podido nunca decir *don* a aquel hombre.

—No se preocupe, que eso está ya arreglado. A lo mejor hoy mismo le traen la noticia de que puede salir.

—Amigo Collado —ahora se dirigía en tono patético a Álvaro—, vea qué puede hacer usted. Ya yo estoy desesperado.

Mientras decía esto se detuvo frente al espejo y se ajustó el nudo de la corbata.

—Desesperado.

Igor acababa de volver con una noticia que conmovió a Oromundo.

—Acaba de llegar el Comandante.

—¡El Comandante! Tengo que verlo. Tengo que hablar con él. Igor, ve a decírselo a Lázaro. Que le diga al Comandante que tengo que hablar con él. Un momentico nada más. Usted también, Galeotti, y a usted, amigo Collado. Vayan a ver si pueden traerlo. Esa sería la salvación.

Los tres salieron dejando a Oromundo solo en su agitada espera.

Álvaro descendió con lentitud la escalera. Los corredores, el patio y los salones de la planta baja estaban llenos de invitados. Muchos grupos permanecían de pie. Otros hacían tertulia en los sillones de la sala y de los corredores. La mesa del comedor, iluminada por candelabros de plata, estaba cubierta de grandes tortas, pequeños pasteles y golosinas. Blancos de crema, rojos de jamón, dorados de hojaldre, tierras de chocolate, se combinaban en una zarabanda sobre la que revoloteaban las manos enjoyadas de muchas mujeres.

En uno de los salones y en el corredor del fondo se habían instalado varias mesas de juego.

Toda aquella pleamar de voces y de movimientos y de colores llegaba abigarrada hasta Álvaro, en el descansillo de la escalera. Podía reconocer algunas caras. Las más estaban cambiadas. Una especie de ablandamiento de las facciones, o de atenuación de los rasgos que era, sin duda, la erosión del tiempo. Molidos, amasados, deformados por el tiempo. Todos estaban cambiados. Aquella, Luisa Parma, parecía más alta, más máscara, más títere de retablo de sacristía de lo que podía recordarla de antes. Y aquel hombre

gordo y lustroso, que gesticulaba con tanta parsimonia, se parecía a Basso. Un Basso solemne y dignificado, con panza, calvicie y canas que poco se parecía a aquel otro que él había conocido de enamorado de Victoria Armenta. Victoria Armenta debía ser ahora una vieja. Una vieja sin afeites y sin disimulos, molida por la pobreza, por los sobrinos, por la degradante rutina. Por allí debía estar Beatriz Palomba. Con todo el atuendo de la señora de Basso. La buscó entre los peinados, los sombreros con flores y encajes y los escotes carnosos. Había también mucha gente francamente desconocida para él. Gente nueva, venida después de su ausencia. Los que eran niños entonces ahora eran adultos. Y se habían casado. Y los que para aquel entonces estaban en una ciudad del interior o en un lugar de Europa, sin que todavía hubiera sonado el nombre de Venezuela en sus oídos. La ciudad se había más que doblado en esos años, y había doblado en caras nuevas, en nombres, en presencias, en aluvión de gentes que todo lo habían ido llenando, hasta aquel recinto de la recepción anual de la señorita Luisa Parma.

Siguió bajando. En los testeros del salón estaban los viejos retratos de familia. Un prócer del siglo XVIII que había alcanzado un título de Castilla. Un obispo. Un retrato, muy Madrazo, de una señora de abanico. Y la borrosa fotografía de Luisa Parma, hecha por Manuel Freres en París, treinta años antes, con grandes ojos afiebrados y barbilla esfumada.

Al pie de la escalera se encontró con Luis Sormujo. También le había rehecho el tiempo la fisonomía. Tenía más asomante la quijada y mostraba, casi dolorosamente, la esclerótica de los ojos por entre los párpados descolgados de perro viejo.

—Don Luis, cuánto gusto.

Era sincero, a pesar de que muchas cosas se podían decir de las inconstancias de Sormujo. Cambiaba de librea política sin gran esfuerzo. Estaba ahora de embajador en un país del sur.

—Sabía que estaba en Caracas y estaba por buscarlo, don Luis. Tengo muchas ganas de hablar con usted.

Sormujo sonreía con aquella mueca amarga que era su sonrisa.

—Tú estás muy bien, chico. Debías llamarte Moisés, porque te has salvado de las aguas, de las aguas de cloaca que han inundado este país.

Todos estos años has podido mantenerte a salvo de esta inmundicia, viviendo en los grandes centros de la civilización. Esto no es ni siquiera un país, chico, esto es una tribu, y tal vez ni eso, a lo sumo una piara de báquiros[31] hambrientos que se entredevoran a falta de mejor ocupación.

—No exagere, don Luis.

—Ya no eres un niño, pero tampoco has llegado a mi edad. Cuando llegues a ella te acordaras de mí y me darás la razón. Yo también creía que eran cínicos y negativos los viejos que conocí en mi juventud. Pero eran ellos los que tenían la razón y yo estaba equivocado. Aquí lo único que hay que hacer es irse. Tú hubieras podido quedarte viviendo fuera y te hubieras hecho una vida interesante y digna. Aquí no hay sino zancadilla y guazábara[32]. Toda esta gente tiene el tamtam y el plumaje del indio detrás de la oreja. Y sienten una desconfianza ancestral por todo lo que huele a inteligencia.

Mientras Sormujo paseaba una mirada despectiva por la concurrencia, Álvaro lo contemplaba con curiosidad y conmiseración.

—Uno se debe a su tierra, don Luis. Lo poco que pueda hacer tiene que hacerlo aquí.

—Mentira, chico. ¿Tú crees que si Bello[33] se queda aquí hubiera hecho algo? Habría terminado escribiendo editoriales en *El Trabuco*[34], o de ministro de Julián Castro[35], o simplemente de maestro de escuela muerto de hambre. Si tú crees que tienes algo que hacer, sálvate y vete a hacerlo afuera, antes de que esta piara te ataque y te destruya.

Había mucho de orgullo herido en aquella actitud, pensaba Álvaro. Sormujo debía creer que merecía más de lo que el país le había dado.

—Los hombres como usted no los destruye nadie, don Luis. Para eso está su obra tan valiosa y tan original que todo el mundo mira con respeto.

—La miran con respeto, chico, pero no la leen. Y si la leen no la entienden. Y si la entienden le cogen miedo a uno, y es peor. A mí siempre han procurado tenerme lejos. Mientras más lejos mejor. Cuando Venezuela acredite una embajada en el Polo Sur, allí me mandarán a mí. Uno es un estorbo para esta gente.

Se había acercado el doctor Fabricio Ferro. Otro aparecido.

—Hombre, Luis, dónde te has metido. Desde que supe que habías regresado he estado por verte. Tenemos mucho que hablar.

Miró a Álvaro.

—Este es nuestro viejo joven amigo Álvaro Collado —dijo Sormujo.

—Ah, sí. Ya lo creo. Estuvo usted por Europa y Estados Unidos varios años estudiando. Muy bien hecho. Eso es lo importante. Aquí el problema es de provincianismo e ignorancia. El día en que tengamos una élite verdadera de hombres cultos el país se salva. Usted no ve cómo estamos, llenos de gente improvisada que, a lo mejor, no son malos, pero no saben lo que tienen que hacer. Por eso caemos siempre en la necesidad de buscar un hombre providencial. Ahí tiene usted a uno. Fíjese.

No había perdido el doctor Ferro aquel tono burlón de sus expresiones. Con un movimiento de los ojos y del mentón les llamó la atención hacia un grupo que rodeaba una mesa, en la que cuatro hombres jugaban al dominó.

—Ahí lo tiene. Ese es el comandante Maldonado. El Comandante.

Álvaro miró al grupo. Estaba entre ellos un hombre bajo y gordo, de uniforme, de cara inexpresiva y cabello cortado en forma de cepillo. Parecía extrañamente silencioso y aislado. Con él jugaban Saúl Verrón, Roberto Albúrez y Lázaro Agotángel. Entre el grupo que rodeaba la mesa estaba Igor, el hijo de Oromundo, detrás de la silla de Lázaro, con cara de impaciencia y lanzando a cada instante miradas hacia la escalera.

—Ahí los tiene —repitió Ferro—. El jefe presunto, con sus insignias y su cara de pocos amigos, y con él: Albúrez, el hombre de negocios muy respetado; su cuñado de usted, Verrón, el hombre de las leyes que arregla todos los problemas, y ese otro tipo, que creo que se llama Agotángel, y que es el criado, el badulaque, el alcahuete, el ordenanza, el correveidile y, tal vez, el gracioso. Está constituido el núcleo. Y los demás miran, que es lo que les toca hacer. Mientras el Comandante ensaya su suerte.

A ratos venía el ruido del resbalar de las piedras sobre la madera de la mesa, o el golpe seco con que un jugador colocaba triunfalmente su pieza.

—Así se juega nuestro destino —dijo Sormujo—. Lo juegan otros. Unos pocos. Y los demás somos, a lo sumo, mirones. Como ese muchacho que está parado allí con los ojos saltones mirando el juego.

Álvaro quiso aclarar:

—Ese es el hijo de Oromundo Pérez, que está escondido porque lo van a hacer preso. Está escondido aquí, en el alto.

—¿Aquí? —preguntó Ferro con sorpresa.

—¿De qué te extrañas, Fabricio? —preguntó Sormujo—. Eso es lo normal. Este es un país rocambolesco, de escondite, clave, conspiración y juego de azar. ¿De quién se esconde ese pintoresco Oromundo? De nadie. Todo el mundo sabe que está escondido aquí. El primero que lo sabe es el comandante Maldonado. Pero eso forma parte del juego. Un juego que se parece al que están haciendo en la mesa de dominó. Esa piedra que se llama Oromundo hay que colocarla en su momento. Tal vez pertenece al juego del Comandante y él sabrá cuándo la debe sacar. La historia de este país siempre ha estado dirigida por el azar, pero un azar de garito, reglamentado y sujeto a ciertas formas. Aquí lo importante es saber jugar, poner el azar de su lado. Se juega al poder, se juega a la riqueza, se juega al amor. Todo se reduce a tirar paradas. ¿Tú no te fijas, Fabricio, cómo está metido el lenguaje del juego en toda nuestra vida? Somos tercios, tiramos paradas, nos pelamos de cuatro, echamos el resto, pasamos agachados, aprovechamos la buena racha, echamos suertes o pararnos de boquilla. Toda la historia de este país es como una gran jugada de feria de pueblo. Aquí empezó la partida con los Welser[36] y la búsqueda de El Dorado.

Era por lo menos graciosa y ocurrente aquella visión que evocaba Sormujo. Pensaba Álvaro mientras miraba a la luz de aquel matiz inesperado la reunión y mientras le daban inesperadas vueltas al mismo tema.

En Cubagua o en Coro había empezado el azar. Con las tabas, los dados y los antiguos naipes. Las mujeres de la cocina tenían todavía los naipes de la sota, el caballo y el rey y jugaban a la carga la burra, a la ronda, al tute y hablaban de brujerías y de punzadas. Y tenían en el fondo del carriel[37], o debajo de la imagen del santo, un quinto de la lotería.

Las damas de la fiesta jugaban con barajas inglesas nuevas y lustrosas: diamante, corazón, trébol. En una mesa de *bridge*, sobre un pequeño tapete verde acolchado, jugaban Carmen de Albúrez, Nieves de Alsina (cómo la recordaba irreconocible, aquel día en que entró fugitivo en su casa buscando refugio, porque huía de los tiros y los muertos que había habido

en la universidad) y Pedro Tocorón. Poco había cambiado. Los años habían pasado sobre él, casi sin tocarlo. Seguía teniendo el mismo aspecto tierno, confidencial y pulcro que tanto agradaba a las mujeres. Y Cyril J. Gregg era aquel otro. Vestido de oscuro, el cabello partido por mitad por una raya matemática, los ojos pequeños, la quijada cuadrada, una sonrisa fija e inalterable. Era el nuevo presidente de la más importante de las compañías petroleras. (Lejos estaban los tiempos del jocundo *mister* Alben, que parecía un prestidigitador de riqueza, y del seco *mister* Forst, con su aire de pastor presbiteriano del seco evangelio de la economía del petróleo). Tocorón era el muerto. Había vuelto sus cartas y se había levantado de la silla un momento. Mientras Gregg o la señora Albúrez, tan miope, con sus graciosos impertinentes cuadrados, hacían la declaración de su palo o formulaban su contrato. Cuatro espadas.

Era el *muerto* del *bridge*, Pedro Tocorón. No le había pasado un año más desde que lo había dejado de ver. Desde que lo husmeaba en la pista de Zulka, por la carretera de Los dos caminos, hacia el zaquizamí de la casa abandonada.

Más allá, justamente, estaba Zulka. Ahora había vuelto a ser Zulka Reyes, y ya Milvo se había ido de su vida con su erudición y sus manías. Estaba sentada con un grupo de damas, cerca de una mesa en la que otras cuatro jugaban a la canasta. Hablaban entre sí y con las del juego. Era una conversación que parecía escapada de la cocina. De los milagros y las largas esperanzas junto a la llama y el amasijo.

—Yo, m’hijita —decía una señora vestida de negro con un relampagueante broche de brillantes sobre el pecho—, cuando se me pierde algo se lo pido a Gregorio Ribera y me lo encuentra allí mismo.

—¿De veras, chica? —preguntaba otra.

—Imagínate que el otro día se me perdió una sortija. La de la esmeralda grande que me regaló Rafael. Estaba como loca. Cuando se me ocurrió invocar el ánima de Gregorio Ribera: «Gregorio Ribera —le dije—, encuéntrame mi sortija y te ofrezco cinco misas por el descanso de tu alma». No lo van a creer. Al pararme de rezar la encontré puesta sobre la mesa de noche de mi cuarto. Como si alguien me la hubiera dejado allí.

Era el alma en pena de un hombre malo.

—Hizo muchos crímenes Gregorio Ribera.

Por los páramos y los pueblos de la cordillera mató, robó, violó. No mujeres de sortijas de esmeralda y de brazaletes de brillantes, sino campesinas de espesos fustanes y sudorosos moños.

—Pero antes de morirse se arrepintió, y ahora está penando, hasta que las oraciones y las misas de todos los que le deben favores lo saquen de penar.

—Niña, a mí me encontró el aro de matrimonio —decía una mujer joven y graciosa, de grandes ojos aniñados—. Tú sabes que eso de perder el aro de matrimonio es de malísima suerte. Pero me acordé de Gregorio Ribera. Ahí mismo le prendí una vela y empecé a rezarle un padrenuestro y cinco avemarías. Niña, como con la mano. Lo había dejado anudado en un pañuelo entre la ropa sucia y la lavandera vino a traérmelo.

El ánima de Gregorio Ribera se movía, sin tregua, de gavetero en armario, de cofre olvidado en rincón polvoriento, por entre telas de araña y desperdicios, de escaparate a alacena, de bolso a baúl, en la pista siempre nueva del último objeto perdido. Entre padrenuestros, rosarios y velas encendidas.

Ahora estaría buscando el quinto de lotería que se le perdió a la cocinera, o la cajita de pastilla de la señora con jaqueca, porque acababa de encontrar la moneda que se le perdió a la niña a la hora de la merienda.

—A mí me ha encontrado cosas increíbles —decía Luisa Parma, la señorita Parma, detrás de su gran máscara blanca de aparecida de otros tiempos, sobre las cascadas de azul tenue de sus viejos encajes.

En la mesa de la canasta brillaba el pilón de los descartes.

—Te estaba cazando con los cuatro —decía una de las jugadoras.

Allí estaba Zulka. Hablaba con ella un hombre desconocido. Debía ser uno de los diplomáticos invitados de Luisa Parma. Álvaro se fue acercando lentamente, buscando darle cierto aire de casualidad al encuentro. Estaba Zulka como centrada en medio del rumor de las mesas de los jugadores y la conversación de los milagros. Se sentía que estaba libre y que había alcanzado el tibio clima de la madurez. Podía acercársele hablando de la graciosa teoría de Luis Sormujo. Hablarle, por ejemplo, de que el demonio Zabulón se había apoderado del alma mágica de Venezuela. San Cipriano,

que se había estudiado todos los demonios, decía que Zabulón había inventado el juego. El juego, pero no el azar. O del *Ordenamiento de las tafurerías*, que mandó a componer don Alfonso el Sabio. Pero no era de eso ahora que debía hablarle. Sino de otro azar que se le ofrecía. El azar del nuevo encuentro con aquella mujer.

Era, en efecto, un ministro diplomático el que hablaba con Zulka. Era de un país centroamericano y había vivido mucho en Europa.

—Los que hemos vivido largo tiempo en Europa —le dijo al serle presentado— pertenecemos a una cofradía, la cofradía de la nostalgia.

Parecía agradarle a Zulka aquella frase cursi.

—Yo, señor, siempre le he tenido idea a las cofradías.

No era aquello como para prolongar el diálogo. El diplomático se retiró.

—No te has dejado arrastrar por el juego —le dijo a Zulka.

—Nunca me ha gustado. Prefiero conversar.

—Podrías entrar entonces en la conversación que anda por allí sobre los milagros de Gregorio Ribera, o en la otra que anda sobre el golpe de Estado que se anuncia, o en la de alguno de los muchos negocios fabulosos sobre los que hablan en voz baja los señores de aquel rincón o los de este grupo. O sencillamente subir a acompañar un rato al excelente caballero don Oromundo Pérez, que está escondido en el alto, para que nadie lo vea ni lo pueda encontrar.

No sonrió Zulka. Lo miró más bien con cierto aire de curiosidad compasiva.

—¿Por qué debes tú decir cosas sarcásticas, si tu naturaleza no es sarcástica, Álvaro? Es como una reacción instintiva de defensa con la que te presentas a los que no te desean atacar.

Algo se le ha pegado de tantos años de vivir con Juan Milvo, su ex marido, pensaba Álvaro. Ese majadero lenguaje de análisis psicológico.

—Excelente diagnóstico.

—Nada de eso. Baja las armas agresivas, que has pedido prestadas no sé a quién, regresa a tu verdadera naturaleza y vamos a conversar como podemos hacerlo nosotros.

Lo había dicho con un tono seguro y cálido.

—Me parece muy bien que hayas vuelto. Con todo lo que podamos decir, esta es nuestra tierra y esta es nuestra gente. Uno puede irse por un tiempo, pero no puede desarraigarse. Por lo menos la gente que tiene raíces. Como tú, Álvaro.

Le sorprendió el tono de Zulka.

—Algún día tenía que volver.

—Tú puedes hacer aquí un gran papel. Eso que la gente llama realizarse. Es aquí donde lo puedes hacer.

Podía preguntarle si se sentía realizada ella, pero hubiera tenido razón Zulka en llamarlo agresivo.

—¿Qué clase de papel, Zulka? —se le acercó para poderle hablar en voz baja. Volvía a sentir la vieja turbación de la proximidad de aquella mujer que tanto llegó a significar para él en otro tiempo.

—¿Qué clase de papel? Ponerme a hacer negocios más o menos sucios, como cualquiera de estos señorones, o como mi hermano Rubén, ganarme una fama de hombre divertido diciendo chistes en tertulias de sociedad, como lo hacía tu marido o como lo hace Sormujo; ponerme a conspirar y a intrigar en política para surgir con la nueva situación que pueda venir, como lo hacen tantos. Como lo hacen los que están en aquella mesa jugando dominó con el comandante Maldonado. ¡Con el Comandante!

Zulka movía la cabeza negando:

—Tú lo que estás viendo es la caricatura de las cosas. ¿Por qué no quieres ves las cosas reales? No esa caricatura del político, sino el político, ni la caricatura del intelectual sino la verdadera misión del hombre de pensamiento, o del hombre de acción, o del hombre de empresa. Aquí también hay sitio para lo auténtico, Álvaro. ¿Por qué no ensayas lo auténtico?

Tal vez había algo de verdad en las palabras de Zulka.

—Debe ser así como tú lo dices, pero quizás yo no lo puedo ver o no lo sé hacer. Algo me falta, quizás.

Había casi ternura en la mirada de Zulka:

—A lo mejor, Álvaro, lo que te falta es lo más simple o lo más obvio o lo más fácil. Tal vez lo que te falta es amor. Con una mujer a tu lado empezarías a ver las cosas de otro modo. Con una mujer verdadera.

Sonrió. Esa mujer pudo ser ella misma. En otro tiempo irremediablemente ido. Podría decirle ahora cómo a través de ella estuvo buscando sus verdades. Cómo ella pudo ser la clave para encontrarse. Pero ahora todo aquello sonaría a retórica y a cumplido.

—No creas que no he dejado de pensarlo.

Iba a insistir para llegar a algo más sincero, pero había surgido una presencia brusca y una voz bronca y cortante:

—Hola, Álvaro.

Era Lázaro Agotángel. Surgido de pronto, irremediablemente. Notó con desagrado que le hablaba a Zulka en un tono familiar.

—¿Qué hubo? Tuve que darle el puesto a Bruno Galeotti. Si no juega con el Comandante le da un ataque. ¿Tú no juegas, Álvaro?

Le hubiera podido contestar con más extensión, pero era preferible no complicarse:

—Muy poco, Lázaro.

Podría haberle dicho que no había hecho otra cosa que jugar. Todo había sido azar en su vida, como en la de Lázaro. Las dos habían sido determinadas por un mutuo azar. O decirle, con la teoría de Sormujo, que todos allí jugaban, sin saberlo, y que toda la historia del país era una larga partida azarienta. Un envite. Los soldados de Alfinger jugaban a las tabas. Pero Lázaro no sabría lo que eran las tabas, ni quién fue micer Ambrosio. Cada huesecillo tenía cuatro caras. Era todo lo que se necesitaba para el azar. Y cada cara un nombre. Hoyo, tripa, carne. De eso sí debía saber Lázaro. Y culo. Podría soltarlo delante de Zulka.

—Esta fiesta está muy fastidiosa —lo decía Lázaro.

Su gruesa mano morena y velluda tenía las uñas pulidas. Parecían unas falsas uñas de lujo puestas sobre aquella mano de matarife o de soldado antiguo jugador de taba.

Zulka le sonreía con agrado. La tuteaba insolentemente:

—Tú sí debes estar encantada, porque esto es lo que a ti te gusta.

En el azar del juego había estado la casucha del cerro y el tiro de la universidad y la sonrisa de Zulka. Había salido hoyo o tripa.

—A ese Comandante sí le gusta el dominó.

Lo había dicho con la misma voz cerrera y áspera con que lo podía haber dicho en una timba de barrio, entre prostitutas y ladrones.

Y después, en tono de confidencia, en una pegajosa confidencia en la que entraban como atrapados Zulka y Álvaro con él, añadió:

—Oromundo me tiene loco. A cada momento me manda un recado para que el Comandante suba a hablar con él. Eso no se puede. Yo no se lo quiero decir, pero eso no se puede.

—¿Y por qué no se puede? —preguntó Álvaro, con fingido candor.

—Porque no le conviene al Comandante. Sería una gran imprudencia. Todos aquí saben que Oromundo está escondido en el alto. Si el Comandante subiera a hablar con él lo sabría todo el mundo. Y, además, Oromundo no ganaría nada con eso.

Había dicho *no ganaría* como si hablara de dinero en billetes que se cobra cuando se gana la mano en el envite.

—¿No ganaría? —volvió a preguntar Álvaro.

—No. Yo se lo he dicho y se lo he mandado decir con el muchacho, cada vez que me manda el recado. Tiene que esperar. El Comandante le va a arreglar el asunto.

Zulka intervino:

—El pobre hombre debe aburrirse mucho encerrado en ese cuarto.

—Peor estaría en la cárcel. Que aguante un poco.

Una mujer delgada, con cierto aire enfermizo, se había detenido junto a ellos.

—Álvaro, ¿cómo es posible?

Le costó trabajo reconocerla. Era Beatriz Palomba. Nada le quedaba de aquella jugosa y láctea Pastora Suiza de los tiempos de la casa de las Armenta.

—Beatriz, cuánto gusto.

La había sorbido Basso. Como un vampiro le había succionado toda la opulenta frescura para convertirla en aquella seca institutriz que ahora le hablaba.

—Tenía mucha curiosidad de verte y de conversar contigo.

—Yo también —dijo él por cortesía—. ¿Cómo está tu marido?

—¿Basso? Muy bien. Eso sí —ahora parecía dirigirse a Zulka—, no quiere ir a ninguna parte. Traerlo hoy aquí fue un verdadero triunfo. No te imaginas, niña, lo casero que se ha vuelto. No le gusta salir, sino quedarse en la casa leyendo o conversando con algunos amigos. Yo se lo digo… «Ángel, te vas a anquilosar».

Beatriz se lo decía. Le decía Ángel. El viejo policía gordo y soñoliento debía recibir gente de su calaña para hablar de política y de negocios.

—Pero si le hablan de política se despierta —dijo Álvaro.

—Que si se despierta —comentó Lázaro—. Perro que come manteca… Ese es perro viejo. Por cierto, que no lo he visto hoy y tengo que hablar con él.

—Por ahí anda —dijo Beatriz.

Ya se encontrarían, pensó Álvaro, para hablar de la cosa. El polizonte prestaría pequeños servicios en tender los hilos de la conspiración.

Podían ahora comenzar a hablar, oscuramente y por acertijos, de la cosa. Álvaro había visto a Sibila. Estaba con un grupo de gente joven junto a la entrada del salón. Era como una Zulka renovada y sin mancha. Como una Zulka que recomenzase sin pasado, sin interferencias. Se le acercó.

El grupo juvenil estaba como metido en una espesa malla de comentarios cerrados sobre su mundo.

—Alicia no le va a hacer caso a Toto, ustedes verán —decía con reticencia una muchacha.

—Ustedes están equivocadas. A él no le gusta ella.

—¿Y quién le gusta, entonces?

Álvaro se detuvo un momento como obstaculizado por aquel tema tan exclusivo.

Sibila alzó la visita y lo vio. En realidad, le pareció que había alzado la vista para ver hacia otra parte. Tal vez hacia la mesa de dominó del Comandante, donde estaba Igor Pérez, trayendo los mensajes de su padre.

—Álvaro Collado, qué bueno.

Lo presentó a sus amigas y amigos. Todos eran extraordinariamente jóvenes. Ojos y pieles nuevas, y gestos inseguros, como no hechos todavía al aire y a la distancia de los sonidos y a los espacios de la cercanía humana. Cabellos muy negros, voces muy descompasadas.

Álvaro se sintió viejo y extraño. Había logrado romper un momento la malla de la cerrada conversación, pero muy pronto volvió a cerrarse ante él.

—¿No saben lo que le hizo Lolita a Chuchú?

No lo podría saber Álvaro nunca. No había modo de que pudiera atrapar un hilo de aquella malla y ponerse a tejer, con los otros hilos del garlar, la tela que los unía.

Pero Sibila vino a su rescate.

—¿Cómo le ha seguido yendo en su regreso?

Puso una cara de cómica angustia.

—Terriblemente mal. Ya no pertenezco a la gente a la que pertenecía. Han cambiado y se han complicado dejándome afuera. Y tampoco puedo pertenecer a la nueva gente que nunca me ha conocido.

—Eso es muy bueno.

—Cómo puede ser muy bueno.

—Muy bueno porque así todo está por empezar. Pero nos estamos diciendo usted y mamá dijo que nos tuteáramos. Yo soy una hija muy obediente.

—Es cierto, Sibila. Añadido a todas las cosas que nos separan, este *usted* ceremonioso, nos pone más lejos todavía. Ando un poco como un náufrago entre todas estas gentes que no sé si he dejado de conocer o no he empezado a conocer.

Sibila se puso de pie y se separó del grupo. Había un ritmo impulsivo en sus gestos.

—Hay que rescatar al náufrago.

—Por lo menos, mientras aprendo a conocer bien la secreta historia de Toto y de Chuchú.

—No tiene nada de secreta ni de divertida. Pero de algo hay que hablar.

—Rescatar a un náufrago tiene sus riesgos.

—Se puede ahogar el rescatador.

—Y también corre peligro el rescatado. Más peligro corrió Ulises con Nausícaa, que Nausícaa con Ulises.

—Eso es de la *Ilíada* o de la *Odisea*. Algo de eso me enseñaron las monjas —dijo ella con una graciosa mueca.

—Eso es de la vida de todos los días, y son, precisamente, las monjas las que no lo pueden enseñar. Ha sido una gran suerte que te haya encontrado en este momento.

La vio poner la cara seria.

—Tuve la intuición de que te iba a encontrar.

—¿Crees en la telepatía?

—No, pero hace un momento estaba hablando con Zulka, tu madre, y no podía dejar de verte a ti a través de ella.

—Como en la bola de cristal de las adivinadoras. ¿Y qué tal me viste?

—No pude ver mucho, porque se presentó Lázaro Agotángel.

Volvió a cambiar la expresión de Sibila. Tuvo la sensación de que había sido una mezcla infeliz de presencias la que acababa de hacer.

—¿Tú eres amigo de Lázaro? —preguntó ella con cierta ansiedad.

Contestó calculadamente:

—¿Amigo? No sé. Lo conozco. Lo conozco de un modo un poco raro. He tenido mucho que hacer con él por varias circunstancias, pero lo he venido a ver últimamente.

—Esto parece más bien una adivinanza.

—Es natural decirle adivinanzas a una sibila.

—Es más natural que ella responda por adivinanzas.

Habían empezado a andar lentamente por entre los grupos.

—Ya que te he rescatado del naufragio te voy a presentar gente para que te relaciones. Te voy a presentar gente interesante y divertida. ¿Ves esa que está allí?

Junto a una pequeña mesa colonial estaba una mujer joven vestida de blanco, de oscura melena corta y facciones finas y enérgicas.

—Sí. Parece una romana de David. O mejor una sabina.

—Pues es un encanto de mujer. Isotta Gavio. Tiene mucha personalidad y es muy culta. El padre era un italiano rico y fino. Con ella podrías hablar de muchas cosas sin sentirte desplazado.

—No tengo ningún interés en hablar con ella. Te lo aseguro.

—Pero yo sí tengo interés en presentártela.

Hablaba con la joven un hombre delgado, bien vestido, de cabello cano, quijada saliente y rostro acalaverado.

Sibila los presentó:

—La señorita Isotta Gavio y el señor Francisco Olifán. Este es Álvaro Collado, un hombre extraordinariamente inteligente, que les va a encantar conocer. Sabe de todo.

Era evidente que Olifán y la Gavio estaban enfrascados en una conversación que les interesaba, y recibieron con frialdad a los recién llegados.

—Amigo Collado. Usted no se preocupe en llamarme señor Olifán, ni siquiera Francisco. Llámeme usted Pancho, como me llaman todos mis amigos y todos mis enemigos, que son más. No sé si ya le han hablado mal de mí, pero seguramente le hablarán. No haga usted mucho caso. Ni soy tan bueno como pretendo, ni tan malo como los demás me pintan.

—No le haga usted caso —dijo Isotta sonriendo—. Es un cínico que se burla de todo el mundo y empieza por él.

—No dejan de tener razón los que hablan mal de mí, Isotta. Piensa y verás. Los que nunca han podido ganarse un bolívar hablan mal de mí porque, sin necesidad de matarme trabajando, tengo alguna facilidad para hacer dinero. Los que ambicionan un puesto público me ven mal, porque tengo amistad y entrada con todos los poderosos. Y los ignorantes y estúpidos, que son los más, no me perdonan que esté al tanto de lo que pasa en el mundo de las ideas y de que pueda vivir en Nueva York o en París, lo mismo que en Caracas, sin cambiar en nada.

Con burlona humildad dijo Álvaro:

—Póngame usted entre los envidiosos, porque yo tengo necesidad de ponerme a aprender a vivir en todos los lugares a los que llego. Ahora mismo estoy en las primeras lecciones de aprender a vivir en mi tierra.

—Yo le he dicho —dijo Sibila, dirigiéndose a la Gavia—, que no podía encontrar mejor maestra que tú.

—¿Yo? Si yo soy la última persona para entender lo que pasa aquí. Y, además, la verdad, es que no me interesa entenderlo.

Tenía cierto tono frío y desdeñoso, pero sin embargo resultaba muy atractiva, con su aire mundano y su graciosa figura.

Álvaro dijo un poco amoscado:

—No se asuste usted, señorita Gavio, no le va a caer a usted este pesado aprendiz. Ya, a estas alturas de mi vida, debo saber que hay cosas que no voy a poder aprender nunca. Todo ha sido una graciosa ocurrencia de esta maravillosa muchacha.

Sibila insistía:

—Tienes que conocerlo, Isotta. Te va a interesar mucho.

Olifán terció:

—Si es una partida en la que pueden jugar más de dos, yo no me opongo.

—Yo me imagino que ustedes estaban ya jugando una partida de dos y que hemos caído sobre ustedes de la manera más inoportuna y desconsiderada.

—Pero podríamos jugar a cuatro —dijo Olifán, mirando a Sibila.

Sibila se turbó y quitó los ojos de Álvaro.

—La verdad —dijo Isotta— es que lo hemos recibido a usted muy mal. Pancho y yo somos viejos amigos y nos reunimos en las fiestas porque pensamos que dos aburrimientos juntos se compensan y se hacen más llevaderos. Quizás tres resulten mejor.

Se presentó Igor Pérez y habló a Sibila:

—¿Dónde te habías metido? Tengo rato buscándote.

Vio a Álvaro:

—Sabe, el Comandante va a subir.

Se llevó a Sibila sin decir más.

—Muy importante noticia —dijo sarcásticamente la Gavio—. El Comandante va a subir.

Olifán añadió sentencioso:

—De eso podemos estar seguros. El Comandante va a subir.

Allí cerca estaba la mesa de dominó del Comandante. Se oían claramente las palabras del juego y el ruido de las piedras sobre la mesa.

—Luisa Parma está que no cabe de contenta, porque logró lo que nadie creía, que el Comandante viniera.

Álvaro se despidió de la atractiva mujer y de su acompañante y de un modo casi fatal se fue acercando a la mesa de juego.

Jugaban el comandante Maldonado, Saúl Verrón, Roberto Albúrez y Lázaro Agotángel, que había vuelto a ocupar su puesto. Un grupo de mirones silenciosos rodeaba la mesa.

Verrón vio a Álvaro y aprovechó para presentarlo:

—Comandante, este es mi cuñado, el doctor Álvaro Collado, del que ya le he hablado.

El Comandante alzó los ojos de las piedras y dirigió su mirada inexpresiva a Álvaro. Hizo una mueca e inclinó ligeramente la cabeza:

—Mucho gusto.

Fue todo. En la bruma de la memoria estaba casi borrada la silueta del teniente Maldonado que asomó a la puerta de la casa de prostitutas una noche. Ahora asomaba de nuevo.

Álvaro se quedó como detenido, mirando y oyendo. Tenía enfrente al Comandante y estaba a las espaldas de Lázaro. La partida proseguía con sus voces y sus golpes secos.

—Le ahorqué el doble seis —dijo el Comandante, mirando a Albúrez.

El hombre rico sonrió con temor. En la palabra había una estrangulación gozosa y fría. Apuñaba en las manos tres piedras como un arma. Era la imagen del señorío primitivo de horca, pensaba Álvaro.

A cada instante para Álvaro las palabras se alteraban y cambiaban como en un juego de apariencias y alusiones.

—Yo soy mano. Manoa.

La inalcanzable ciudad de oro de El Dorado se llamaba Manoa, y estaba en la inalcanzable orilla del lago Parima, en lo más remoto de la Guayana imaginada.

El poder y el dinero pasaban, como fantasmas en las voces deformadas que rodeaban, como una invocación, el rostro duro y los ojos lentos del Comandante.

—Doble.

Doblón de oro con efigie de rey Carlos, maravedíes y onzas. Blanco de color y blanca de vellón.

—Cuadro.

La vieja infantería formada en cuadros erizados de picas. El Comandante iba al centro. El Comandante ponía la pieza sobre la mesa. Y

cantaba el número.

Blanco de blanquizal de la costa. De salinera de islas. De cabos calvos. Toda la tierra estaba en la mesa del Comandante, en su comando y en su codicia fría. Triste del golfo, Trinidad del Delta. Sena y ensenada de puerto. Unare de llanos, Duaca de montes.

Porque vacilaba Lázaro y lo instaban a jugar con más prisa, dijo con todos los ríos, o pareció decir:

—No me apure, ni me orinoque, ni me meta, ni me catatumbe.

Saltos, corrientes, meandros, esteros, desparramaderos con garzas y caimanes y pueblos encogidos bajo los árboles.

Todo estaba allí secretamente, la tierra y el poder y el dinero y la mujer.

—Salí con el blanco en pelo.

Desnudez friolenta de mujer sorprendida. Rodeada por las picas de los cuadros. Ganada por los doblones. Dominada, ganada y encerrada.

—La tranca. La tiro.

Podía decirlo el Comandante con seca voz de mando. Y empezaba la cuenta. La cuenta de puntos, de hombres, de doblones, de hembras, de batallones.

O había dicho:

—Me acuesto.

Los ojos de Álvaro iban siguiendo el trazado geométrico que iban haciendo las piedras colocadas por las manos. La mano morena menuda del Comandante. La mano con sortija de Verrón. La mano velluda y flaca de Albúrez. La mano gruesa y basta de uñas pulidas de Lázaro. Iba haciendo meandros el dibujo. Seis con seis, blanco con blanco, cuatro con cuatro. Los dobles hacían cruces.

Y la voz iba pasando de una boca a la otra, turbia, intencionada, llena de dudas y de vaticinios.

—El Trisagio de Isaías.

—Cuaterna de las Galeras del Pao.

Tierra, historia, recuerdos. Naturaleza y sobrenaturaleza.

—Sin conuco se quedó el recluta.

Gentes calladas, oscuras y borrosas que no estaban allí.

—Duque.

Duques de gola y barba de las viejas estampas.
—Uno y catorce.
Toque de carga para la vieja caballería de lanzas.
—Pasa mal tiempo.
—Salgo.
—No tengo.
—Me lo ahorcaron.
—Con tanto sueño y no me dejan acostarme.
—Sena.
—Sixto.
—Cinco hermanas tiene mi mujer.
—Ahora yo soy mano.
—Usted manda.
—Su tres.
—Su dos.
—Su cinco.
A ratos las voces desaparecían y no se oía sino el golpe seco de la piedra sobre la mesa. Como si marcara la medida de un vago ritmo. Un ritmo de latido. Un tono de danza lenta y brusca a la vez. O de tambor roto. De fiesta lejana. O de golpe de excavador de minas sobre la piedra dura y pobre. O de preso que llama en el muro.
Están llamando, piensa Álvaro. Alguien está llamando a alguien para algo. Quizás para revelarle el secreto de la tierra.
—Unare.
—Duaca.
—Trisagio.
¿A quién llaman y para qué llaman?
Había regresado otra vez a Luis Sormujo y al doctor Ferro.
Entre la barba de Ferro y los descolgados ojos de Sormujo iba y venía un puente de luz turbia:
—¿Conoció al tercio? —le preguntó Ferro irónicamente.
—Ese es el que va a tirar la parada y conviene arrimársele —añadió Sormujo, mirando hacia la mesa del Comandante.
No pudo menos que observarles:

—Ustedes también están en el juego y usan la jerga. Como si formaran parte de la taifa de fulleros.

Malhumorado le replicó Sormujo:

—Todos andamos en el lance, no te quede duda, chico. En el envite del poder y del dinero y de la vida fácil. ¿O tú no estás, acaso?

—No creo —opuso Álvaro.

—Pues estás equivocado. Tu padre estuvo quince años en la cárcel porque perdió la parada, y Gómez estuvo en el poder más de treinta porque las ganó todas. Todos somos tercios. Buenos y malos, sortarios[38] y pavosos[39]. Yo estoy jugando, Ferro está jugando y tú estás jugando. En la mano del Comandante o contra la mano del Comandante. Esperando que te toque a ti el turno de tallar, si es que te llega a tocar algún día. No venimos de artesanos ni de labradores, de gente de fatiga y de ahorro, sino de soldados, y de pícaros y también de santos. Gentes que se fiaban en la violencia, en el azar o en el más allá.

—Todos tenemos caras de jugadores —decía el doctor Ferro—. Aquí todo el mundo está ligando.

Álvaro trataba de localizar de lejos a Sibila, que había vuelto al grupo de los jóvenes. Hablaba Sormujo:

—Y como jugadores que somos no sabemos nunca cuándo vamos a ganar, ni cuándo vamos a perder. Como jugadores vivimos en lo precario, lo transitorio, lo cambiante. Hoy para hoy y mañana Dios proveerá. Y así podemos mantener, hora tras hora, las más descabelladas esperanzas. En este momento todos estamos ganando o perdiendo algo que no sabemos. Tú, Ferro, yo, los otros. En nuestra propia mano o en mano ajena. Quién sabe si tú en este momento estás ganando algo con lo que no podías soñar, o has perdido ya algo, extraordinariamente precioso, que aún no sabes.

Allí estaba Sibila con los jóvenes, alegre y suelta. Pero no estaba Igor. Igor bajaba de nuevo la escalera y pasaba ante ellos, por entre el gentío y el rumor, para dirigirse a la mesa del Comandante.

21

Aquella tarde los rumores de golpe de Estado se acentuaron de un modo vertiginoso. Empezaron a surgir llamadas telefónicas, nerviosas y entrecortadas, donde voces de angustia comunicaban:

—Ya empezó la cosa. Todos los oficiales están acuartelados. El presidente está preso. De un momento a otro ponen en cadena los radios.

Era alguien que se lo había dicho a alguien, porque se lo había dicho alguien que lo sabía con toda seguridad.

Toda la ciudad se agitó como con un erizamiento de frío de peligro. Voces cuchicheantes. Corrillos temerosos. Las calles se habían ido quedando vacías.

—Mejor es irse para su casa.

Álvaro Collado había permanecido casi todo el día sin salir. El general Collado había tenido una recaída y estaba en cama postrado con una fiebre alta. Junto a él estaban Celmira su mujer y Marta su hija. Luna, la mujer de Rubén, entraba y salía de puntillas. En la penumbra del cuarto se le oía tiritar y hablar entre dientes.

Estaba viejo y acabado su padre, pensaba Álvaro. Era como si hubiera hecho el esfuerzo sostenido de esperarlo hasta su regreso y ya no pudiera soportar más la lucha con los achaques y los males. Pensaba que se iba a morir el viejo Collado y le daba remordimiento el haber permanecido lejos de él tantos años. Se iba a morir con su tiempo y sus recuerdos que era el de aquellos viejos, cada vez más ralos, que con sus historias se reunían de tertulia en la casa por las tardes. Y pensaba que se iba a morir sin paz. En otra víspera del cambio y de la agitación.

El oleaje de noticias corría por el cuchicheo de los que hablaban en el corredor y penetraba atenuado hasta el cuarto del enfermo.

A ratos, Álvaro había tratado de entrar en las conversaciones, pero le parecía que era siempre la misma conversación recomenzada, como cuando la aguja del fonógrafo se queda girando en el mismo surco.

Era el doctor Morueco, con su voz empinada, que le decía al general Landa.

—Esto no puede durar, mi general. Usted lo sabe. Esto es un caos. El ejército tiene que poner el orden. Aquí lo único que ha faltado es un jefe.

El general Landa sonreía complacido. Cada vez que se hablaba en su presencia de la necesidad de un jefe, pensaba en sí mismo.

—Yo sé lo que habría que hacer, pero esta gente no lo sabe. Este es el país más fácil de gobernar. Pero es como los caballos briosos. Un buen jinete lleva a un caballo brioso como una seda, pero móntele usted a un jinete chapucero para que vea al animal alborotado, inquieto, desacomodado, dando barquinazos y cabezadas.

El general Landa hacía el gesto de llevar en la mano las bridas bien sujetas.

Basso, que a veces venía muy de prisa y como temeroso, se sentaba con aire subalterno junto a su antiguo jefe el general Landa y se ponía a oír con aire de complicidad.

—Esta tarde hubo una reunión de oficiales superiores en el Estado Mayor. Ya se pusieron todos de acuerdo.

—¿Qué esperan? —preguntaba Landa.

—Sí, ¿qué esperan? —insistía Morueco—. Por esperar tanto los van a desbaratar. Todo el mundo sabe esto desde hace días.

—Todo el mundo —decía Landa—. Yo no me explico estas cosas de ahora. En mi tiempo…

Se dio cuenta de que estaba hablando como hombre de otro tiempo.

—En todo tiempo estas cosas se han hecho con mucho secreto y mucha rapidez. Pero ahora parece que es distinto.

Rubén Collado, que parecía enterado, dijo:

—Es que necesitan poner de acuerdo todos los comandos.

Cada vez que se oía el teléfono las conversaciones se cortaban. Era Oromundo Pérez que llamaba a Verrón. Verrón no había ido en todo el día a la casa de su suegro enfermo.

—Ese debe estar metido hasta aquí —decía Basso, pasándose la mano por la frente.

Lázaro Agotángel tampoco había ido. Debía estar en algún lugar cerca del comandante Maldonado.

Había vuelto a Sonar el teléfono. Era Zulka que llamaba a Verrón. Álvaro le fue a atender:

—¿No ha llegado Saúl? Interesa mucho ponerse en él.

—No ha llegado. Le diré que te llame, cuando llegue.

—No, a mí no, a Lázaro.

Quedó confuso:

—¿A Lázaro? ¿Y por qué Lázaro no llama él mismo?

—No puede, Álvaro.

—¿Que lo llame a dónde? Supongo que no estará en tu casa.

—Claro que no —afirmó Zulka en tono seco—. Él sabe dónde lo puede llamar.

—Se lo diré —contestó con malhumor. Era como si la voz de Zulka se hubiera trasformado desagradablemente en la voz de Lázaro.

Sin más colgó el teléfono y sin detenerse con los visitantes del corredor se fue a refugiar en el cuarto de su padre.

Se sentó cerca de la cama. En la media luz de la habitación se oía tan solo la respiración anhelosa del viejo. Parecía más menudo y más débil el cuerpo moldeado bajo las mantas del lecho.

Era el único que en la casa parecía estar ajeno al hervor de rumores de la ciudad. Era, también, quizás el único que ni esperaba ni temía nada de lo que podía pasar. Si le dijera ahora: «Ya se dio el golpe», tal vez entreabriría los ojos cansados y sonreiría como si le oyera decir un disparate. Tal vez no sabría de qué se trataba. Quizás podría creer, confundido, que era otra noticia de otro tiempo. El alzamiento de un general del noventa y pico. La reacción de 1908. Cualquier otro suceso, fallido o no, por el que había pasado aquella vida tan venezolana. Pero ahora, por fin, podía desentenderse. Era acaso necesario estar en la antesala de la muerte para desentenderse. No era suficiente un acto de voluntad o de inteligencia para hacerlo. Como si él, Álvaro, ahora dijera: «Nada tengo que ver con esto. Nada quiero entender de esto. No quiero seguir oyendo contar el viejo

cuento en el que se consumió la vida de mi padre y la del padre de mi padre. ¡Qué se me da a mí que la cosa vaya a ser esta noche! ¡Qué se me da a mí que no vaya a ser! ¡Qué se me da a mí averiguar para qué Lázaro llama a Verrón, ni qué está haciendo Verrón! ¡Ni siquiera por qué es la voz de Zulka la que llama a Verrón en nombre de Lázaro! Como si Zulka y Lázaro y Verrón y el Comandante se hubieran vuelto una misma y repugnante cosa».

Había llegado el médico y encendieron la luz. Se puso de pie para retirarse de la habitación, pero antes de salir el doctor le dijo:

—Hay muchos rumores en la calle. La cosa como que es de un momento a otro.

El corredor estaba casi vacío. Muchos de los visitantes se habían ido.

Quedaban dos viejos amigos de su padre que, en un rincón, comentaban olvidados sucesos remotos.

—Si el Mocho se queda en Caracas se pega a Castro[40]. A mí me avisaron esa noche…

Medio siglo antes. El general Hernández y su fuga dentro de una caja de piano, en un vagón del ferrocarril.

No era tarde, pero la ciudad se sentía abandonada y silenciosa. Todo parecía estar al acecho y a la espera. Álvaro se sentó aparte, en un sillón junto a la puerta de entrada. Estaba otra vez la noche de la ciudad llena de presagios. Algunos pensaban que iba a haber muchas víctimas. Que una terrible huelga paralizaría todas las actividades. Que se iba a desencadenar una larga guerra civil.

Otros, pensaba Álvaro, estarán esperando la noticia para ir presurosos a buscar el puesto y la prebenda y el negocio. Luis Sormujo tenía razón. Todo el país estaba esa noche jugándose al azar. Había quienes podían perderlo todo, pero también había quienes iban a ganar mil por uno. Estaba barajando las cartas el timbero[41].

Luna Carlina, su cuñada, se acercó a preguntarle por Rubén. No lo había visto. Debía de haber salido. No sabía.

Luna tuvo una sonrisa de dulzura casi maternal:

—Este Rubén está perdido.

La vio alejarse de nuevo hacia la habitación del enfermo. Resignada y silenciosa. La verdad, pensó Álvaro, es que Rubén vive como un soltero. ¿Para qué se casaría? Para dejarla días y noches sola en su cuarto de la casa de los viejos Collado.

De pronto, se sintió que un automóvil se había detenido bruscamente en la puerta. Entró Verrón presuroso. Detrás, con aire huraño y desconfiado, venía Jeremías Centalla. Fue una sorpresa para Álvaro.

—Guá, ¿tú por aquí, en estos momentos? —le dijo a Verrón.

—¿Cómo sigue el viejo?

—Lo mismo.

El saludo con Jeremías fue seco. Muy poco se habían visto en los últimos tiempos.

Verrón dijo:

—Tenemos que hablar contigo. Vamos a la sala.

Abrieron la rechinante puerta de aquel cuarto donde muy rara vez entraba nadie. Olía a clausura y a humedad. Encendieron la luz. Un gran espejo de marco dorado reflejaba el concilio mudo de los sillones fantasmales cubiertos de fundas blancas.

—Tenemos que hablar contigo —volvió a decir Verrón.

Hubo un silencio incómodo.

Se sentaron.

—El golpe puede ser mañana por la mañana. El Comandante le dijo a Lázaro que esta noche se decidía la cosa. Hay que estar listos.

—¿Listos para qué?

—Para lo que se presente —dijo Verrón.

—¿Y si no se decide?

—Habrá que esperar todavía.

—¿Y quién decide?

—El alto mando.

Miró a Centalla:

—Ellos son los que tienen que decidir.

El tono de Jeremías era el de un hombre que está muy al tanto de las cosas:

—Tiene que ser así, Álvaro. Tienen que poner de acuerdo todos los comandos y coordinar muy bien toda la operación. De otro modo podría ser una aventura muy peligrosa y muy costosa en vidas. El Comandante le dijo a Lázaro…

—¿Qué le dijo el Comandante a Lázaro? —preguntó sarcásticamente. Centalla se dio cuenta de la actitud de Álvaro y calló. Pero Verrón continuó por su parte, sin parecer advertir el tono de su cuñado.

—Como la cosa puede ser mañana hay que estar preparados. Hay que tener lista el acta constitutiva de la Junta Militar y la alocución al país. El Comandante le dijo a Lázaro que yo les tuviera esto preparado y que lo consultara con Jeremías y contigo.

—¡Ah, el Comandante ha decidido eso!

—Naturalmente.

—¿Y qué va a decir la alocución?

—Jeremías y yo hemos preparado un documento breve y muy enérgico, pero sería bueno que tú le pusieras un poco de música.

—¿Un poco de música?

—Eso es.

Verrón había sacado de un bolsillo un lío de papeles, escritos a máquina con tachaduras e interpolaciones a mano.

—Aquí está. Hay que hacer una cosa vibrante y seria. Al Comandante no le gustan sino las cosas serias.

Álvaro observaba la cara de Centalla. Permanecía inmutable.

—Tú sabes más que yo de esto, Jeremías. Tienes más experiencia del estilo de esta literatura política.

—He ayudado, Álvaro. Quiero decirte que creo que a esto hay que ayudarlo. La situación actual no puede continuar. La correlación de fuerzas indica que el ejército es el que debe actuar como palanca del proceso histórico. Nosotros no vamos a ser sino los parteros de la historia, después la historia se encargará.

—¿Es ese el pensamiento que el Comandante les ha transmitido por medio de Lázaro?

—No me gusta esa manera de hablar, Álvaro —dijo Verrón.

—A mí tampoco me gusta la de ustedes. ¿Quién les ha dicho que yo estoy disponible, como mula de alquiler, para la revolución de Lázaro?

—Esta no es ninguna revolución de Lázaro —dijo Centalla—. Esta es una nueva etapa del proceso histórico nacional, que hay que comprender y tratar de canalizar.

—Están engañados, ustedes —dijo Álvaro, tratando de hablar serenamente—. Esta es la revolución de Lázaro, de lo que él es, de lo que él representa. Una gentuza sin ideas, sin principios, que quiere ponerle «la mano al coroto», como dicen ellos. La verdad de lo que hay allí es Lázaro y sus apetitos y sus impulsos. Yo no voy a servirle a Lázaro.

—¿Entonces te parece bueno el actual gobierno, este caos, este desbarajuste? —preguntó Verrón.

—No. No me parece bien. Me parece muy mal.

—¿Y entonces?

—Entonces debo entregarme en manos de Lázaro, ¿verdad? Ustedes que son los mensajeros de Lázaro vienen a traerme su pensamiento y su orden.

—No es Lázaro, es el Comandante.

—Es lo mismo. Todo se lo ha ido cogiendo Lázaro, el poder, el dinero, la sociedad. Es él el que personifica todo esto y ahora ustedes son sus mensajeros. ¡Sírvanle ustedes, yo no! ¡Vayan a decirle que Álvaro Collado no le va a servir, no le va a poner música a su proclama, no va a obedecer sus órdenes!

—Estás loco. Lázaro no es sino un intermediario.

—No. Lázaro es la realidad de lo que está pasando y de lo que va a pasar. Todo se lo ha ido cogiendo. Al orgulloso doctor Verrón, al rebelde Centalla, hasta a Zulka Reyes. Es como una enfermedad que se ha ido extendiendo. Está en todas partes. Lo ha contaminado todo. Es el país.

Verrón, malhumorado, exclamó:

—¡Miren qué cosa, nosotros que venimos a buscarte para ofrecerte la mejor oportunidad de tu vida! ¡Hasta ministro has podido ser! ¡Y tú nos recibes con cuatro piedras! ¡Eres como un extranjero! ¡No comprendes nada!

Álvaro sentía el contento de una liberación. Se había quitado de encima un peso que lo agobiaba.

—Yo no he llegado a ser lo que soy para ponerme al servicio de Lázaro Agotángel. Sería una monstruosa subversión. Díganle ustedes esto. Díganselo a él y al Comandante. Que Álvaro Collado no les va a servir. Ponerme a su servicio sería renegar de lo que soy y de lo que creo. No cuenten conmigo.

—No se puede hablar contigo, estás muy exaltado —dijo Verrón, poniéndose de pie y guardando de nuevo sus papeles.

—No. Estoy más sereno que nunca. Tenía que decir estas cosas y las he dicho. Y de ahora en adelante las voy a seguir diciendo. Buena suerte, Saúl. Buena suerte, Jeremías.

Se marcharon sin más. Volvía a sentirse el silencio y la soledad de la casa y la ciudad.

Regresó a la habitación de su padre. El viejo dormitaba. En sus sillas el mudo coro de las tres mujeres vigilaba sin movimientos.

En voz muy queda preguntó:

—¿Cómo sigue?

—El médico dijo que estaba mejor —respondió en un susurro su madre.

Era como una celda aislada de silencio y de paz aquel cuarto en que solo se oía la respiración del enfermo. Era como si todo lo que podía ocurrir afuera ya no tuviera importancia. Como si hubiera cerrado, con irrevocables cerrojos, las puertas por donde podía entrar lo otro.

22

Nada ocurrió al día siguiente, pero siguieron los rumores. Los visitantes a la casa del general Collado traían el eco de la angustia de la calle. Seguía la tensa espera del oscuro e indefinido suceso que todos olfateaban y anunciaban.

Los que llegaban, después de informarse de la mejoría del enfermo, hablaban de «la cosa».

—La cosa es de un momento a otro.

Era como el contaje rítmico y cantineleado para medir el tiempo de una explosión. Estaba corriendo el segundero y había que esperar, sobrecogidos, la deflagración trágicamente inminente.

Las noticias ponían de mal humor a Álvaro. Se resistía a entrar en la malla de las conversaciones. Era como si todos estuvieran acorralados en espera de aquello que tenía que ocurrir.

Por la tarde, temprano, vino Zulka Reyes de visita.

Rodeada del tintineo de abalorios de sus pulseras de oro. Tan pronto vio a Álvaro, se dirigió a él.

—¿Qué noticias tienes?

—Papá sigue mejor.

La sentó a su lado. La voz tibia y la mirada recogida tenían cierto aire de impudicia y de secreto erotismo.

—¿Qué noticias tienes de lo que está pasando?

—Las mismas de todo el mundo. Los mismos rumores, los mismos disparates.

Ella dijo con firmeza:

—Te equivocas, la cosa es seria. Ahora sí es verdad. Yo lo sé de muy buena fuente.

Claro que lo sabía de muy buena fuente. Debía saberlo por confidencias de Lázaro.

—Ya sé que estás muy enterada de todo. Que sabes al dedillo todo lo que pasa y hasta lo que va a pasar. Has cambiado bastante desde aquellos tiempos en que la política te parecía una cosa aburrida e incomprensible. La verdad es que muchas cosas han cambiado.

—¿Te parece?

—¿No te parece?

Se puso áspero y casi regañón. Estaba sintiendo la presencia de Lázaro junto a ella.

—La Zulka que yo conocí, o creí conocer, no calzaba en este marco de intriga y de conspiración. No te hubiera podido ver como agente de golpes, mezclada con gentes tan ajenas a ti como el Comandante o como Lázaro Agotángel. La verdad es que tú siempre has sido desconcertante.

Zulka se puso a la defensiva:

—¿Yo?

—Sí.

Iba a decirle ahora todas las cosas que no se había atrevido a decirle antes.

—Sí. Siempre has sido rara. Cuando te conocí me encontré con la sorpresa de que prefirieras a Pedro Tocorón a todos los hombres que te rodeaban.

—¡Ah, la cosa es con Pedro!

—No. Y ahora resulta que te has convertido en la confidente, la consejera, el alma gemela de Lázaro Agotángel. No me negarás que es bastante sorprendente.

La mirada de Zulka se hizo dura.

—¿No te gusta Lázaro?

Álvaro contestó con displicencia:

—No se trata de que me guste o no me guste.

Zulka insistió segura:

—Es evidente que no te gusta. ¿Y tú sabes por qué no te gusta? Porque tú no eres sino un intelectual y él es un hombre de hechos.

Le dio a la palabra hechos un acento carnal, primario.

—Hechos hacen los animales —dijo él.

—Y los hombres para ser hombres necesitan hacerlos también.

Se había puesto exaltada. Era más que la defensa de un amigo. La voz atropellada y nasal. Eran, tal vez, hechos los que le habían faltado a él frente a ella en otros tiempos. Tal vez en aquel remoto encuentro del desván de Los dos caminos, cuando todavía ni él ni ella tenían noticia de la existencia de Lázaro. Cuando Lázaro no existía.

Resolvió preguntarle fríamente:

—¿Te gusta a ti, Zulka?

La pregunta la sorprendió:

—¿Qué quieres decir?

Era todavía la maravillosa mujer. Más madura, más hecha, más segura. Había cambiado de color el cabello, ciertamente. Y tenía aquellas estrías en los labios. Se la quedó mirando fijamente.

—A las mujeres no les interesan los hombres sino de una sola manera. O, tal vez, para ser justo, de dos maneras, como amantes, verdaderos o imaginarios, o como hijos, también verdaderos o imaginarios. No tienes edad para que te pueda interesar Lázaro como hijo.

La vio demudarse.

—Siempre has tenido una imaginación enfermiza. No quiero pensar que has querido decir lo que has dicho. Además, no tengo por qué darte explicaciones.

Era otra vez Zulka Reyes, con su gracia altanera, con su desdeñosa atracción, con su tino de hermoso animal de presa.

—No he querido decir eso, Zulka. Ha sido seguramente una explosión de disgusto. En una época llegué a pensar que mi país tenía tu rostro.

Hizo un gesto risueño:

—¿El mío?

—Sí. Y ahora regreso, después de tanto tiempo y me encuentro que la cara que el país me presenta por todas partes es la de Lázaro Agotángel. Está metido en todo, es todo. Tú misma, Zulka, has entrado en su mundo. ¿Por qué un hombre así puede llegar tan fácilmente a convertirse en un personaje en esta tierra? Todo está indefenso y como a la merced del primer aventurero.

Zulka aparentaba serenidad:

—No es malo Lázaro. Tiene más bien mucho mérito. Si una se pone a pensar de dónde sale. No tiene resentimientos. Es generoso y está siempre dispuesto a hacerle un bien a todo el que pueda. Se ha hecho muchos amigos, ¿sabes?

—Ya lo sé.

Sabía, como nadie, de dónde salía y sabía muy bien todo lo que había ganado y todo lo más que estaba por ganar. Quiso mostrarse más justo y sincero:

—Nadie más que yo ha podido desear que Lázaro tenga éxito. Nadie más que yo. Tú sabes lo de la muerte de su padre. Todo eso. Me he ocupado de él. Constantemente. Pero no para encontrarme esto. ¿No te parece grotesco que se me vaya a plantear la alternativa de tenerse que ponerme yo al servicio de Lázaro?

Ya Zulka sonreía:

—Podrías seguirlo ayudando. ¿Por qué no?

—No lo voy a hacer. Todos pueden ponerse a su servicio, pero yo no. No voy a cometer esa horrible abdicación de lo que soy y de lo que pienso, porque otros la hayan hecho. Porque lo haya hecho mi cuñado Verrón, o el honorable señor Alsina, o el revolucionario Centalla, o la maravillosa Zulka Reyes.

Zulka se había puesto de pie:

—Es absurdo que te vayas a convertir en enemigo de Lázaro.

—No soy yo el que me he convertido en enemigo suyo.

Se despidió.

—Me saludas a tus padres. Chao.

Así saludaba Igor, el enamorado de Sibila. Se le habría pegado de él.

Se quedó solo, sin acercarse a la tertulia de los visitantes, y luego, bruscamente, salió, tomó el automóvil y se dirigió velozmente hacia la parte vieja de la ciudad.

Sabía la dirección, pero como no había estado nunca en la casa le costó algún trabajo localizarla. Era una buena casa a la antigua con tres ventanas de balaústres y ancho portón claveteado.

Era la primera vez que iba a entrar allí.

Sonó largo rato el timbre de la puerta. Luego se oyeron pesados y lentos pasos. Chirrió el portón al abrirse y apareció ante él una mujer gruesa, canosa, de facciones espesas y piel acanelada.

—¿Es la casa de la señora Soledad Hernández?

—Sí, señor.

Era una manera servil de decir *señor*.

—¿Está ella?

—Soy yo. ¿Qué se le ofrece?

Lo cogió de sorpresa. No había esperado toparla tan abruptamente. Ni correspondía a la imagen que se había ido haciendo de ella desde lejos y por inferencias. Era gruesa, frentona, de ojos pequeños y nariz chata. Ojos marrones y turbios. Los pómulos altos. Algo tenía de Lázaro, su hijo, pero no era fácil saber qué.

—Yo soy Álvaro Collado —dijo.

Se quedó en espera de la reacción que aquel nombre debía provocar en ella. Era como lanzar una gruesa piedra a un viejo pozo de natas verdes. Se iba a agitar la superficie quieta.

Pero no fue así. Pareció hacer un esfuerzo para recordar.

—Álvaro Collado…, ah, sí… El hijo de misiá Celmira. ¿Qué le parece? Pase adelante.

Con dengosos movimientos de gran gata vieja lo precedió hasta las sillas del corredor. Se sentaron.

—Usted llegó no hace mucho. Eladio… Usted lo conoce. Eladio Flores. Me dijo que usted había regresado. Él es muy bueno, siempre me viene a ver.

Poco debía verla Lázaro. No debía tener mucho interés en mantener vivo el pasado.

—A Lázaro sí lo he visto. Aunque no mucho —dijo Álvaro.

—Ese es más difícil. A mí se me pasa tiempo sin verlo. Si no fuera por Eladio no sabría de él.

Pareció darse cuenta de que Álvaro oía ávidamente sus palabras.

—No vaya a creer que él no se ocupa de mí. Se ocupa mucho. Es muy buen hijo. Lo que pasa es que no viene. Tiene muchas cosas que hacer. Yo

misma, a veces, me sorprendo de todas las cosas en que está metido ese muchacho.

Después le preguntó por el general Collado y por misiá Celmira, su madre. Y por Verrón y por Marta. Hacía una salmodia de alabanzas rutinarias a cada nombre que decía.

—Qué gente tan buena.

El patio estaba lleno de plantas sembradas en tiestos de barro y en latas. Rosas, claveles, palmas, helechos. Dos canarios cantaban en sus jaulas. Sobre la puerta de la entrada estaba un cromo del Corazón de Jesús. Era como una casa de remoto pueblo.

—Yo tenía el deseo de venir a verla desde que llegué.

—Ya ve que llegó el día.

Era apacible y quieta y parecía ahíta y satisfecha. Tenía unas manos oscuras y regordetas de amasadora. De amasadora de masa de maíz. A esa mujer fue que no volvió el agente Agotángel. Y porque no volvió estaba él allí, había ocurrido todo lo que había ocurrido y Lázaro se había convertido en aquel personaje. No podía decirle nada de eso.

—Afortunadamente, veo que usted está bien y contenta.

—Dios mediante, hijo. No han dejado de pasar muchas cosas y una siempre vive con el miedo de que vuelvan a pasar. Desde que mataron a Lázaro todo me da miedo. Yo vivo preocupada por ese muchacho, Lázaro, Lázaro José. Tiene muchas responsabilidades. Y si es Luis…

Álvaro sabía que Luis Hernández, el hermano de Lázaro, era activo militante de un grupo de extrema izquierda.

—… y si es Luis, vive metido en esos embrollos de huelgas y de escondites y casi no viene a la casa sino a dormir.

—No se parecen los dos hermanos.

—Nadita. Ni prójimos parecen. Luis es muy cariñoso y Álvaro siempre fue seco. Por bueno es que le ha pasado eso a Luis. Todo el día lo tienen metido en esas cosas de locos. Y eso no le gusta a Lázaro. Pero ¿qué puede hacer una, pues?

Soledad se sentía como una foca inerte en el río de la fatalidad. Una fatalidad oscura y variada que le había matado a su hombre, le había

arrebatado a Lázaro para convertirlo en un personaje, y había transformado a Luis, tan bueno, en un activista de partido clandestino.

Qué podía hacer aquella mujer pesada y abotagada ante una vida tan cambiante y rápida. Si todo no hubiera comenzado por aquel disparo de la universidad, pensaba Álvaro, tal vez hubiera comenzado por otra cosa.

—Si no hubiera ocurrido la tragedia de su marido las cosas hubieran sido distintas.

Se quedó pensativa y alelada.

—Quién sabe. A lo mejor nos hubiéramos quedado en el cerro. Porque usted sabe que nosotros vivíamos en el cerro de la subida del manicomio.

Sí, lo sabía. Era tal vez la cosa que más sabida se tenía. Y pensaba que todo aquello, como esas compactas bolitas de papel japonesas que al contacto del agua se desenvuelven y abren convertidas en un increíble ramo, había salido un poco mágicamente de aquel disparo de la universidad.

—De allí salieron por la muerte de su marido. Tal vez, después de todo, no fueron tan malas las consecuencias. A veces es necesario el sacrificio de alguien para el bien de los demás.

Pero ella estaba firme en su buen sentido de mujer del pueblo.

—No diga eso, señor. La muerte de un cristiano y de un hombre tan bueno como Lázaro no puede ser buena para nadie.

Sintió la necesidad de dar una explicación:

—Yo no he querido decir eso, señora. Como seguramente usted lo sabe, yo estaba en la universidad cuando murió su marido y lo he lamentado muchísimo. Le parecerá exageración o mentira, pero es una de las cosas que más he lamentado en mi vida.

La mujer se conmovió:

—Dios se lo pague, hijo. Yo sé por su mamá, que Dios guarde, todo el interés que usted ha tenido por nosotros.

Asomó por la puerta de una habitación una mujer.

Se detuvo al ver al visitante.

Soledad dijo:

—Es mi hija Mireya. Este es el doctor Álvaro Collado, Mireya.

Se acercó a saludar.

—Siéntate —le ordenó la madre.

Era como si asistiera a una sesión mágica de aparecidos. Iban llegando del fondo de las sombras aquellas figuras de otro mundo que habían poblado sus angustias.

No se parecía a Lázaro. Era fina, nerviosa, un poco brusca. Los labios carnosos, los ojos grandes y oscuros, el pelo negro y rizado recogido en un moño sobre la nuca. La silueta era graciosa. Estaba vestida con descuido.

Veía a Álvaro con curiosidad temerosa. Con un olfato de perra que husmeara al extraño.

—¡Ah, es usted!

Fue todo lo que dijo. Tampoco podía decir más. Como Álvaro tampoco iba a poder preguntarle en ninguna forma, ni por su pasado, ni por Juvenal Contreras, ni por nada. Verrón, que había tenido un calificativo muy duro para ella en otros tiempos, seguramente que ahora no se atrevería ni a pensarlo.

Aquellas dos mujeres eran como la orilla abandonada de donde se había alejado Lázaro a la aventura. El mismo hombre que había sido su amante le había abierto a Lázaro la vía hacia el comandante Maldonado y la fortuna.

Sabía que le habían quedado dos hijas de Juvenal Contreras, pero tampoco le pareció prudente preguntar por ellas. Eran pocas las cosas de que podía hablar con aquellos terribles testigos.

Más era lo que había que intuir y adivinar que lo que se podía averiguar y preguntar.

—¿Cómo ha encontrado esto? —le preguntó Mireya.

Contestó banalmente:

—Muy descompuesto.

Le dijo muy segura:

—Pero se va a componer.

¿Se iba a componer o lo iban a componer gentes como ella y como Lázaro y el Comandante? ¿Y también como Zulka? Se acordó desagradablemente de Zulka. No pudo evitar el contrastarla en su imaginación con Mireya. Nada en común tenían.

—Mucha gente piensa como usted —dijo Álvaro.

—Naturalmente.

—Ojalá todo salga bien.

—Tiene que salir.

Se oyeron gritos y llantos infantiles en las habitaciones interiores. Mireya se puso de pie.

—Son mis hijas que viven peleando. Perdóneme.

Se marchó apresurada dando voces:

—Marlene… Lesbia Josefina, ¡qué escándalo es ese!

Aquellos nombres eran como una vaharada brusca de aquel mundo de cine de barrio, de novela por entregas, de azar y de sorpresa. Un mundo informe, aluvional y fluido. De selva fluvial.

—Yo me tengo que ir. Volveré otro día.

Era como si quisiera salir de una hondonada. Se despidió. Contoneándose le acompañó hasta la puerta Soledad.

—Esta es su casa. Ya lo sabe. No olvide el camino.

Era como si hubiera hecho un largo y peligroso viaje de exploración por un país primitivo y desconocido. Había bajado al reino de los muertos y de las madres. Al húmedo mundo de las raíces y de las semillas.

23

Toda la densa acumulación de rumores parecía llegar a su clímax. De un momento a otro se debía producir el golpe de Estado. En alguna parte invisible e insospechada se iba a realizar, o se estaba realizando o ya se había realizado el secreto y poderoso gesto que todo lo iba a cambiar. Sin embargo, los guardias parecían tranquilos en torno al Palacio Presidencial, las gentes tertuliaban apaciblemente en los corredores de las oficinas públicas, los vendedores de billetes voceaban sus números, se oía el repiquetear de las máquinas perforadoras rompiendo el pavimento de alguna calle, las campanas de la catedral cantaban su hora perezosa, algún autobús chirriante se paraba desgonzado en una esquina.

Eladio Flores, con su cara bronceada de estatua sasánida, había estado buscando a Verrón sin encontrarlo, en su propia casa y, luego, en la del general Collado.

Saludó a Álvaro y le dijo a Rubén:

—Tengo que ponerme ya en contacto con el doctor Verrón. Trata de localizarlo. Dile que llame al Ministerio de Guerra a este número. Es privado. Lázaro está allí con el Comandante desde ayer. Que lo llame lo más pronto posible.

—¿Entonces la cosa es ya?

—Ya. Esta misma tarde o esta noche.

Se fue Eladio en volandas.

—Casi no me saludó —dijo Álvaro.

—Es que Lázaro está disgustado contigo. Me lo dijo Verrón.

Se lo había dicho Verrón y lo sabía Eladio y lo habrían comentado con el Comandante.

—Seguramente —explicaba Rubén— le habrán repetido lo que has dicho de él. Tú no te cuidas de lo que dices. Y Verrón me dijo también que Lázaro estaba muy molesto con la visita que le hiciste a la mamá y a la hermana.

Álvaro replicó de mal humor:

—Por lo visto es una familia clandestina que no se puede visitar. Le duele al orgullo trepador de Lázaro que le vean a la vieja Soledad y a Mireya. Para él sería mejor borrar por completo ese pasado.

—Cuando se lo contaron a Lázaro —proseguía Rubén—, dijo: «No me gusta eso. ¿Qué tenía que ir a buscar allí?» Está muy bravo, ¿sabes?

Muchas cosas tenía que ir a buscar allí que no podría encontrar en ninguna otra parte. Ahora estaría Soledad, ronroneando gatunamente en su mecedora, en espera de la noticia del golpe.

Oromundo Pérez llegó a su vez en busca de Verrón:

—¿Qué se ha hecho Saúl?

Estaba agitado y tartamudeante.

—Quedamos en reunirnos ahora pero no está ni en el bufete ni en la casa. Lo he buscado por todas partes.

—Aquí estuvo también buscándolo Eladio Flores.

—¿No ve? Debe ser el Comandante que lo necesita, Lázaro me mandó un recado esta mañana. La cosa ya es un hecho.

Sonreía a trechos Oromundo, entornando los ojos golosamente.

—¿Cuándo acabaremos de salir de esto?

Sonó el teléfono y Rubén se precipitó a tomarlo.

—Es Verrón —dijo con cara de triunfo.

Todos se acercaron.

—¿Que quiénes están aquí? —decía Rubén—. Aquí está ahora Oromundo, que te anda buscando. También estuvo Eladio. Él quiere que llames ahora mismo, tú sabes dónde. Ujú. ¿Tú quieres que vayamos ahora, Oromundo y yo? Correcto. Ya salimos para allá. Adiós.

Atropelladamente informó:

—Saúl está en la casa del doctor Milvo. Va a reunirse allá un grupo de personalidades para darle su apoyo a la nueva situación.

Oromundo se frotaba las manos.

—¿Y quiénes están?

—No sé, no me dijo. Debe ser gente ministeriable.

—Vámonos.

—Sí, vámonos.

Rubén se volvió hacia Álvaro:

—Mejor es que tú no vayas. Por el momento. Vamos a esperar que las cosas se aclaren con Lázaro. Eso lo arreglamos entre Saúl y yo.

—No había pensado ir —les dijo.

Se fueron hacia la reunión de Milvo. ¿Quiénes estarían? Milvo, tal vez Alsina, acaso Albúrez. Oromundo también aspiraba a su ministerio. Se reunirían para ponerse de acuerdo y esperar la llamada de Lázaro. Tan pronto como la cosa estuviera hecha Lázaro llamaría. Para que se fueran para Miraflores para la constitución del nuevo gobierno. Saúl Verrón les mostraría el acta y la alocución. Después todos oirían aquellas palabras por la radio. Las mismas que Saúl Verrón había escrito secretamente, en la noche, en la soledad de su casa. Un tiempo de rectificaciones comienza. Y también de justicia. Ha sonado. Algo debía haber sonado. Ha sonado la hora, el traqueteo del mecanismo de un fusil, o una seca voz de mando. Las gentes oirían las palabras de Verrón sin saber que eran las palabras de Verrón. Y Verrón sonreiría mirando al Comandante, entre los demás oficiales, en el acto solemne. Y cruzaría una mirada de inteligencia y de suprema comprensión con Lázaro Agotángel, que estaría detrás del Comandante como un sólido y alerta ángel de bronce.

Tal vez podía él desinteresarse de todo aquello e irse a la casa de Isotta Gavio, que lo había invitado a una reunión para preparar la exposición de nuevas obras del pintor Rafael Lamas. Tal vez, a pesar de todo, habría la reunión.

Se fue a la casa de Isotta.

Había poca gente. La hermosa mujer lo recibió con agrado.

—Qué bueno que vino usted.

Estaba vestida con estrechos pantalones negros, una blusa verde nilo y sandalias lisas. La cabeza era de Diana cazadora.

Estaba el pintor Rafael Lamas, delgado, alto, fino de tipo y ágil de gestos, colocando algunos de sus cuadros contra la pared. Estaban también

algunos jóvenes y muchachas. La madre de Isotta, mujer menuda y flaca, de ademanes muy reposados. Y estaba Francisco Olifán. Le llamó la atención.

—¿Usted aquí, en un día como hoy?

Olifán sonrió:

—Esto es más interesante. Por el momento el turno es de los matarifes. Yo entraré cuando ya la carne esté lista y haya que preparar el turnedó. ¿No le parece?

Estaba seguro de su papel. Aparentemente.

Sin embargo, insistió de un modo excesivo:

—Esta parte desagradable y antiestética de la faena la harán los especialistas. Labor de ordenanzas. Mandar a hacer presos, a disparar, a registrar casas. Eso dura unas horas. Cuando eso haya terminado puede uno ir. Allí debe estar en eso Lázaro Agotángel. Perdone, creo que es su amigo.

—No es precisamente —replicó Álvaro.

—Menos mal, entonces. ¿Qué le parecen estas cosas del amigo Lamas?

Contra la pared estaban varias telas grandes en las que asomaban en agresivos planos figuras y rostros construidos con manchas de colores puros muy intensos, con cierta tendencia a la simplicidad esquemática.

—Son sus mendigos, ¿verdad? —preguntó Álvaro al pintor.

—¿No los había visto?

—Todavía no.

Eran caras apicaradas, contrahechas y siniestras de vagabundos. Rostros verdosos o amarillos, tiznados de barbas. Ojos asustados de mirada sesgada. Y muchas manos abiertas y volátiles en actitud imploratoria, o con una moneda fría y quemante como un hueco de luz. Eran bandadas de manos que volaban como espantadas. Algo tenían de figuras de naipes o de vitrales. Puestas juntas sobre la pared constituían un extraño coro. Algunas figuras eran de mancos, de tuertos. Se apoyaban en sinuosas muletas y en bastones que parecían árboles secos o serpientes muertas.

—¿Verdad que es estupendo? —preguntaba Isotta Gavio extasiada.

Álvaro observaba con curiosidad aquellas poderosas imágenes. Era como una obsesión plástica de la miseria y de la invalidez.

—Yo nunca había visto tanto pordiosero junto, a pesar de que en Caracas abundan —dijo Olifán.

El pintor se sintió obligado a dar una explicación:

—Yo no sé. Hace tiempo que me siento como un pedigüeño, como un hombre que tiene que implorar, que tiene que recibir todo de un don ajeno. De una limosna. Y veo que todos los demás que me rodean también son limosneros. Todos tenemos manos de pedir. Todos necesitamos que nos den. Todos somos mendigos. Usted, Olifán, y yo, y Collado y hasta Isotta. Sin embargo, no he pintado mujeres. Las mendigas no tienen grandeza ni hermosura. Los mendigos sí.

Algunas caras recordaban caricaturalmente las facciones de gentes conocidas. O le parecía así a Álvaro.

—Tal vez tiene razón Lamas. Todos somos mendigos sin saberlo. Estamos continuamente pidiendo o esperando algo —dijo Álvaro.

Mientras hablaban habían llamado por teléfono a Olifán. En su ausencia, la señora Gavio dijo:

—Tan pronto den el golpe, Pancho va a tener una gran posición.

Álvaro observó desdeñosamente.

—Son muchos los que aspiran a lo mismo.

Intervino Isotta:

—Pero Pancho es distinto. Ese no quiere puestos, ni ministerios; le basta con el poder efectivo para otras cosas. El Comandante le tiene una especie de veneración.

Isotta Gavio se movía como un gracioso fantasma oscuro por entre el friso abigarrado de los mendigos de Lamas. Le dijo a Álvaro, con cierta insinuante reticencia:

—Usted y Pancho no dejan de parecerse.

—¿No le gusta eso?

—No —dijo, haciendo un mohín.

Había vuelto Olifán.

—La misma cosa. Para decirme que ya empezaron las medidas militares. Están ocupando con tropas todos los puntos importantes. Hay patrullas en las calles. Y están haciendo muchos presos. Por cierto, me dijeron que entre los presos está un tal Luis Hernández, un comunista que es hermano de Agotángel.

—¿Hermano de Lázaro y está preso? —preguntó Isotta.

—¿Y eso qué tiene que ver? Si ni siquiera se llama como él. También parece —continuó Olifán— que de un momento a otro van a encadenar las radios para dar un comunicado.

—Vamos a oírlo. ¿No tienes una radio, Isotta? —preguntó una de las jóvenes.

El pintor Lamas había palidecido:

—¡Yo no sé ahora cómo vamos a hacer con la exposición!

—No se preocupe, pintor —le dijo Olifán—. Dentro de dos días todo estará tranquilo. Aquí no pasa nada. Usted verá que ahora sí va a vender cuadros en cantidades.

Había encendido la radio en otra habitación y casi todos corrieron hacia allá. Se oía una voz chillona y nasal que anunciaba con voz rápida y entrecortada.

—Se ruega a las estaciones que todavía no lo han hecho, entrar a formar cadena con la Radiodifusora Nacional para la transmisión de un importante mensaje. Dentro de breves momentos transmitiremos un importante mensaje desde el Palacio de Gobierno. Se ruega a la ciudadanía estar pendiente.

Después se oyeron las notas de una sinfonía de Tchaikovsky.

—Cada vez que uno oye música buena en cadena, algo serio está pasando —dijo el pintor Lamas.

En el lugar invisible se habían dado las órdenes, había comenzado a actuar la máquina de cambiar los sucesos. Los teléfonos, los transmisores de radio, estaban abarrotados de mensajes. Camiones de tropa salían por las puertas de los cuarteles. Verrón y sus amigos y centenares de otros semejantes habían comenzado a salir de prisa para el Palacio de Gobierno.

—¡Vengan, vengan, ya empezó la transmisión! —llamaban desde el cuarto de la radio.

Se oía otra voz chillona y teatral. Leía un mensaje.

«Las fuerzas… sensibles al clamor nacional». Allá estaría Verrón oyendo golosamente sus propias palabras. Álvaro contemplaba las caras de los mendigos de Lamas. Si aquellas figuras hablaran hablarían con una voz chillona y teatral como la que salía de la radio.

24

—El Comandante ha debido tener un puesto más importante —insistía Oromundo Pérez—. Yo no, estoy contento.

Hablaba con una voz pastosa que empezaba a ser torpe por el alcohol.

—Espérate, él sabe lo que hace. Ahí donde está, está mejor —le replicaba Lázaro Agotángel.

Pero Oromundo no se daba por vencido. Con la cabeza doblada sobre el pecho, como un toro que va a embestir, repetía:

—El Comandante es el que debe mandar. Yo no acepto otra cosa.

—No te preocupes, él es el que manda. Los demás tienen los títulos, pero él es el que controla la situación. Ya verás —decía Lázaro.

—No estoy de acuerdo.

Se habían reunido en casa de Oromundo, inesperadamente. Desde que había ocurrido el cambio de gobierno habían tenido muchas celebraciones en grupos pequeños para festejar y complacerse con las nuevas posibilidades.

Todo parecía cambiado, nuevo y favorable para ellos. Hablaban de altos cargos públicos, de negocios, de enemigos presos. En un estado de contento y ahitez.

Saúl Verrón parecía el menos alegre.

—Yo te lo digo, Lázaro —decía Oromundo—, a Saúl han debido meterlo en el gabinete. ¡Es una injusticia! ¡Ninguno ha hecho más que Saúl por esta situación! Y ahora, cuando nombran el gabinete, ponen una pila de pendejos y se olvidan de él.

Verrón sonrió con una mueca amarga:

—La política es así, Oromundo.

—No. Yo no estoy conforme. El Comandante debía ser el jefe y Saúl debía estar en el gabinete. Así es como debió ser.

Estaban también José Antonio Alsina, Roberto Albúrez y el doctor Juan Milvo. Milvo era el que parecía más ajeno a la dulzarrona euforia de la reunión.

—En el camino se emparejan las cargas, Saúl —dijo Alsina—. Tú estás mejor que si tuvieras un puesto de ministro, porque tienes toda la influencia sin ninguno de los inconvenientes. ¿Qué te puede negar a ti este gobierno? No tienes sino que abrir la boca.

La alagartijada palidez de Verrón no parecía conmoverse.

—Mira, Totón, yo no estaba buscando, ni esperando nada. Lo que hice lo hice porque era mi deber.

Alsina desbordaba contento y no quería disgustar a nadie.

—Yo lo sé mejor que nada, Saúl. Lo que tú hubieras querido lo hubieras tenido. Pero, así como estás es mejor y nos conviene más a todos. ¡Tú vas a ver todas las cosas que vamos a hacer!

—¡Esperen, esperen para que vean! —repetía Lázaro. Parecía dominar todo el pequeño grupo. Era al que más rodeaban. Iba de Alsina a Milvo, Eladio Flores lo seguía silencioso, con un vaso de *whisky*.

—Usted y yo tenemos que ser buenos amigos, doctor Milvo. Lo tengo que felicitar por su muchacha, usted sabe que yo la conozco.

Milvo sabía que Lázaro frecuentaba la casa de Zulka.

—¡Qué gran muchacha es esa Sibila! Seria, inteligente, bonita. El que se case con ella se pone las botas. Se parece bastante a la madre.

Milvo hizo una mueca. No le agradaba hablar de su ex mujer y mucho menos con gentes extrañas, pero Lázaro insistía:

—Zulka también es una gran mujer. Es una lástima que se hayan divorciado ustedes. A mí me gustaría mucho si pudiera contentarlos, eso sería una gran cosa.

Milvo se sintió incómodo ante la torpeza de Lázaro. Tropezaba y hería, tal vez sin darse cuenta. Con aquella robustez física, con aquella inocente seguridad.

—Esas son cosas muy personales, amigo Agotángel.

—Sí, yo lo sé, pero por eso mismo.

Era posesivo y tenaz como un animal simple. Cuando se metía las manos en los bolsillos sonaba un ruido metálico de monedas. Le brillaba la sonrisa, el pelo vaselinado, el diamante de la corbata, las uñas esmaltadas.

—Otro día hablamos de eso, Lázaro, ¿no le parece?

Lázaro arrugó la cara con disgusto:

—¡Qué gente tan difícil!

Roberto Albúrez se había acercado con Rubén Collado.

—Usted tiene que estar muy contento, amigo Agotángel. Esto significa mucho para usted y para sus amigos. Es un gran triunfo.

Eladio Flores, detrás de Lázaro, sonrió.

—Habla poco su amigo —le dijo Milvo.

—Él es así, un poco montuno, ¿verdad, Eladio?

Eladio volvió a sonreír.

—¿No ve?

—Su posición ahora es absolutamente privilegiada —volvió a decir Albúrez.

—Lo que Lázaro quiera lo consigue —dijo Rubén.

Lázaro parecía ponerse a la defensiva. Parecía olfatear con extrañeza aquellas voces y actitudes.

—Yo lo que soy es amigo del Comandante. Eso sí. De lo demás no sé. Son muchos años los que llevamos juntos y él me tiene confianza, ¿verdad, Eladio?

Eladio respondió:

—Esa es la pura verdad, compa.

Albúrez añadió:

—Bueno, eso es lo mismo que nosotros decíamos.

Se acercó Oromundo repartiendo vasos de *whisky*. Echó el brazo sobre el hombro a Lázaro y pegó su cara con la suya.

—Este es como hermano mío, para que lo sepan. ¿Verdad, hermano?

Lázaro sonreía:

—Sí, señor.

—Y es mucha la vaina que tenemos que echar juntos.

Lázaro movió la cabeza afirmativamente.

—¿Cuáles son esas? —preguntó Milvo con impertinencia que los otros no advirtieron.

—Lázaro y yo sabemos, ¿verdad, hermano? —dijo Oromundo estrechándolo.

Habían quedado abrazados en el medio del grupo.

—Para eso es la amistad —dijo Alsina.

—Dígame, usted y yo juntos, ¿quién nos aguanta? —decía Oromundo. Pasaba del *tú* al *usted* para dar más énfasis y solemnidad a sus palabras.

—Usted sabe que puede contar conmigo.

—Yo lo sé —dijo Lázaro con gravedad.

—Para todo y todo.

—Así es.

—Mire, hermano —decía Oromundo—, cuando usted necesite que yo le pare un millón de bolívares, usted me lo dice y yo se lo paro. Usted lo sabe. Yo no hablo pendejadas.

—Eso es verdad.

—Y cuando yo necesite que me den un contrato, usted se lo arranca al pendejo de ministro que sea. Y vamos pegados.

Rio con una risa entrecortada que los demás corearon débilmente.

—Y cuando tenga que meter en la cárcel a algún vagabundo, usted me lo mete.

—Lo metemos —afirmó Lázaro.

Oromundo guardó silencio un rato. Sonreía por los ojos aguados, por la boca entreabierta y babosa, por la piel lustrosa de sebo. Era una imagen primitiva de la felicidad. Sin gestos, sin palabras, sin deseos. Todo le había sido dado. Le había sido dado en aquella especie de pacto mágico.

—No se le podría pedir más a Mefistófeles —dijo Milvo.

—¿A quién? —preguntó Lázaro.

—Ese es el nombre de un diablo alemán —dijo Milvo.

Alsina creyó que podía decir algo para romper aquella escena cristalizada que pesaba sobre todos.

—Cómo no, yo lo he visto en la ópera. Por cierto, con un tenor muy bueno.

—¿Y de verdad a ti te gusta la ópera? —preguntó Verrón.

—Bueno, a veces.

—¡Yo no las aguanto! —exclamó Rubén.

Todos rieron. Albúrez, que parecía ser el que menos había tomado y guardaba más compostura, alzó su copa y dijo:

—Señores, quiero proponer un brindis.

Prestaron atención con curiosidad.

—Ajá, vamos a ver.

—Brindo por el hombre que ha hecho posible este gran cambio en la vida nacional, por el héroe modesto y discreto a quien se le debe, en primer lugar, esta nueva era de prosperidad que se abre para el país, brindo por el comandante Abel Maldonado.

Estallaron los aplausos y los vivas. Se alzaron los vasos y se vaciaron. Oromundo lloraba.

—Qué emoción tan grande.

Lázaro parecía conmovido:

—Don Roberto, yo tengo que contarle esto al Comandante. Él tiene que saber lo que usted ha dicho.

—Es una simple expresión de justicia y sinceridad —decía Albúrez.

—Este Roberto no tiene un pelo de pendejo —le dijo Verrón al oído a su cuñado Rubén Collado.

—Este es un gran día de la amistad —decía José Antonio Alsina.

—Un gran día de las esperanzas —añadió Milvo—. Es como si se hubieran destruido todas las barreras y todos los obstáculos. Yo no sé cuánto va a durar esto, pero es una clase de felicidad tangible que pocas veces se alcanza y se siente. El sueño de los patriarcas hecho realidad, aunque solo sea por un momento y dentro de este recinto. La prosperidad de nuestros rebaños y nuestras casas, y la destrucción de nuestros enemigos. Eso se lo pedían los hebreos a Yahveh hace tres mil años sin poderlo lograr y ahora, aquí, ustedes lo tienen.

No entendían aquellas palabras y lo que de sarcástico pudiera haber en ellas, pero todos estaban como transfigurados, abiertos los ojos en visiones interiores de abundancia y riqueza, entreabiertas las bocas para todos los apetitos. El mundo era como un inmenso racimo de uvas maduras que se

podía morder y exprimir con fauces y manos hasta la saciedad, hasta más allá de la saciedad.

—Para mí y para la familia Collado, ¿verdad, Rubén? —dijo Verrón—, el triunfo de Lázaro es algo muy nuestro. A Lázaro siempre lo hemos visto como de la familia.

Lázaro estaba irremisiblemente contento. Nada desagradable podía entrar en su mente.

—Al que no he visto es a Álvaro, su cuñado.

Rubén y Verrón no hallaron qué responder.

Lázaro prosiguió en un tono altivo que quería ser generoso:

—Yo sé que él se ha puesto a hablar algunas zoquetadas. Él no conoce mucho el medio. Se ha hecho muy amigo del fantoche ese de Pancho Olifán y se ha metido en muchas cosas en que no debe meterse, pero eso no importa.

Hizo un gesto de desdén con la mano.

—No importa. Yo no le voy a cobrar eso. Díganselo a él.

Guardó silencio un rato, como luchando dificultosamente con los recuerdos, y añadió pausadamente:

—¡Si yo le hubiera ido a cobrar cosas…! ¡Imagínense!

Detrás, Eladio Flores sonreía como hipnotizado.

Oromundo intervino:

—¿Qué es lo que pasa? Álvaro, ¡ah! El hermano de Rubén. El cuñadito de Verrón. ¿Me perdonan…?, pero no me gusta la pluma. Tiene cara de vainosito[42]. ¿Me perdonas, Rubén?

Rubén trató de explicar:

—Es que ha estado mucho tiempo afuera. Le cuesta trabajo comprender nuestras cosas.

Oromundo continuaba:

—Yo lo he visto mucho con Olifán y la mujer esa toda pintada que es amiga de él.

Verrón rompió a reír:

—¡Este Oromundo sí tiene cosas!

—A mí no me preocupa Pancho Olifán —dijo Lázaro—. Yo sé que no es amigo mío y que trata de ganarse la confianza del Comandante,

haciéndole ver que está muy bien relacionado y que sabe mucho de negocios. El Comandante lo conoce y no se va a dejar engañar.

—Ese Olifán es capaz de todo —dijo Alsina.

—A mí no me preocupa —repetía Lázaro.

—A mí lo que me preocupa —dijo Verrón— es que Álvaro se vaya a dejar influenciar por él.

—No crean eso —terció Rubén—. Álvaro es amigo de Lázaro.

Lázaro permanecía serio, quieto, como absorto.

—Yo los voy a contentar —exclamó Oromundo.

—¡Mira que a ti te gusta meterte en vainas, Oromundo! —dijo secamente Lázaro.

—Lo voy a llamar para que venga —insistió Oromundo.

Una mala sonrisa torcía la boca de Lázaro.

—Deja eso así. Deja eso así.

Verrón tomó por un brazo a Rubén Collado, y le dijo aparte:

—Este pendejo de Álvaro, se ha propuesto echarnos lavativas. Ahora la ha cogido por disgustar a Lázaro. ¡Tenemos que acabar con eso y ya! Entre tú y yo.

Rubén asentía con movimientos de cabeza.

Se alzaba la voz de Oromundo, bronca y poderosa:

—Estamos hablando mucha pendejada. Vamos a brindar. Vamos a brindar por el diablo alemán ese que nombró el doctor Milvo.

—¡Que hable Milvo! —coreó Alsina.

Todos se congregaron en torno a Milvo. Trajeron copas. Milvo sonreía, mirando hacia el suelo.

Empezó a hablar como si lo hiciera para sí mismo. En un soliloquio. Casi sin hacer caso de los otros. Ni de sus toses, ni de sus exclamaciones, ni de sus gestos.

—Los ciegos miran, los paralíticos caminan, los muertos resucitan. Estamos en la hora de los portentos. La breve hora maravillosa por la que se consumen en tensión inagotable y en espera desesperada las almas venezolanas. Va a haber oro para el que quería oro, va a haber venganza para el que quería venganza, va haber poder para el que soñaba con poder. No hay contrato que no pueda conseguir Oromundo, no hay mujer que no

pueda poseer Lázaro, y al Comandante le basta abrir la boca o apenas hacer un gesto para que todo lo que ayer parecía imposible se haga en un instante. ¡Solamente en este país puede ocurrir esto! Tal vez esto haya que pagarlo con cárcel, con la vida, con el destierro, con la pobreza. Cuando para otros, que ahora están ocultos y agazapados, llegue también la hora del milagro. Pero nadie se resigna a otra cosa, ni desea otra cosa. Vamos a brindar por nuestros patronos y arquetipos.

—Ajá, ajá, ¿por quién? —mugía Oromundo, con los ojos extraviados.

Milvo parecía no oír:

—Brindo por Aladino y su lámpara; por Fortunato y su bolsa; por Fausto y su socio; por Cipriano el mágico; por la Cenicienta y su zapato de cristal; por nuestra dríada María la Onza; por el ánima de la Yaguara, por todos los maravillosos intercesores que nos pueden dar lo que nadie se atreve a pedir. Por Oromundo, por Lázaro, por el Comandante, por Saúl Verrón, por Álvaro Collado, por Pancho Olifán.

Oromundo se impacientaba. Al fin gritó:

—¡Por todas las vainas que tenemos que echar!

25

Era como si la ciudad se le hubiera ido cerrando paulatinamente. Puerta por puerta, ventana por ventana, conversación por conversación. Hasta en su propia casa lo que encontraba era el eco de los comentarios de Verrón, de las esperanzas de Rubén, de los entusiasmos de los visitantes por la nueva situación. No había manera de oír otra cosa. Las palabras parecían humedad de salivas de apetito voraz…

Todo diálogo se le convertía en desagradable discusión.

—¡Estás equivocado, Álvaro! ¡No quieres comprender!

Se encerraba a leer o, se iba solo de paseo por largas horas. Se alejaba de las tertulias. Pasaba por los lugares de los conocidos sin detenerse.

Pasó por la casa de Zulka. Iba solo en el automóvil. Era hacia el final de la tarde. Podía estar ella. Sintió el deseo de entrar y afrontarla. Como un peligro o como una clave. Se detuvo y entró. Zulka Reyes lo había recibido con una cordialidad fría y victoriosa en la que había cierto sabor de molesta magnanimidad:

—Álvaro Collado en casa. Magnífico.

En el porche vecino Sibila hablaba con Igor, el hijo de Oromundo Pérez. Se les oían exclamaciones y risas.

Zulka los llamó para que vinieran a saludar a Álvaro. Entró con Sibila un hálito de salvaje pureza. Al mirar parecía iluminar con los ojos. Igor con su cara de gato, con sus orejas puntiagudas y separadas, sonreía sin hablar. La ancha quijada era la misma de su padre.

Se volvieron a marchar y se les volvió a oír las altas voces. Parecían discutir.

—Debes estar contenta, Zulka.

La vio armarse de nuevo como para la defensiva. Se había sentado junto a ella en el amplio sofá y la luz rasante que venía del jardín le marcaba las finas estrías de la piel en la frente y en el ángulo de los ojos. Se le había hecho como más mansa y suave la piel. Pero la voz seguía siendo campaneante y golosa. Ahora tenía un gesto de agarrarse las manos como para contenerse y concentrarse. Había perdido bastante de la soltura y del impulso de antes.

Ahora con los años pasados sus edades se habían acercado, pensaba Álvaro. La desproporción y la distancia en que había estado con ella, cuando era estudiante, había cambiado de signo y de dirección. Ahora la veía de otra manera.

—Contenta de haber salido de aquello, ¡sí!

Aquello, obviamente, era todo lo que no le gustaba. Lo que instintivamente o caprichosamente no le gustaba en la situación que había terminado.

—Esto sí te gusta.

—Más que lo otro, sí.

Era cuestión de gustar. Cuestión papilar, táctil y olfativa. Zulka se sentía más a gusto con los hombres de la nueva situación.

—Tú sabes que yo no soy política, y que siempre he detestado hablar de política.

Álvaro observó con sorna:

—Antes, ciertamente, era así.

—Y ahora también.

—Sin embargo, te vi muy entusiasta con el golpe y muy activa.

Zulka sonrió con cierta apicarada expresión. Las voces de Sibila e Igor se oían de nuevo. Estaban discutiendo.

Zulka observó con aire aburrido:

—Se la pasan discutiendo. Yo no entiendo para qué se reúnen.

—Esta es una generación más agresiva e independiente, tal vez.

—No lo creo —dijo Zulka—. Tal vez es más indiferente. Pone menos convicción en las cosas.

Álvaro se aventuró a decir:

—Yo creo que Sibila es superior a ese muchacho y no me parece que le pueda gustar mucho.

—No es exactamente que le guste. En eso las mujeres somos distintas a los hombres. Hay unos grados de amistad o de acompañamiento que nosotras sentimos y distinguimos.

—Ocúpate de que Sibila sea feliz, Zulka.

—No es aconsejable que la madre se ocupe mucho de eso.

—Tampoco conviene que la vayas a dejar en manos del azar, de los encuentros o de eso que tú llamas los acompañamientos. ¿Te parecería bueno que se casara con ese muchacho?

—¡Qué sabe una!

Había como cierto inesperado fatalismo en las palabras de Zulka.

—¿Tú ves? Yo hice el matrimonio más aconsejable cuando me casé con Juan. Y, sin embargo, fue un fracaso. Un completo fracaso.

Le había entregado aquella confidencia inesperadamente. Hubiera podido preguntarle si pensaba que hubiera podido ser más feliz con otro. Con el azucarado Tocorón. O tal vez, ¿por qué no?, con un hombre tan diferente a ella como podía ser Lázaro Agotángel.

Zulka pareció adivinar la pregunta y cambió la conversación.

—Hablemos de cosas menos personales. ¿Quieres?

Asintió con un gesto de la cabeza.

—¿Qué es lo que no te gusta de esta situación? —preguntó ella.

Con un posesivo impulso de sinceridad Álvaro le confesó:

—No me gustan cosas fundamentales. No es cuestión de ideas o de doctrinas, que esta gente no tiene. Es cuestión de modos, de actitudes, de ambiente. No me gusta el cinismo. Prefiero los fariseos a los cínicos. Han desaparecido hasta los vestigios de las formas y no han quedado sino los apetitos y las posesiones. Toda esta gente descarada, posesiva, sedienta, mandona, gozona, ostentosa, vulgar y pueril me repugna.

Poco a poco, sin proponérselo, se iba materializando aquella descripción en la imagen de Lázaro.

—Pero siquiera hay vitalidad —objetó Zulka.

—Ese es el nombre del pellejo y de las glándulas. Para eso nos hubiéramos quedado en la tribu y en el cacique y nos hubiéramos ahorrado

muchos siglos de trágica historia humana.

Hablaba con ira. Zulka la sentía y adivinaba contra quién iba dirigido al ataque.

—Tú detestas a Lázaro.

Volvía a confrontársele con la idea mezquina y torpe de que todo lo que había hecho y dicho obedecía a la repugnancia que podía experimentar por aquel hombre surgido y atravesado.

—Eso no tiene nada que ver. Aun cuando fuera verdad que lo detesto. Lo que detesto, Zulka, es todo lo que de primario y soez ha caído sobre nosotros.

—Tú no quieres ver sus méritos.

—Puede tener todos los méritos que tú quieras y no los niego, pero no puedo resignarme a que él sea el país. Yo lo admitiría y lo aceptaría si él ocupara su sitio. Pero es que lo ha invadido y lo ha desnaturalizado todo.

—Si te importa tanto haz tú para que esto no se parezca a él, o no sea de él y de sus semejantes.

—Es lo que hay que hacer.

—Sin embargo, hay en él y en los que se le parecen, por lo menos, autenticidad —añadió Zulka.

—Todo lo primitivo es auténtico. Nada es más auténtico que el instinto. Y además es terriblemente eficaz en las cosas elementales.

Zulka parecía divagar:

—Tal vez sea eso. Tal vez sea otra cosa. Pero si es eso sería una justificación. Cuando se ha vivido mucho en la mentira convencional hace bien un brusco regreso a las verdades elementales. Cuando uno ha pasado mucho tiempo, Álvaro, comiendo platos de gran cocina: pato en su sangre, o langosta *Newburg*, siente la necesidad de regresar a la carne asada y al arroz blanco. En Lázaro hay esa condición de sana simplicidad. Es como un gran niño. Todo lo que ve lo desea y tiende las manos ávidas para tomarlo. Sin excusarse, sin ruborizarse. Sin la más remota sospecha de que eso pueda no ser correcto.

Álvaro siguió con ironía aquella línea de desarrollo:

—El gran niño peludo que bajó del cerro y se apoderó del primer automóvil que pasaba, y del dinero que estaba en manos de otros, y del

poder. Tropezando, derribando, volcando, rompiendo, destrozando. Como muñecos decapitados, como caballitos despanzurrados, como pelotas aplastadas va dejando todo lo que toca. Los negocios, la política, la sociedad, las mujeres. Hasta esta complicada y contradictoria Zulka.

Zulka hacía una mueca de duda y de desdén.

—Yo no pierdo nada con conocerlo. Lo seguro, más bien, es que gane. Él representa una parte muy grande de nuestro mundo y es estúpido ignorarlo. Tú mismo dices que está en todo, que ha llegado a ser todo. ¿Cómo podría serlo si no representara de una manera natural y espontánea a los que son más?

—¿Te propones cambiarle la manera de ser?

—Yo no. Sería casi un crimen.

Era obvio que Zulka lo veía como un hermoso animal salvaje. Como una guacamaya multicolor puesta en su aro, entre los árboles del jardín, erizada de alaridos ensordecedores. No iba a querer cambiar la guacamaya por un ganso de corral. Lázaro excitaba su imaginación y su curiosidad.

—Tú siempre has tenido la peligrosa tendencia, Zulka, a colocarte frente a la vida y frente a los seres como una espectadora de teatro. Con viva curiosidad y hasta a veces con simpatía, pero desde un asiento cómodo, lejano y seguro. El actor se mueve del otro lado de las candilejas. A veces es un actor cómico como Pedro Tocorón. A veces es dramático, como Juan Milvo, a veces es risible y torpe, como cierto joven estudiante que llegó a seguirte hasta un desván en Los dos caminos.

Zulka señaló, con indiferencia:

—¿Sabes que esa casa desapareció? La demolieron para construir una avenida. Ahora todo eso se ha llenado de edificios de varios pisos. Colmados de italianos. Uno anda por allí y le parece que no está en Caracas, sino en algún barrio de Turín.

Se oyeron las voces alzadas de Sibila e Igor discutiendo.

—¿De qué discuten tanto? —preguntó Álvaro.

—Vamos a callarnos un momento para oírlos.

Guardaron silencio. Sibila hablaba con firmeza. Se extendía en razonamientos. Mientras que Igor se limitaba, las más de las veces, a interrumpirla diciendo: «¡No, qué va! ¡Eso no es así! ¡Estás loca!».

—¿Oyes? —dijo Zulka—. Sibila sostiene que las mujeres no son inferiores a los hombres.

—Con el interlocutor que tiene no hay duda de que toda la razón está de su parte.

Se oían las voces. Igor decía:

—¡Contigo no se puede discutir!

Discutían, pensaba Álvaro. Podían amarse, pero discutían. La juventud está enredada en ideas y abstracciones. Era como si no sintieran sus mutuas presencias, como si se volvieran de espaldas para entregarse a un juego abstracto e inmemorial. A un ajedrez de doctrinas y de generalizaciones sin observar que la mano que está puesta sobre la torre o el caballo está vestida de una piel lujuriante que huele a cogollo de vida.

—¿Tú ves lo difícil que es para dos seres acercarse?

Zulka sonrió:

—Para dos seres complicados.

—Más complicada es ella que él.

—Así lo espero —añadió Zulka.

Con la brusquedad de una aparición, sin que lo sintieran llegar, se presentó Lázaro Agotángel. Con el más seguro aplomo saludó y se sentó con ellos:

—¿Qué hubo, Zulka, Álvaro? Pasé por aquí y dije: «Voy a entrar a descansar un rato».

—Muy bien hecho —corroboró Zulka—. Debes estar hasta la coronilla con tantas cosas.

Los miró a los dos con un aire abotagado.

—Tú lo dirás jugando, pero es verdad. No tengo un minuto de tranquilidad. Ni en mi casa, ni en la oficina, ni en la calle. Todo el día anda gente detrás de mí, buscándome para proponerme negocios, para ofrecerme oportunidades, para pedirme que hable con el Comandante. En todas partes, en todos los lugares.

Observó que Álvaro parecía sonreír irónicamente:

—Se necesita estar en lo que yo estoy para darse cuenta. Se ha despertado un afán de hacer negocios increíble. Todo el mundo quiere fundar compañías, contratar construcciones, urbanizar terrenos. Lo que

sobra es dinero. Todo se vende. Todos los negocios son buenos. En todas las calles hay construcciones nuevas. Y no casuchas sino edificios de diez y de quince pisos. Esto es increíble.

Lázaro abría las manos velludas como si sostuviera una gran bola de oro. Zulka lo oía casi arrobada.

—Yo me temo que no sea sana esa furia de especulación —dijo Álvaro.

—Eso no puede ser malo —dijo Lázaro—. Se está invirtiendo mucho dinero. Dentro de pocos años Caracas será la ciudad más moderna de toda la América del Sur. Ninguno de nosotros la podrá reconocer. Hasta los nombres de las viejas calles se van a olvidar. A este país ya no lo para nadie.

—Se están vendiendo haciendas a precio de urbanizaciones.

—Es que ya no son haciendas. La ciudad se extiende a todo el valle. Y se extenderá a más. Esto tendrá dos millones de habitantes. Esto ya no tiene nada que ver con la ciudad en la que tú fuiste estudiante, Álvaro.

—Me doy cuenta —replicó con reticencia.

—¡Qué maravilla! —decía Zulka—. Es verdad que se siente como una fiebre de hacer. Todo el mundo ha tomado otra velocidad y otro rumbo.

Lázaro insistía:

—Todo el mundo ha descubierto, Zulka, que puede hacer plata. Esa es la gran cosa. Ahora nadie se ocupa de política ni de discusiones sino de hacer plata. Plata bastante. Tú no te imaginas la cantidad de gentes que tú no sospechas que se han dedicado a la construcción y que están buscando contratos en los ministerios. El que tiene un proyecto de película es Oromundo.

Zulka le hizo una señal:

—Mira que allí mismo está el hijo.

—No importa. Lo que voy a decir se puede decir. Oromundo tiene un plan fantástico para poner un gran casino en Caracas o en la playa. Un casino de verdad, mejor que los de La Habana, con toda clase de juegos, atracciones, hotel de gran lujo, deportes, excursiones, espectáculos. El Comandante está interesado. Eso traería una gran cantidad de turistas ricos. Ese Oromundo no se duerme.

Se le veía el desagrado a Álvaro.

—¿No te gusta? —preguntó Lázaro.

Le respondió con sequedad:

—No me gusta. Este país tiene otro destino distinto que el de convertirse en un casino.

—¿Y qué tiene de malo que vengan aquí los millonarios americanos para que los desplumemos?

Reía con estruendo.

—Tienes que ponerte a hacer negocios, Álvaro, si no, pierdes tu tiempo. Es lo que está haciendo todo el mundo. Imagínate que hasta un amigo tuyo. Por lo menos él dice que fue muy amigo tuyo, un tipo medio vagabundón y parrandero que se llama Carlos Armenta, Carlitos, anda proponiéndome un negocio.

Volvió a reírse.

—Imagínate, Zulka, que su madre y sus hermanas, tú las conoces, Álvaro, tienen un viejo terreno que no valía nada, por los lados del Tiro al Blanco. Imagínate. Y este hijo de puya ha descubierto que se va a hacer una avenida y le arrancó a su familia una opción de venta por un precio muy bajo y me fue a ver a mí para proponerme que se lo vendamos al gobierno como por diez veces más y nos partamos la cochina.

Álvaro recordaba. Era el viejo terreno de las Armenta, perdido entre las remotas quebradas de las afueras de Caracas, del que misiá María, la madre, hablaba cuando las hijas se quejaban de que eran pobres y por ese motivo las despreciaban. Una corta meseta cubierta de yerbazales y limitada por barrancos de tierra rojiza.

Lázaro se ahogaba de risa:

—¡Qué hijo de puya! Y no es malo el negocio. La avenida se va a hacer, eso lo sé yo, y los terrenos van a valer mucho. Tu amigo Carlitos va a tener plata.

Álvaro observaba a Zulka. No reía, pero hacía unos leves gestos de risueño asombro, como ante un gracioso e inesperado espectáculo.

Se oyó la voz de Igor, muy alta, que decía en el porche:

—¿Tú crees en el diablo? Adiós corotos, ¡eso es lo que faltaba!

—Aquellos siguen discutiendo —dijo Álvaro. Lázaro continuaba riendo. La risa ya iba a contagiarse a Zulka.

Se levantó y se dirigió al porche. Sibila miraba a Igor con cara de disgusto, mientras se mecía desdeñosamente en una mecedora. Le parecía ahora mucho más joven que la primera vez que la había visto. Su mismo aire de enfado era de niña. Tan solo la voz metálica y cortante era de mujer. Pero los ojos, la boca, el cuello, guardaban el mismo resplandor de frescura tibia y el mismo misterioso poder. Era como un ser mágico, como un venado, o una ardilla o un pájaro.

Igor vio entrar a Álvaro y le dijo:

—¿Qué le parece? Esta me sale ahora con que cree en el diablo.

Despectivamente dijo ella:

—No es verdad, Álvaro. Es que él no entiende nada. Le dije que el orgullo es la más barata de las tentaciones del diablo. Sobre todo, el orgullo infundado.

Igor se sentía triunfador:

—¡Eso es, eso! ¡Eso es creer en el diablo!

Hubo una mirada de entendimiento entre la muchacha y Álvaro. Álvaro dijo asumiendo un tono magistral:

—No es un error creer en el diablo. Es indudable que uno de los grandes agentes de la historia ha sido el diablo. La cosa está en saber cuál es el diablo en que uno cree, si en el de pezuñas y cuernos o en el de las fuerzas irracionales que nos rodean y nos confunden. En ese diablo creo yo.

Igor parecía indignado. Se levantó.

—Esto era lo que faltaba, que usted también creyera en el diablo.

Salió al jardín sin despedirse y después se oyó el ruido de su automóvil al arrancar con violencia.

Había una luz de contento en los ojos de Sibila.

—Tengo ahora un nuevo motivo para creer en el diablo —dijo Álvaro jocosamente.

Sibila lo invitó a sentarse.

—Tú y tu amigo discuten mucho —le dijo.

—Es muy porfiado y muy ignorante.

—¿Entonces por qué te la pasas con él?

Ella pareció recibir la pregunta con naturalidad.

—Porque a veces me divierte. Pero la mayoría de las veces me fastidia, como hoy.

La sentía extraordinariamente cercana.

—Tal vez haya un error en eso —dijo Álvaro—. Dejar llegar hasta nuestro secreto interior a una persona que no es como nosotros. Hay una intimidad, tan delicada e indefensa, que debe ser guardada y protegida como lo está la reina de las abejas en el fondo del panal…

Sibila lo oía con una curiosidad absorta:

—Eso que dices es verdad.

—¡Claro que es verdad! A ese secreto *yo* no se deja entrar sino a muy pocos. Tal vez a uno solo.

—Tendría que ser uno solo.

Parecía una niña que oyera contar el más maravilloso cuento de hadas.

—Debería ser uno solo. Y entonces podrías preguntarte si te parece que Igor es digno de penetrar en esa secreta y pura intimidad de tu ser profundo.

Era como si quisiera destruir a Igor en la raíz de su existencia.

—¡Claro que no!

—¿Y por qué no? —respondió con ímpetu.

Pareció asombrarse de la pregunta:

—Porque no. Porque no me gusta.

Álvaro sonrió aliviado, y no sin temor añadió:

—Tú ves, esa es la más grande y poderosa de las razones. Nada ni nadie puede contra ella. No te gusta. Por lo demás, en eso coincidimos. A lo mejor coincidimos también en otros disgustos. ¿Te gusta Lázaro?

—Lázaro Agotángel, ¿el que viene a ver a mamá?

Asintió con la mirada.

—Ni una ñinguita[43], nada.

No hubiera habido que preguntar aquello. Era obvio.

—Yo te diré que a mí tampoco.

Sonrieron con un sentimiento de gozosa complicidad. Le vino a la mente otra pregunta, pero vaciló antes de formularla. Sabía que entraba con ella en una especie de terreno vedado, pero al mismo tiempo sentía la necesidad irracional de acercársele.

—Ahora me pica la curiosidad de saber algo. ¿Y yo? ¿Me pones en la misma categoría de Lázaro y de Igor?

Sibila hizo un gesto de sincero asombro. Iba a protestar con vehemencia, pero algo pareció detenerla. Se serenó, bajó el tono de voz y le dijo como si le revelara un secreto:

—No. Tú eres distinto. Tú crees en el diablo.

26

El apartamento de Isotta Gavio estaba como fuera del ambiente y del tiempo de la ciudad. Eran otras caras, otras voces, otros temas. La misma gente parecía cambiar como si se fuera de viaje. Era lo que pensaba Álvaro Collado mientras todavía no parecía incorporarse a la tertulia deshilvanada que corría y saltaba entre las cabezas y las manos de los que estaban en la habitación. Había saludado como desde lejos.

Aquella era la nuca canosa y la voz de Juan Milvo. Ahora le parecía más pastosa y espesa, como llena de una substancia dulzarrona. Como aquel cuadro con gruesos manchones de pasta blanca y roja, abultados como llagas, del pintor Tomás Molina que colgaba de la pared. Era Molina el que estaba diciendo en ese momento: «Hay que construir con el color, solamente con el color, sin valores. Crear el volumen y crear el espacio por la pura oposición de los colores puros».

No era de eso de lo que estaban hablando en las calles y en las plazas caras arriscadas de perdedores y caras risueñas de ganadores.

Sonrió mirando a Isotta Gavio que había permanecido silenciosa a su lado mientras terminaba de entrar, de mirar, de situarse y de incorporarse.

—Aquí, por lo menos, se habla de otra cosa.

Podía ser cursi la forma en que se había vestido. Una especie de hábito lila, delgado y casi transparente, pegado al cuerpo, un grueso cordón dorado en la cintura y el cabello recogido de un modo casi varonil. Llevaba sandalias en los pies desnudos.

—¿Te gusta?

—Es difícil que algo te quede mal.

Era la única mujer en la reunión. Flotando en la fumarola de su pipa asomaba la cabeza pesada y gacha de Luis Sormujo que oía a un tipo raro,

flaco, huesudo, largo, de una morenez desvaída de pergamino viejo. El cabello lanoso y rojizo le subía formando una áspera tiara.

—Es Arimán Vela, un poeta joven —le dijo Isotta.

—Parece un guerrero abisinio.

Los otros eran los pintores Rafael Lamas y Nectario Efrén.

Álvaro terminó de incorporarse y fue saludando a los presentes.

—Aquí, hoy, no se va a hablar de política. Está prohibido —dijo Isotta.

Álvaro se había sentado en un sillón junto a Milvo. Frente a él, después de servirle un vaso de *whisky*, se acurrucó en un cojín Isotta.

Mientras las palabras iban y venían como un vuelo de voraces gaviotas sobre la oscura mancha móvil de los temas, Isotta lo miraba fijamente.

—Alguien tiene que escribir ese libro.

Lo decía Sormujo, pero lo había dicho sin convicción, con ese tono incrédulo y hasta burlón que teñía su voz cuando estaba en desacuerdo.

Era que Isotta había dicho que Álvaro estaba escribiendo un libro sobre la nueva realidad que había surgido de la riqueza petrolera.

No era que lo estaba escribiendo, sino que tenía tiempo pensando en escribirlo. Un libro no sobre los hechos, sino sobre las concepciones y el cambio de mentalidad.

—Ya no somos el país rural de hacendados y peones, de guerrilleros y leguleyos que sigue apareciendo en nuestras novelas. Nos hemos convertido en otra cosa y hay que reflejar eso en los libros. La noción mágica de la realidad que el petróleo ha despertado en nosotros. Tal vez una especie de epopeya primitiva. La *Odisea* del venezolano que no puede regresar a su vida ordinaria perdido entre los dioses y los fantasmas malvados. Todo este delirio que nos posee. Ser ricos sin trabajo, ni ahorro. Alcanzar todo sin esfuerzo, los inmigrantes, los especuladores, los intermediarios, los traficantes de influencias, los peladeros que se convierten en urbanizaciones, la sensación de poderse topar en cualquier desván con una lámpara de Aladino. Eso hay que buscar el modo de decirlo.

—Tú me dijiste que estabas escribiendo —dijo Isotta.

—Sí, tomo notas y hasta he desarrollado algunas partes. Sería una novela mítica y realista a la vez. Tal vez podría llamarse *El laberinto* o *El*

minotauro. El petróleo es como un minotauro en el fondo de su laberinto por el que andamos perdidos en busca de la riqueza o de la muerte.

Había llegado Jeremías Centalla, y Álvaro se interrumpió.

Arimán Vela comenzó a hablar con su sonsonete de salmodia:

—Yo no creo eso. El minotauro puede ser fecundo y nuestro mito es esterilizante. Nos ha hecho estériles él petróleo, como a las mujeres malditas de la Biblia. Yo he pensado en un poema oscuro, casi un recitativo, que hasta se podría acompañar con una música muy simple cómo la del *Sacre du Printemps*. Puro tambor asordinado y trompa quejumbrosa. ¿No le parece, don Luis?

Sormujo movió la cabeza dubitativamente.

—Nuestro mito es Midas —prosiguió Vela—. Ya le tengo el nombre al poema y al personaje, se llamaría *Midaseldestino*, así, en una sola palabra. Hay de todo en esa palabra. Tino, des tino, destino, el destino, hace el destino, haz el destino, as del destino, das el destino. Todo eso es *Midaseldestino*. Midas, el que mide, el que da, el que hace, el que convierte en oro estéril y muerto lo que toca.

—Eso tal vez es demasiado literario para una obra en la que se quiere plantear el destino de un país —dijo Centalla.

—No —insistió Vela—. Hay que llegarles a las gentes sencillas por el mito, como les llegó Homero y como les llegó Jesús. Lo que hace falta no es un tratado sobre el petróleo. Con eso no se hace nada, sino con una emoción poética capaz de provocar una revelación y una acción. No hacer una descripción geológica de la formación del petróleo en nuestra tierra, sino hablar de los millones de crepúsculos y de noches, de los millones de solsticios que se convirtieron en ese caldo oscuro, acre y podrido. El caldo que da la locura de la riqueza. Sebo, sudor, orina, saliva, sangre, plasma, linfa. La grasa final de los iguanodontes, de los caracoles espirales, de las hojas podridas, de los ojos podridos. Todo eso encerrado, marinado, macerado, hecho emulsión, resina, mucosidad. Todo eso dormido por milenios como el sátiro dormido en el jardín del rey. Eso lo tiene que entender todo el mundo, los niños y el pueblo.

—En un país como el nuestro los escritores tienen que convertirse en educadores políticos —dijo Centalla, con extraordinaria suavidad.

No dejó de advertir Álvaro el contraste con aquel combativo y sectario hombre que había sido Centalla.

—Yo he estado mucho tiempo preso en la poesía pura, en la adivinación caótica del mundo, y quiero dejar eso para dar mi mensaje —dijo Arimán Vela—. Pero tampoco puedo descender a la poesía de cartel y de editorial político.

Isotta Gavio dijo:

—Cuando Arimán hacía poesía pura escribía unos poemas cortos y concentrados maravillosos. Como los *haiku* de los japoneses.

—Por eso los dejé. Se disolvía en oscuridad y en abstracción.

—¿Cómo era eso? —preguntó Sormujo.

—¿Por qué no les dices, Arimán, aquel que se llama *Amargana*?

—¿Cómo? —volvió a interrogar Sormujo, extrañado.

El poeta parecía complacido de la oportunidad que se le ofrecía. Se puso de pie:

—Amargana, sí. Es una palabra inventada, como por lo demás lo son todas las palabras que no son sino lo que el hombre le ha añadido al mundo. Suena a amargor, a amargura, y también a amar y a gana. Todo eso está ahí, que son también los ingredientes del amor y de la vida.

Luego añadió con juglaría:

—Además es anagrama, escrito a la inversa. Anagrama de anagrama.

Guardó silencio un rato ante la expectativa de los demás y pronunciando cada palabra como si no formara parte de su frase, recitó:

> *Amargana*:
> *Adán y Eva solos ave y nada*.

Hubo un silencio de espera. Isotta aclaró:

—Es todo. Un solo verso. Y se puede leer lo mismo de adelante para atrás que de atrás para adelante. ¡Qué maravilla!

—¡Qué cosa! —dijo Milvo, sarcástico.

—Es un buen juego de ingenio —dijo Sormujo—. Pero lo que hay que hacer es la novela en que esté lo nuestro. Si yo tuviera tiempo, y sobre todo voluntad, tal vez me pondría a escribir un librito corto e intencionado, un

Candidito, sobre el gran antihéroe venezolano. Tenemos que salir algún día de la epopeya.

—¿Cuál es ese personaje? —preguntó Isotta.

Sormujo estaba complacido por la curiosidad que había despertado.

—¿Cuál va a ser? El pavoso. El hombre de la mala suerte, el cordero del pecado venezolano. Él carga con los males de todos y se sacrifica. ¿Ustedes han visto un personaje más trágico y más nuestro que el pobre Sebastián Mur?

Nectario Efrén hizo el signo de la contra guiña:

—Zape.

—¿Ves? —prosiguió Sormujo—. Es un ser mágico lleno de los poderes del daño. Es el polo negativo de nuestra mente mágica. La novela ejemplar del pavoso y su tragedia podría ser un libro definitivo para comprender lo que somos.

—Pobre Sebastián —dijo Milvo—. Es una víctima de todos nosotros. Parece chistoso decir que trae mala suerte, pero se ha ido quedando solo y sitiado. Ya no le falta sino salir a la calle con una campanilla como los leprosos de la Edad Media, para que las gentes se aparten y se escondan temerosas del contagio de la mala suerte.

—Ese es precisamente el aspecto trágico que tiene el personaje y que se presta para hacer un retrato de lo más oscuro de nuestra alma.

Isotta Gavio se había sentado sobre el brazo del sillón que ocupaba Álvaro. Tenía las manos sobre las rodillas y las piernas retorcidas la una sobre la otra. Despedía un perfume enervante, seco y humoso. A ratos lo tropezaba con el brazo desnudo.

El pintor Tomás Molina, enmudecido y fiebroso, la mirada fijamente con ojos rojizos de insomne.

—¿Quisieras hacerle un retrato a Isotta? —preguntó Álvaro.

—Yo no hago retratos —dijo secamente.

Arimán Vela dijo:

—Tenemos que salir de la selva.

Pocos parecían oírlo. Isotta había apoyado el brazo en el hombro de Álvaro.

—¿De qué selva? —preguntó.

Se habían iniciado otras conversaciones separadas.

—De la descripción de la naturaleza que ha sido el tema de nuestra literatura —explicó Arimán—. Naturaleza hay en todas partes y se parece. Lo que no se parece es el hombre. La selva del Congo y la nuestra se parecen, pero, en cambio, los hombres de allá y los de aquí somos distintos.

—Tiene razón —dijo Álvaro—. ¿Dónde está aquí la selva? No la hemos sabido ver. Hay una selva para turistas, pero lo que importa conocer y revelar es la selva que está aquí en nosotros, que vive en nosotros, que nos hace ser como somos.

Se había puesto a gesticular con calor.

—Es lo mismo que pasa con el petróleo. ¿Dónde está aquí el petróleo entre nosotros? Pozos y cabrias y tubos negros de oleoductos hay en muchas partes: en Texas, en Kuwait, en Rumania, en Irán; lo que es nuestro no es eso, sino el eco, el reflejo, la emoción del petróleo en nosotros. El petróleo que nos habita, el que está aquí en este cuarto, entre nosotros, en estas palabras, en estas incomprensiones. El que aparece en la matrera de pensar de Sormujo, o en los planes políticos de Centalla o en la pintura de Rafael Lamas.

El pintor Molina, casi transparente, se había puesto de pie y caminaba como sonámbulo a través de los grupos:

—Esa es la verdad. Hay que buscar el petróleo que está aquí, la selva que está aquí. El petróleo y la selva que tienen que aparecer en una naturaleza muerta, en un desnudo. El desnudo que yo pinto no se puede parecer a uno de Modigliani, porque tiene petróleo.

—Es el mito de Midas, por eso es que yo digo que nuestro mito es el de Midas —dijo Vela.

Centalla oía entre sorprendido y risueño.

—Yo los oigo a ustedes y no logro entenderlos. Me parece que hablaran de otro país que yo no conozco.

—Es que usted es fundamentalmente un político y un hombre de acción —dijo Milvo.

Álvaro lo había oído y añadió:

—Se necesitan los hacedores, pero también los buscadores. Puede uno esforzarse en tratar de entender o en tratar de hacer. Pero hacer sin entender

es un absurdo. Tal vez quedarse en el puro entender o en la sucesión de los contradictorios entenderes, sin intentar hacer, sea también un absurdo. No se entra y sale del laberinto sin andar, pero tampoco sin un hilo. Tal vez nosotros no somos sino los buscadores, y los hacedores vendrán después. Y es tal vez mejor que así sea.

—El problema está en escoger —dijo Milvo.

—Tal vez el problema está en creer que hay que escoger —dijo Arimán Vela.

La mano de Isotta Gavio había resbalado lentamente del hombro al cuello de Álvaro. Sentía ahora sobre la piel los dedos finos y suaves de la mujer.

—¿Qué eres tú, Álvaro? —le preguntó Isotta.

—Yo no sé —contestó—. No me he librado de la angustia de sentir que puedo hacer una cosa o la otra. Tú sí te has librado de esa angustia, Jeremías Centalla.

Centalla se había puesto serio:

—Para mí, lo primordial es hacer. En este país se habla mucho y se hace poco. Yo los oigo y los oigo, y verdaderamente no los comprendo. Están siempre dando vuelta en el mismo punto.

Hubiera podido decirle a Centalla que él tampoco era el hacedor, que tampoco había hecho. Tal vez los buscadores andaban perdidos en frases, en mitos. Midas con su barba peinada y tejida de rey frigio, el minotauro sentado en su piedra con su triste cabeza de toro degollado, el laberinto que da vueltas y vueltas sobre sí mismo como un raciocinio que no llega a conclusión ninguna. Centalla había andado en comités, en comandos, en conspiraciones, en conciliábulos, sin haber podido salir de allí.

—Tú tampoco has hecho, Jeremías.

—Sí, he hecho. He hecho más que ustedes. Estoy haciendo más que ustedes.

Era el eco de una voz clarineante y encendida de discurso de plaza pública. Estaba regresando Jeremías, se estaba yendo de vuelta a aquellas horas de incomunicables afirmaciones, iba a hablar del Pueblo y de la Democracia y de la Acción. Tenía sobre el hombro la mano de Isotta, fina, dormida e inerte. Se podía desentender de lo que decía Centalla con su voz

de otro sitio y de otro tiempo. Hacer era también lo de Lázaro y lo de Oromundo. Estaban haciendo. Combinando, anudando, comprando, prometiendo. Enredando. Lázaro enredaba de un lado y Jeremías del otro. Lo que importaba era buscar. Desnudos, sinceros, temblorosos, deslumbrados. Buscar para encontrar, para tropezar esa primera y simple evidencia de certidumbre sobre la cual construir un mundo verdadero y un destino.

Lo había dicho en alta voz o lo había dicho para Isotta y lo habían oído los otros.

Coronado con su ensortijada tiara de cabellos lanoso era a él a quien se dirigía el poeta Arimán Vela. «¿Sabría el que lo bautizó lo que significaba el nombre de Arimán? Algún lector silencioso de literatura teosófica en un pueblo caliente de tierra adentro. El *Bhagavad Gita*, el *Zend Avesta*. En ordinario papel de imprenta con errores y el niño que llora entre el humo de la cocina agarrado a las faldas de la madre atareada».

—Lo que ha faltado es nombrarnos —decía Arimán—. Hasta que se nos nombre no sabremos quiénes somos, y mientras no sepamos quienes somos nada podremos hacer. Midas es el que encuentra, mejor dicho, es el que nombra. El que dice con una palabra lo que es cada cosa. El que le da un destino. El país no nos ha dicho su nombre. La gente no nos ha dicho su nombre. Eso lo digo en una parte del poema.

Ahora se había deshecho en una voz de salmodia, gangosa y profunda, mientras sus manos se movían en unos gestos sacerdotales.

Álvaro lo oía borrosamente. Sobre su espalda estaba el peso de la carne de Isotta. Una amplia cadera, el nacimiento elástico del muslo, un seno firme y tierno. Un ser tan misterioso y profundo como todo ser. Y con un nombre. Aunque desconocida desde toda eternidad, como lo decía el poeta en sus fórmulas de encantación, allá, perdido en un vericueto de su propia voz. Hablaba de una compañía de cuatrocientos años. «Cuatrocientos años… has estado conmigo y me has acompañado». Enumeraba las mañanas y las tardes y los cielos de tormenta y los soles de sequía y las veredas de polvo. Señalaba los paisajes: «por lagunas y madreviejas, por farallones y acantilados, blancos de fiemo de alcatraces». El olor fresco y acre del mar y del guano, el olor sedante de la savia viscosa de los cactus, el

olor de los arreos, la gran brisa seca que se arrastra sobre el polvo como la estela de un lagarto, «bajo portales y aleros y samanes de sombra, en los bongos oscuros y en las goletas de alas blancas, has estado conmigo y no me has dicho tu nombre».

Era lo que en la Biblia llamaban conocer. Conocer la mujer. *Conoció su mujer*. Conocer Isotta, por ejemplo. Tomarla entera y no solamente aquella mano abandonada que había recogido en la suya. Desplegarla como un monte temeroso. Era la mayor certidumbre a la que podía llegar en ese instante y el misterio más próximo.

Sormujo los veía con incómoda curiosidad.

El pintor Lamas había irrumpido en la recitación:

—Estamos implorando. Somos mendigos. La necesidad, la angustia y la violenta humildad del mendigo. Estamos pordioseando. Los pordioseros, con las manos extendidas esperando. Nada es más bello ni más trágico. Ciegos, mudos, cojos, sarnosos. Así es como hay que vernos.

¿Qué imploraba la mano de Isotta que ahora le acariciaba lentamente la nuca insinuando los dedos por entre la raíz del cabello? Se volvió a mirarla. No sonreía, ni pestañeaba. Parecía fija, absorta, súbitamente enferma.

Se volvió hacia Milvo. Hablaba con Centalla. Hablaba con una voz de la que había algo en la voz de Sibila. Pero no era la mano de Sibila la que se movía lenta y dormidamente entre su cabello. Hubiera sido otra cosa enteramente diferente. No hubiera estado allí, hablando tan sin verlo, Juan Milvo. Ni diciendo aquellas cosas que de pronto podían carecer de todo sentido:

—El problema no es hacer por hacer, Centalla, sino saber lo que hay que hacer. A veces hacer puede ser contraproducente y hasta criminal. La vieja medicina creía que lo mejor era dejar obrar a la naturaleza, y a veces, sin duda, es lo mejor.

Dejar obrar a la naturaleza. El perfume y el aliento de Isotta y la mano de Isotta.

La voz de Arimán Vela hablaba de sentir. «He aprendido a sentirte», decía, «con pies de polvo y llaga, con barbas de sed y ojos de alta noche». Enumeraba los adobes y las cañas secas, y los campos de secano, y los cardones y los cujíes «sin un reflejo de agua». Todo parecía lleno de la

soledad y de la ausencia, donde no había sino «un solo pájaro rojo todo sangre».

Isotta Gavio le susurraba en el oído:

—Todo eso es cerebral. No hay sentimiento. No hay verdad. Falta el amor. No hay amor en eso. Le tienen vergüenza al amor. Es lástima. Este muchacho es un misógino, se le ve. A todos les falta eso. ¿Recuerdas? «*L'amor che move il sole e l'altre stelle*».

Toda ella emanaba un vaho tibio y enervante. Los dos parecían aislados de los demás y se miraban a los ojos como en espera.

La voz del poeta seguía como alejada en el fondo, implorando con martillada insistencia aquella presencia y aquel nombre. «Hasta que digas la palabra que espero y que me falta». «Ojo de gavilán y mango del Veronés». Imploraba en un tono jadeante aquella «palabra de la vida y del encuentro».

Más cerca y casi sin gesto Isotta le dijo: «Ven». Se levantaron sigilosamente. Seguía el poeta metido en sus voces invocatorias. Sormujo, abstraído, movía la cabeza como negando. Centalla y Milvo estaban metidos en su discusión. Alguno de los pintores los vio alejarse sin sorpresa.

—Dejémoslos.

Estaban solos en la penumbra del comedor. Sin soltarle las manos Isotta se volvió hacia él.

—No quiero estar sino contigo.

Sintió reseca la garganta. Se apretaron en un abrazo que fue haciéndose lentamente más estrecho y anheloso.

—Estoy desnuda debajo de esta túnica.

Se le sentía el calor y la vida de la piel por debajo de la delgada seda. Empezó a recorrerla ávidamente con las manos. Hubo un beso corto. Hubo otro más largo y ansioso.

Hubo un sobresalto en Isotta. Álvaro volvió la cabeza. Milvo había asomado a la puerta del comedor y había permanecido un momento en suspenso. Luego sonrió y dijo:

—Perdónenme.

Se había retirado.

Álvaro dejó caer las manos. ¿Qué diría Milvo? ¿A quién lo diría Milvo?

Se sintió extraño y humillado. Sin decir nada, sin despedirse, dio media vuelta, atravesó la sala y salió, escaleras abajo, hacia la calle.

Caminó de prisa un largo trecho casi sin ver a los transeúntes.

27

Jeremías Centalla parecía comandar un ejército invisible, estar en una jefatura secreta, recibir partes, disponer planes, enviar emisarios. Se le veía poco y casi siempre estaba solo.

Cuando hablaba parecía guardar muchas cosas que no podía decir. Empezaba a tener el cabello gris y la dura cara huesuda se le había marcado de huellas. Huellas de intemperie y de mueca y de mal tiempo.

Al principio parecía haberse acercado al gobierno y hasta se comentaba que podía ir a ocupar una importante posición política. Podría encargarse de crearles un apoyo popular.

—Ese sabe de eso —decían.

Eso era el arte de la agitación, de la organización de cuadros, de la formulación de consignas.

—Lo malo es que los militares no le tienen confianza.

A Álvaro le dijo un día, inesperadamente:

—Yo no estoy en venta, ni en alquiler. Creí que estas gentes podían encontrar un camino y hubiera habido que ayudarlas, pero no es eso. No podrán hacer nada. Harán dinero y harán puentes, pero el país seguirá con sus grandes cuestiones detenidas y agravadas.

Zulka le dijo a Álvaro:

—Centalla está conspirando.

Era, sin duda, que se lo había dicho Lázaro Agotángel. Y Lázaro lo sabría por el Comandante.

La propia Sibila se había hecho eco:

—Parece que hay una conspiración seria. ¿No has sabido nada? Tu amigo Centalla, ¡como que anda en eso!

Eran como viejas palabras que volvían a nacer en la boca iluminada de la muchacha. Las había oído y las había vuelto a oír tantas veces. Era el regreso de Centalla como un cometa de presagios con anuncios oscuros. Un retorno de situaciones, de rostros, de nombres, con la periodicidad de las mareas o de las estaciones. Otra vez Jeremías, otra vez la conspiración, otra vez la mágica posibilidad del cambio inesperado. Pero ahora en la voz limpia de la muchacha.

—¿Tú no has sabido nada?

Podía contarle la vieja historia de lo que había sabido un año antes o diez años antes. Y bastaría apenas cambiar uno o dos nombres, porque era la misma historia. Lo único nuevo era la voz y la presencia de Sibila.

—Lo que me anuncias es viejo. Sibila.

—¿Ya lo sabías?

—Desde hace diez años, desde hace doce. Tal vez desde el tiempo de mi padre. Seguramente desde antes. Sin necesidad de averiguarlo te lo podría contar y pensarías que estoy empapado hasta el dedillo de todo.

—No te burles, que es serio.

—No me burlo.

—Sí, te burlas. Te burlas de mí.

—Nuestra vida es como un teatro en el que no hay sino la constante repetición de un solo acto. Apenas termina cuando vuelve a comenzar.

—Pero ahora es distinto —decía Sibila.

Tenía razón Sibila, era distinto porque ahora estaba ella, porque ahora empezaba para ella por primera vez el acto, porque con sus ojos ávidos estaba descubriendo todo lo que le parecía nuevo y era nuevo.

—¿Tú crees que vale la pena salir del Comandante y de Oromundo Pérez, y de Lázaro, para que vengan otro Comandante y otro Oromundo y otro Lázaro, acaso peores?

—Sí vale la pena, porque pueden ser mejores —dijo ella con presteza —. Podrías estar tú.

—¿Para qué?

—Para hacer muchas cosas, magníficas.

Hablaba como recogida en sí misma, como librando pedazos vivos de intimidad. Era a ratos la muchacha de Milvo y de Zulka, con los ojos del

uno y las manos de la otra, pero era también una presencia sola y nueva. Había un mundo que ella descubría y comenzaba a organizar desde su sitio. No era igual al de Álvaro, aunque figuraran en él muchos de los seres y de las cosas del mundo de Álvaro. Los veía desde otro ángulo y con otra intención. No podían coincidir las imágenes y era como un juego de descalco en que las individualidades se desfiguraban o cambiaban. Zulka no tenía la turbadora evocación de los viejos sentimientos y de los más apagados instintos; para ella era la madre majadera, voluntariosa e incomprensiva. El fantasma de Lázaro Agotángel que se había formado en su mente era radicalmente distinto del que él había ido elaborando y descubriendo durante años de angustiosa revelación. Y Jeremías Centalla debía ser para ella un misterioso comandante de ángeles vengadores.

Y él, Álvaro Collado, estaría allí en aquella imaginación inquisitiva y apasionada con otros rasgos, que él mismo no podría reconocer. Un hombre mayor, de edad indefinida, solterón acaso, de quien su madre hablaba con reserva y su padre con indiferencia, que estaba como en el retiro y en el apartamiento madurando para algo tardío.

Le había traído un regalo:

—Esta especie de tío olvidado o de aparecido que debo ser yo para ti, bien puede tener el privilegio de hacerte un pequeño regalo.

Era un delicado trabajo de orfebrería que había encargado a Italia. Una pulsera de oro, formada de gruesos eslabones, de la que pendían doce breves figuritas delicadamente labradas.

Ella la contempló con encanto:

—Es bella, pero es demasiado —dijo cohibida.

—Se me ocurrió que debía regalarte todas las sibilas que los mojes de la Edad Media catalogaron como anunciadoras y reveladoras de la *pasión*.

Había dicho pasión y no Cristo, y la miró a los ojos, pero ella no tenía ojos sino para la pulsera.

—¡Qué maravilla, Álvaro!

Él se las fue describiendo una por una. Cada una estaba representada con su símbolo. La Libia con su vela encendida, la Samia con una rosa, la Cumana con una corona, la Cumea con una cuna, la Eritrea con un cuerno, la Persea con un dragón, la Délfica con una corona de Espinas, la Frigia con

una bandera, la Europea con una espada, la Agripina con un látigo, la Helespóntica con una cruz, y la Tiburtina con una paloma.

—Esta es la Tiburtina. ¿Te acuerdas que hablamos de ella el día en que nos encontramos? Ahora están todas aquí reunidas para ayudarte a descifrar el porvenir.

Toda ella era porvenir y adivinación. Y ansiedad de saber y alcanzar.

—¿Necesitaré tantos oráculos para saber adónde voy?

—Debieron profetizar todas ellas infinidad de cosas, pero han llegado hasta nosotros porque coincidieron en profetizar una sola.

—Tal vez logre que me adivinen a mí una sola cosa, pero tan grande y tan incomparable que merezca recordarlas y venerarlas.

Se colocó la pulsera en la muñeca y agitó el brazo haciéndola tintinear.

—Todas me la van a envidiar.

Corrió a mostrársela a Zulka. Álvaro quedó solo en el corredor. Era la casa de Milvo con sus mismos muebles. La casa a la que él había entrado, hacía tantos años, sucio y barbudo cuando la huelga de junio. La casa donde Zulka resplandecía maravillosa ante los ojos deslumbrados del estudiante. La casa donde por una puerta había asomado Sibila niña, arrastrando por la mano su muñeca, para invitarlo a jugar.

Sibila regresaba acompañada de Zulka:

—¿Cómo es posible que le hayas hecho ese espléndido regalo a esta muchacha? Se va a poner muy pretenciosa.

Volvía a poder confrontarlas a las dos. Tuvo la sensación de que ya no podía ver a Zulka con los mismos ojos. Entre ella y él estaba interpuesta la imagen de Sibila, que la había cambiado irremediablemente.

Hablaron un rato los tres de banalidades, como si trataran de eludir ciertos temas. La mayor parte del tiempo la joven contemplaba una a una sus sibilas minúsculas.

Surgió el nombre de Jeremías Centalla en la conversación:

Zulka cambió el tono y dijo con reticencia:

—Si ves a Centalla, dile que tenga cuidado. El gobierno sabe que está conspirando y puede pasar un susto.

Dijo *el gobierno* con reverencia y amenaza, casi con algo de arrobo. Era como si hubiera dicho *Lázaro* o como si hubiera dicho *el Comandante*.

La vio entonces como si hubiera cambiado totalmente de ser. Los últimos vestigios de lo que había sido se habían borrado de aquella voz dura y de aquel gesto amenazante. Y fue peor aun cuando añadió:

—Ya es tiempo de que Centalla se deje de esas niñadas. Eso podía estar bien cuando ustedes eran estudiantes, pero que siga en eso a estas alturas es verdaderamente ridículo.

Mientras oía con disgusto a Zulka su mirada se cruzó con la de Sibila. Era una mirada diáfana que los acercaba y los identificaba.

—Hay gentes que creen que madurar es dejar de creer y de luchar y hacerse escépticos. Si así fuera, sería mejor morirse joven.

Sibila sonreía con una vaga sonrisa complacida.

Después de aquel día dejó de ir a la casa de la muchacha. Pero pensaba en ella frecuentemente y sentía cierto remordimiento y culpabilidad en hacerlo. No podía haber amistad entre aquel ser tan encendido de pura vida e intuición y un hombre que ya se sentía maduro y hasta viejo en muchas cosas. Y no quería siquiera admitir que pudiera haber algo de amor, que él pudiera convertirse ridículamente, a sus años, en el rival de Igor Pérez y de los muchachos que rodeaban a Sibila.

Sin embargo, no dejaba de pensar a ratos en que había la posibilidad de una plenitud de vida con aquella muchacha sensible, inteligente y graciosa que podría moldearse y adaptarse a él de un modo perfecto.

Tendría que sonrojarse un poco, sin duda. Si es que ello tuviera la más remota posibilidad de ocurrir. Tendría que sonrojarse ante Zulka y ante Milvo. Habría algo de malvado y de anormal en aquello. Le llevaba a Sibila más de quince años. Tal vez diecisiete o dieciocho. Era, sin duda, mucho. Cuando ella llegara a los treinta años él se acercaría a la cincuentena. A pesar de todo, no era tan excepcional esa diferencia de edades. El mismo Milvo debía ser quince años mayor que Zulka. La verdad es que no había tenido buen éxito el matrimonio. Y más años todavía le llevaba Basso a la Pastora Suiza. Pero estos, sin duda, eran ejemplos ridículos.

Era prudente dejar de ver a Sibila. Quizás, por eso mismo, como una fatalidad, empezó a hacer contacto con Jeremías Centalla. Era cierto que estaba conspirando y la actividad clandestina y el ambiente de peligro le habían devuelto cierta frescura juvenil. Había vuelto a ser el mismo de doce

años atrás. Le habían retoñado la vivacidad y el gesto autoritario y hasta cierta olvidada gracia burlona.

Era como si volviera a lo más ingenuo de sus años mozos. A creer y a esperar sin ninguna vacilación.

—Hay que cuidarse, Jeremías, porque esta gente tiene mucho espionaje y sospecha de todo el mundo.

No parecía importarle a Centalla. Para él todo estaba bien encaminado. Hablaba de los militares con los que tenía contactos y acuerdos. Los regimientos, las guarniciones, las armas. Se va a detener a la junta y al gabinete en pleno. Sin sangre.

—¿Sin sangre? —preguntaba Álvaro.

—Esperamos que sea sin sangre —respondía Centalla.

Esperar no era suficiente. ¿Quiénes esperaban? Esperaban tal vez como un anuncio, como un cohete, como un clarín que marca el comienzo de un jolgorio de aldea. Han degollado la ternera y han degollado el cerdo. En la madrugada los vecinos soñolientos han oído los bramidos del animal agónico.

—No habrá sangre. ¿Y después?

Jeremías parecía tenerlo todo previsto. Lo que se iba a hacer, lo que se iba a decir. Las personas que iban a llamar.

—Contamos con toda la gente que importa.

—No conviene que lo sepan tantas personas.

—No se puede evitar. Pero ellas mismas son las primeras interesadas en que no se sepa.

Hablaba de los grupos sociales, de los partidos, de la izquierda, del centro.

—¿Tú sabes quién está colaborando muy bien? Luis Hernández. El hermano de Lázaro.

Luis era enteco, pálido, cobrizo. Como la momia de Lázaro Agotángel. El hijo enjuto de Soledad.

—Ese mueve mucho sindicato y mucha junta de barrio.

Álvaro quería creer también.

—Algo hay que hacer, sin duda.

Jeremías se entusiasmaba en su conversación de rincón y de escondite. Todo parecía fácil al oírlo.

—Esto no puede seguir así. Los hombres como tú y como yo estamos obligados.

—Esta gente sospecha de ti. Te lo puedo decir. Lo sé.

—No te preocupes, no tienen base, sospechan de todo el mundo. Además, no les vamos a dejar tiempo. Esto es ya.

No les vamos a dejar tiempo. Tú, Luis Hernández, los batallones, los otros. Es ya.

Habrá que darse, habrá que lograr entregarse como si se acabara de nacer, como si no hubiera ninguna experiencia, como si fuera la primera vez que se oían aquellas palabras y que se entreveían aquellas engañosas y cambiantes perspectivas. Habrá que entregarse como un ciego. Como uno de aquellos ciegos mendigos que pinta Rafael Lamas. Rompeolas de la luz con la mano confiada extendida. Hasta sentir el frío contacto de la moneda de la limosna. Habrá que darse.

28

Un hombre avellanado, machucho, de piel manchada, boca y dedos yodados de cigarrillo, malamente vestido, dijo con una voz áspera y casi chirriante, de viejo gozne:

—¡No hay que tener contemplaciones y sentimentalismos! ¡Hay que cogerlos a todos rápidamente y no asustarse si hay que matar a alguno! ¡Una cosa como esta tiene que imponerse por la rapidez y por el terror!

No sabía Álvaro cómo se llamaba, o no lo recordaba. Habían sido presentaciones sigilosas, a media voz o con nombres falsos:

—Este es el amigo aquel del que te hablé. Tú sabes.

Habían ido entrando uno por uno en el estrecho apartamento de un edificio de barrio.

—Hay que tener cuidado porque hay mucho espía.

Jeremías Centalla fumaba calmamente un cigarro que llenaba el ambiente de un olor festivo y confortable.

Se oyeron atenuadas y lejanas las campanadas de una iglesia. Era el comienzo de la tarde.

El dueño del apartamento dijo:

—Mandé a mi mujer para la vespertina, para estar solos y poder hablar.

Alguien añadió:

—Aquí las cosas se han perdido por habladurías y por imprudencias.

Casi juntos entraron tres hombres jóvenes, de aspecto resuelto y vigoroso. Jeremías se apartó a hablar con ellos a un rincón.

Ya había más de diez personas en el angosto recinto. Trajeron sillas del dormitorio y de la cocina. Algunos se sentaron sobre mesas o se quedaron de pie.

Luis Hernández hablaba de organización. Nombraba cosas que los demás oían asintiendo con la cabeza. Comités de barrios, secretarías de sindicatos, células de acción. Nada tenía de Lázaro, ni en la voz, ni en el gesto. Parecía más reposado, más frío.

—¿Quiénes son esos que hablan con Centalla? —preguntó alguien al lado de Álvaro. Era un tipo macizo, huesudo, que parecía desconfiar.

—Son militares: no pregunte —respondió otro en un susurro.

Álvaro se volvió a verlos. Seguían hablando calladamente con Jeremías y a ratos se volvían hacia el resto del grupo recelosamente. Estaban vestidos de civiles, sin ninguna insignia. Allí estará Jeremías diciéndoles quiénes somos los que aquí estamos, pensaba Álvaro. Poniendo un nombre sobre cada una de estas presencias oscuras y temerosas. Les habría dicho que aquel que está sentado en la poltrona es un hombre con dinero que tiene buenos contactos con la gente de negocios. Que no importa que Luis Hernández sea hermano de Lázaro Agotángel. No tiene nada que ver con el otro.

Y hablarían de él, también. La misma breve biografía que Verrón le había dicho al comandante Maldonado. Estarían hablando de su preparación, de sus años de ausencia. Como de un caballo en venta.

Estaba también huraño, menudo e inquieto aquel hombre de quien se conocían alocadas aventuras. Asaltos, sublevaciones, muertes. Parecía disgustado y no hablaba con los vecinos. Le decían Coronel.

—Coronel —le dijo Jeremías al llamarlo, para que se acercara al grupo de los militares.

El hombre pareció satisfecho de que lo hubieran llamado.

Al lado de Álvaro, estaba un hombre de buen hablar y buen parecer que dijo:

—¡Para qué nos han traído aquí, si todo se va a hablar aparte!

No le preguntó su nombre. Debía ser un profesional. Tenía aspecto de abogado.

No hubiera él escogido aquellos seres para compartir con ellos un gran riesgo o una gran esperanza. No los hubiera escogido siquiera como compañeros para una tarde. De muy pocas cosas hubieran podido hablar. Pero estaban allí juntos, en el rumor del secreteo y el aroma del tabaco de

Jeremías, en aquella mezquina sala de una casa desconocida, que una mujer desconocida había abandonado por horas para que pudieran hablar.

Tal vez de allí iba a resultar que estallara una huelga, que se extendiera, que se oyeran tiros por la ciudad, que soldados armados ocuparan las oficinas públicas, que por radio se oyera la lectura de una proclama.

El hombre avellanado decía:

—Lo primero es ocupar y dominar los centros vitales. El golpe de Estado es una operación táctica. Hay que tomar las comunicaciones, los comandos y los servicios públicos. El correo, el telégrafo, el teléfono, los acueductos, la electricidad, las carreteras de acceso, las grandes avenidas.

Y después. Después se haría un gobierno con aquellas gentes. O con otros parecidos. Y él tendría que estar, Álvaro Collado no podría entonces decir que no. Iba a estar en la conspiración, iba a estar en el golpe y no podía negarse a participar en el gobierno. Con Jeremías, con el hombre rico, con Luis Hernández.

Todos tenían caras de apostadores. Era el cuento de volver a comenzar. Casi no podía permanecer allí sino callando. Si algo hubiera dicho de lo que pensaba verdaderamente hubiera suscitado el estupor y la furia. Lo hubieran visto con ojos rabiosos de perros azuzados.

Allí estaban los Lázaros y los Comandantes del futuro. Era como un almácigo. No era ese el camino. Sabía que no lo era y no debía estar allí. Pero Jeremías también le había dicho muchas veces y, además, en el momento oportuno: «Hay que hacer algo. Hay que decidirse a actuar».

¿Cuál hacer? Si él hubiera dicho aquello, el hombre avellanado hubiera puesto cara de desprecio. Y aquel otro lo hubiera visto con asombro. Y el coronel menudo y felino que se había levantado a hablar con los militares se hubiera reído.

Jeremías se acercó con el grupo de militares. Hubo movimiento y sonido de sillas.

—Sería bueno que estos señores supieran cómo marchan los preparativos del lado civil. La forma en que se lleva el trabajo en los barrios y en los sindicatos.

—Luis Hernández podría explicar.

Álvaro se levantó casi sin hacer ruido para retirarse. Todos se volvieron a verlo. Jeremías vino a alcanzarlo a la puerta.

—¿Por qué te vas?

—No puedo quedarme.

—¿Por qué?

Vio en los ojos a Jeremías. Estaba airado pero contenido:

—Porque esto va a fracasar, tendrá que fracasar, o va a ser lo mismo, tendrá que ser lo mismo. Tal vez, lo peor es que triunfe.

Jeremías lo había agarrado con fuerza por el brazo:

—¡Tú siempre has sido así!

—Y tú siempre seguirás siendo así. Uno de los dos debe estar equivocado.

Se soltó y bajó lentamente la escalera. Uno de los dos debía estar equivocado o lo estaban los dos a la vez. Había algo que no sabían o que no entendían. Algo que se les escapaba o de que carecían. Salió a la calle. Había muchachas en las puertas y juegos de niños en la calzada. Estaban encendidos los postes, pero todavía permanecía en lo alto la translúcida luz del atardecer. Tal vez lo que había faltado era amor, como decía Isotta Gavio. Pero no el amor que ella entendía. Estaba desnuda debajo de su túnica lila. Sino el amor que nace de comprender.

Allí estaba la gente que vivía y quería vivir. El vendedor de helados agitaba su campanilla en la esquina. Un muchacho seguía absorto su pelota de colores. Dos hombres hablaban a la puerta de la pulpería.

Una conversación gelatinosa y vaga:

—¿Cómo está la cosa?

—Ahí. ¿Y tú?

—Bien por lo conforme.

Disminuyó el paso hasta detenerse. Oía como si fueran voces que vinieran de otro mundo. Dentro de la pulpería el dependiente se atareaba atendiendo a varias mujeres. Olía a queso y a fruta podrida.

Iba y venía el diálogo con un lento pendular.

—¿Estás haciendo algo?

—Ahorita no. Me habían ofrecido algo para esta semana, pero, tú sabes. ¿Y tú?

—Estoy buscando.

Era como un rezo sin angustia, en el que era inmenso el tiempo y pequeñas las cosas. Hablaban de las dificultades que habían tenido con otros hombres. Con patronos y capataces.

—¿Tú sabes lo que le dije?: ¡Usted no sabe quién soy yo!

Álvaro oía sin volverse a verlos.

—No se vaya a equivocar.

—Cualquiera se equivoca.

Hablaban con el gozo de una revelación. De lo que estaba en ellos y no parecía. Eran unas veredas complicadas y oscuras por las que atravesaban aquellos *yo* y aquellos *quienes*. Era como un trágico juego mortal de saber quién es quién y de no equivocarse. En medio de las más trucadas y cambiadas apariencias. Era el juego de sus vidas.

—Ve a ver si se arregla eso.

—¡Quién sabe! ¡A lo mejor!

—¡Sí, hombre, a lo mejor, quién quita!

—¡Vamos a ver!

Pasó de la pulpería. Ahora se acercaba a una pequeña plazoleta terrosa y mal alumbrada.

Grupos de muchachos correteaban entre los árboles jugando. Dos enamorados se amparaban en la penumbra de una puerta. Eran casi adolescentes. Estaban muy cerca y debían musitarse palabras entrecortadas. Sin ver ni sentir nada de lo que los rodeaba. Toda la sensibilidad puesta en los ojos, en la voz, en las temblorosas manos.

No podía Álvaro oír lo que decían. Los niños se habían puesto en fila y saltaban a turno sobre sus compañeros cantineleando:

—A la una, la mula.

—A las dos, el relós.

Era lo que se oía y llenaba la plaza, pero era fácil imaginar lo que decían los enamorados:

—¿Me quieres?

—Te quiero mucho.

—¿Mucho?

—¡Más qué a nada! ¡No podría vivir sin ti!

Pero lo que se oía era el juego de los niños:

—A las seis, manda el rey.

—A las siete, mando yo con mi machete.

Eran como islas de vida absorta y reconcentrada. Estaban en lo suyo y él pasaba a través de ellos sin poder penetrar ni acercarse. Era como si oyera testigos de algún proceso no revelado. El proceso de la vida que estaba en la calle y en las gentes.

Jeremías y el coronel y los conspiradores seguirían hablando en el apartamento mientras la mujer de la casa regresaba de la vespertina.

Bajo un farol dos estudiantes acurrucados en sillas plegadizas de tela, parecían absortos en sus libros. Estarían leyendo la historia de una vieja conquista o de una olvidada batalla. O los nombres de los picos en que se enredan las nubes en la sierra de Mérida. Lejos y a otra hora de sol. O la poesía épica de los griegos. O, acaso, algo tan alejado de todo lo que los rodeaba, ausente como el recitativo casi mágico del cuadrado de la hipotenusa y de los cuadrados de los catetos.

O, tal vez, el más simple hecho de la vida. Bastaría acercarse y ver el libro. Pero no iba a hacerlo. Él tenía que seguir. No era allí donde podía detenerse. Donde habría que detenerse.

Debían estar leyendo en su manual de biología elemental. Lo más elemental de la vida. *Las células se componen de protoplasma y núcleo*.

29

Hasta tarde en la mañana se estuvo Sibila sin salir de su cuarto. Estaba vestida y lista desde temprano, pero se sentía suelta y sin rumbo. Estaba allí y en otras partes simultáneamente. En aquella vaga situación y en otras situaciones definidas en una angustia de lo posible. Siendo ella y a la vez otras personas distintas de ella.

A ratos pensaba: «¡Si yo pudiera ser como Isotta Gavio!». Libre y sin trabas para darse a la vida. ¡Si pudiera cambiar de ser! Era cuestión de resolverse. De resolverse ¿a qué?

Álvaro le había dicho. ¿Por qué tenía que ser Álvaro? Álvaro le había dicho: «Si no estuviéramos tan disfrazados nos sería más fácil vivir». Con narices falsas, con ojos de vidrio, con voces de falsete. Había que esperar. Esperar de esperanza o esperar de tiempo. Y esperar ¿qué?

Se había vuelto a sentar en su pequeña mesa de estudio. Era de nogal claro con el tope cubierto de marroquí color tabaco. En un delgado florero de vidrio azul estaba doblada una rosa vieja. Algunos pétalos estaban caídos sobre la piel. Cóncavos, pálidos y suaves. El libro estaba abierto desmadejadamente. En una página estaba la forma estrellada de un diagrama octogonal inscrito en un círculo. Era la ciudad estelar que Filarete, el arquitecto imaginado por Averlino, había diseñado para Francisco Sforza, en el siglo XV. Tenía ocho puertas y ocho torres y dieciséis vías radiales para que los milaneses vestidos como arlequines, como danzantes, con una calza negra y otra amarilla, se asomaran a sus *loggias* y desfilaran en su gran plaza central. Hecha a la medida del hombre, como las figuras humanas que Vitruvio inscribía en un círculo con los brazos abiertos. Una ciudad que no existió nunca, que nunca pasó de aquella vieja hoja de papel

donde la puso Averlino. Sin piedra, ni tierra, ni agua, ni gentes. Porque los mismos para quienes fue concebida tenían más de cuatro siglos muertos.

Y ella estaba ahora contemplándola desde tan lejos.

Sobre la página del libro estaba su mano. Resbalando lentamente la había puesto sobre el esquema de la urbe. Cuatro dedos largos, delgados, algo torcidos, un poco rugosos en las coyunturas y rematados en prolongadas uñas esmaltadas de rojo lacre. El pulgar quedaba aparte, inerte y desmadejado. Estaba desnuda su mano de toda sortija y adorno. Blanqueaba todavía, apenas perceptible aquella pequeña cicatriz en el meñique de una remota herida de la infancia. Hecha con un cuchillo de monte, al cortar un pedazo de caña de azúcar, en un paseo a una hacienda en la verde vastedad de la niñez. Era un fino hilo blancuzco. Se había asustado mucho al ver brotar la sangre, y había llorado.

Tal vez era mejor que tomara una novela para matar el tiempo. En el pequeño estante que estaba en la otra pared se veían, en fila, los lomos de los libros. Una novela o un tomo de poemas, o una biografía. *María Feodorovna, emperatriz de Rusia*. Daba pereza levantarse a buscar el libro. Sobre el estante estaba un cuadro de Lamas. Un niño mendigo, ocre, torcido en una posición zigzagueante de torso, brazos y piernas, sobre un fondo de pared de amarillo limón. El rostro vuelto hacia arriba y las manos vacías caídas sobre los muslos. Más arriba estaba el liso grano opaco del techo de yeso blanco. Algunas sombras se movían vagamente sobre él. Eran sombras de ramas y hojas de las plantas del jardín. De donde venía la brisa que llenaba la habitación y no se veía.

Salió porque vino la criada a avisarle que la llamaban al teléfono. La llamaba Igor Pérez. Pensó en negarse. Pero negarse era como darle importancia. Salió al teléfono que estaba junto al remate de la escalera en el piso alto.

Sintió que su madre estaba abajo y la iba a oír. Le pareció mejor.

Descolgó el auricular. Era la voz de Igor. Pequeña y agutaperchada en el fondo del aparato. Remota y pequeña.

—¡Es muy difícil encontrarte! Te he llamado muchas veces.

Contestó con desgana:

—¡Sí, es difícil!

—¿Por qué?

—Pues porque tengo otras cosas que hacer, ¿no comprendes?

Igor insistía entre un torrente de razones confusas y de voces, altas a veces y otras suplicantes. Le era difícil ponerle atención a aquel zumbido articulado que venía de tan lejos. A cada instante estaba pensando en otra cosa.

Contestaba mecánicamente: «Vamos a ver». «Quién sabe». «No entiendo». Al otro lado Igor volvía a repetir su enrevesada razón, su súplica o su amenaza. ¿La amenazaba o era que hablaba de otra persona? Otra persona que hablaba de otra persona. Otra persona que no era ella, que no se parecía a ella. Que acaso había sido amiga de aquel ser que se llama Igor y que la halagaba y la conminaba. Pero que ahora no podía entender.

Callaba largos ratos dejándolo hablar. Era un chorro roto de palabras que fluía continuamente.

Venían de muy lejos aquellas palabras y no podían alcanzarla. En la mano con que sujetaba el auricular debía tener aquella esclava de oro demasiado gruesa y un poco femenina. En la guerra los soldados las usan de acero gris para que los identifiquen en la muerte. Habría que identificarlo en aquella muerte gris de donde venía la voz posesiva con un nombre. Con un nombre que no quería, ni tenía por qué darle. Una voz que nada significaba. Tampoco ella tenía puesta la pulsera de las sibilas que le había dado Álvaro.

—Espera un momento —dijo. Quedó como un chirrido de insecto la voz en el aparato. Fue a la cómoda, abrió la gaveta y tomó la pulsera. Todas las sibilas danzaron con la luz en torno a su brazo. Adivinaban y protegían, pensó. Era el talismán de Álvaro. Volvió al teléfono. La voz volvía a ser humana. Pero ella buscaba ahora la sibila tiburtina y la tomaba con los dedos de la mano libre y la hacía girar entre las yemas. Daban menudos pinchazos sus aristas metálicas. Protestaba Igor al otro extremo. Era verdad que no lo estaba oyendo. No lo podía oír. No lo quería oír.

—No me siento bien, Igor. Tengo jaqueca. Me llamas otro día.

Y colgó. Tañó el golpe metálico y se apagó el zumbido y la voz que estaba en él. Todo quedó quieto.

Oyó la voz de Zulka desde abajo. La había estado oyendo. Ávida de palabras y de adivinaciones. Desde abajo, desde el pavimento, desde el

piso, desde la tierra. Como una raíz. Era una presencia tan antigua y tan invariable como su vida. De ella venía. Era la que daba y había dado. ¿Dado qué? ¿Dónde están tus cosechas? Podía no parecerse a ella. O quería no parecerse.

Era ella la que tenía que decir:

—Muy mal le has respondido a ese muchacho.

—No tenía ganas de hablar.

—No le hubieras salido.

—¡No me fastidies tú también!

Bajó lentamente la escalera. Zulka la esperaba al pie, seria y conminadora.

—Te estás volviendo caprichosa y desagradable, ¿sabes? Antes no eras así. ¿Qué te pasa?

Le respondió con agresiva frialdad:

—¡Tú también te has puesto desagradable!

Le hablaba como a una extraña. A aquella mujer vestida de color rosa desvaído, demasiado cuidada de cabello y de manos y de postura. Demasiado joven de cuerpo y hasta de voz. No hubiera podido hablarle con piedad ni con dulzura. Sino con aquella dureza metálica.

—A veces te pareces demasiado a tu padre —le había dicho Zulka.

Tal vez porque se parecía a ella su padre tuvo que dejarla. Juan Milvo, su padre, había madurado y envejecido, pero Zulka no. Se le había dulcificado el rostro con los años y las manos se le habían puesto lentas y mansas. Pero Zulka continuaba erizada contra el tiempo. Pensó en la erguida cabeza de una serpiente verde entre los tallos verdes de la hierba agitada por el viento.

—¡No me disgusta parecerme a mi padre!

Zulka se quedó en silencio. Veía poco a Juan Milvo, venía muy de vez en cuando a la casa y prefería encontrarse con la hija fuera, llevarla de paseo o a almorzar al club o a un restaurante.

—Como vives conmigo, puedes ver mejor mis defectos.

Lo dijo con un tono doloroso y casi vencido. Sibila sintió remordimiento. Era como una fatalidad que la llevaba a enfrentarse a su madre. Tal vez si hubiera sido distinta habría podido confiarse a ella. Si

hubiera sido más blanda, más tierna, más quieta, más tibia. Era la imagen de una gallina echada, llena de píos de polluelos debajo de las alas extendidas. Echada sobre la tierra, en un hueco de polvo.

Cuando ella viera de nuevo a su padre, dentro de cinco o diez días, hablaría sueltamente como con un amigo y Juan Milvo con su gracia, su ligereza, su insensible sabiduría le contaría cosas del pasado y de las gentes. Como le había contado una reunión que había tenido en la casa de Isotta Gavio, con pintores y poetas. «¿Por qué no me invitan a mí?» «No es sitio para ti». Había estado el pintor Lamas, y el escritor Sormujo y Álvaro Collado. «Isotta Gavio es una mujer bastante libre», decía Juan Milvo. «Todos ustedes gustan de ella». Juan Milvo había reído. «Unos más que otros». «Es impulsiva y rara, ¿sabes?» «Se encapricha, a veces, con alguien».

Su padre hablaba bien de Álvaro Collado.

Zulka lo había conocido mucho.

—Antes de irse al extranjero venía mucho a esta casa.

Le había preguntado bruscamente:

—¿Venía por ti?

Zulka sonrió sin negar. Sibila recordaba ahora que Álvaro le había dicho al verla que se parecía terriblemente a su madre. Debía ser muy joven cuando venía por Zulka. Un muchacho absurdamente enamorado de una mujer casada. Algo le debía quedar de aquel sentimiento. No lograba hablar de una manera normal con Zulka. Algo había que se sentía en el fondo de las palabras o de las miradas.

—Es un poco raro —dijo Zulka.

—Todos somos raros. ¿No te parece?

Se vio en el espejo para buscar en su rostro las huellas del rostro de Zulka. Estaba convencida de que se parecían muy poco.

—Debes tratar de ser más amable con Igor.

—¿Por qué, si no me interesa?

Y añadió malévolamente:

—A lo mejor le interesas tú, como a Álvaro.

Zulka se demudó. Sin añadir palabra dio vuelta y se alejó hacia el interior de la casa. Sibila se quedó sola un rato, oyendo el taconeo que se

atenuaba en la distancia. Se había ido Zulka. Momentáneamente. Iría rumiando su ira. Ya no se sentía su presencia. Más tarde volvería a su mundo. Vendría Lázaro Agotángel a hablarle de negocios o de política. O vendría Álvaro, inesperadamente. El que no vendría es Juan Milvo, su padre. Era el único que no venía sino por ella, por Sibila. A buscarla y rescatarla.

Subió con violenta rapidez a su habitación y cerró la puerta de un golpe.

Se quedó mirando la cama revuelta que todavía no habían tendido. Revuelto y enredado estaba su mundo. Estaba Igor donde debía estar Álvaro. Interceptado. Estaba Lázaro donde debía estar su padre. En aquel gran hueco vacío de hombre que había en la casa que había sido de Juan Milvo. Estaba Isotta Gavio. Una mujer libre. Con los poetas y los pintores. Con su padre y con Álvaro.

Tendría que hacer algo con su vida para salir de aquel marasmo.

Se asomó a la ventana. Mangos copudos, samanes y una palmera del viajero, abierta como un inmenso abanico, estaban llenos de una oscura quietud viviente.

30

Fue una llamada a destiempo, pasada la medianoche, con un toque inusitado e insolente en la puerta, que resonó en toda la casa dormida.

El primero en oírlo, tal vez, fue Álvaro, pero fue el último en levantarse. Tuvo tiempo de imaginar lo que podría ser. Podía ser una mala noticia o un mal suceso. Podía ser Centalla, o un emisario de Centalla. Hubieran preferido llamar por teléfono. O, tal vez, era tan grave lo que tenían que comunicar que habrían preferido enviar un mensajero.

Se oían en el patio y en el corredor rápidos y torpes los pasos de los que se habían levantado. Pasos arrastrados de pantuflas y pisadas soñolientas. Después se oyeron voces. Ásperas y desacostumbradas.

Cuando asomó a la puerta del cuarto vio en el ante portón tres hombres extraños, con revólveres en las manos, que hablaban con su padre y con su hermano Rubén.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que te vienen a hacer preso a ti —le informó Rubén.

Sintió un escalofrío. Venían a llevárselo aquellos hombres como si fuera un malhechor, como si fuera igual a ellos. Sus rostros, sus gestos, sus voces, su actitud, descompasaban con toda la casa.

El general Collado hablaba con voz firme:

—Esto es un atropello del que protesto. No hay derecho a venir a asaltar una casa decente en esta forma, como si fuera una guarida de malhechores. Aquí no se ha cometido ningún crimen.

—Nos han dado la orden de venir a buscar al doctor Álvaro Collado. Eso es todo lo que sabemos.

—¡Yo no tengo a nadie a quien llamar para protestar de este abuso! —decía él viejo general.

El ralo cabello blanco del general Collado se alzaba revuelto. La voz se le quebraba de indignación. Rubén sugirió:

—¿No te parece, papá, que llame a Lázaro para que arregle esto?

Álvaro se interpuso:

—¡No! ¡Nada tiene que ver Lázaro con esto! ¡Los señores me vienen a buscar a mí y estoy dispuesto a marcharme con ellos! ¡Permítanme un momento para vestirme!

Luna, su cuñada, apareció medio dormida. Con ojos de alarma y voces desentonadas preguntaba sin parar:

—¿Y qué pasa? ¿Y por qué se lo llevan? ¿Y qué fue lo que hizo?

Rubén la hizo callar ásperamente.

Mientras su padre y Rubén seguían parlamentando con los esbirros, se fue a vestir de prisa. No sabía qué traje ponerse, ni si llevar las llaves y la cartera, y ropa para dormir y para cambiarse.

Por lo menos la noche la iba a pasar detenido. Era obvio. Y tal vez mucho más tiempo. Habrían descubierto la conspiración de Centalla y su nombre habría salido a relucir.

Resultaba ridículo salir ahora como un colegial imprudente, detenido por estar acusado de participar en la preparación de una revuelta. ¡Con aquellas gentes!

—¡No vayan a llamar a nadie! ¡Déjenme quieto arreglar esto! —dijo a su padre y a su hermano. Se fue a despedir de su madre, que lloraba sola en el fondo del corredor.

—¿Qué ha pasado, Álvaro?

—¡Nada, mamá! ¡Alguna equivocación!

Con aire despreocupado dijo adiós y salió con los hombres. En la puerta aguardaban dos más, junto a una camioneta. Lo sentaron en el asiento posterior entre dos de ellos. Iban apretados y olía a sudor y a tabaco.

Arrancaron y rodaron rápidamente a lo largo de las calles solitarias.

—¡Ya llevo tres días acuartelado sin que me dejen salir! —dijo uno de los esbirros.

—¡Eso no es nada para lo que falta! —replicó otro.

Eran de una edad indefinida, pero más jóvenes que viejos, de fuertes alientos y rostros sudorosos. Encendían cigarrillos y tosían. Se puso a tratar

de reconocerlos por los acentos. Uno pequeño y musculoso le pareció coriano. Se lo preguntó:

—¿Yo? No. Soy de Calabozo.

—Llanero.

Se sonrió. Fue tratando de darle calor a la conversación mientras avanzaban en la camioneta. Uno era de Trujillo, otro de Lara. Otro de Caracas y otro de Irapa. Eran como una delegación que el país le enviaba para conducirlo a aquella experiencia. Hablaban con naturalidad, sin dureza. Hubiera querido preguntarles cómo habían llegado a hacer aquello, pero tal vez podían ofenderse. Prefirió hablar de lo que habían sido antes. Uno había sido chófer, otro botiquinero, otro, empleado de comercio.

—¿Adónde me llevan? ¿A la cárcel o a la Seguridad?

Tardaron en responderle. Al fin uno le dijo entre dientes:

—A la Seguridad.

Eso significaba que lo iban a interrogar y debía prepararse. Lo más sencillo sería negar todo, menos lo que podía ser evidente.

Llegaron a la iluminada puerta del edificio de la Seguridad. Hombres sin uniforme, armados de fusiles, estaban en la entrada, en las escaleras y en los pasadizos. Los más eran extraordinariamente jóvenes. Casi adolescentes.

—Buena escuela —pensó Álvaro.

No menos buena que la que tuvieron Lázaro y Eladio y los amigotes del Comandante. Pensaba ahora que seguramente Rubén habría llamado a Lázaro. Pensaba en el despectivo tono de conmiseración con que Lázaro acogería la noticia:

—¡Quién lo manda a meterse en vainas! ¡Y con el loquito ese de Centalla!

Él era el que conocía, el que sabía actuar, el que tenía razón, el que nunca erraba. «¡Con el loquito ese! ¡Imagínate!»

Lo habían llevado ante un hombre moreno y grueso, frente a un escritorio. Tenía el sombrero ancho metido hasta las cejas y mordisqueaba constantemente un abultado cigarro. En la gorda mano oscura destellaba un brillante. A su lado, con una máquina de escribir, parecía esperar un funcionario. Flaco y trasnochado.

No hubo saludo.

—Siéntese.

Se sentó en una dura silla de madera y se puso a la expectativa.

—Le quiero decir, antes de empezar a interrogarlo, que lo sabemos todo, que ya Centalla y sus cómplices están presos y que ya han cantado. Lo que queremos es comprobar con usted algunos puntos.

Se detuvo un momento, antes de contestar, para hablar con más calma y firmeza. Estaba seguro de que Jeremías Centalla nada habría dicho, si era cierto que estaba preso.

—Le quiero decir, con la misma franqueza, que ignoro completamente de lo que usted me habla.

—Lo sabemos todo.

—Pues si lo saben todo, deben saber que yo soy inocente.

El hombrachón lo miró de mala manera.

—¡No se ponga tan difícil!

Podía ser una amenaza. La amenaza de la tortura y del sufrimiento físico. Pensó un momento en la horrible degradación del tormento. Las quemaduras, las descargas eléctricas, los tortoles, la larga sentada desnudo sobre un bloque de hielo, mientras los testículos y los intestinos y las posaderas se entumecen de doloroso frío.

—¿Cuándo vio usted por última vez a Jeremías Centalla?

Era mejor decir que no recordaba con precisión, que tan solo lo encontraba ocasionalmente, en una que otra reunión.

El hombrachón del cigarro de olor penetrante quería saber en cuáles reuniones.

Se puso a nombrar gentes insospechables. El doctor Milvo, la señora Reyes, el señor Francisco Olifán; tal vez en casa de Oromundo Pérez, ¡ah!, y también un día en casa de la señorita Parma.

El hombrachón oía y jugueteaba con un lápiz sobre la mesa. Los nombres caían ante él con un sonido casi insignificante. No debía saber mucho quién era Zulka Reyes, pero en cambio sí sabía que Pancho Olifán era hombre de influencia con el Comandante.

—Usted dice que lo ha visto en casa del señor Olifán.

No convenía precisar mucho:

—En casa de él o en casa de la señorita Gavio, donde él va mucho.

El interrogador sonrió. Había hecho mal en lanzar el nombre de Isotta en aquella forma. «Estoy desnuda debajo de esta túnica». Tenía en las manos el tacto de aquella piel. Si no hubiera llegado Juan Milvo. ¡Fue providencial! Hubiera habido consecuencias. Milvo vino a salvarlo. ¿Acaso para su hija? Mañana por la mañana Sibila sabría que estaba preso. Oiría por la boca de Zulka la versión ridiculizante de Lázaro. ¿Cuál sería la reacción de Sibila?

—¡Conteste, le estoy preguntando!

Se había distraído. Le había preguntado si conocía a cierto oficial del ejército. Era uno de los que le había nombrado Centalla. Afortunadamente podía afirmar con todo énfasis que no lo conocía.

—Nunca lo he visto.

Al hombrachón lo desarmó la seguridad de la respuesta. No era un hábil polizonte, pensaba Álvaro. Basso, en sus tiempos, fue ciertamente mucho mejor. Pensó que Basso a aquella hora debía estar durmiendo beatíficamente. Junto a la Pastora Suiza. Ya amojamada, descolgada, floja.

Le seguían preguntando. Era precisamente Beatriz la que había ido a hablar con Basso para interceder por él aquella vez. ¡Aquella otra vez!

Le preguntaron por otra persona que le era igualmente desconocida. Afortunadamente no le preguntaban sino por desconocidos. O era tal vez que la mayoría de los que estaban metidos en aquello eran gentes desconocidas para él. Gentes a las que nunca había visto, a las que había entrevisto, o de las que sabía apenas la existencia.

Le volvían a preguntar por Jeremías. No lo que él hubiera podido decir con gusto de Jeremías. La evolución de sus ideas. Lo que pensaba de la política. Lo que podía quedarle de lo que había sido en los tiempos en que era el novio, o qué se yo, de Fina Armenta. Pero no era eso lo que quería el polizonte. Quería nombres, datos, planes.

—Yo creía que Centalla era amigo de esta situación. Esa era la impresión que yo tenía.

El hombre lo vio de mal modo.

—Tengo entendido que colaboró con el Comandante o con gente muy allegada al Comandante.

El efecto fue peor. El hombre mascó más fuertemente el cigarro apagado. Tal vez Jeremías no estaba preso. Quizás había tenido tiempo de esconderse. Era hasta posible que se hubiera escondido en la casa de Soledad Hernández, la gorda mulata amorrongada.

Las preguntas insistían torpemente sobre nombres, sobre fechas y sitios. Era como un juego de pájara pinta labrado en un banco de cárcel. A cada grano de pregunta que ponía el polizonte él colocaba su negativa o su coartada.

Entraban gentes y salían gentes mientras lo interrogaban y se oía el ruido de automóviles que llegaban o arrancaban en la calle. La dura silla empezaba a dolerle en las posaderas entumecidas. Peor sería el bloque de hielo.

El interrogador parecía cansado. A ratos sonaba el teléfono y contestaba por monosílabos a los largos parlamentos que le decían desde la otra bocina.

—Está bien —dijo de pronto—. Vamos a darle tiempo para que piense. Acuérdese de que si usted no habla hay otros que hablan. ¡Y es peor querer negar!

Guardó silencio un rato, mirándolo y luego dijo a dos hombres qué aguardaban sus órdenes:

—Llévense al señor.

Lo pasaron a otra oficina donde le tomaron el nombre y los datos personales y lo despojaron del reloj, la cartera, el dinero y las menudas cosas qué llevaba en los bolsillos. Subieron por una escalera dos pisos más y desembocaron en un pasadizo mal alumbrado donde montaban guardia hombres de fusil. Llegaron a la puerta de un calabozo oscuro. Abrieron la puerta. En la penumbra se veían hacinadas camas de campaña y cuerpos tendidos sobre ellas.

Le señalaron una, junto a la pared:

—Acuéstese en esa.

Cerraron la reja. Se sentó en la cama y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz. Había una sábana y una almohada sobre el camastro de lona. Una sábana rugosa que parecía usada. Se tendió. Olía a trapo sucio.

De una cama vecina, en voz baja, preguntaron su nombre.

—Álvaro Collado.

Nadie dijo más nada. Seguramente no lo conocían. Eran gentes desconocidas para él que oían aquel nombre por primera vez.

Era inútil preguntar por aquellos nombres. Ni tratar de hablar. Debía ser tarde. Quiso ver el reloj, pero se acordó de que se lo habían quitado. En el camastro vecino alguien dormía con fuertes ronquidos. Lo mejor sería tratar de dormir. No le quedaba otra cosa. No le fue fácil hallar acomodo en el estrecho camastro. Ni sumergirse en el sueño.

31

Se hizo larga aquella escalera que daba vueltas como de angustia. Peor que la larga noche y que el duermevela de la prisión era aquel encuentro que presentía. No podía ser otro ni por otro motivo. Era él quien tenía que venir. Era como si lo llevaran con una soga al cuello y grillos en los pies ante el vencedor. Como uno de aquellos prisioneros cuya fila monótona y humillada sube en espiral por las columnas antiguas hasta el trono del rey victorioso.

—¿Para qué me llaman?

Nada respondió el guardia, pero Álvaro Collado sabía. En toda la larga noche, cortada de visiones y de imaginaciones, había estado esperando aquella hora. Que ahora entraba cálida y cruda con el calor de la media mañana.

Lo encontró en la sala del jefe. Solo, poderoso, seguro, suave. Lázaro Agotángel.

—Te vengo a buscar.

No iba a perder aquella ocasión. Rescatar magnánimamente a Álvaro de su fracaso, de su ridículo, de su estúpido paso. Hablaba del Comandante. Tenía que ser. El Comandante no tenía nada contra Álvaro. Más bien estaba sorprendido. Le habló de la familia. Del general Collado, de Celmira, su madre. La voz suave golpeaba como un insulto. A ratos sonreía, y entonces era peor.

—Yo le dije al Comandante que tienes que pagar el noviciado ¿y tú sabes lo que me dijo?: «Ese preso es suyo, haga con él lo que quiera, Lázaro».

Fueron saliendo lentamente a la calle. El sol y el aire le parecieron de una pureza inusitada. Subieron al automóvil.

—Cometiste una tontería. ¡Ahí está ese pendejo de Jeremías Centalla, preso!

Lázaro hablaba con la majestuosa lentitud del sacerdote que reza el responso ante el cuerpo del difunto. Mudo lo oía Álvaro. Pasaban las frases rituales. Centalla era un tonto. Era peor que un tonto. Pertenecía a la clase de los que no tienen mando ni saben conseguirlo. «¡Con pendejo no se va ni a misa!» «Centalla está disgustado y se ha puesto a conspirar porque no le dieron lo que quería». Era así de mezquino y de vil. No le dieron lo que quería. Tal vez quería ser como Lázaro, pero no sabía cómo serlo. Tener influencia y mando y riqueza. Pero no le dieron lo que pedía.

—A nosotros no nos van a tumbar así no más.

Dijo *nosotros* como hubiera podido decir: «Nosotros los amos, nosotros los señores, nosotros los jefes, nosotros los superiores, nosotros los predestinados a mandar».

Fue entonces cuando Álvaro dijo apenas, en una voz en que temblaba, como un ánima de acero, oculta la ira:

—Te agradezco lo que has hecho por mí, Lázaro, pero preferiría que no habláramos de eso ahora.

Lázaro lo vio con dureza. Álvaro sintió la mirada. Quién sabe qué cosa brutal iba a decir:

—A ti no te gusta esto, ¿por qué no te vuelves a ir?

Era el dueño de aquel automóvil, y de aquella calle, y de aquella cárcel, y de aquella ciudad. Era justo que pensara que Álvaro no tenía nada que hacer allí y que debía marcharse.

—¿Por qué no te vuelves a ir?

¿Por qué no se iba y desaparecía aquella pequeña molestia, aquel moscardón, aquel intruso de Álvaro Collado, que no estaba en la cárcel gracias a él?

—No me voy a ir. Este es mi país.

Lázaro reía con la misma risa que lo sacudía al oír un chiste soez.

¿Acaso podía preguntarle de cuál país? Todo era de Lázaro y de los suyos y nada quedaba para los otros. Era de Lázaro y del Comandante, y de Eladio y de Verrón y de Oromundo, y de los centenares de millares de Lázaros, Verrones y Oromundos.

—Es chistoso que alguien se ponga a hablar seriamente de lo que no tiene —dijo Álvaro—. Como los embusteros de los cuentos que hacen reír. Todo el país que hay parece que es tuyo y de los tuyos. Nada ha quedado ni puede quedar para los tontos como yo o como Centalla. A lo sumo un pequeño calabozo en la cárcel. O una generosa invitación a marcharse a otro lado.

—Tú no quieres comprender.

Álvaro siente como si Lázaro creciera y alcanzara una dimensión inhumana, como esos grandes muñecos de caucho inflado que flotan entre los edificios en los desfiles de carnaval. ¿O es más bien, acaso, que él se ha ido poniendo pequeño y recogido? Es poco lo que tiene que ocupar. Le quedan pequeños espacios de muerto o de roedor. Un túnel de nutria debajo de la ancha tierra de los otros. Una fosa debajo del abierto país de los vencedores. Suficiente para las pocas cosas y los pocos seres que pueden estar con él. Como si estuviera metido dentro de un calabozo abstracto o desterrado a una isla tan pequeña como el capitel de un estilita.

Todos aquellos pelos gruesos de la mano de Lázaro son de otra humanidad, aquella voz es de otra gente. De los que se cogieron todo aquello y no dejaron nada para los otros.

—No te imaginarás que esto pueda durar eternamente.

Lázaro se sacudió:

—Ni tú ni yo vamos tampoco a durar eternamente.

—Puede durar menos que nosotros. O que alguno de nosotros.

—Tal vez.

Lo dijo despectivamente, desdeñosamente, cansadamente.

—Tal vez, pero los que vengan detrás tendrán que hacer como nosotros y no como tú piensas.

—Si no creyera que tienes que estar equivocado —dijo Álvaro—, aceptaría tu invitación a irme, porque nada entonces tendría que hacer aquí, ni nada tendrían que hacer los que son como yo, aunque sean pocos, ni nada tendría que enseñar a nadie. Ni nada tendrían que hacer los que solo desean poder vivir como seres humanos.

Era aquella voz de otra lengua o de otra raza, que era como eco de agua de creciente, con piedras arrastradas, que baja por los cauces más ásperos y

secos, la que decía, pero no para él, que ya no podía ni quería oír:

—Haz lo que quieras, pero ten cuidado, porque si vuelves a caer en esto no voy a poder sacarte.

No era para replicarle que seguía diciendo:

—No me voy a ir. Voy a quedarme. En mi país a hacer mi país, a rescatarlo de los que lo han hecho cautivo, de los que lo han doblegado y torcido. Y aquí me voy a estar agarrado, apechugado, solo, o con quien quiera acompañarme. Aunque sea como Noé, para tener que fundar de nuevo la raza y la fauna después de que pase el diluvio.

No contestaba Lázaro.

Después de que pase el diluvio y empiecen a emerger los primeros picos de la tierra bajo el agua invasora y crecida. Va a tomar más de cuarenta días y hasta de cuarenta años, pero cuando el agua baje se verán los grandes esqueletos de los monstruos muertos. Los ojos de pescado de los ahogados, enredados en ramas convertidas en raíces. La tierra será devuelta al viento y se comenzará por una casa y una siembra y una mujer. Una mujer. Y el agua correrá de nuevo por los cauces, mansa y servidora.

El automóvil no iba hacia la casa de sus padres. Preguntó.

—Ya los viejos están avisados. Vamos a pasar un momento por casa de Zulka que tengo que hacer algo.

Zulka también estaba en su botín, en su reata de cautivos e iba a mostrarle el nuevo galeote.

Podría tal vez Lázaro decirle a ella, si tuviera imaginación:

—Lo he rescatado de las aguas en que se estaba ahogando y lo traigo para que veas que está vivo. Esta vez lo he salvado. Tengo fuerza para ello. Para salvar a este niño perpetuo, extraviado por los caminos que yo le he enseñado a no recorrer, caído en las aguas donde yo le he dicho que no debe entrar. Sonámbulo de libros, atontado de palabras, lelo de teorías. No sé si tendré tiempo o voluntad para volver a rescatarlo.

Era ahora Lázaro Agotángel quien lo llevaba a aquella casa, como una pieza cobrada. En la mañana de un año perdido había salido de la casa del cerro, de la arropada y espesa cháchara de Soledad Hernández, para alcanzar aquella otra mañana en que lo iba a llevar a la casa de Zulka de nuevo.

La otra vez, sucio y barbudo como Pedro Harapos, Álvaro había ido con Zulka. No había aparecido ante sus ojos todavía Lázaro Agotángel. Aquel callado hombre de gordas manos morenas que estaba sentado junto a él ahora, como sobre una roca. Pero ya existía entonces y había empezado a caminar su camino. Aquella otra vez le parecía ahora tan distinta. Todo parecía más claro y más reconocible. Estaba a su lado Zulka vestida de verde, fragante y parlanchina. Una mujer de quien le parecía estar inminentemente cerca. Y estaba Milvo. Y estaba Sormujo. Taimado, escéptico y sarcástico, Luis Sormujo.

Había dicho el nombre de Sormujo en voz suficientemente alta y Lázaro lo había oído:

—Sormujo va a ser nombrado ahora para una buena embajada. Me lo dijo el Comandante.

Saldría el retrato en los periódicos. Le darían algunas cenas de despedida, con firmas de menús y floripondios oratorios y Luis Sormujo diría entre dientes algunos sarcasmos nuevos.

Ni quiso comentar nada. Además, ya llegaban a la puerta de la casa de Zulka.

Debía ser cerca del mediodía. La puerta estaba abierta y entraron sin avisar. Atravesaron el vestíbulo. Lázaro alzó la voz llamando a Zulka. Como pudiera hacerlo en su propia casa. Se oyó a Zulka responder desde el porche.

—Entra.

Estaba sola, con una tijera de jardinero, arreglando un tiesto.

—¡Álvaro, tú también! —dijo con sorpresa.

—Me han traído.

—Muy bueno. Me contento mucho de que estés en libertad. De seguro que te sacó Lázaro.

No quiso responder.

—Jeremías Centalla ¿sí sigue preso? —añadió con intencionada perplejidad.

—Ese sí —respondió Lázaro.

—¡Tenía que ser!

Era lo que decía Zulka, serena y risueñamente, mientras colocaba la tijera de jardinero sobre la mesa, se sentaba con coquetería en el centro del sofá y se tocaba con los dedos la bronceada cabellera.

—Siéntense.

Álvaro iba a decir que no tenía tiempo, que deseaba volver pronto a su casa, donde sus padres lo estaban esperando. Era lo más prudente que podía decir en aquella circunstancia, pero no tuvo tiempo.

Se oyó resonar la voz fresca y clara de Sibila. Bajaba hacia el vestíbulo y hablaba a media escalera:

—¿Quién está ahí, mamá? ¿Es Álvaro?

Tenía un timbre de incierta esperanza.

—¿Álvaro?

¿Era que había repetido la pregunta o era que se había retardado la resonancia empañada en la mente de Álvaro? Eran tres sílabas altas, limpias, llenas, metálicas que se habían quedado en el aire con su nombre, diciendo cosas. A toda voz, a toda boca, a toda presencia, aquel nombre lo hallaba, lo iluminaba, lo llevaba. Álvaro se quedó detenido y en suspenso.

Era Zulka quien lo veía ahora con unos ojos iluminados y le decía aquellas palabras incomprensibles:

—Esa niña está muy nerviosa. Vela a ver.

Fue largo el trayecto del porche a la puerta. Detrás quedaban las presencias tensas y silenciosas de Zulka Reyes y de Lázaro Agotángel. Y se alejaban de él. Llegó a la puerta que daba al vestíbulo. A cada paso sentía que se arrancaba de algo, que avanzaba contra una espesa y fluida resistencia. Pasó la puerta. Estaba en el vestíbulo. Le pareció más grande y más vacío. Las puertas abiertas que daban a la calle, a la sala, al estudio y al interior. Los cuadros con sus paisajes penumbrosos. Las baldosas pulidas, húmedas de luz. Y al término de la curva de la escalera, en el peldaño más bajo, Sibila, vestida de arabescos rojos y verdes, contenida y trémula.

Él se detuvo. Ella dio un paso más hacia él, segura, medida, luminosa. Como en la exacta frontera de dos tiempos o de dos elementos. Quedaron muy próximos.

—Álvaro —volvió a decir.

Era la niña de Zulka, tan exenta, tan cerca, que ya no parecía sino otro ser.

—Sibila —dijo Álvaro. Y comenzó a contarle las horas de la detención, del interrogatorio, de la noche del camastro, del desconcierto, del encuentro con Lázaro.

Ella oía ávidamente, pero más que oír parecía ver dentro de él. Álvaro sintió que las palabras perdían sentido y objetividad. Eran como un ruido, como una salmodia hipnótica, como un recitativo de sortilegio. Sibila se iba aproximando mientras él hablaba. ¿De qué hablaba? Estaba ahora en la más próxima presencia. Inminente, viva, total. Ya no era la niña de Zulka, ni tenía nombre. Era la que buscaba desde el fondo de los años y de los vericuetos de las andanzas. Era como agua en la garganta. Tenía sus ojos frente a sus ojos.

Era todavía tiempo de romper el encantamiento, de hacer estallar cualquier palabra como un cristal, de hacer el ademán de la liberación. Pero ya no podía.

Era como si hubiera pasado en sueños cotos y cercas y vallas. Para estar entrando en el huerto de lo prohibido, de lo vedado, de lo casi pecaminoso. La niña de Zulka y de Milvo. Le sentía la humedad vital del aliento.

Todo había llegado a ella y era ella a la que buscaba. Ahora lo sabía con la más honda certidumbre. Ahora no quería, ni podía, ni sabía regresar. Estaban tan cerca que tropezaron sus manos y se agarraron con desesperada ansiedad.

—¡Álvaro, tú…!

Era una voz labial, trémula, aletargada. Eran los ojos en sus ojos. Con una infinita suavidad rozó su mejilla con su mejilla y sintió pasar bajo sus labios la tersa piel viva. La cerró en sus brazos y la besó en la boca, sin palabras, sin pensamientos, con la sensación de una muda alegría que rompía por dentro como sangre derramada.

32

Era un camino largo y tortuoso el que lo había llevado hasta Sibila. Como la andanza de regreso del niño perdido en la montaña de las brujas, guiado por los granos que no se habían comido los pájaros, o por las señales que había marcado en los troncos, o por un tenue hilo, a trechos roto, que había ido desovillando mientras penetraba en la selva enemiga.

Se había detenido, había avanzado, muchas veces había perdido el camino. Era cierto. Casi no sabía, al comienzo, hacia dónde iba. Lo vino a saber, o a descubrir, al final. Cuando ya era llegado. O acaso lo sabía desde el comienzo y no se lo quería confesar a sí mismo.

El camino comenzaba en aquella habitación alta donde estaban sus libros y sus cosas de la adolescencia. El cráneo de porcelana, los borrosos *gouaches*, los viejos libros de desteñidos lomos rojos. Abajo estaba la casa de sus padres. El viejo general Collado con su escolta de recuerdos; Celmira, hacendosa y majadera, y Rubén, su hermano, y Luna Carlina, mansa. Y los visitantes y contertulios. Y las murmuraciones.

Allí oía las palabras cargadas de sombras y reproches, que lo aconsejaban o lo conminaban:

—¡Cuídate, hijo, que estás mal visto! ¡Cualquier nueva imprudencia te puede costar muy cara!

Lo decía su padre, con aquella cara resignada de largas cárceles y de desesperanzas. Acaso para insinuarle que callara, disimulara y se hiciera mimético e invisible como las cerbatanas verdes sobre las hojas verdes. Una regla de vida del mundo de los insectos.

—La situación se está poniendo muy difícil para ti —decía Rubén, su hermano, y Luna Carlina asentía con la cabeza, gravemente, como en un acto de devoción religiosa.

Y más allá de la puerta de la calle, otras voces decían lo mismo. Miradas y voces que lo tenían por objeto a él, a Álvaro Collado, para pesarlo, juzgarlo y condenarlo. Como si estuviera sometido a un juicio oscuro y sin trámites, donde la acusación y la sentencia pasaban de boca en boca o se confundían en las mismas palabras. Palabras de saludo o de consejo que sonaban a ratos solemnes, como el eco de una lejana lectura de fórmula procesal.

Más allá de la puerta, qué otra cosa significaba lo que podía decir Bruno Galeotti:

—Te tienen señalado, Álvaro.

Lo tenían señalado, que era como decir que lo tenían condenado. Lo tenían condenado detrás de aquellas altas ventanas de oficinas, en las conversaciones que pasaban sobre los escritorios en los pisos altos de aquellas torres hostiles que dominaban la calle, o en el cuchicheo de las mujeres, casi desconocidas, que cruzaban en un automóvil.

—Ese es el que está señalado, el que está condenado.

A lo largo del camino podía adivinar las mismas palabras, la misma sentencia.

«Sin embargo, no estoy sometido a juicio». ¿O sí, estaba sometido a un juicio desconocido en el que se debatía la pena que se le iba a imponer? ¿Eran caras de jueces o de esbirros o de amanuenses las que tropezaba en el largo camino que lo llevaba desde el cuarto de la niñez por la ciudad y el mundo? Caras de pronto severas, o temblorosas, o lívidas o inertes de juzgadores, de curiales, de alguaciles. Cabeceantes, sordas, abstraídas.

Cara de juez torvo era la de Verrón. Y era Verrón quien decía, o quien repetía o quien transmitía la sentencia. Oficio de alguacil o de corchete de vieja estampa:

—Un viaje al extranjero sería muy conveniente. Darías tiempo para que las cosas cambiaran.

Lo condenaban al destierro. A dejar aquellas gentes y aquellos árboles y aquellas casas. A ser echado de la tierra.

Era también lo que decía Rubén que le había dicho Oromundo Pérez:

—Ese muchacho ha botado el juego. Tenía todas las puertas abiertas.

Ahora es como si estuvieran todas cerradas. Cerradas contra el enemigo, contra el maldito. Como si llevara una campana de leproso de la Edad Media para que las gentes tuvieran tiempo de huir antes de infectarse con su presencia. Malato y gafo[44] de viejo romance. Para que tuvieran tiempo de cerrar las puertas.

Cerradas, aunque parecían abiertas. Pero estaban cerrados los ojos, cerradas las bocas, cerrados los oídos de tantas personas que lo saludaban o que le sonreían. Querían no haberlo visto, no haber hablado con él.

—Estoy como el pobre Sebastián Mur —le dijo un día a Bruno Galeotti.

El hombre de la mala sombra del que todos huían, con su mano tendida, con su sonrisa no correspondida, con su soledad irrompible.

Había quienes creían que las cosas se podían arreglar. Si mostraba suficiente arrepentimiento. Un acto extraordinario de gracia, o de clemencia, o de perdón.

A veces Rubén, su hermano, decía:

—Lázaro habló muy bien de ti. Dijo que era una lástima lo que había pasado.

O llegaban a más:

—Con una conversación con el Comandante eso se podría arreglar. Yo puedo conseguir eso.

Era que le habían cambiado la sentencia, le habían conmutado el destierro por las galeras, la muerte civil por la servidumbre. Bastaba con venir arrepentido y sumiso, ante Lázaro y ante el Comandante y decir simplemente:

—He sido un tonto. Estaba equivocado. Me arrepiento.

O tal vez:

—Me engañaron. Me dejé engañar. Ahora comprendo mi error. Permítame demostrarle que, de ahora en adelante, soy su más leal servidor. El más decidido soldado de su causa.

Como si le hubieran colocado al cuello el virote y la cadena de las viejas reatas de prisioneros. Como aquellos que en los antiguos relieves persas avanzan atados y sumisos ante el victorioso rey barbudo, custodiado por dioses alados.

Era lo que brotaba de las altas torres aspilladas que se alzaban a lo largo del camino. Era también lo que pensaba Zulka y no se atrevía a decírselo. ¿O, acaso, Zulka prefería el destierro?

Cuando le fue a hablar de que quería casarse con Sibila, le respondió con evasivas.

—Me parece muy bueno. Pero vamos a darle tiempo al tiempo. Los dos son volubles. Los conozco bien a los dos.

También Isotta Gavio, había vuelto a mostrarse interesada por él.

—A Pancho le gustaría mucho hacerte un servicio.

Para volver donde Isotta había que tomar una vereda que lo desviaba del camino. Hablarían de pintura, de poesía y de amor. Pero sentía qua ya no podría hablar con ella de ninguna de esas cosas. Ni aun para encontrarse con el doctor Milvo. O precisamente para no encontrarse con el doctor Milvo, a quien ahora tenía que ver de otra manera.

Adivinaba las voces que podían venir de otras partes. De la cárcel de Jeremías Centalla o de los angustiados recintos de la conspiración. Lo condenaban a la sumisión del Comandante y de Lázaro, pero del otro lado.

En algún cuarto, donde entraba cernida y tenue la luz que lo alcalizaba en su camino, dirían:

—¡Hay que desconfiar de ese…! A menos que pudiera probar que esta vez está decidido a someterse y a cumplir.

A someterse y a cumplir, con el Comandante y con el Lázaro del otro lado.

Eran voces todas de proceso y de condena. En alguna parte o en todas, invisible y oscuro, estaba alzado el tribunal. Con su alto estrado, sus togas nocturnas y su salmodia procesal.

Las calles, los edificios, las plazas, los recintos de la ciudad se habían convertido en corredores, galerías, pasillos y pórticos de un laberíntico palacio de injusticia. Por todas partes se desembocaba en el estrado del tribunal. Su camino no podía dejar de pasar por allí.

Sombríos y borrosos merinos, justicias mayores, jueces de causa iban diciendo las palabras de su proceso. Este es el proceso y juzgamiento de Álvaro Collado.

Era el de Verrón el rostro de uno de los jueces, pero también cambiaba y a ratos parecía el de otras personas conocidas y hasta desconocidas y nunca vistas.

Estaban en la substanciación y habían dicho *vistos*.

Era la voz de Verrón la que decía o podía haber dicho:

—Se condena al reo a ser echado de la tierra, quitado de los suyos, impedido de volver. ¡Que nadie sea osado de dirigirle la palabra, de franquearle su puerta, de entrar en comunicación con él, hasta que los tiempos pasen y todos hayan olvidado su nombre y sus hechos!

Eran, a la vez, las voces de otros que podían decir las mismas palabras.

O era aquella voz de Oromundo Pérez, o de Lázaro Agotángel, o de Alsina, que decía:

—Se le condena a retractarse y a servir en prisiones y galeras a su señor natural.

Que era también a ratos la de Jeremías Centalla y su cohorte sigilosa de conspiradores.

—No habrá confianza en él, hasta que vuelva arrepentido y sumiso.

El camino no lograba alejarse del recinto del juicio. Topaba siempre con el oscuro tribunal de rostros cambiantes.

A veces no eran ya las gentes conocidas en la vida sino otras fantasmales figuras, remotas o imaginadas, que venían de un pasado que él no había vivido.

Ya no era el trasunto de Sormujo o de Albúrez, o de Verrón, sino otra gente ida a la muerte y a la historia. Tal vez había estado en alguna casa de la Caracas de 1808 hablando de la creación de una junta de gobierno. O alguna cabeza de convencional de Valencia en 1858 tremante de discurso, que nombraba la República, el Derecho, la Constitución.

—¿Es este hacer, el hacer que te hemos encomendado?

¿De cuál encomienda vaga e imprecisa podían hablar? Alguno podía estar desgarrado, sucio, herido o manchado de sangre. Costras de vieja sangre de viejas guerras, de lanzazo de lancero de Boves[45] o de disparo de Remington de la Federación. Gruesa bala de plomo estallada como una estrella dibujada por la mano torpe de un niño.

—¿Es este el deshacer que te hemos pedido para que el designio se cumpla?

Se oía casi el rasgar de la pluma de ganso sobre el áspero papel de ministril, que podía ser también el chirriar del pesado sable arrastrado sobre las baldosas de un patio de caballos.

—Han sido cinco años de larga guerra, pero hemos ganado.

La pluma o el sable chirriaban como las latas del techo de una choza sacudida por el viento de una tormenta.

No podían ser para él aquellas encomiendas, ni aquellas palabras. No eran tampoco ellos sus jueces. En cierto modo era más bien él, Álvaro Collado, quien estaba puesto allí, llegado allí para juzgarlos. Solo e inapelable. Eran ellos todos los que estaban en el banquillo, arracimados y mohínos, para oír su acusación y su juicio. Ellos mismos u otros sus iguales de antes, con sus duras manos destructoras, o sus pálidos dedos de escribanos o de amanuenses, con sus discursos y sus cargas, con sus planes y sus codicias de ahora y de antes, que habían pasado como nubes sin agua sobre la tierra, quienes iban a recibir su sentencia.

Era él quien juzgaba y no tenía por qué rendir cuenta. Hubiera tenido que hacer la muy larga lista de los deshacedores y de los torcedores. No habían sabido darle una tierra a la gente de paz. Y todavía no lo sabían. Había que empezar de nuevo, desde la fundación y la semilla, desde el techo de una casa y la conjunción de dos vidas. Para empezar al fin el hacer de la tierra y las gentes. Una tierra llena de millares de años de soles encendidos y de noches profundas para fundar y multiplicar y crecer.

Eran los otros los que no iban a poder entrar en ella. No podrían entrar en ella porque la iban a desnaturalizar y a perder nuevamente. O tendrían que entrar arrepentidos y sumisos.

Era larga la lista de todos los que tenían que responder. Y eran repetidos y constantes los cargos. Empezaba por nombres de encomenderos barbudos y de frailes demacrados, de hacendados y alcaldes, de poetas y de doctores. Luego venían los guerreros, los guerrilleros, los cabildantes.

Rememoraba y avanzaba. La lista se iba haciendo amplia como la de los pueblos y las generaciones. Era un inmenso juicio final en que él había

tomado la posición de Dios. Era una desproporción grandiosa e insostenible.

Tal vez, más que juzgar y condenar, había que ganar a los hombres con el ejemplo de la fundación y del trabajo y del servicio. Si él se pusiera a lo suyo tesoneramente y si hubiera muchos que se pusieran a lo suyo tesoneramente, a hacer sementera y familia y granero.

Más que por los corredores de un tribunal sin término, había que andar por el campo abierto de la vida real. Fundar vida y fundar obra con una dimensión humana abarcable.

No importaba que los otros no quisieran entender ahora. Algún día tendrían que entender. Ni se iba a humillar, ni se iba a ir, pero tampoco iba a exigir que los demás se humillaran o se fueran.

Era tiempo para empezar y no era perdido ni extraviado el camino que lo había llevado a aquella convicción. Había que suspender el juicio inagotable y recomenzar con todos partiendo de las tareas simples e inmediatas de la vida humana.

Era eso, tan simple y tan llano, lo que había que hacer. Pensaba y apretaba el paso.

Había pasado, ensimismado y tenaz, de los grandes edificios y las calles agitadas, a otros tranquilos tránsitos, entre casas bajas, corrales vacíos, plazoletas desiertas, de donde parecía que las gentes se habían ido, se habían ocultado o estaban a punto de llegar. Podía torcer a un lado o a otro. O seguir, como si desovillara una cuerda, por aquella calle, que se alargaba, que se iba quedando desnuda de casas y que empezaba a penetrar, convertida en camino, por entre abandonadas arboledas.

Sabía adónde iba y hubiera podido decirlo. No a los jueces desaparecidos, ni a los condenados impenitentes. Sino al mismo hombre que era él, e iba por un camino que era el suyo.

Avanzaba a pie por debajo de grandes árboles extendidos para acogerlo y cobijarlo: samanes calados en el cielo con su fina encajería verde, espesos jabillos cubiertos con su coraza de dragón, limpias y sueltas palmeras lanzadas al azul, apamates convertidos en nubes lilas. Los movía el largo y perezoso viento venido de las remotas extensiones. Avanzaba solo. Había dejado atrás las aceras de las calles, pisaba sobre piedras y yerbas del borde

de las calzadas. Iba seguro en su rumbo, casi sin alzar los ojos. AI final avanzó solitario por una cubierta de grava que hacía crujir y resonar sus pasos con un compás solemne. Se detuvo ante la puerta. En el umbral estaba Sibila. Lo veía llegar y acercarse sin decir palabra. Quieta, sonriente, con las manos extendidas.

—Te estaba esperando —le dijo.

33

Se sentía sonar un teléfono lejano en el fondo del sueño o del lento despertar. Un timbre nervioso, entrecortado, sordo. Pero después se interrumpía, cuando ya Álvaro iba a abrir los ojos, o cuando ya los había abierto, a la luz extraña y cernida de la habitación desconocida y al gran vuelo de silencio o de brisa que venía de la vastedad de jardines y montes.

Tal vez no había sonado o no había tenido tiempo de darse cuenta si había sonado. Se volvía a sumergir en el sopor tibio del lecho, en la pérdida de conciencia, en un como deslizarse sin caída y sin peso.

Volvía a sonar el timbre o parecía que había vuelto a sonar, y remontaba de nuevo perezosamente del letargo hacia la conciencia, todavía pesado y espeso de modorra y soñera.

Ha abierto al fin los ojos deslumbrados. Lo primero que siente y mira es la presencia de la mujer tendida a su lado. Sibila duerme profunda y silenciosamente. Está vuelta hacia él, echada sobre el lado derecho, con un brazo bajo la cabeza y el rostro medio oculto por los metálicos lambrequines de la cabellera revuelta. El otro brazo recoge y aprieta un pedazo de sábana a media altura de los senos desnudos. Va a hacer el gesto de acariciarla, pero detiene el vuelo de la mano y se queda en suspenso, contemplándola perdida en su sueño.

Es amplia la habitación, con sus grandes cortinas grises tendidas sobre las anchas ventanas, con sus espejos, con sus altos vasos de flores. Hay mesas y sillones y un frágil diván francés, y cuadros en las paredes. Y ropa en desorden sobre las sillas. Cuando entraron, tarde en la noche, no pudo darse cuenta de todo aquello.

Pero volvía a mirar el rostro de Sibila, parecía serena y sin sombra de temor. Estaba dada al sueño sin reservas y sin resistencias. Plácida,

venturosa, libre.

Ahora era totalmente suya. Estaban lejos y solos. La ciudad con sus gentes había quedado en el fondo del valle y ellos habían subido, fugitivos y liberados, hasta aquella quieta altura del aire, de las estrellas y de los pájaros, a aquella casa colocada en la cuesta de los montes, que desde la ciudad nocturna no es sino una mínima luz perdida que titila en la sombra.

Habían salido de la boda, de los abrazos, de los apretujamientos, de los brindis, del vocerío y del calor de la recepción al automóvil que los llevó por la noche apaciguada. La había estrechado y besado entre arrugas de satín desbordante e interferencias de velos. Y se habían dicho todas aquellas cosas sin sentido, aquellos diminutivos, aquellas repeticiones de nombres absurdos, en medio de atolondradas caricias y de quietas y mudas contemplaciones.

Zulka había estado risueña y contenida. Más emoción y espontaneidad mostró el primer día que le habló del matrimonio. Álvaro le había hablado de todo lo que le parecía objetable en aquella intención: «Es una niña, como tú dices, Zulka». «No, Álvaro, es una mujer». Quería decirle que se sentía viejo para ella, que, tal vez, había una desproporción de edades desaconsejable. «Hubiera sido mejor que se hubiera casado con un hombre de su edad». «Mejor que tú no lo va a encontrar». Se lo había dicho con llanto en los ojos. «Yo lo que deseo es que sean felices». ¡Y todo lo que no había dicho, pero que estaba en sus ojos y en sus gestos! Su hija se iba a casar con Álvaro. Aquella niña. Y por su niña iba a llegar finalmente a Álvaro la veta viva de aquel ser y estar, que él había buscado por años. Todo eso lo traía y se lo daba Sibila. Que iba a ser su mujer, pero que era también como su niña. Tal vez él había pertenecido más al mundo de Zulka, pero Sibila había venido a rescatarlo, cuando ya parecía que no le quedaba nada.

Lázaro Agotángel estaba hinchado del grosor macizo de su traje de ceremonia, de un chaleco cruzado que parecía una cota de malla, de una corbata de plastrón, que avanzaba bajo su quijada cuadrada como proa de galera. Varias veces lo había abrazado y apechugado con fuerza. Iba y venía por los corros de invitados, casi como si fuera el dueño de la casa. Por la

tarde había llegado ostentosamente su regalo. Un enorme automóvil de gran lujo, lleno de brillante cromo, que conducía un chófer uniformado.

El doctor Milvo había estado solitario y como ausente. Pocas veces estuvo junto a Zulka y en esas ocasiones se limitaron a cruzar las palabras indispensables. Cuando Álvaro le habló por primera vez de su deseo de casarse con Sibila, no pareció sentir sorpresa. Se limitó a sonreír y a decirle: «Me parece muy bien, chico. Tú debes ser un buen marido». Tal vez en el fondo, pensaba Álvaro, veía aquello como una sutil manera de quitarle Sibila a Zulka.

Entró a la iglesia con su madre y se colocó a esperar junto al altar. Las naves estaban llenas de invitados y de curiosos. Las criadas de la familia habían venido. Entre dos filas asomaba con su pañolón la cara de Clotilde Manso. Le había parecido distinguir, empinada sobre un banco, a Mireya, la hermana de Lázaro. Tal vez Soledad estaba sumergida entre el gentío.

El órgano empezó a sonar y se alzó el canto en el coro. Voces altas y resonantes llenaron la bóveda. Sibila entraba del brazo de su padre, resplandeciente en su largo traje blanco. Iba hacia él como flotando sobre un témpano, con una quieta luz en los ojos muy abiertos como en gozoso asombro. Estuvo allí aguardándola para recibirla con la mano desnuda, entre aquellas oscuras palabras del latín eclesiástico. Tan grande era la entrega de una mujer a un hombre que la Iglesia, por milenios, había estado convocando a la trinidad, a los ángeles y a los santos, a las potencias y a las dominaciones, las custodias y los cálices, el incienso y las antífonas, para que la presenciaran y la hicieran sagrada a los ojos de los humanos.

La epístola de Pablo a los efesios, destellaba entre la salmodia del oficiante. Era fácil reconocer la equivalencia de las palabras y reconstruir los conceptos. La carta de Pablo llegaba hasta ellos en aquella hora con sus palabras quemantes y fuertes. Eran o habían sido revelación: «Amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella…». «Los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos…». Y también decía el terrible anuncio: «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se allegará a su mujer y serán dos en una carne». «*Duo in carne una*».

Habían, salido de las sombras del recuerdo, o de las casas extraviadas de la ciudad, las gentes nunca vistas y empolvadas de años. Estaba el general Landa, todavía erguido y marcial, junto a su padre. Hablando animosa y tercamente de sus luchas y de sus esperanzas. Estaba el doctor Morueco, un poco desinflado y desatendido, tratando de entablar conversación con algún personaje de la nueva situación. Estaba don Iginio Montesdeoca, convertido casi en la momia de sí mismo, enteco, pulcro, relumbroso, de calva, midiendo y dispensando sus palabras con la mesura de un jugador de ajedrez: «El gran hecho creador de la civilización es el matrimonio. Cuando los hombres dejaron de ayuntarse para casarse, dejaron de ser animales. Todo lo demás vino por simple añadidura». Estaba Luisa Parma, encalada y risueña, y estaba Basso en melancólico aparte con Verrón. Habían venido todos los delegados del bullir de la ciudad. Todas las horas de su vida Álvaro podía reconstruirlas en aquellos rostros. Había venido el comandante Maldonado, «por un momento nada más». Era un triunfo para Lázaro. Zulka lo colmó de atenciones. Se fue haciendo en torno a él un denso grupo. Había brindado con los novios, en pocas y asordinadas palabras:

—Se les desea mucha felicidad.

No había venido Luis Sormujo. No había podido venir a aquella gran jugada del destino, a aquel envite de presencias y combinaciones. Se había ido para su embajada como para un refugio. Más tarde llegaría su cable, entre la multitud de los mensajes que traía el repartidor: «Estoy con ustedes de todo corazón y comparto su felicidad plenaria».

Tampoco estaba Jeremías Centalla. «La cosa se ha puesto fea para Centalla», transmitía Lázaro. Continuaba preso. Caminaba en la mañana en el pasadizo delante de un calabozo para estirar las piernas y, tal vez, cuando ya estuviera amarillo de viejo el papel, en un pedazo de periódico, vería la noticia del matrimonio de Álvaro. O se la daría algún preso nuevo cargado de noticias recientes.

Tres habitaciones del alto se habían llenado de regalos. En mesas, en vitrinas, en cajones cubiertos de papel de colores, se aglomeraban las vajillas, los floreros, las baterías de cocina, las filas de copas y de vasos de todas las formas y todos los colores y la plata, en cubiertos, en bandejas, en

fruteras, en jarras. En una vitrina, entre las joyas, estaban los pendientes de brillantes que había regalado Milvo, un collar de rubíes de Zulka y una esmeralda montada en sortija, que era la misma que el general Collado le había regalado a Celmira antes de que él naciera y que Celmira Collado había mandado a montar para su nuera. Las señoras se apretujaban por el estrecho pasadizo zigzagueante, entre las mesas, inclinándose para mirar los objetos y los nombres escritos en las tarjetas. Allí estaba Nieves Alsina, con unos menudos impertinentes y Carmen Albúrez, que parecía clasificar las cosas con aire de conocedora.

Marta, su hermana, hablaba con Beatriz Basso. Le parecía adivinar lo que podía estarle diciendo: «Ya yo creía que Álvaro no se iba a casar».

Y estaba Isotta Gavio conversando con Pancho Olifán y con Pedro Tocorón. Entre el tumulto se hacían aquellas curiosas aproximaciones azarientas. ¿Quién no estaba, por Dios, en aquel hervidero de paños oscuros y de sedas y de sombreros, en aquel trémolo de palabras mezcladas?

Volvió a oír el sonido del teléfono, como más claro y más cerca. Sibila se agitó un momento y cambió de posición, sin despertar. Ahora se había estirado, inclinada sobre el lado izquierdo. No volvió a sonar el timbre. Alguna criada de la casa había atendido la llamada. No sabía los nombres de los criados, ni cuántos eran en aquella hermosa casa prestada.

Lo único suyo, seguro y conocido que había allí era Sibila, dormida junto a él. Fiel, dada, puesta. Era como si la hubiera arrancado, en la noche, de aquel tumulto de gentes, de voces y de pasado. Como si la hubiera rescatado para aquella soledad serena. Le había sido dada, donada, dispensada.

Por la noche le había parecido aquella alcoba más pequeña. Eran demasiado grandes sus dos presencias en aquella turbada y serena hora de descubrirse y de darse.

Había como una calma extraña, como una ausencia de prisa y de tiempo. Ella iba surgiendo cada vez más segura y más ofrendada de sus palabras y de sus besos y de sus manos. A ratos se quedaban como inertes, sin tener qué decir o sin poder decir. Todo venía de ella, como un don espontáneo y sin límites. Como sube el agua en el chorro de la fuente, tardando en llegar a la cúspide para recaer. A ratos estaban sedientos o

estaban perdidos, a ratos se detenían temerosos. Habían podido permanecer horas o segundos en cada uno de los gestos y de los hallazgos y de las sorpresas. Campos de piel y sombras como de nube y reflejos del ojo más allá del ángulo en que mira. Como si se deslizaran y cayeran sin violencia y sin peso. Con sabores de ceniza y de miel y de lluvia. Y aquella palabra entrecortada de angustia o de felicidad. Y el sentimiento pleno de aquel dulce ardor desmayado.

En momentos de extraña quietud sentían la vasta paz viva de la noche del monte, como si estuvieran centrados y gravitados entre ella.

Ahora sí la había encontrado y la había alcanzado. Todo estaba centrado en aquel punto. Era su mujer, era su tierra, era su gente, era su país. Lo suyo seguro y dado. Había tardado en hallarla y en recibirla. Pero ahora todo estaba en ella y le había sido dado en ella.

Era allí donde iba a comenzar verdaderamente. Donde empezaba la fundación y la siembra y la gente. Lo demás estaba afuera y lejos y era extraño y hostil.

Lo suyo era Sibila. Dada y recibida. Flotaba inerte en el sueño. En un sueño tan profundo y seguro como para borrar todos los ayeres. Allí estaba quieta, confiada, deparada. Podía despertarla y revelarle la vida plena que habían hallado. Pero también le pertenecía en el sueño. Era su mujer y su niña y había llegado a ella por una segura y dulce gravitación sin violencia y sin salto. Le pertenecía en la palabra y en la carne y en el clímax y en el sosiego profundo. Le pertenecía la piel y los ojos cerrados, que se habían visto tan cerca que ya no sé veían y, acaso también, el sueño oscuro que rodaba cómo un arroyo sordo debajo de la frente.

Habían venido en ella todas las generaciones y todos los dones de los conocidos y de los desconocidos que estaban detrás de ella. Y primero que todo y más turbador que todo, aquellas imágenes de Zulka que pasaban a ratos en sus silencios y en sus ademanes. Juntos habían subido y penetrado y ahondado. Como si cambiaran de paisaje y de clima y hasta de pies y de ojos. Habían pasado por manglares y albuferas de húmeda salinidad de costa nueva, y habían estado en silencios de cardonal y de arena. Y habían subido las primeras sierras con sus anchos golfos boscosos, acezantes y sedientos. Y habían bajado a la llamada de hierba y de río donde desemboca

la fatiga. Y más allá habían entrado de nuevo en un mundo selvático, lleno de agua poderosa y bullente y de sombría espesura, con pájaros de sangre y oscuros animales letales y sedosos.

Todo eso habían andado y desandado para hallarse. «Soy feliz». Alguien lo había dicho o lo había oído. Él o ella o ellos. A veces no había sido sino el eco de una respiración junto al oído o la sensación de un calor distribuido como por sombras de nubes sobre una geografía temblorosa de follajes y de lagunas.

Había que esperar a que Sibila despertara, a que lo descubriera a su lado con risueño asombro, a que recorriera con los ojos asombrados la habitación irreconocible, a que tendiera los brazos abiertos hacia él y entraran en el nuevo día.

Volvió a oírse más cercana, más insistente, la campana del teléfono. Alguien debía tener urgencia de decir algo o de averiguar algo. Una voz, una palabra, un mensaje de allá lejos, de la otra gente, de alguno de los que habían quedado apelmazados y ruidosos en la casa de la boda cuando el automóvil arrancó con ellos dos para llevarlos a la más quieta y pura médula de la noche.

Recordaba ahora que Oromundo no había asistido a la fiesta. Y tampoco su hijo Igor. No era extraño, entre las extrañas cosas que pasaban a la extraña gente de allá lejos. Igor se había sentido desposeído y humillado por el matrimonio de Sibila. De Sibila con aquel viejo, tan viejo casi como su padre Oromundo. Álvaro sonrió. El padre y el hijo debían estar hablando mal de él y de ella. Sucias cosas, viles y mezquinas. De codicia y de lujuria porcina. «A mí no me gustaba esa mujer para ti». Hablarían de plata, de adulterios, de combinaciones lucrativas. Oromundo tuvo que decir, era seguro, era como si lo oyera: «¡De la que te salvaste! ¡Esa le va a poner cuernos al más pintado!».

Debía dejarla dormir más o tocarla suavemente con la yema de un dedo en el vello dorado del brazo doblado sobre el pecho. Aproximó la mano lentamente. Volvió a oírse el teléfono.

Se levantó entonces cuidadosamente, se puso la bata que estaba sobre una silla y metió los pies en las pantuflas. Se pasó la mano por el cabello revuelto y abrió sin hacer ruido la puerta volviéndola a cerrar. Había una

luminosidad intensa que penetraba por la gran pared de vidrio que daba al paisaje. La mirada deslumbrada abarcaba con dificultad los macizos de los grandes árboles que se alejaban cuesta abajo por entre los jardines. Las sucesivas oleadas de colinas iban degradando del verde vivo al azul. Al fondo, contra el cielo, plana como una mancha lila, la silueta enorme del Ávila y abajo, extendida, blancuzca y cuadrangular, la ciudad en el valle.

Bajó la escalera. El teléfono había dejado de sonar. Cerca del aparato estaba una criada desconocida. Gorda, un poco tiesa, rojiza de cara entre la tela negra y los encajes de su uniforme.

—Buenos días, señor.

—Buenos días. He oído varias veces el teléfono.

—Sí, señor. La señora Reyes, la madre de la señora, ha llamado varias veces. Ha dicho que era para algo urgente, pero no ha querido que los despertaran.

—¿Qué hora es?

—Deben ser las doce y media, señor.

Se había ido toda la mañana.

—Está bien, gracias.

La mujer se retiró hacia el interior de la casa. Álvaro se sentó junto al teléfono, descolgó el auricular y discó el número de la casa de Zulka. Estaba ocupado. Esperó y volvió a intentar de nuevo, sin lograr la comunicación. Zulka debía de estar entregada a numerosas conversaciones. Estaría comentando la boda, los regalos, los trajes de las invitadas. Y entre tanto él tenía que esperar solo y soñoliento en aquella sala llena de muebles desconocidos.

Al fin pudo obtener la comunicación y vino Zulka al teléfono:

—¡Qué alegría oírte y qué emoción, Álvaro!

Hablaba atropelladamente. Era seguro que tenía otra cosa que decir y no quería perder tiempo.

—Perdóname que los llame a esta hora.

En aquella palabra había un fondo turbador. Aludía sin nombrarlo a todo lo intraducible de las horas que habían pasado. Era la testigo invisible y la adivinadora y al mismo tiempo la irremediable ausente. Ahora no podía ser ella, sino a través de Sibila. «Dúo in carne una», como decía el oficio.

Zulka y él no podrían hablar de aquello nunca, pero aquello iba a estar presente e innominado entre ellos siempre. Tal vez iría sabiéndolo más tarde por Sibila. Las mujeres cuentan con facilidad todas estas cosas.

—¡Lo que ha pasado es horrible!

La voz de Zulka se había hecho dura y rápida.

—¡A uno de los jefes de la Junta lo asesinaron esta mañana[46]!

Álvaro descubre. Debió ser mientras ellos dormían profundamente, cuando en la habitación nada estaba vivo sino sus dos respiraciones inertes. Cuando él se había vuelto en el sueño y había tropezado con el muslo tibio de Sibila y había entreabierto los ojos para descubrir que ella estaba allí y recordar la agotada lentitud y el empalago de la noche que no llegaba a terminar.

—Lo raptaron y lo acribillaron a balazos.

Habían sonado disparos allá lejos y se habían oído voces y gritos y había resbalado sangre derramada sobre las piedras de un patio.

—¡Esto es horroroso! ¡No se sabe lo que va a pasar!

No había contestado sino por monosílabos. Era como si tuviera que realizar un gran esfuerzo para enterarse de aquello y compartir la angustia de Zulka.

—¡Qué cosa!

—¡Todo el mundo está lleno de asombro y de espanto!

—Tiene que ser.

Qué otra cosa podía decir.

—Se lo diré a Sibila, sí. Todavía está dormida. Cuando despierte. No. No vamos a bajar. Nos quedaremos aquí. No dejen de avisarnos cualquier cosa. Claro. Claro. Esto es muy grave. ¡Qué cosa!

El sonido seco del auricular había cortado la conversación. Se levantó de la silla y caminó despacio hacia el alto. Iba como sin ver y sin pensar. Llegó a la planta alta y se detuvo frente al gran ventanal de vidrio. Se abarcaba con la vista todo el valle en un silencioso panorama. Algunas nubes blancas y pomposas estaban detenidas sobre la cumbre lejana. Todo lo demás era azul de cielo, y azul y oliváceo de monte. Entre los promontorios de las colinas asomaba, en bahías y manchas blancuzcas, la ciudad. Toda mínima, quieta y en menudos cubos claros. Era como un

diorama de juguetería, como los cerros y las villas que se miran apelmazados en la decoración de los nacimientos populares. Sin movimiento, sin gente visible. Ni una voz, ni un eco, ni una señal de vida. Era como un telón de fondo.

Y allí, más cerca, estaban frente a él los árboles vivos temblorosos de hojas y de brisa y el chorro de una fuente que se quebraba con ruido continuo sobre su tazón.

Muchos pájaros picoteaban sobre la grama y saltaban entre las ramas altas. Torditos de pulido metal negro, azulejos, maiceros amarillos y negros. No se veía ninguna presencia humana.

Siguió hacia la habitación. Abrió la puerta cuidadosamente sin hacer ruido y la volvió a cerrar tras de sí. Tendida sobre el dorso, con un brazo sobre la cabeza, Sibila parecía dormir en un resto de sueño leve y frágil. Se fue acercando de puntillas hasta el borde de la cama y comenzó a acostarse con delicadeza. Sibila abrió los ojos. Absorta y confusa comenzó a mirarlo como si lo reconociera con asombro. Una sonrisa franca y llena la iluminó. Tendió los brazos desnudos hacia él. Álvaro la cerró en sus brazos. Ahora no la veía, sino que, con su cabeza sobre el hombro y su cabellera en la cara, la sentía palpitante.

—Mi amor —había dicho ella entre dientes.

Y después:

—¿Qué hora es?

—No sé y no importa.

Y después añadió con una voz soñolienta y opaca:

—¿Ha pasado algo?

Sintió subir y bajar dentro de él el impulso de hablarle de aquellas cosas de más allá de la alcoba, del jardín, de los pájaros y de los montes.

—Nada.

La besó en el cuello y la sintió estremecerse, después sumergió la cabeza entre la marejada de su cabello. Olía a semilla, a planta tierna, a un vago aroma desleído.

Sentía que se deslizaba y se sumergía, como sin peso y sin tiempo. Lo demás estaba ausente.

—¡Sibila!

—¡Álvaro!

FIN

Tanaguarena, 1964.



ARTURO ÚSLAR PIETRI nació en Caracas, en 1906, donde morirá en 2001. Como descendiente de un edecán de Simón Bolívar y de dos presidentes de Venezuela —baste añadir que su abuelo materno, el general Juan Pietri, fue presidente del consejo de Gobierno— se crio en un ambiente de honda impronta política, que se verá plasmada en la multitud de cargos que ocupó: tres veces ministro —de Educación, de Hacienda y de Interior—, secretario de la Presidencia de la República, diputado y senador, y hasta candidato a la Presidencia de la República, en 1963.

Sin embargo, no es menor su importancia literaria, su otra vocación que se remonta a 1928, cuando en enero apareció el único número de la revista *Válvula*, donde publicó el editorial «Somos» y el artículo «Forma y Vanguardia», considerados como las directrices del movimiento vanguardista venezolano. Esta vocación se verá fortalecida al año siguiente con su marcha a París, para ocupar el puesto de agregado civil en la Embajada. Durante su lustro parisino (1929-1934) no solo trabará su

duradera amistad con Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier, sino que frecuentará a Paul Valéry, a Robert Desnos, a André Breton… Lo que determinará su creación literaria y la convertirá en una de las más relevantes del continente americano. Cabe solo añadir que fue el formulador del término «realismo mágico», en su ensayo *Letras y hombres en Venezuela* (1948).

Su obra literaria aborda todos los géneros, en especial el ensayo periodístico, donde es copiosa, pero a la que se añaden siete novelas; la primera y más conocida es *Las lanzas coloradas* (1931), pero no conviene olvidar el resto, reeditadas ahora por Drácena: *Un retrato en la geografía, Estación de máscaras, Oficio de difuntos, La isla de Róbinson* y *La visita en el tiempo*, más sus nueve recopilaciones de cuentos. Entre los múltiples reconocimientos, destaca el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, que se le concedió en 1990.

Notas

[1] arregañar: enseñar los dientes remangando los labios, como hacen los perros al gruñir. <<

[2] burriquita: (o burriquita venezolana), una de las principales manifestaciones culturales adoptadas por comunidades indígenas y esclavos africanos en Venezuela durante el período de la colonización española. <<

[3] realengo: en Colombia y Venezuela, sinónimo de holgazán. <<

[4] botiquín: cantina donde se expende licor y comida a precios bajos. <<

[5] Pagüita, barrio popular de Caracas. <<

[6] patiquincito: en este caso, estudiantes opositores al gobierno provenientes de clase media-alta. <<

[7] catiro/a: persona rubia de ojos claros. <<

[8] misiá: tratamiento de cortesía o respeto equivalente a mi señora, que antecede al nombre de la mujer al que se refiere. <<

[9] Baedeker: célebres guías de viajes, mundialmente reconocidas, editadas en Alemania entre 1828 y 1943. <<

[10] Trasunto novelado de Marcos Pérez Jiménez (1914-2001) llamado también durante el relato el Comandante. Pérez Jiménez fue militar y dictador de Venezuela, que comenzó a significarse en política durante el derrocamiento del gobierno del general Isaías Medina Angarita, el 18 de octubre de 1945. Después alentó el fin al trienio de la Junta Cívico Militar —época recogida en esta novela—, con la deposción de la presidencia de Rómulo Gallegos. Pérez Jiménez integró entonces la Junta Militar con Carlos Delgado Chalbaud y Luis Llovera Páez. Cuando el 13 de noviembre de 1950, Delgado Chalbaud es asesinado en Caracas, encarga la presidencia a Germán Suárez Flamerich. Dos años después, Pérez Jiménez se hace definitivamente con el poder absoluto tras las raras elecciones del 29 de noviembre de 1952. Lo ocupará hasta el siguiente pronunciamiento militar, acaecido el 23 de enero de 1958, que forzará su exilio. <<

[11] jurgonazo: golpe, trompada. <<

[12] capachero: nativo de Capacho, población del estado de Táchira. **<<**

[13] padrotear: (DRAE) mandar, dominar a otro aprovechándose de sus debilidades. <<

[14] Juan Vicente Gómez (1857-1935); caudillo de origen rural que se convirtió, siguiendo a la facción de Cipriano Castro durante la llamada Revolución Liberal Restauradora, en su sucesor en la presidencia del Estado y, luego, en el dictador que gobernó Venezuela desde 1908 hasta su muerte en 1935. En esas casi tres décadas, acabó con las distintas facciones políticas que comandaban los caudillos terratenientes desde el s. XIX, e implantó una paz en todo territorio con una severidad inclemente, aunque supo atraerse a la oligarquía e incluso crear otra nueva y hasta una corte en Maracay donde se asentó y desde donde gobernaba. Durante su mandato, comenzaron las explotaciones petrolíferas que transformaron para bien y para mal la vida de Venezuela. Tanto por su labor de pacificador y de creación de una cierta homogeneidad nacional aunque fuera por medio de un despotismo inclemente, convierte a su figura en contradictoria, pues siendo considerado el «gran patriarca» que transformó a Venezuela en un Estado, no puede ocultarse su lado funesto de tirano. Úslar Pietri le dedicó una novela, *Oficio de difuntos*, rescatada por Drácena en 2017. **<<**

[15] coroto: (DRAE) objeto cualquiera que no se quiere mencionar o cuyo nombre se desconoce. En este caso, poder político. **<<**

[16] cabronear: dar prestada a la mujer, en este caso la hermana. <<

[17] El golpe de Estado ejecutado el 18 de octubre, conocido por sus partidarios como la Revolución de Octubre. Fue un asalto al Estado cívico-militar contra el gobierno de Isaías Medina Angarita, llevado a cabo por una coalición entre un sector del Ejército y el partido político Acción Democrática y que tuvo como principales cabecillas a Rómulo Betancourt y al mayor Marcos Pérez Jiménez, cuya consecuencia fue la presidencia de Betancourt. Tres años después, las tensiones entre Acción Democrática y los militares abocarían en el golpe de estado de 1948. Es este momento el que relata la novela. <<

[18] chingo: de nariz pequeña, chato. <<

[19] chapa: o también chapita; juego tradicional del Caribe suramericano. Similar al béisbol, adquiere su nombre porque en vez de pelota se batean tapas de botellas, o chapas. **<<**

[20] Se refere al Palacio de Miraflores, sede de gobierno de Venezuela. <<

[21] maula: persona deudora, morosa. <<

[22] vagarada: en este caso, por impulsos, sin casualidad. **<<**

[23] sigüisear: venezolanismo, coquetear, mariposear. <<

[24] Ávila se refiere al monte y parque nacional cercano a Caracas. <<

[25] busaca: bolsa de papel, plástico o tela. <<

[26] plancha: situación embarazosa, sorpresa, sofoco. <<

[27] arrecho: sinónimo de intenso, difícil. <<

[28] cuatriboliao: alguien osado, valiente, decidido, que no le teme a nada. Que tiene cuatro «bolas», cuatro testículos. **<<**

[29] piache: chamán. <<

[30] mijao: árbol originario de los trópicos de América. <<

[31] báquiro: mamífero artiodáctilo, semejante al jabalí, sin cola, con cerdas largas y fuertes, colmillos pequeños y una glándula en lo alto del lomo, que segrega una sustancia fétida. **<<**

[32] guazábara: bullicio o algarabía. <<

[33] Andrés Bello López (1781-1865); pedagogo, filólogo y jurista, considerado como de los intelectuales claves de América. En su Caracas natal fue maestro de Bolívar y luego participó con Luis López Méndez y Simón Bolívar, en la primera misión diplomática a Londres, donde residió entre 1810 y 1829. Regresó a América contratado por el gobierno de Chile, donde escribió y publicó su obra más reconocida. En Santiago, fue el principal redactor del *Código Civil de Chile*, una de las obras jurídicas americanas más novedosas e influyentes de su época. Y bajo su dirección, en 1842, fue creada la Universidad de Chile, institución de la cual fue rector durante más de dos décadas; también fue nombrado senador y hasta dirigió algunos periódicos. Entre sus otras obras publicadas resulta imprescindible mencionar la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847). <<

[34] Periódico editado a medidos del s. XIX, inspirado idielógicamente por *El Patriota* del liberal y romántico Felipe Larrazábal como otras publicaciones tales como *Las Avispas*, *El Sin Camisa*, *La Centella* y *Los Ayes del Pueblo*. <<

[35] Julián Castro Contreras (1805-1875) fue un militar y político que, en 1858, comandó la llamada Revolución de Marzo contra el gobierno de José Tadeo Monagas. Tras de su triunfo fue nombrado presidente, cargo que ocupó por diecisiete meses, hasta 2 de agosto de 1859. Y aunque la Revolución de Marzo se ejecutó de una manera incruenta, pues los insurrectos eran una coalición de conservadores y liberales, con el único objetivo de derrocar a Monagas, consumado el mismo, se disolvió casi de inmediato, para dejar paso a un conflicto más grave y duradero: la Guerra Federal, en gran medida avivada por los grupos de bandoleros y campesinos insurrectos alzados durante la Revolución de Marzo. <<

[36] Bartolomé Welser (1488-1561), de Augsburgo, como cabeza de su familia, con los Fugger y algunos banqueros genoveses proporcionaron el dinero necesario para obtener el voto de los príncipes electores alemanes para conseguir la coronación imperial del rey de España Carlos I en 1519. En compensación, el 28 de marzo de 1528, Carlos I concedió la Capitulación de Madrid, que arrendaba temporalmente los territorios de Venezuela a la familia Welser, lo que dio paso a la creación del Klein-Venedig o Welserland. Su primer gobernador fue Ambrosius Ehinger (o Alfinger), que inició la expedición en 1529, llegó a Santa Ana de Coro el 24 de febrero, exploró la ribera del Lago de Maracaibo y fundó la ciudad del mismo nombre. Alfinger murió en 1533 asesinado por los indios. A Alfinger le sucedieron en su empresa al servicio de los Welser otros alemanes, como Nicolás Federmann, Bartholomä Sayler, Georg von Speyer (o Jorge de Spira), Heinrich Remboldt, Philipp von Hutten y Bartholomeus Welser, quienes recorrieron la cuenca occidental del Orinoco, Los Llanos y los Andes septentrionales llegando hasta la sabana de Santa Fe de Bogotá en el caso de Federmann. El Dorado como el paso hacia el Mar del Sur (el actual Pacífico) eran sus principales objetivos que jamás alcanzaron. **<<**

[37] carriel: (DRAE) bolsa de cuero. <<

[38] sortario: persona suertuda. <<

[39] pavoso: persona de mala suerte. <<

[40] José Manuel Hernández (1853-1921), apodado de el Mocho Hernández, fue un caudillo y político venezolano de vida azarosa, que comenzó su peripecia bajo el mando del general Esteban Quintana contra el gobierno dictatorial de Guzmán, en 1870, y acabó sus días políticos en Venezuela cuando lo desterró Juan Vicente Gómez, en 1911. Durante estos cuarenta años sufrió varios exilios, encarcelamientos, hasta que, con la revolución de Cipriano Castro, ocupó un ministerio y hasta la embajada en Washington. Murió, tras su último destierro, en EEUU. <<

[41] timbero: jugador empedernido. <<

[42] vainoso: echar vainas es hacer bromas, travesuras, perjudicar, dar problemas, quejarse, entre otras. Vainoso es el que echa vainas. <<

[43] ñinga: cantidad pequeña, porción de algo. <<

[44] gafo: (DRAE) dicho de una persona: de poca inteligencia o que hace o dice torpezas. <<

[45] José Tomás Millán de Boves y de la Iglesia (1782-1814), también llamado el León de los Llanos, el Urogallo, la Bestia a caballo o simplemente Taita; fue un caudillo realista que formó el Ejército Real de Barlovento o también llamada la Legión Infernal durante las guerras de independencia hispanoamericana. Azuzó como banderín de enganche los resentimientos de los indios y los esclavos y de los demás desfavorecidos contra los abusos de la aristocracia criolla. Con esta legión de desharrapados desencadenó una feroz ofensiva contra los ejércitos independentistas hasta convertirse en su más temible enemigo. Sin embargo, nunca llegó a apoderarse de Venezuela ya que pereció en la decisiva batalla de Urica, en el cinco de diciembre de 1814. Úslar Pietri le dedicó su primera y más célebre novela: *Las lanzas coloradas*. <<

[46] Mención velada del asesinato Carlos Román Delgado Chalbaud. Era un ingeniero convertido en militar por López Contreras, que figuró notablemente entre los que dirigió el golpe de Estado 1945 contra Medina Angarita, al punto de llegar a ministro de Defensa y que luego encabezará el triunvirato militar de 1948, que sustituirá a Betancourt y Rómulo Gallegos, con el mayor Marcos Pérez Jiménez y el teniente coronel Luis Llovera Páez. Su distanciamiento con Pérez Jiménez surgió en cuanto debatieron las alternativas para institucionalizar al triunvirato; algo lógico habida cuenta de la diferencia de formación intelectual y caracteres de ambos militares. A comienzos de 1950, discutieron una solución para convocar a elecciones, disolver la Junta Militar y entregarle la Presidencia a un candidato de consenso entre los partidos políticos y el Ejército que, posiblemente, sería el propio Delgado Chalbaud. Pero el 13 de noviembre de 1950 fue secuestrado por un grupo encabezado por Rafael Simón Urbina, y posteriormente asesinado en una chalet de la urbanización Las Mercedes, de Caracas, propiedad de Antonio Aranguren. Se suscitaron numerosas especulaciones, siendo la más admitida que Pérez Jiménez había alentado su secuestro y asesinato. Sin embargo, parece más bien que el secuestro fue realizado por propia iniciativa de Urbina para propiciar que Pérez Jiménez llegase presidente, según arguyó el mismo Urbina porque Delgado Chalbaud lo había despreciado en varias ocasiones y le había negado el reintegro de sus bienes, perdidos durante un juicio que los declaró ilícitos, en tiempos de la presidencia de Eleazar López Contreras. <<